



CON UN POCO DE SUERTE

Autora superventas número 1 del New York Times

Marissa Meyer



Jude quiere pasar desapercibido. A él solo le interesa dibujar comics, jugar a Dragones y Mazmorras con sus amigos, trabajar en la tienda de discos de sus padres y que en el instituto no se las hagan pasar canutas. Hasta que un día descubre que, inexplicablemente, tiene una sobrenatural racha de buena suerte.

De pronto, todo lo que Jude siempre ha querido parece estar a su alcance. Sus cómics van a ser publicados. Al ayudar a su amigo con una canción, esta se convierte en la finalista de un concurso. Y gana un par de codiciadas entradas para un concierto, al que podrá invitar a la chica de la que ha estado enamorado desde que iba al colegio.

Pero ¿cuánto tiempo durará la fortuna de Jude? ¿Y por qué no puede dejar de pensar en Ari, su mejor amiga? Si Jude ha estado soñando con la chica equivocada toda su vida, ¿significa eso que será desgraciado en el amor para siempre?

Marissa Meyer

Con un poco de suerte



Título original: *With a Little Luck*
Marissa Meyer, 2024
Traducción: Guiomar Manso de Zúñiga, 2024

Revisión: 1.0

 19/09/2024

*Para Jesse, Sloane y Delaney
(sé la suerte que tengo).*



CAPÍTULO UNO

RECOGIDA EN ESTAS PÁGINAS SAGRADAS ENCONTRARÁS LA leyenda épica del gran hechicero Jude. Su poder solo es comparable a su extraordinario encanto. Su vida consistió en una serie de misiones grandiosas: batallas ganadas y batallas perdidas, el mal vencido y el bien restaurado. Fue un verdadero héroe de leyenda. Su historia, tal y como aparece en este pergamino quebradizo, es apasionante: una aventura imperecedera. Un destino construido sobre fortuna e infortunio, sobre bendiciones y maldiciones..., y un amor que ha inspirado la música de los bardos a lo largo de los siglos.

O, según la interpretación que quieras darle, también podría ser la historia de un chico de dieciséis años, a curso y medio de terminar sus estudios en el instituto Fortuna Beach y que trabaja cuatro días a la semana en la tienda de discos de vinilo de sus padres. El tipo de chico que dibuja cómics cuando se supone que está tomando apuntes sobre la Revolución Industrial. El tipo de chico que no está seguro de que vaya a poder permitirse ir a la universidad jamás... o comprarse un coche, ya que estamos. El tipo de chico que preferiría cortarse la mano con la que no dibuja con una espada láser que arriesgarse al rechazo de pedirle salir a la chica que le gusta y que, por tanto, nunca le ha pedido salir a ninguna chica, sin importar la de veces que haya imaginado cómo podría ir la cosa si lo hiciera. El posible resultado bueno... y el mucho más probable, casi inevitable, resultado malo.

Pero no pasa nada. Yo tengo una imaginación decente, lo cual es casi tan bueno como las aventuras épicas y el amor verdadero. La imaginación supera a la vida real... ¿qué? ¿El noventa por ciento de las veces? Dime que me equivoco. Tú eres la persona que tiene la nariz dentro de un libro ahora mismo, así que sé que estás de acuerdo conmigo, en algún plano.

—¿El templo de Toma Gorthit? —La pregunta de Ari me saca de sopetón de mi destrucción intencionada de la cuarta pared (broma teatral; no te preocupes por ella). Está leyendo el folleto de micro abierto de esta noche por encima de mi hombro; el folleto en el que he estado garabateando durante los últimos diez minutos—. Suena mal, Jude.

—Está plagado de peligros —digo yo. El bolígrafo araña el papel blanco mientras transforma las imágenes prediseñadas de un disco de vinilo en un sol negro sobre un horizonte salpicado de árboles. He alterado las letras de «MICRO ABIERTO» para que parezcan un templo antiguo, medio derruido por el paso del tiempo—. Todavía estoy trabajando en el nombre. Cuesta un montón ponerles nombres a las cosas.

Ari se inclina hacia mí. Lleva el pelo recogido en un moño flojo, medio desgredado, pero un mechón se suelta y roza mi antebrazo antes de que ella alargue la mano para remeterlo detrás de su oreja.

—¿Se supone que esa soy yo?

Hago una pausa y estudio el folleto. «Ventures Vinyl presenta la... ¡Noche de Micro Abierto! A las 18:00, el primer domingo de cada mes. Todos los estilos musicales son bienvenidos». Por lo general, la mitad inferior de la página está ocupada por un boceto de arte lineal que representa a una chica tocando la guitarra, pero yo he cambiado la guitarra para que se parezca más a un laúd medieval, he alargado el pelo de la chica y le he puesto una capa y botas de montar. Muy chic medieval.

—Uhm..., no —respondo, y doy unos golpecitos en el dibujo—. Esta es Araceli la Magnífica, la barda más famosa del mundo. Como es obvio.

Ari abre mucho los ojos con expresión entendida.

—Estoy casi segura de que soy yo —susurra.

Levanto la hoja y la giro hacia ella.

—Esto es un laúd, Ari. ¿Tú tocas el laúd? ¿Lo tocas?

—No —admite, pero estudia el dibujo unos segundos más—. Aunque apuesto a que podría —añade después.

—Sí, a Araceli la Magnífica también le gusta alardear.

Ari se echa a reír.

—Bueno, ¿y qué pasa en este templo siniestro?

—Un grupo de bardos se enfrenta en un concurso musical. A muerte.

—¡Madre mía! —Se sube de un salto al mostrador. Es bajita, pero de alguna manera hace que parezca fácil—. ¿Y hay muchos bardos que se apuntan a eso?

—Solo tienen dos opciones: o compiten en el torneo o su vídeo se hace viral en YouTube y tienen que soportar los comentarios de cien mil trols. Trols reales. De los que apestan.

—Ya veo —comenta Ari mientras columpia las piernas—. La muerte suena preferible.

—Eso he pensado yo también. —Vuelvo a coger mi bolígrafo para añadir enredaderas y más vegetación alrededor de la base del templo—. En realidad, todavía estoy decidiendo la magia de este templo. Sé que va a haber una estatua en la última sala, y me ronda la idea de que quizás haya una doncella a la que maldijeron y convirtieron en piedra, a la que solo alguien considerado digno puede liberar de su maldición. Si lo consigue, obtiene puntos extra para futuros chequeos de habilidad. Como... magia que te proporciona una suerte asombrosa. Pero si fracasa... Aún no estoy seguro. Le pasa algo malo.

—¿Es humillado por apestosos trols de internet?

Asiento con ganas.

—Es una muerte lenta y dolorosa.

El tocadiscos se para con un clic. Había olvidado que estaba en marcha, pero me sorprende

ante la repentina ausencia de música.

—Dibujas genial, Jude. —Ari lleva la mano hacia el ajado estuche de guitarra apoyado contra el mostrador—. ¿Has vuelto a pensar en lo de la escuela de arte?

—No tengo la suerte suficiente como para entrar en la escuela de arte —digo, tras una carcajada desdeñosa.

—Oh, venga ya —insiste ella, al tiempo que abre los cierres del lateral del estuche—. Al menos tienes que intentarlo.

No respondo. Hemos tenido esta conversación media docena de veces a lo largo del último año, y no tengo nada nuevo que añadir. La gente que entra en la escuela de arte con una beca es increíble. En plan, el tipo de persona que decora su propio cuerpo con cristales Swarovski, los llama diamantes de sangre y celebra una falsa subasta humana en medio de Times Square para llamar la atención sobre las prácticas mineras inmorales. Son *artistes*, pronunciado a la francesa.

Mientras que yo dibujo sobre todo dragones y ogros y elfos con armaduras de batalla molonas.

Ari saca la guitarra acústica y la pone en su regazo. Como la mayor parte de su ropa, la guitarra es *vintage*, heredada de un abuelo que falleció cuando Ari era pequeña. No soy ningún experto, pero incluso yo me doy cuenta de que es un instrumento precioso, con incrustaciones de madera oscura alrededor de los bordes y un mástil que parece negro hasta que la luz lo ilumina justo para darle un brillo rojizo. En algunas partes, la terminación satinada ha desaparecido por tantos años de uso, y la madera tiene alguna que otra mella aquí y allá, pero Ari siempre dice que su pátina histórica es lo que más le gusta de ella.

Mientras afina las cuerdas, levanto la tapa del tocadiscos y vuelvo a deslizar el álbum dentro de su funda protectora. La tienda ha estado poco concurrida todo el día, con solo la entrada de unos pocos clientes habituales y una familia de turistas, que no compró nada. En cualquier caso, mi padre insiste en que tengamos siempre música puesta, porque somos una tienda de discos. Estoy alargando el brazo hacia el siguiente disco del montón (de no sé qué banda de *funk* de los años setenta), cuando papá emerge de la trastienda.

—Espera, espera, ese no —dice, y me quita el disco de las manos—. He seleccionado algo especial para nuestra noche inaugural de micro abierto.

Doy un paso atrás y dejo que él se ocupe, en especial porque elegir nuestra música cualquier día es una de sus mayores alegrías.

En realidad, no es nuestra noche inaugural de micro abierto. Ari tuvo la idea el verano pasado y, con el visto bueno de mi padre, empezó a celebrarlas de manera oficial en torno al Día de Acción de Gracias. Sin embargo, esta es la primera noche de micro abierto desde que mis padres firmaron los papeles para comprar oficialmente Ventures Vinyl. El negocio en sí siempre fue suyo, pero ahora, desde hace seis días, son también los orgullosos propietarios del edificio. Una estructura de ladrillo de poco más de cien metros cuadrados en el corazón de Fortuna Beach, con cañerías viejas, cableado viejo, todo viejo, y una hipoteca de precio desorbitado.

Prueba de que los sueños sí se hacen realidad.

—Hoy deberíamos tener bastante público —comenta papá. Lo dice cada vez y, aunque nuestra popularidad ha aumentado poco a poco a lo largo de los meses, si vienen más de veinte personas él lo considera «bastante público».

En cualquier caso, es divertido y a Ari le encanta. Ella y yo empezamos a trabajar aquí el

verano pasado, pero ya hacía años que éramos amigos; Ari solía pasar tanto tiempo aquí que papá a menudo se refería a ella como su sexta hija. Estoy convencido de que Ari trabajaría aquí aunque no le pagasen, sobre todo en las noches de micro abierto.

Ari le dice a la gente que estos jolgorios son un esfuerzo de equipo, pero no es verdad. Fue todo gracias a ella. A su pasión, su planificación, su esfuerzo. Yo solo dibujé unos cuantos folletos y ayudé a montar la plataforma en un rincón de la tienda. Aunque supongo que sí fue idea mía enmarcar nuestro escenario improvisado con unas cortinas que van del techo al suelo y pintar un mural de un cielo nocturno en la pared de detrás. Papá dice que es la parte más bonita de la tienda, y puede que tenga razón. Desde luego, tiene la capa más fresca de pintura.

—Vamos allá —dice papá mientras rebusca en el cajón de discos de debajo del mostrador; ahí guarda los especiales o sentimentales, que en teoría son para la tienda pero en realidad no están a la venta. Saca un disco con una imagen en blanco y negro de dos hombres y una mujer de pie delante del Puente de Londres. Tardo un poco en reconocer a Paul McCartney en sus días posteriores a los Beatles—. *All we need is love*... Todo lo que necesitamos es amor —explica papá, al tiempo que saca el disco y le da la vuelta para colocarlo con ternura en el tocadiscos por la cara B—, y un poco de suerte.

—No dejes que mamá te oiga decir eso —murmuro. Mi padre siempre ha sido el supersticioso, y a mi madre le encanta tomarle el pelo al respecto. Todos se lo hemos oído decir un millón de veces, y yo lo repito ahora como un loro—: La suerte es solo cuestión de perspectiva.

—Y de lo que haces con las oportunidades que se te presentan —termina papá—. Vale, vale, de acuerdo, pero ¿sabes qué? Incluso tu madre cree en la suerte cuando es sir Paul quien canta sobre ella.

Baja la aguja. El disco chisporrotea un par de veces antes de que unas notas graves con sonido mecánico empiecen a sonar en los altavoces de la tienda. Hago una mueca.

—¿En serio, papá?

—Cuidadito —musita, y me señala con un dedo—. En esta familia nos encantan los Wings. No critiques.

—¿No te gustan los Wings? —pregunta Ari, y me lanza una mirada sorprendida al tiempo que sus pies golpean el mostrador.

—No me gustan... —Lo pienso por un momento. En mi familia, es casi un requisito indispensable mostrar un respeto profundo por los Beatles, y eso incluye las carreras en solitario de los FabFour. Creo que mis padres podrían llegar a desheredarnos, a mí o a mis hermanas, si alguna vez criticásemos abiertamente a John, Paul, George o Ringo—. No me gustan los sintetizadores —declaro al final—. Pero para gustos, los colores.

—Voy a empezar a colocar las sillas —anuncia papá—. Avisadme si necesitáis ayuda con cualquier otra cosa. —Echa a andar hacia la parte de delante de la tienda, tarareando al son de la música.

Miro de reojo a Ari. Tiene una oreja inclinada hacia el altavoz más cercano mientras toca la guitarra al son de la canción. No sé si es una melodía que ya conoce o si está tocando los acordes de oído. No me sorprendería que fuese esto último. Casi lo único que yo recuerdo de mis breves pinitos en las clases de guitarra, hace años, es la escala de «la mayor», y lo mucho que solían dolerme los dedos después de apretar esas cuerdas brutales durante una hora. Ari, sin embargo,

habla el idioma de las notas y los acordes con la misma fluidez que el español que habla con su familia en casa.

—Bueno —digo, y cruzo los brazos sobre el mostrador—, ¿vas a empezar la noche con un original de Ari?

—Hoy no —contesta con tono ensimismado—. Hay una versión preciosa que quiero hacer antes.

—Pero tocarás al menos una de tus canciones, ¿verdad? O sea, ese es el objetivo real de una noche de micro abierto: tocar piezas originales mientras tu público cautivo no puede escapar.

—Ese es un enfoque bastante negativo. Yo creía que el objetivo era apoyar a los artistas de nuestra comunidad.

—Eso es lo que he dicho. —Mi sonrisa se ensancha—. Me gusta cuando tocas canciones originales. Soy tu fan número uno, Ari. Ya lo sabes.

Empieza a sonreír, pero entonces su atención se desvía hacia las cuerdas de su guitarra.

—Pero si ni siquiera te gusta demasiado la música.

—Eh, a los únicos a los que no les gusta la música es a los psicópatas y a Pru. No puedes meterme en ese saco.

Ari me lanza una mirada de soslayo, pero es verdad. A mí me gusta la música tanto como a cualquiera. Lo único que pasa es que mi aprecio por ese arte palidece en comparación con la absoluta obsesión de mis padres por ella. Y de Ari también, dicho sea de paso. Mi hermana de catorce años, Lucy, tiene unos gustos bastante eclécticos y ha ido a más conciertos que yo. Mi hermana de diez años, Penny, practica el violín cuarenta y cinco minutos cada noche, sin falta. Y mi hermana más pequeña, Eleanor, alias Ellie, canta *Baby Shark* de un modo genial.

La única a la que no le tocó el gen musical es a mi melliza, Prudence. Aunque sí que le gustan los Beatles. Le gustan muchísimo los Beatles. Pero, claro, podría ser solo un intento de que no la deshereden. Véase la Prueba A, más arriba.

—Vale —acepta Ari—, entonces, dime cuál es tu canción favorita de todos los tiempos.

—*Hey Jude* —respondo, sin dudarlo ni un instante—. Es obvio. Es como... la canción que me hizo famoso.

Ari sacude la cabeza.

—Hablo en serio. ¿Cuál es tu canción favorita?

Tamborileo con los dedos sobre el cristal del mostrador, debajo del cual hay un surtido emparedado de recuerdos coleccionados. Entradas usadas de conciertos. Púas de guitarra. El primer dólar que ganó esta tienda.

—*Sea glass* —digo al cabo de unos instantes. Ari parpadea.

—¿Mi *Sea glass*?

—Ya te lo he dicho. Soy tu mayor fan. A Pru le gusta decir que *ella* es tu mayor fan, pero los dos sabemos que elegiría una canción de los Beatles como su favorita.

Por un segundo, juraría que acabo de hacer sonrojarse a Ari, que no es algo que pueda decir sobre muchas chicas. Casi me echo a reír, pero me contengo, porque no quiero que crea que me estoy burlando de ella. Claro que entonces, como no me río, el momento empieza a volverse incómodo.

En los bailes, sir Paul está cantando sobre cómo todo va a salir bien, solo con un poco de suerte.

Ari se aclara la garganta y vuelve a remeter el mismo mechón de pelo detrás de su oreja.

—He estado trabajando en algo nuevo en los últimos tiempos. Había pensado tocarlo esta noche, pero... no creo que esté del todo listo todavía.

—Oh, venga ya. Sería como... trabajarlo en un estudio.

—No. No lo sé. Esta noche no.

—Muy bien. Mantén a tus seguidores en ascuas. Pero solo te digo —sujeto el folleto garabateado en alto otra vez— que Araceli la Magnífica nunca dejaría pasar la oportunidad de encandilar al público con su más reciente obra maestra.

—Araceli la Magnífica toca en tabernas llenas de *hobbits* borrachos.

—De medianos borrachos —la corrijo.

Ari esboza una sonrisilla picara y baja del mostrador de un salto.

—¿Qué te parece esto? —empieza, devolviendo su guitarra al estuche—: Yo toco mi canción nueva si tú envías uno de tus dibujos para que lo publiquen en alguna parte.

—¿Qué? ¿Dónde querrían publicar uno de mis dibujos?

—Uhm... ¿En muchos sitios? ¿Qué tal ese fanzine que te gusta? —Intento recordar si alguna vez le he hablado de mi sueño secreto de que incluyan una de mis ilustraciones en el *Dungeon*, un fanzine que lo cubre todo, desde los Vengadores hasta Zelda—. Tú solo envía algo —continúa ella, antes de que tenga ocasión de responder—. ¿Qué es lo peor que podría ocurrir?

—Que lo rechazaran —declaro.

—Nadie se muere por que le rechacen un trabajo.

—Eso no lo sabes.

—Intentarlo no hace daño —comenta tras suspirar.

—En verdad, podría —la contradigo—. Podría doler mucho intentarlo.

Frunce el ceño con expresión desaprobadora, pero puedo lidiar con la desaprobación de Ari. O de Prudence. O de mis padres. Es la posible desaprobación del mundo en general lo que me sume en un terror agónico.

—El rechazo es parte de la vida de un artista —cavila ella, y traza con un dedo el contorno de una margarita en el estuche de su guitarra—. La única manera de saber de lo que eres capaz es mostrarle tu trabajo al mundo, y luego seguir mostrándolo una y otra vez. Y negarte a darte por vencido...

—Oh, Dios. Para. Por favor. Muy bien, pensaré en enviar algo. Solo... No más charlas motivadoras. Sabes que me estresan.

Ari da una palmada.

—Entonces, mi trabajo aquí ha terminado.



CAPÍTULO DOS

TARDAMOS CASI UNA HORA EN RECONFIGURAR LA TIENDA PARA despejar el espacio suficiente alrededor del escenario. La tienda no es enorme, pero una vez que apartamos los cubos, estantes y expositores de discos hacia los lados, es más espaciosa de lo que parece. Traemos una docena de sillas plegables de la trastienda y las colocamos en semicírculo alrededor de la plataforma elevada.

La gente empieza a aparecer hacia las cinco y media. Dos personas. Después cuatro. Luego siete. Pru y su novio, Quint, llegan a menos cuarto; entran por la puerta de la mano.

Añadimos otra fila de sillas cuando la primera docena está ocupada. Hacía mucho que no veía tanta gente; puede que sea la vez que más llena ha estado la tienda desde el Record Store Day, el día de las tiendas de discos, del año pasado, una iniciativa nacional que tiene lugar todas las primaveras y siempre atrae a un buen puñado de clientes.

Mi madre entra un segundo después seguida de mis dos hermanas más pequeñas, Penny y Eleanor. Lucy no está, lo cual no me sorprende demasiado. Tiene una vida social mucho más activa que la que teníamos tanto Pru como yo cuando estábamos en el mismo curso, y la mayoría de los fines de semana tiene planes. Planes que no incluyen pasar el tiempo en la vieja y mohosa tienda de discos con sus padres.

Ellie corre hasta papá y se lanza a sus brazos. Empieza a contarle de inmediato las obras de arte con macarrones que ha hecho en el jardín de infancia ese día.

Me acerco a Penny y le paso un brazo por los hombros.

—¿Has traído tu violín? —pregunto, y señalo el escenario con la barbilla—. Esta podría ser la noche en la que nos dejás a todos estupefactos.

Penny me mira con el ceño fruncido. Llevo animándola a participar en la noche de micro abierto desde el principio, pero siempre dice lo mismo:

—No pienso tocar delante de todos estos desconocidos.

—Pero si siempre tocas delante de desconocidos en tus recitales.

—Sí, pero con las luces del escenario encendidas, ni siquiera puedo ver a la gente del auditorio, así que es fácil fingir que no están ahí. Además, estoy con el resto de la orquesta. —Se estremece—. Jamás podría tocar sola en una cosa como esta.

Sé que no soy quién para hablar, no es como si yo fuese a subirme a ese escenario nunca. Sí que tenemos mi vieja guitarra acústica por aquí, solo por si a alguien le entran ganas de tocar y no ha traído su propio instrumento. Pero ese jamás seré yo.

—Si sirve de algo, creo que lo harías genial.

Penny me regala una sonrisa de agradecimiento, antes de que mamá se la lleve para ocupar con ella los dos últimos sitios de la fila de atrás. Ellie se instala en el regazo de mamá. Yo me dirijo al mostrador para cobrar una venta (un tipo abrasado por el sol se lleva dos álbumes de musicales de Broadway). Mientras se aleja, veo a Pru caminar alrededor del público con el portapapeles de Ari en la mano, recordándole a todo el mundo los descuentos que hace la tienda en la noche de micro abierto. Esa es nuestra Pru, siempre con actitud comercial.

—¡Ari! —susurro. Ella me mira y doy unos golpecitos con el dedo en un reloj imaginario de mi muñeca.

Ari agarra su guitarra y sube al escenario con ímpetu. Da unos toquesitos en el micrófono.

—¡Hola, hola! Muchísimas gracias a todos por venir esta noche. —Mira al público con una sonrisa radiante y saluda con la mano a algunos rostros conocidos.

Cuando empezó a celebrar estas noches, hace unos meses, siempre comenzaba la actuación un poco nerviosa e insegura, pero ese miedo escénico inicial ha amainado con el tiempo. Ahora parece que nació en el escenario; está totalmente en su elemento. Siempre me he sentido un poco celoso de cómo Ari no tiene miedo de aceptar sus propias rarezas, todas sus encantadoras excentricidades... Ya sea hablarse en voz alta a sí misma mientras busca la letra perfecta para una canción, o enseñarle a Ellie a hacer volteretas laterales por los pasillos de la tienda cuando hay poca clientela, o bailar sin vergüenza alguna por el paseo marítimo, sin que le importe lo más mínimo quién pueda estar mirando. A Ari le da igual que la gente se fije en ella, algo que yo encuentro de lo más asombroso.

Se sienta en el taburete del escenario y se quita una horquilla del pelo para soltarse el moño. Una cascada de oscuro cabello ondulado cae sobre uno de sus hombros.

—Soy Araceli y soy la anfitriona de nuestras noches de micro abierto aquí en Ventures Vinyl. Para empezar a caldear un poco el ambiente, voy a cantar una versión de una de mis baladas románticas favoritas. Esto es *Romeo and Juliet*, de los Dire Straits.

Resulta que la horquilla es, en realidad, una cejilla de guitarra. Ari la engancha al mástil de la suya y empieza a tocar; sus dedos bailan sobre las cuerdas para crear una melodía suave, casi hipnótica. Aunque he oído cantar a Ari un millar de veces, hay algo en su voz que siempre me hace sonreír. En realidad, no tiene una voz muy potente, pero hay algo reconfortante en su forma de cantar. Es como... como esa sensación que te entra cuando has pasado un día entero en la playa y estás agotado y quemado por el sol y hambriento, pero te tumbas en tu toalla calentita y el mundo entero se desvanece y notas cómo todos los músculos de tu cuerpo se relajan y no recuerdas haberte sentido más a gusto nunca.

—Ha venido un montón de gente esta noche —susurra Pru, que se acerca con sigilo al mostrador, con Quint a su lado. Quint me saluda con un choque de puños, cosa que me resulta mucho menos incómoda ahora que cuando empezaron a salir, hace ocho meses.

Mientras casi todos los presentes escuchan embelesados a Ari, Pru estudia al público igual que un científico examina un espécimen.

—Si hacemos buena caja en el Record Store Day y luego atraemos a un público así durante la temporada turística, nuestra situación será bastante decente cuando llegue el otoño.

Quint y yo intercambiamos una mirada.

Aunque sé que no debería tomarle el pelo a Pru por su visión para los negocios. Ha hecho tanto como el que más por la tienda de discos durante estos últimos meses, y ni siquiera está en nómina. En el poco tiempo libre que le queda entre el trabajo del instituto y sus labores de voluntariado con Quint en el centro de rescate de animales marinos de su madre, Pru se ha dedicado sin descanso a revitalizar Ventures Vinyl, una misión en la que redobló sus esfuerzos cuando mis padres anunciaron su plan para comprar el edificio. Fue idea de Pru transformar la fachada exterior de la tienda con un mural nuevo de temática musical, y la semana que pasé planificándolo y pintándolo fue con creces la más divertida desde que empecé a trabajar aquí. Pru también ha llevado todo el peso de nuestras nuevas redes sociales, que ahora están llenas de fotos cuidadosamente escogidas de la tienda y sus productos, tomadas en su mayor parte por Quint, que tiene muy buen ojo para ese tipo de cosas. Pru ha dedicado tardes enteras a repartir nuestros cupones promocionales en el paseo marítimo, encargar artículos personalizados de Ventures Vinyl para vender, e incluso invitar a periodistas de lugares tan alejados como Los Angeles a escribir reseñas sobre cómo la tienda es un negocio de referencia en Fortuna Beach. Una revista de viajes nos describió como «una mezcla refrescante de modernidad hípster y confort nostálgico, una parada obligatoria para todo amante de la música que viaje por la autovía de la costa». Pru hizo que enmarcasen el artículo y lo colgó detrás del mostrador.

Todos sus esfuerzos han supuesto una gran diferencia. Combinados con el aumento del turismo local y un resurgir de la popularidad de los discos de vinilo (que han empezado a superar en ventas a los CD por primera vez en décadas), la tienda ha obtenido algunos de sus mayores beneficios en los últimos tiempos. Lo cual es bueno porque..., una vez más, la hipoteca es desorbitada.

—Ari suena genial —comenta Quint—. Como de costumbre.

Ari tiene los ojos cerrados mientras canta, perdida en la serenata de un Romeo enamorado. Yo sé que ella no quiere ser cantante. Su sueño siempre ha sido estar detrás de los escenarios. Ser la compositora que crea la música y se la entrega a los artistas para que ellos hagan lo que mejor saben hacer. Sin embargo, eso no cambia el hecho de que sea hipnotizante verla tocar, el pelo brillante bajo las luces que instalamos a toda prisa para el escenario, sus dedos casi fusionados con la guitarra.

Y... vale, sé que no debería decir esto. Sé que no debería *sentir* esto, pero hay algo especial en ver a Ari en su elemento que siempre me produce una sensación opresiva, casi dolorosa, en el pecho. Como si no quisiese apartar la mirada de ella jamás.

En cualquier caso, no te hagas una idea equivocada al respecto. No tengo ese tipo de sentimientos por Ari. Esos sentimientos... Esos sentimientos intensos, abrumadores, de tipo romántico... Esos están reservados del todo y en exclusiva para otra chica.

Un hombre trajeado se acerca al mostrador para comprar un álbum de Nirvana, por lo que Pru y Quint se hacen a un lado. Justo cuando termino de cobrarle, la canción de Ari concluye, envuelta en un aplauso entusiasta. Yo emito un silbido sonoro y ella me mira a los ojos con una

sonrisa en la cara.

—Gracias —dice—. Tenemos un gran repertorio esta noche, y estoy impaciente por oíros a todos. Puede que yo salga otra vez luego a tocar una de mis canciones originales, pero, por el momento, dejad que llame al escenario a nuestro primer artista...

En cuanto Ari presenta la siguiente actuación, viene a reunirse con nosotros en el mostrador; tiene las mejillas un poco arreboladas.

—¡Has estado fantástica! —la felicita Pru.

—¿Gracias? —dice Ari, de ese modo suyo que hace que cada «gracias» suene como una pregunta.

Guardamos silencio para escuchar al hombre que está en el escenario cantando una versión de una canción de Ed Sheeran. Está realmente metido en el papel, cantando desde el corazón. O desde el diafragma, o desde donde sea que canta la gente para sonar tan bien.

Le siguen un puñado de artistas más. Un tipo en bañador se acerca a comprar una camiseta de Ventures Vinyl, pero ningún vinilo de verdad. Cuando se marcha, echo un vistazo a la tienda. Dos mujeres están cantando una canción que escribieron juntas; una toca el ukelele, la otra, unos bongos. El público da golpecitos en el suelo con los pies al son de la música. Unas cuantas personas están echando un vistazo a las estanterías mientras escuchan.

Agarro mi lápiz y empiezo a garabatear en el folleto otra vez, casi sin pensar. Estoy irritado porque todavía no se me ha ocurrido un buen nombre para este templo, cuando la campaña entera está construida a su alrededor. Miro por ahí en busca de inspiración, mientras doy toquecitos impacientes con la goma de borrar sobre el papel.

El templo de... ¿Vinylia?

El templo de... ¿Escalante?

El templo de... ¿Fortuna?

Al levantar la vista, veo que Ellie se está retorciendo en el regazo de mi madre, su breve capacidad de atención casi agotada ya. La llamo en silencio y ella corre de inmediato a reunirse conmigo. La levanto en brazos y la deposito sobre el mostrador, en el mismo punto en donde se ha sentado Ari hace un rato para afinar su guitarra. Le doy a Ellie una taza con el logo de Ventures Vinyl llena de púas de guitarra de distintos colores, y ella empieza a separarlas en montoncitos, encantada de la vida. Mamá me lanza una mirada de agradecimiento.

El dueto termina y Ari vuelve al escenario, con el portapapeles debajo de un brazo. Espera a que las artistas retiren sus instrumentos antes de agarrar el micrófono.

—No estoy segura de querer cantar después de esta actuación —comenta, y recibe una risita de confirmación por parte del público—, pero al parecer me toca hacerlo, ¡puesto que hemos llegado al final de nuestra lista de hoy! Mientras yo toco, Pru va a pasar esto por la sala otra vez y espero que consigamos unas cuantas actuaciones más. De otro modo, os tendréis que conformar conmigo para el resto de la noche. —Se encoge de hombros como para disculparse, aunque eso no sería para nada el castigo que pretende insinuar.

Ellie levanta la vista de sus montoncitos de púas de guitarra.

—¿Tú vas a cantar?

—¿Yo? Ni hablar. Este es el espectáculo de Ari.

—Todas esas otras personas han cantado —insiste Ellie.

—Sí, pero... a ellas, bueno, se les da bien. —Niego con la cabeza—. A mí no me gusta

cantar. —Mejor decirle eso, creo, que intentar explicar por qué preferiría tirarme a un foso de *sarlaccs*.

Soy alérgico a ser el centro de atención. Me da urticaria.

Ojalá pudiera decir que hablo en broma.

La expresión de Ellie es cada vez más confusa.

—Pues a mí me cantas.

Tardo un segundo en darme cuenta de que se refiere a las nanas que de vez en cuando balbuceo para intentar que se duerma, cuando mamá y papá no están en casa para acostarla. Nunca consigo recordar una nana de verdad, así que suelo cantar cualquier cosa medio lenta que me venga a la mente. *Hey Jude* es una de sus favoritas, pero odia *Eleanor Rigby*. Puede que yo también la odiase si mi nombre procediese de una canción tan deprimente. En ocasiones, incluso le canto las canciones de Ari, las que he oído las veces suficientes como para recordarlas.

Sea como sea, no pienso subir a ese escenario a cantar nada. Aunque tampoco quiero infundirle al pequeño cerebro impresionable de Ellie la idea de que cosas como cantar en público son horrorosas y humillantes y deben evitarse a toda cosa. Todavía está en una edad en la que, con regularidad y sin vergüenza alguna, canta a voz en grito el abecedario en medio del supermercado. Así que me limito a llevarme un dedo a los labios.

—Shh. Ese es nuestro secreto —le digo.

Ellie asiente con expresión solemne, siempre contenta de ser partícipe de un secreto.

En el escenario, Ari toca unos cuantos acordes en su guitarra, luego se inclina hacia el micrófono otra vez.

—He pensado que podía tocar algo en lo que llevo trabajando un par de semanas. Es muy nuevo y todavía no lo he probado delante de nadie. Así que supongo que sois mis cobayas. — Unas cuantas personas aplauden para darle ánimos. Los ojos de Ari vuelan en mi dirección y yo levanto los dos pulgares, Ella aparta la mirada.

—Se titula *Aguacero*.

Repasa los acordes una vez más, con una melodía que me parece más melancólica que la de muchas de sus otras canciones.

Cierra los ojos y empieza a cantar.

No sabría decir cuándo empezó.

Llegó cual tormenta en la noche.

Sin querer, mi corazón destrozó.

Este amor, un trueno sonoro.

Este amor, un rayo de oro.

Me apoyo en el mostrador y escucho. Ari ha escrito un montón de temas sobre el amor. El primer amor, el amor esperanzado, la añoranza del amor... Pero hay algo diferente en este. Es más emotivo, quizás. Más vulnerable.

Sí, mi amor no es un albor,

nunca fue un día de sol.

*Aquí viene la lluvia, y lloro por fin,
presa del aguacero de mi amor por ti*

Su voz tiembla un poquito, el único indicio de que está desnudando su alma ante una sala llena de desconocidos. Abre los ojos y empieza el segundo verso. Desliza la mirada por el público.

*Solíamos ser sol y helado,
hacia el ocaso arena lanzando.
Oh, qué fácil era estar a tu lado.
Ahora en cambio no puedo anhelar,
porque este anhelo me está matan...*

Los ojos de Ari se posan en los míos otra vez.

Y se calla.

Simplemente... se calla.

Se le corta la voz. Sus dedos se detienen.

Ahoga una exclamación y baja la vista hacia las cuerdas.

—Uhm..., perdón —balbucea, y se ríe un poco, incómoda—. Yo, eh..., he olvidado cómo sigue.

El público se ríe con ella, pero sin ninguna maldad. Esperamos a que recupere la compostura. A que continúe. Pero Ari no lo hace. Se limita a mirar su guitarra con las mejillas teñidas de rosa. Se queda callada el tiempo suficiente como para que la gente empiece a removerse en su asiento.

Miró de reojo a Pru y me pregunto si deberíamos hacer algo. Jamás había visto a Ari quedarse bloqueada de este modo.

—¿Estás bien? —susurra Pru, más cerca del escenario que yo.

Ari levanta la cabeza de golpe, una sonrisa radiante plantada en la cara.

—Guau, lo siento mucho. Supongo que esa canción no está lista, después de todo. ¿Sabéis qué? Dejad que vuelva a empezar. Tocaré alguna versión en lugar de esto. ¿Qué tal, uhm...? —Casi puedo ver los engranajes dar vueltas en su mente, rebuscar en la gramola interna de las canciones que conoce de memoria—. ¿Sabéis qué? Esta la he oído hace un rato por primera vez en algún tiempo. A lo mejor puede traernos a todos un poco de suerte esta noche.

Con la cara aún roja, se lanza a tocar *With a little luck* (Con un poco de suerte), de Paul McCartney & Wings.

¿Eso ha sido raro? Desde luego que ha parecido raro. Muy poco propio de Ari, en cualquier caso. Jamás la había visto quedarse en blanco de ese modo en medio de una actuación.

La nueva canción me recuerda que el álbum de *London Town* sigue en el tocadiscos, todavía girando desde que mi padre lo puso antes, aunque la música terminó hace ya un montón de rato. Intentamos no dejar que los álbumes den vueltas y vueltas, porque, con el tiempo, la aguja puede hacer surcos en el vinilo y estropearlos, pero la noche ha sido tan ajetreada que me he olvidado por completo de él.

Le doy la espalda a Ellie, que ha organizado las púas de guitarra en forma de flor, y abro la tapa del tocadiscos.

Me quedo paralizado.

Hay algo sobre el disco. Una pelota... o una piedra... o *algo*. Da vueltas y vueltas y vueltas, justo dentro de la aguja.

Levanto la aguja y paro el disco. Rota un segundo más antes de detenerse del todo. El objeto misterioso se enfoca entonces.

—¿Qué dem...? —Lo levanto y lo sujeto entre los dedos.

Es un dado de veinte caras, exactamente igual que los que usamos mis amigos y yo cuando jugamos a *Dragones y mazmorras*.

Bueno, no exactamente. Los dados que utilizamos para *Dragones y mazmorras*, como lo llamamos nosotros, suelen estar hechos de resina o son acrílicos..., excepto los de Russell, que compró unos caros dados de piedra por los que los demás seguimos babeando.

Pero ¿esto? Esto es diferente. Pesa, como una piedra, pero centellea en un tono rojo oscuro un poco opaco. Como un rubí o un granate. Los números de cada cara brillan con un suave tono dorado; sus formas angulosas parecen más runas que números normales.

En una palabra, es *exquisito*. Jamás había visto nada igual.

Pero ¿de dónde ha salido?

Miro a mi alrededor por la tienda, de Ellie a Pru y luego a mis padres. Todo el mundo está pendiente de Ari. Si alguien ha dejado esto como un regalo sorpresa para mí, ese alguien no está observando mi reacción.

Pero no, es imposible que sea un regalo de mi familia. Este dado debe costar cien dólares o más, y mi familia no produce derrochadores frívolos. Aun así, debe de ser un regalo para mí, ¿no? ¿Quién más podría emocionarse tanto por recibir un dado como este?

Preguntaré por ahí cuando Ari termine de cantar, decido, antes de dejar caer el dado en mi bolsillo mientras deslizo el álbum de los Wings en su funda y luego en la carátula de cartón. Ladeo la cabeza y estudio con los ojos entornados la imagen de la portada. El templo que he dibujado en el folleto publicitario se parece un poco a una de las torres del Puente de Londres que se ven de fondo.

Dejo el álbum en el mostrador, donde Ellie ha cambiado su flor de púas de guitarra por la forma aproximada de una niña con un vestido. Al menos, eso es lo que creo que es. El arte con púas de guitarra es bastante abstracto.

Agarro el folleto en el que estaba dibujando el templo para mi futura campaña.

El templo de... ¿McCartney?

El templo de... ¿sir Paul?

El templo de... ¿los Wings?

Mi lápiz golpea al son de la música. Entonces, se me ocurre algo.

Lo escribo en la parte superior del folleto.

«El templo de London Town».

Lo miro durante un segundo, luego borro «London Town» y lo reescribo para que diga: «El templo de Lundy Town».

No es terrible. Al menos, no se me ha ocurrido nada mejor. Aunque tampoco tengo que tomar yo la decisión final. Puedo dejar que decida el destino.

Saco el elegante dado de mi bolsillo y le doy vueltas entre los dedos para que refleje la luz de los focos. Hace un par de años, pasé por una fase en la que siempre llevaba encima un dado que

utilizaba para tomar muchas decisiones. Resulta más eficaz de lo que uno podría pensar. ¿No eres capaz de escoger entre los platos de un menú? Tira el dado y opta por el entrante sobre el que caiga. ¿No sabes qué libro empezar ahora de tu pila de libros por leer? Tira el dado y elige ese número del montón. ¿Tienes problemas para decidir cuántas cajas de galletas encargar a las Girl Scouts? Deja que el dado te guíe.

Lo que quiero decir es que le quita mucha ansiedad a la toma de decisiones.

En el escenario, Ari está terminando el último estribillo de la canción. El público está muy metido en la actuación. Mamá está cantando con ella, y unas cuantas personas más se unen al coro. «*With a little love we could shake it up. Don't you feel the comet exploding?*».

Deslizo el dedo por las afiladas aristas del dado y establezco que cualquier cosa por encima de diez consagrará de manera oficial el nuevo nombre del templo. Menos que eso y volveré al cuaderno de dibujo.

Tiro el dado justo cuando Ari canta el último verso. «*With a little luck...*».

Con un poco de suerte...

El dado rueda por encima de mi dibujo, por encima del mostrador, y se detiene justo encima del álbum.

Un veinte dorado me mira centelleando.

—Vaya —murmuro—. Menuda puntería.

Supongo que eso lo confirma. El templo de Lundyn Toune, pues.

Los últimos acordes de la guitarra de Ari se pierden en el aire y son recibidos por los aplausos del público mientras recojo el dado de nuevo.

—¿Qué es eso? —pregunta Ellie.

—Un dado de veinte caras. Acabo de encontrarlo.

—Eso no. Esto —dice Ellie, y señala hacia un pedazo de papel que asoma de la carátula del disco *London Town*.

—Ni idea. —Agarro la esquina de la hoja y tiro de ella. En el escenario, Ari recupera el portapapeles de manos de Pru y llama al siguiente artista.

Examino el papel. Es un póster pequeño con la misma imagen de la carátula, incluido el Puente de Londres al fondo.

Con una diferencia notable.

Tiene una firma, garabateada en tinta azul justo debajo del título del álbum. No se distingue del todo bien, pero la verdad es que diría que eso es una «P», y una «M» y...

—Jod... —Levanto la vista hacia Ellie, que me observa con curiosidad—. Creo que esto está firmado por Paul McCartney.

Los ojos de mi hermanita se abren como platos. En nuestra familia, incluso la niña de cinco años sabe quién es Paul McCartney.

¿Será auténtica? ¿Lo saben mis padres? Seguro que si lo hubiesen sabido, habrían enmarcado el póster o algo, ¿no?

—Les enseñaremos esto a mamá y a papá cuando todo el mundo se haya marchado —declaro, al tiempo que vuelvo a guardar con cuidado el póster dentro del álbum—. Voy a ponerlo atrás.

Meto el dado otra vez en mi bolsillo y me llevo el álbum a la trastienda, que es una habitación pequeña sin apenas espacio, llena de estanterías rebosantes de discos todavía por catalogar y tasar,

cajas de artículos promocionales y el minúsculo escritorio de mi padre, siempre abarrotado de cosas.

Dejo el disco sobre un montón de cartas y, cuando me doy la vuelta, mi mano golpea la taza de viaje favorita de mi padre, que hacía precarios equilibrios sobre una pila de libros.

Lo veo todo como a cámara lenta. La taza que se inclina hacia delante. El café que rebosa por el borde. El álbum con el póster firmado, recién descubierto, que está a apenas unos centímetros de distancia.

Reacciono por instinto. Como en una experiencia extracorpórea, observo cómo una de mis manos empuja el álbum para alejarlo mientras la otra alcanza un trapo para el polvo de una estantería cercana y lo tira debajo de la taza que está cayendo. Los últimos restos de café frío se derraman sobre él, lo cual me da una décima de segundo para sacar el álbum de debajo.

Suelto un suspiro brusco y sorprendido mientras miro boquiabierto el trapo empapado de café. Han caído unas gotitas sobre el correo, pero una inspección rápida del álbum me confirma que está intacto.

Me río, un poco descolocado.

—Vaya. Eso sí que ha sido suerte.

En realidad, ha rayado en lo milagroso. Ni siquiera sabía que ese trapo estaba ahí. ¿Cómo he podido...?

Sacudo la cabeza, dejo el álbum en una balda, bien a salvo esta vez, enderezo la taza y limpio los últimos restos de café derramado.

Mientras mi corazón vuelve poco a poco a latir a un ritmo normal, deslizo mis manos en los bolsillos y me dirijo otra vez a la sala para escuchar el resto de la noche de micro abierto. Es probable que solo sea la adrenalina, pero juraría que el dado palpita contra mi palma.



CAPÍTULO TRES

LA TIENDA ESTÁ CERRADA, PERO ARI Y MI FAMILIA SIGUEN AQUÍ, junto con Quint, que tiene en brazos a una Ellie medio dormida. (Cuando Pru y él empezaron a salir, Ellie fue la primera en extenderle el título honorario de Hermano Mayor). Todo el mundo está apelotonado en la pequeña trastienda y observa cómo saco con suavidad el póster que descubrimos Ellie y yo en la funda de *London Town*. Se lo entrego a mi padre, que lo sujeta con actitud reverente y gira el autógrafo hacia la luz.

—Sir Paul —murmura Ari, mientras todos los demás se inclinan hacia delante al mismo tiempo para verlo mejor. El garabato en tinta azul, una «P» y una «I» redondeadas, los picos más marcados de la «M», la «y» mustia que parece casi una ocurrencia tardía.

Pru saca su teléfono y un segundo más tarde está asintiendo, pensativa.

—Sí, la verdad es que parece igual —comenta, y nos muestra una pantalla llena de firmas de Paul McCartney. A veces solo firma «Paul», a veces añade la «M», a veces es su nombre completo, pero, en todos los casos, la caligrafía es muy parecida.

—Tengo la sensación de que debería llevar guantes ahora mismo —dice papá. Deja el autógrafo con sumo cuidado sobre una caja cerrada para que todos podamos verlo.

—¿No sabías que estaba firmado? —pregunto.

—Ni idea —reconoce papá—. Hace años que tengo este disco. Ni siquiera sabía que aún tuviese el póster original dentro, mucho menos... *esto*.

—Este fue el primer disco que pusimos cuando abrimos la tienda —nos cuenta mamá—. ¿Te acuerdas? Solías llamarlo tu álbum de la suerte.

—Supongo que en eso tenías razón —dice Penny.

Papá se ríe y sacude la cabeza.

—Es un hallazgo increíble, Jude.

—Ellie fue la primera en verlo —digo—. Se había salido de la carátula.

—Bueno, podría ser una falsificación —interviene Pru—. ¿Hay alguna manera de comprobar

su autenticidad? —Sigue mirando cosas en su teléfono y nos enseña una página web que vende recuerdos firmados de los Beatles—. Si es real podría valer miles de dólares.

Papá la mira horrorizado.

—¡No podemos venderlo!

Pru pone los ojos en blanco.

—Por supuesto que no vamos a venderlo. Lo enmarcaremos y lo exhibiremos en la tienda. Pero ¿no creéis que sería bueno conocer su valor? Y si alguna vez nos encontramos en otro aprieto económico, bueno... —se encoge de hombros—, es agradable tener opciones.

—No haría daño que un profesional le echase un vistazo —reconoce mamá.

—¿Podemos irnos a casa ya? —pregunta Ellie, la voz ahogada contra el pecho de Quint—. Estoy cansada.

—Sí, sí. Ya nos vamos —dice mamá. Le da un abrazo a Ari—. Has estado genial esta noche, cariño. —Después se cuelga bien el bolso del hombro, antes de coger a Ellie de brazos de Quint.

—Yo también debería irme a casa —declara Ari—. Os veré el martes.

—Espera, una cosa más. —Meto la mano en mi bolsillo y saco el dado rojo. Penny abre los ojos como platos.

—Qué bonito.

—Sí, solo quería darle las gracias a... quien sea que me lo haya dejado. —Miro a mi alrededor. Mamá y papá. Penny y Eleanor, Pru y Quint. Ari. Todos me observan inexpresivos, y luego intercambian miradas los unos con los otros. Al final hay una ronda de encogimientos de hombros—. ¿En serio? —insisto—. ¿Ninguno de vosotros me ha dejado esto? Estaba en el tocadiscos, debajo de la tapa. No ha podido llegar ahí sin más.

—Yo no lo había visto en la vida —declara Pru, y todos los demás niegan también con la cabeza.

—El que se lo encuentra se lo queda —dice Penny en tono alegre.

—Genial. —Vuelvo a meter el dado en mi bolsillo—. Supongo que hoy es mi día de suerte y ya está.

A la mañana siguiente, Pru, Lucy y Penny están sentadas en el rincón donde desayunamos siempre, comiendo *muffins* de arándanos de Costco, cuando subo las escaleras desde mi sótano reconvertido en dormitorio. Lucy tiene un casco puesto, (el otro cuelga alrededor de su cuello), pero se lo quita en cuanto me ve.

—A ver si lo he entendido bien —empieza, antes de que haya tenido la oportunidad de sentarme siquiera—. ¿Ayer encontraste un disco firmado por Paul McCartney? ¿Así sin más..., por casualidad?

—En realidad es un póster. Fue algo bastante extraño. —Dejo mi mochila en el banco y me siento al lado de Pru.

—¿Y mamá y papá no sabían nada sobre él? —pregunta Lucy—. ¿Cómo es posible?

Penny se mete otro pedazo de *muffin* en la boca; la mesa está llena de migas.

—Papá dice que tiene ese disco desde hace mucho.

—No hables con la boca llena —la regaña Lucy, pero su mirada de incredulidad sigue clavada en mí—. ¿Cómo lo encontraste?

—Estaba dentro de la carátula del álbum. Una esquina se deslizó fuera cuando fui a guardar el disco.

—Oh. ¿Crees que podría haber más tesoros ocultos en esa tienda?

—No lo sé. Siempre inspeccionamos los álbumes de segunda mano cuando la gente los trae para venderlos. Creo que ha sido pura chiripa. También encontré esto ayer por la noche. —Le enseño el dado, que me he metido en el bolsillo por impulso cuando me estaba vistiendo.

Los ojos de Lucy empiezan a iluminarse, pero se apagan enseguida.

—Oh. Creía que era una gema, no uno de tus dados de *gamer*.

Bueno, está claro que no proviene de ella, aunque tampoco lo esperaba.

Me guardo el dado y empiezo a alargar la mano hacia el último *muffin*, pero una mano diminuta llega antes que yo. Ellie, aún con el pijama de las Tortugas Ninja Mutantes Adolescentes que le regalé por su cumpleaños, lo aprieta contra su pecho y me mira ceñuda.

—¡Mío!

Yo le devuelvo la mirada, aunque la mía es menos intensa.

—¿Te la juegas a cara o cruz?

Lo piensa un momento.

—Vale —acepta al fin, y da media vuelta para sacar una moneda del frasco que hay junto al horno.

Estoy convencido de que «no es justo» fueron las primeras palabras que dijo Ellie dijo. Durante los primeros años de su vida, eran como un mantra constante. ¿Que a Penny le ha tocado un trozo de *pizza* más grande? «¡No es justo!». ¿Que Lucy ha podido elegir dos canciones en el coche de camino al colegio y ella solo ha podido elegir una? «¡No es justo!». ¿Que no sé qué niña de YouTube tiene las nuevas figuritas de Mi Pequeño Poni y ella no? «¡No! ¡Es! ¡Justo!».

Así que hace unos meses, harta de oír esas palabras, Pru le enseñó la asombrosa estrategia de utilizar una moneda cuando la justicia estaba en entredicho, lo cual le deja la decisión final al universo. Desde ese momento, Ellie ha estado obsesionada con jugarse las cosas a cara o cruz; lo utiliza para decidirlo todo, desde quién elige el juego de mesa al que jugaremos hasta si puede o no ver un episodio más de *Glitter Forcé* antes de irse a dormir. Es una manera de llegar a un compromiso pacífico..., por lo general.

—Vale —digo, y cojo la moneda de sus dedos—. ¿Cara o cruz?

—¡Cruz!

Siempre elige cruz.

Tiro la moneda al aire. La agarro al vuelo. La planto sobre mi antebrazo y se la enseño.

—Cara.

Arruga la nariz con fastidio, pero no discute. Después de todo, la voluntad del universo es la voluntad del universo. Con un mohín, deja el *muffin* otra vez en la mesa.

—Toma —digo, al tiempo que cojo un cuchillo romo—. Te daré la mitad, pero primero tienes que vestirte y prepararte para el cole.

Pone cara de enfado, pero da media vuelta y se marcha escaleras arriba.

—¡Y no te entretengas! —le grita Pru—. ¡Te llevamos nosotros al cole y no queremos llegar tarde!

—¿La llevamos hoy? —pregunto, mientras corto el *muffin* por la mitad.

—Mamá nos lo ha pedido. Tiene un montón de trabajo de contabilidad —explica Pru.

Pru y yo nos sacamos el carnet una semana después de nuestro cumpleaños, pero ninguno de los dos podemos permitirnos un coche propio, así que casi lo único que nos queda es llevarnos a nosotros mismos y a nuestras hermanas al colegio en el monovolumen de nuestra madre. El resto del tiempo, o bien nos movemos en bicicleta, o bien dependemos de Ari para que nos lleve de acá para allá en su ranchera de los años sesenta, mucho más guay, aunque de una fiabilidad cuestionable.

Mamá entra un minuto después y va directa a la cafetera.

—Buenos días, queridos hijos —dice mientras se sirve una taza de café—. ¿Lleváis los deberes? Penny, ¿has guardado tu comida?

Nuestra habitual rutina mañanera: repasar la lista, integrada en el cerebro mi madre, de las cosas que se supone que debemos hacer por nuestra cuenta pero que ella tiene que revisar de todos modos. Comidas, deberes, permisos firmados, dientes limpios, pelo en orden, todo el mundo con calcetines. (Penny ha tenido aversión por los calcetines desde bebé y hará casi cualquier cosa por escabullirse de casa sin ellos).

Una vez que todos hemos pasado la inspección, mamá nos hace un gesto afirmativo a Pru y a mí.

—Gracias por llevar a Ellie al cole hoy.

—Sin problema. —Apuro el último bocado de *muffin* y pongo la mitad de Ellie en un bol para que pueda comérsela por el camino. Estamos saliendo de la cocina cuando Ellie baja por las escaleras como un huracán, vestida con un traje a rayas, leotardos con estampado de leopardo y botas de vaquera. Su mochila de Helio Kitty le rebota sobre los hombros. También lleva manoplas de lana, aunque hoy va a hacer más de 25^s C. Ni siquiera sé por qué tiene unas manoplas. Por estos lares nunca hace el frío suficiente como para necesitarlas. En cualquier caso, todos estamos acostumbrados a las elecciones infantiles de Ellie en materia de ropa, así que nadie dice nada.

—Me pido delante —anuncia Penny.

—¿No fuiste delante el viernes? —pregunto, al tiempo que le doy el *muffin* a Ellie—. Estoy casi seguro de que es mi turno.

—¿Nos lo jugamos a cara o cruz?

Lo hacemos. Penny pide cara. Gano yo.

Eso va seguido de una discusión sobre quién va a elegir lo que oímos durante el trayecto. Otra moneda le da ese derecho a Lucy. Mientras los cinco nos apilamos dentro de la furgoneta de mis padres, Lucy conecta su teléfono al Bluetooth y pone uno de sus *podcasts* favoritos, algo sobre exploración espacial. Ellie gime.

Justo cuando Pru está saliendo a nuestra calle, suena mi teléfono. Un mensaje.

Ari: Estaba pensando en tus misteriosos dados mágicos. ¿Crees que pueden haber sido regalo de los elfos de la tienda de discos?

Jude: Sí, es probable. Me encantan esos tíos.

Ari: Son los mejores.

Jude: O quizás lo conjuraste tú con tu magia de barda de nivel 5.

Ari tarda un momento en responder; los puntos suspensivos aparecen y desaparecen unas cuantas veces.

Ari: No he hecho más que empezar a descubrir mi poder.

Me río, y Pru me lanza una mirada de curiosidad.

—¿Con quién te estás escribiendo?

—Solo es Ari. Se preguntaba si ya he averiguado quién dejó el dado ahí.

Sus ojos se deslizan de mi teléfono a la pantalla en blanco de su propio teléfono. Parece un poco suspicaz, pero no *todo* tiene que escribirse en el grupo.

Dejo el teléfono y me giro hacia la ventana para ver pasar las casas habituales, las palmeras y las vistosas flores amarillas que brotan en los bordes de las aceras. Escucho a la presentadora del *podcast*, que trata de explicar con entusiasmo algunos de sus datos favoritos sobre nuestra galaxia. Como es obvio, nuestra ubicación precisa en el universo se ha desplazado más de trescientos veinte mil kilómetros desde que empezamos a escuchar este episodio del *podcast*, dado lo deprisa que gira la Vía Láctea. Y hay un agujero negro superenorme en el centro de nuestra galaxia que contiene la masa de más de cuatro millones de soles. Y cada estrella que vemos en el cielo nocturno es, en realidad, más grande que nuestro sol. Y los científicos calculan que hay cien mil millones de planetas solo en nuestra galaxia.

Lo cual significa que al menos uno de ellos tiene que tener *ewoks*. Por simple estadística.

Mi teléfono vuelve a sonar.

Ari: Creo que me debes el envío de un dibujo a alguna revista.

El mensaje va seguido de un enlace al formulario online de envío de obras para el *Dungeon*. Me encojo un poco.

Jude: Tú no terminaste tu canción nueva. ¿Debería enviar solo medio dibujo?

Ari: Medio dibujo seguiría siendo mejor que nada...

Envía una foto que tomó del folleto de ayer con el dibujo de la barda, Araceli la Magnífica. En la foto, veo que tiene arrugas de haber estado doblado. Ari debió de metérselo en el bolsillo en algún momento.

Ari: Esto es una obra de arte, Jude. ¡Eres un Da Vinci moderno! No puedes ocultarle tu talento al mundo para siempre.

Jude: Reto aceptado.

—Estás sonriendo mucho ahí sentado —comenta Pru.

Pongo los ojos en blanco y me guardo el teléfono.

—Es Ari, que está diciendo tonterías.

Pru me mira de soslayo de un modo que me parece más expresivo de lo que debería.

—¿Y qué tonterías está diciendo Ari esta mañana?

—Cree que debería enviar uno de mis dibujos al *Dungeon*.

Penny suelta una exclamación ahogada desde el asiento trasero.

—¿A la revista esa? ¡Deberías! ¡Podrían publicarlo!

—No lo aceptarían. —Niego con la cabeza—. No soy tan bueno.

—Intentarlo no haría daño —dice Pru.

—Ari no hace más que decir eso, pero no estoy seguro de estar de acuerdo. El rechazo es un asco.

Pru frunce los labios.

—Jamás obtendrás lo que quieres si no lo pides. O mejor aún: *exige* que el mundo te dé lo que te mereces.

Le lanzo a Pru una mirada de irritación.

—Todo lo que quiero del mundo es una *remake* de *Firefly*.

—Yo quiero la paz en el mundo —apunta Ellie.

—Oh, sí, eso también —le digo—. Primero *Firefly*, pero la paz en el mundo lo sigue de cerca.

—Perdonad —interviene Lucy—. ¿Por qué está todo el mundo hablando por encima de mi *podcast*?

—Ponlo en pausa —dice Pru. No, *ordena* Pru (para ella es muy sencillo). Lucy emite un sonido de irritación con la garganta, pero le da al botón de Pausa.

—Yo estoy con Ari —confirma Pru, al tiempo que para en un semáforo en rojo—. Deberías estar enviando tu arte a distintas publicaciones. Lo peor que puede pasar es que no lo quieran. —Agarra un pintalabios de la consola central del monovolumen y empieza a aplicárselo mirándose en el espejo retrovisor.

—¡Ya sé! —exclama Ellie, dando un bote en su asiento infantil—. ¡Lanza una moneda para decidir si enviar algo o no!

Pru y yo intercambiamos miradas mientras ella vuelve a ponerle la tapa a la barra de labios. El semáforo cambia de color y Pru aparca delante de la escuela infantil de Ellie.

—Muy bien —acepto—. Lanzaremos una moneda.

—Yo lo hago —señala Lucy, y agarra la moneda que saca Ellie de su mochila.

—Cara —pido cuando tira la moneda al aire. Golpea en el techo de la furgoneta, y Lucy la atrapa por los pelos antes de plantarla sobre su brazo. Se la enseña primero a Ellie, que suelta un grito de felicidad.

—¡Cara! —Sonríe de oreja a oreja y me señala con el dedo—. ¡Tienes que enviar algo!

—Pero yo he pedido cara. Gano yo —protesto, con el ceño fruncido.

—Sí, así que ahora tienes que enviar un dibujo o algo.

Abro la boca para seguir protestando, pero Pru se troncha de risa.

—Creo que la próxima vez deberíais aclarar los términos.

Me dejo caer otra vez en mi asiento.

—Me ha timado una niña de cinco años.

Los bracitos de Ellie se deslizan alrededor del asiento y me abrazan desde atrás. Le doy unas palmaditas en la muñeca.

—Pasa un buen día, Els. Mamá o papá te recogerán luego.

Lucy abre la puerta y Ellie sale a toda prisa. Mientras Pru se incorpora al tráfico, vuelvo al mensaje de Ari. Pincho el enlace del formulario de presentación de dibujos y lo relleno, tratando de no pensarlo demasiado. Después abro mis fotos y reviso los dibujos que he guardado a lo largo

de los últimos meses, la mayor parte cosas que he ido colgando en el foro que comparto con mi grupo de *Dragones y mazmorras*. No puedo mirar ninguno de esos dibujos sin que mis propias críticas invadan mis pensamientos. «La colocación de este brazo es extraña». «Esos ojos no salieron del todo bien». «Nadie tiene el cuello tan fino». «¿Por qué son tan difíciles de plasmar las manos?».

Elijo uno antes de que mis dudas me empiecen a provocar náuseas.

Se trata de *La fantasía clásica se funde con el mundo real*. Un grupo de aventureros (elfos y brujos ataviados con capas y equipados con armas variadas) llegan listos para la batalla a la entrada de la caótica cafetería de un instituto, donde avioncitos de papel vuelan por los aires, varios alumnos de teatro practican monólogos subidos a las mesas, se ha desencadenado una guerra de comida entre los deportistas y las cocineras están sirviendo carne misteriosa en el mostrador. La imagen dice: «Uno no entra simplemente caminando a la cafetería de un instituto», un juego de palabras con la clásica frase alusiva a Mordor, de *El señor de los anillos*.

¿Es gracioso? ¿Es bueno? No tengo ni idea.

Adjuntar.

Enviar.

Respirar.

—Ya está. —Sujeto el teléfono en alto para que Pru pueda ver la página de «Gracias por tu envío». Hecho. —Después hago una captura de pantalla y se la mando a Ari.

Responde casi de inmediato con un *gif* de unos minions vitoreando.

Eso alivia de un modo muy leve el pánico que me invade cuando me doy cuenta de lo que acabo de hacer. He enviado mi arte ahí fuera, al mundo. A una publicación real. A la revista *Dungeon*.

¿Y si les parece espantoso?

Trago saliva con esfuerzo y me meto el teléfono en el bolsillo.

—Tampoco es que me importe mucho. No lo querrán.

A lo cual Pru responde con voz cantarína.

—Supongo que pronto lo sabremos.



CAPÍTULO CUATRO

CINCO MINUTOS MÁS TARDE, DEJAMOS A PENNY EN EL COLEGIO de primaria. Luego doblamos la esquina para estacionar en el *parking* del instituto Fortuna Beach. Lucy sale de la furgoneta antes de que Pru haya puesto el freno de mano. Corre a reunirse con sus amigos, que siempre quedan debajo de un inmenso sicomoro antes de las clases.

Pru y yo nos dirigimos al patio. Quint y Ezra están charlando en un banco cerca de la oficina principal. Esta es otra cosa que cambió cuando Pru y Quint empezaron a salir juntos. Hasta entonces, Pru y yo solíamos ir directos a la biblioteca del instituto durante los descansos, donde yo podía leer o dibujar en paz y ella podía trabajar en proyectos que le daban créditos extra o en cualquier otra cosa que hubiese atrapado su mente obsesiva esa semana. Pru solía considerar la biblioteca como su propio despacho privado. Una vez incluso la oí mandar callar al bibliotecario.

No es que no tengamos otros amigos. Yo tengo a mi grupo de *D&D* (César, Matt y Russell, más Kyle, que se ha unido a nosotros este otoño), pero casi nunca nos reunimos antes o después de clase. También está Noah, prime de Matt, que cursa el último año en la Academia de Ciencias y Matemáticas de Orange Bay, también conocida como el instituto al que van los chicos listos y aficionados a la tecnología.

Y además tenemos a Ari, claro, pero ella va a St. Agnes, un prestigioso colegio privado.

Así que durante mucho tiempo éramos, más o menos, solo Pru y yo. Ni solitarios ni solos, pero tampoco los más sociables del mundo que se diga.

Sin embargo, con Quint en escena, Pru se vio arrastrada de manera natural hacia la esfera social de Fortuna Beach, donde Ezra Kent es un elemento inevitable. En cierto modo, iba en el lote con Quint, supongo que igual que Ari y yo íbamos en el lote con Pru. Quint y Ezra son mejores amigos desde... No sé, desde preescolar o algo, y aunque no tengo nada en contra de Ezra *per se*, es un chico ruidoso y sin filtros, y el tipo de tío al que le gusta ser el centro de atención. Resumiendo, es lo contrario a mí en todos los sentidos.

—¡Eh, Pru la Foo y Jude el Dude! —nos llama Ezra cuando Pru y yo todavía estamos en

mitad del patio. Hago una mueca.

—De verdad que tiene que empezar a pensar en nuevos motes.

—Se lo he dicho mil veces —musita Pru en respuesta—. No parece abierto al *feedback* constructivo.

Llegamos hasta ellos y Quint pasa el brazo alrededor de Pru antes de darle un beso rápido.

Aparto la mirada... y mis ojos aterrizan en *ella*.

Me pongo más erguido y se me calientan las palmas de las manos. Maya Livingstone está cruzando el patio. Lleva su mochila vaquera colgada de un hombro. La solapa delantera está decorada con un parche arcoíris de LOVE IS LOVE, al lado de la estrella icónica del musical *Hamilton* y un puñado de pines de Kpop. (Sé que Jimin es su *bias*..., aunque no estoy del todo seguro de lo que significa eso). Hoy lleva el pelo suelto y sus espesos rizos negros botan arriba y abajo a cada paso que da. Vaqueros desgastados en las rodillas. Chanclas. Una sudadera morada con cremallera y capucha. El sol mañanero ilumina las pecas desperdigadas por su piel oscura de un modo que hace que se me seque la boca.

Estoy tan distraído por la repentina aparición de Maya que Pru y Quint podrían estar haciendo el pino sobre el banco ahora mismo y no me enteraría. Toda mi energía está dividida entre seguir con la mirada los movimientos de Maya mientras saluda a sus amigos, con su sonrisa como un faro en el patio, y al mismo tiempo intentar parecer indiferente.

No la mires fijamente durante demasiado tiempo.

Que tus ojos no se crucen con los suyos.

No respondas a la sonrisa burlona que noto que está lanzando Pru en mi dirección.

—Cállate —musito en voz baja.

—Tío —dice Quint, inclinándose hacia mí—, llevamos en las mismas clases toda la vida. Simplemente ve y habla con ella.

Genial. Incluso el novio de mi hermana ve lo patético que soy.

No rebato su sugerencia con una respuesta. Porque si fuese tan fácil, es obvio que «simplemente hubiese ido a hablar con ella» hace mucho tiempo.

Bueno, hagamos una pausa en este punto.

Tú y yo nos hemos estado llevando bastante bien a lo largo de estas últimas treinta páginas o así, ¿verdad? Nos hemos estado conociendo. Hemos disfrutado de algo de buena música en la noche de micro abierto. Nos hemos maravillado de las elecciones de vestimenta de las niñas de cinco años del mundo. Espero que no sea demasiado atrevido por mi parte decir que siento que hacemos buenas migas.

No obstante, hay una cosa que todavía no te he contado. Una cosa que deberías saber sobre mí antes de que vayamos más allá.

Estoy perdidamente enamorado de Maya Livingstone.

En realidad, no es que sea un secreto ni nada parecido. De hecho, estoy bastante seguro de que todo el mundo lo sabe..., incluida la propia Maya. Pero supongo que pensaba que toda la conversación sobre el amor no correspondido no debía ir en el primer capítulo. No es que tratase

de ocultarte información, es solo que no me parecía el tipo de cosa con la que empiezas a conocer a alguien, sobre todo cuando es un caso tan perdido como el mío.

Ese es el problema de estar perdidamente enamorado de una chica que está fuera de tu alcance en todos los sentidos: es inútil. Las posibilidades de que alguna vez tenga el valor suficiente de pedirle salir son exactamente cero. Las posibilidades de que ella dijese que sí son aún menores, lo cual es al mismo tiempo una imposibilidad matemática y algo en cierto modo preciso. No es que Maya sea el típico estereotipo de animadora adolescente de película que solo sale con deportistas ni nada de eso. Nop, Maya es lista y preciosa y amable con todo el mundo, y no es que yo sea demasiado especial por sentir un amor no correspondido por ella. De hecho, todos los días me sorprende que no tenga novio, y no lo ha tenido desde que rompió con Leo Fuentes durante las vacaciones de Navidad del año pasado.

Así que, la alegre sugerencia de Quint de «simplemente ir a hablar con ella»...

Por favor. Preferiría que me enterrasen vivo bajo un montón de *tribbles*.

Te voy a contar la historia completa, porque supongo que es relevante.

Llevo enamorado de Maya desde quinto de primaria, desde el día en que Pru faltó porque tenía varicela (yo me había recuperado de la mía un mes antes) y se perdió la excursión al acuario, lo cual me dejaba a mí solo en el autobús. O eso pensé, hasta que Maya se sentó a mi lado y se pasó la hora entera hablando de focas y de medusas y de cómo estaba convencida de que las sirenas eran muy reales, porque su abuela le había contado muchas historias procedentes de todo el mundo con criaturas medio humanas, medio pez. ¿Y qué probabilidades había de que ocurriese eso si no había algo de verdad en ellas?

No tuve que decir gran cosa durante aquel trayecto. Me limité a escuchar y sonreír, alucinado por que esa chica estuviese sentada a mi lado, hablando *conmigo*. Si ahora soy tímido y cohibido, era diez veces peor en el colegio, pero era como si Maya no se hubiese dado ni cuenta.

Era la persona más simpática, guapa e interesante que había hablado conmigo en mi vida y... Bueno, todavía lo es.

Ha estado viviendo en mi cabeza sin pagar alquiler desde entonces.

No es que hayamos hablado demasiado desde aquella excursión trascendental. Maya me sonríe a veces por los pasillos, igual que le sonríe a todo el mundo. Alguna vez pasa por la tienda de discos, e incluso intenta hablar de tonterías conmigo, pero yo suelo bloquearme y, si consigo que se me ocurra algo para decirle, suele ser algo extraño o que no viene a cuento o... no sé. Yo siendo yo.

Y sí, me pongo un poco celoso cuando veo a Maya estrecharle la mano en plan payaso a Quint o reírse por alguna idiotez que ha dicho Ezra. Para las personas como ellos es muy fácil. Se sienten a gusto en su piel y no parece preocuparles si le gustan a la gente o no.

Sería genial poder ser simplemente... tú mismo y saber que la sociedad o el universo o la Fuerza o lo que sea te considera digno.

Y sí, ya sé cómo sueno. Pero no puedo evitarlo. No consigo dejar de sentirme así. No puedo bajar a Maya de ese pedestal al que pertenece por derecho propio.

Suena la campana y el patio abarrotado empieza a vaciarse cuando todo el mundo se dirige hacia sus clases. Pru, Quint y yo vamos hacia la sala de ciencias.

Camino un par de pasos por detrás de mi hermana y su novio, con las manos en los bolsillos, rozando mi nuevo dado mientras nos zarandean por los pasillos. Este semestre, coincido con

Maya en tres clases. Astronomía a primera hora, Literatura Inglesa a segunda y Ciencias Políticas a sexta. No me siento a su lado en ninguna de ellas, pero en las dos primeras clases estoy unas pocas filas más atrás, lo cual es una tortura en sí misma. El tipo de tortura en la que me paso cincuenta minutos seguidos concentrado en ella, aunque sé que no debo. El tipo de tortura en la que me pondría a dibujar la curva de su cuello, los rizos de su pelo, el contorno de su nariz y la dulzura de sus labios en un perfecto perfil escultural. Aunque intentar dibujarla en medio de clase sería arriesgarse a que alguien se diese cuenta, y eso podría ser desastroso de un millón de maneras.

Es el tipo de tortura que se alimenta de fantasías como que Maya necesite pedir un lápiz prestado, comparar apuntes, preguntar sobre una tarea, y yo esté justo ahí con las respuestas. Fantasías de que Maya recurra a mí en lugar de a cualquiera de nuestros otros veintiséis compañeros de clase. Que Maya invente una excusa para hablarme a *mí*. Que Maya solo... sepa que existo, en realidad.

Que supiera que existo sería bueno. Que supiera que existo sería un buen comienzo.

Llegamos al aula y ocupo mi sitio en la cuarta fila. Intento no quedarme embobado cuando Maya entra por la puerta un minuto más tarde. Saco mi cuaderno de dibujo y empiezo a hacer garabatos en los bordes.

Hace poco se me ha ocurrido que podía convertir nuestra próxima campaña de *D&D* en un libro de cómics (no para publicarlo, sino solo algo divertido para mí y el grupo), así que he intentado mejorar cómo dibujo los paisajes. Una de las cosas que más me gustan de ser el Dungeon Master es crear campañas e inventar entornos chulos que explorar. Para nuestra última campaña, creé una isla de fantasía entera llamada la isla de Gwendahayr, que organicé como un *escape room*, con un rompecabezas tras otro, que el grupo tenía que resolver para formular el hechizo que o bien los permitiría escapar, o bien los dejaría caer en un foso de lava (si se equivocaban). Crearlo supuso un trabajo ingente, y este semestre tenemos exámenes finales, así que no he tenido tiempo de compilar nada tan elaborado para esta nueva campaña, pero aun así tengo unas cuantas ideas con las que estoy bastante entusiasmado.

El dibujo hace el apaño. En los dos minutos previos al toque de campana, consigo no mirar a Maya ni una sola vez. Eso es como... una hazaña sobrehumana.

El Sr. Singh pasa lista y nos pide los deberes del fin de semana antes de lanzarse a su clase sobre la Vía Láctea.

—Esto debería sonaros de vuestra tarea de lectura —dice, al tiempo que anota un par de cosas en la pizarra. Sin embargo, yo estoy distraído, y la página de mi cuaderno se está llenando a toda velocidad, no de apuntes, sino de un denso bosque, una pared medio derruida, una puerta imponente cubierta de runas—. ¿Jude?

Levanto la cabeza de golpe.

—¿Sí?

La sonrisa del Sr. Singh es tensa. Sabe que no estaba prestando atención.

—¿Podrías decirle a la clase lo que es Andrómeda? Estaba en el texto que tenías que leer el fin de semana.

El calor sube como una ola por mi cuello. Me empiezan a arder las orejas. Se me acelera el corazón. Esto ocurre cada vez que me hacen hablar en clase, da igual si sé la respuesta o no.

Y esta vez no tengo ni idea. Pensaba terminar la lectura después de la noche de micro abierto,

pero con toda la emoción en la tienda se me olvidó por completo.

Siento cómo Prudence, en la silla de detrás de mí, hace todo lo posible por enviarme la respuesta por telepatía. En ocasiones, esa cosa psíquica entre mellizos nos funciona, pero ahora mismo no me llega señal alguna.

Andrómeda. En lo único que consigo pensar es en esa ópera espacial de Gene Roddenberry de la que Matt, César y yo hicimos maratón a lo largo de tres semanas en nuestro tercer año de instituto.

Pero, entonces, el nombre despierta algo en mi cerebro.

Andrómeda.

El *podcast* de Lucy. ¿No decía algo la presentadora sobre Andrómeda? ¿*Qué* era?

El Sr. Singh frunce el ceño.

—¿Puede alguien decimos...?

—Es otra galaxia —suelto de pronto—. Una que está en rumbo de colisión con la Vía Láctea. Los científicos calculan que las dos galaxias chocarán entre sí dentro de unos cinco mil millones de años.

El Sr. Singh se queda muy quieto. El momento es breve, pero un fogonazo de sorpresa cruza su cara. No le culpo. No estoy seguro de haber dicho nunca por voluntad propia tantas palabras de una sola tacada en su clase.

Yo mismo estoy un poco sorprendido.

—Eso es —dice el Sr. Singh—. Muy bien. Por suerte, cinco mil millones de años es dentro de mucho tiempo, así que no tenemos que preocuparnos demasiado por la inevitable destrucción del mundo.

Continúa adelante con su clase y yo suelto el aire, aliviado. Pru alarga una mano y le da a mi hombro un empujoncito de felicitación desde atrás.

Por un breve segundo, mis ojos se cruzan incluso con los de Maya. Me lanza una pequeña sonrisa antes de darse la vuelta. Un aleteo de pestañas que seguro que no significa nada, nada en absoluto.

Mi orgullo dura hasta la siguiente clase, cuando la Sra. Andrews anuncia que vamos a hacer un examen sorpresa de los capítulos de *El gran Gatsby* que se suponía que debíamos leer durante el fin de semana. Suelto un quejido junto con el resto de la clase. Pru me lanza una mirada, y solo ahora recuerdo ese momento del sábado cuando me recordó lo de los capítulos que la Sra. Andrews había añadido a nuestras lecturas para casa.

—Relajaos —dice la Sra. Andrews mientras reparte los exámenes—. Es tipo test, así que, por estadística, la mayoría de vosotros tiene la posibilidad de no suspender.

Me da la impresión de que lo dice de broma, pero no se ríe nadie.

El examen aterriza sobre mi pupitre y saco la punta de mi portaminas. Empiezo a leer las preguntas y...

Mierda, no sé nada de esto.

Por el rabillo del ojo, oigo el lápiz de Pru arañar contra el papel a medida que rodea las

respuestas con confianza.

Sacudo la cabeza y me pongo manos a la obra. Hago todo lo que puedo por hacer conjeturas lógicas en función de lo que he leído hasta ahora. Soy uno de los primeros en terminar, pero no quiero ser el único en levantarme, así que finjo repasar mis respuestas hasta que un puñado de chicos se levanta para entregar el examen. Evito mirar a la profesora a los ojos al entregarle mi examen, luego vuelvo con discreción a mi sitio.

—Tardaré solo un minuto en corregirlos —comenta la Sra. Andrews—. Consideradlo tiempo de estudio hasta que termine. Es una gran oportunidad para que empecéis con la lectura de esta semana, o para ponerlos al día si os habéis quedado rezagados.

Estoy tentado de ignorar esa insinuación no demasiado sutil y seguir trabajando en el mapa para la campaña que empecé durante el fin de semana, pero me obligo a coger a *Gatsby* en lugar de mi cuaderno de dibujo.

—No está mal, no está mal —dice la Sra. Andrews diez minutos más tarde. Recorre los pasillos para repartir los exámenes corregidos—. Buen trabajo, Jude —me felicita, y deja mi papel bocabajo en mi pupitre. Se me hace un nudo en el estómago; siento su sarcasmo como una puñalada. Por un segundo, siento la tentación de disculparme, de prometer que me pondré al día con la lectura para la próxima vez.

Pero entonces le doy la vuelta al papel y me quedo de piedra.

«100».

Escrito en tinta verde.

Con un círculo alrededor.

¿Cien por cien?

Debe ser un error. Pero ahí está mi nombre, escrito con mi letra, en la parte superior. Y cada respuesta que marqué... Correcta, correcta, correcta.

Miro a mi alrededor y me pregunto si la Sra. Andrews nos estará gastando una broma, pero en la mesa de al lado Robyn tiene un «80» rodeado con un círculo en la parte superior de su examen, y alcanzo a ver un «95» en la parte superior del de Pru, que lo mira con el ceño fruncido.

Bajo la vista otra vez hacia mi examen. Las veinte respuestas a voleo. Un golpe de suerte tras otro.

Mi profesor de Estadística disfrutaría como un enano con esto.

Hablando de mi profesor de Estadística, la tercera hora es aún más rara. Vamos, muy muy rara.

El Sr. Robles se embarca en una explicación sobre el tamaño de la muestra y la diferencia entre probabilidad teórica y experimental. Pasa a hablar de un experimento que comenzó con cien personas de pie. Cada una lanzó una moneda al aire, y todo el que sacó cruz se sentó, mientras que todo el que sacó cara volvió a lanzar la moneda. Y así una y otra vez hasta que no quedó nadie en pie.

—La suerte no existe —dice—. Es todo una cuestión de probabilidades y, en teoría, cosas que parecen imposibles pueden ocurrir con un tamaño de la muestra lo bastante grande. Por ejemplo, con un grupo de cien personas, después de lanzar una moneda seis veces al aire, quedará una sola

persona en pie, una que habrá sacado cara seis veces seguidas. Ahora bien, ¿va a suceder siempre exactamente de ese modo? No. ¿Debido a...?

Espera a que la clase responda, pero solo Pru grita:

—¡Las anomalías!

—Eso es, las anomalías. Aunque son improbables, sí ocurren, porque estamos hablando de probabilidades, no de certezas. ¿Recordáis lo que hablamos la semana pasada? Teniendo en cuenta que cada lanzamiento de moneda tiene un cincuenta por ciento de probabilidad de salir cara, puede no parecer demasiado excepcional que alguien saque cara seis veces seguidas. Pero este experimento se ha llevado a cabo mediante una simulación por ordenador con *diez mil millones* de sujetos imaginarios y ¿sabéis qué? La estadística se mantuvo. En cada ronda, más o menos el cincuenta por ciento de los sujetos se eliminaban y, al final, un sujeto imaginario había sacado cara treinta y cuatro veces... seguidas. Suena imposible, pero... —Se encoge de hombros—. La probabilidad. Así que, en función de eso, vamos a hacer una simulación a mucha menor escala hoy. Janine, ¿te importa repartir estas monedas de un cuarto de dólar?

Mientras Janine le entrega a todo el mundo una moneda, el Sr. Robles dibuja una tabla en la pizarra y determina que, con veintiocho alumnos, deberíamos poder hacer cinco rondas antes de estar todos sentados. Yo estoy intentando dilucidar cómo podríamos replicar este experimento con Ellie en casa, y si eso arruinaría o no la magia de que el universo tome decisiones vitales por ella, cuando nos ponen por parejas. Para que todo el mundo sea honrado, dice el Sr. Robles.

Todos lanzamos nuestras monedas al aire al mismo tiempo. Salen volando en todas direcciones: golpean el techo, repiquetean sobre el suelo, ruedan debajo de pupitres..., pero, después de unos minutos de caos, tenemos los resultados. Tanto Pru como yo sacamos cara, así que los dos seguimos en pie, pero exactamente catorce de nuestros compañeros se sientan.

Algunos parecen impresionados por la precisión de la predicción del Sr. Robles.

Los catorce que seguimos de pie, lanzamos nuestras monedas otra vez.

Yo saco cara, pero Pru se sienta con cruz, junto con otros siete chicos y chicas.

Esta vez, solo quedamos seis en pie.

Lanzamos.

Cara.

Solo quedamos Carina, Jackson y yo.

Lanzamos.

Cara.

Miro a mi alrededor y, cuando me doy cuenta de que soy el único que permanece en pie, me entran unas ganas instantáneas de refugiarme en mi silla y darle mi moneda a Pru.

Me reprimo.

—Ahora, ¿qué creemos que ocurrirá cuando Jude lance de nuevo? —pregunta el Sr. Robles—. Tened en cuenta que cada lanzamiento tiene un cincuenta por ciento de posibilidades de salir cara.

Mis compañeros gritan sus apuestas. La mayoría está diciendo cruz, pero muchos también apuestan por que la cara mantenga su supremacía.

Es más difícil lanzar la moneda ahora que todos los ojos están puestos en mí, y agradezco que la obsesión de Ellie me haya proporcionado mucha práctica a la hora de atrapar la moneda, para no dejarla caer y quedar como un patoso sin coordinación.

Cara.

El Sr. Robles asiente y empieza a trazar marcas adicionales en la pizarra para poder llevar la cuenta de los lanzamientos que he realizado.

Cara.

Cara.

Cara.

La gente empieza a ponerse nerviosa.

Veo cómo las cejas del Sr. Robles empiezan a trepar por su frente por la sorpresa. Esto es inesperado para todos nosotros. Posible, por supuesto. Pero, aun así, improbable. Muy improbable.

Sigo lanzando la moneda.

Y sigo. Y sigo. Y sigo...

Para cuando termina la hora, la clase entera está histérica. Me han dado varias monedas de cuarto de dólar diferentes e incluso unas cuantas de cinco centavos, para asegurarse de que no estoy usando una moneda defectuosa o trucada. La gente corea mi nombre a cada lanzamiento. «¡Jude! ¡Jude! ¡Jude!». No sé si estoy eufórico por este repentino subidón de heroísmo como lanzador de monedas o si estoy horrorizado por toda esta atención. Me pica el pecho debajo de la camisa y estoy casi seguro de que me está saliendo urticaria, pero nadie puede verlo, así que intento mantener la calma y limitarme a seguir lanzando la moneda.

Lo único que sé es que para cuando suena la campana del final de la clase, el Sr. Robles está contando las marcas de la pizarra. Se masajea la frente, Incrédulo. Asombrado.

Cincuenta y siete.

He sacado cara cincuenta y siete veces seguidas.

No solo he batido todos los pronósticos. Los he pulverizado.



CAPÍTULO CINCO

—¿QUÉ ACABA DE PASAR? —PREGUNTA PRU MIENTRAS SALIMOS de clase—. Eso ha sido... —le cuesta encontrar la palabra— imposible.

—Improbable —la contradigo.

Todo mi cuerpo vibra con la energía del experimento de la moneda. El sonido de mi nombre siendo coreado todavía resuena en mis oídos. Gente a la que apenas conozco me da palmadas en la espalda cuando pasa por mi lado en el pasillo. Me hacen comentarios sobre querer que algo de esa suerte se les pegue, me preguntan qué números elegir para la lotería de esta semana. No respondo, solo sonrío con expresión tensa y me río con ellos.

Pru no se ríe. Me mira como si fuese un cubo de Rubik que está decidida a resolver.

—¿Estás seguro de que no has aprendido alguna estrategia para lanzar monedas al aire con toda la práctica que te ha dado apostar con Ellie? —me pregunta—. No sé..., algún movimiento concreto con el pulgar o algo... —Hace el gesto de lanzar al aire una moneda invisible, y sé que se está preguntando si es posible que alguien aprenda a lanzar una moneda siempre del mismo modo para obtener el mismo resultado todas y cada una de las veces. Sospecho que el Sr. Robles se está haciendo la misma pregunta en este mismo momento.

Llegamos a una bifurcación en el pasillo y hago una pausa. Me meto las manos en los bolsillos para que la gente no se dé cuenta de que las tengo algo temblorosas de la adrenalina. Mi mano izquierda encuentra el dado en las profundidades de mi bolsillo y cierro por instinto los dedos a su alrededor.

—No sé qué decirte, hermanita. Ha sido superextraño. Pero las anomalías suceden, ¿no?

Pru suelta un bufido, insatisfecha.

—Te veo luego en Ciencias Políticas —le digo, e intento hacer todo lo posible por parecer indiferente respecto a este tema. Luego giro por el pasillo para ir hacia la cafetería. Tanto Pru como Quint tienen segundo turno de comida este semestre, así que suelo comer con Matt y César, y a veces con Russell, aunque la mayoría de las veces él prefiere pasar las horas de comer

en la biblioteca trabajando en su novela, el tercer volumen de una saga de fantasía épica que llama *Las puertas ocultas de Khiarin*. O a veces *Las crónicas de Khiarin*. O, en los últimos tiempos, *Las llaves de Khiarin*. Le cuestan más los títulos que añadir palabras. La última vez que pregunté, este tercer libro tenía ya más de quinientas páginas.

Dos miembros de nuestro consejo de alumnos, subidos a sendas escaleras, flanquean las puertas de la cafetería cuando paso por ahí. Están colgando una pancarta de papel con estrellas y notas musicales y corazones pintados a mano; un recordatorio para que compremos las entradas de nuestro baile de fin de curso y el baile de graduación de los mayores.

Me detengo ante la máquina expendedora que hay justo a la entrada de la cafetería y suelto el dado para buscar un par de dólares en mi cartera.

—¡Eh, tío, no lo hagas! —exclama una voz justo en el momento en que la máquina se traga mi segundo dólar. Me giro; César me mira sacudiendo la cabeza y lanza un gemido—. Lo siento, colega.

Esa máquina está estropeada. Lleva toda la mañana comiéndose el dinero de la gente.

—¿En serio? —Me giro hacia el teclado. La pantalla azul parpadea, a la espera de mi selección.

—Quiero decir, inténtalo —me dice César, al tiempo que estampa el puño contra la puerta, justo delante de una bolsa de Funyuns—. Pero a mí me ha robado cuatro dólares antes de que me diese ni cuenta, y no me los ha devuelto.

—Vaya, lo siento —comento, aunque no estoy muy seguro de por qué me estoy disculpando. Aun así, introduzco el código para unos Doritos Cool Ranch.

Durante un segundo, no sucede nada, pero entonces la barra que sujeta los nachos empieza a rotar.

—Oh, venga ya —se queja César, y da otro puñetazo a la puerta mientras mis Doritos caen en la bandeja inferior—. Esta cosa me odia.

Empiezo a disculparme de nuevo cuando me doy cuenta de que la barra sigue girando.

Los dos nos quedamos quietos y observamos cómo cae una segunda bolsa de Doritos. Luego una tercera.

—¡Guau, genial! —Mientras las bolsas continúan cayendo, César mete la mano por la solapa y recoge las tres primeras. La máquina no para hasta que la fila entera de Doritos ha caído en la bandeja. Las once bolsas—. Supongo que esto compensa que me haya robado el dinero —comenta.

Con los brazos cargados de bolsas crujientes medio aplastadas, cruzamos la cafetería. Dejamos caer los Doritos sobre la mesa en la que nos esperan Matt y Russell, que tienen sus bandejas llenas de porciones de *pizza* y tetrabriks de leche.

—¿Teníais antojo? —pregunta Matt con tono reflexivo.

—La máquina está rota —explica César—. A mí me odia, pero Jude ha tenido suerte.

Me instalo en el banco y abro una bolsa.

—No os vais a creer lo que encontré en la tienda ayer por la noche —anuncio. Saco el dado de veinte caras de mi bolsillo y lo sujeto sobre la palma de mi mano.

—Guau —exclama Matt, y me lo quita de la mano. Por alguna razón, se me revuelve el estómago y siento un impulso tipo Gollum de quitárselo de inmediato, pero me aguanto. Al fin y al cabo, llevo todo el día con unas ganas inmensas de enseñarles el dado. Estaba seguro de que mi

grupo de *D&D* lo apreciaría mucho más que mi familia.

—Parece de uno de esos juegos de edición limitada que estaban repartiendo en la ComicCon hace unos años —comenta Matt. Lo sujeta a la luz del sol que entra a raudales por las ventanas de la cafetería. El carmesí refractado centellea por nuestra mesa—. ¿De qué creéis que está hecho?

Le pasa el dado a Russell, que frunce mucho el ceño mientras lo estudia.

—Ni idea —digo yo—. ¿De cristal, quizás?

—Pesa demasiado para ser cristal —objeta Russell, que se lo pasa ahora a César—. Parece algún tipo de piedra.

—A lo mejor es un rubí de verdad —cavila César—. Imagináoslo. Un grupo de *D&D* planeó un elaborado golpe para robar esto de las joyas de la corona y luego hizo que lo tallasen en forma de D20 como un gran «que te jodan» a la monarquía. —Estampa la mano libre con entusiasmo sobre la mesa, luego señala a Russell—. Esa sí que es una historia buena. Tienes que escribirla.

Russell no parece muy impresionado.

—¿Por qué odia este grupo misterioso a la monarquía?

—¿Cómo voy a saberlo yo, tío? Tú eres el escritor.

El dado vuelve a mí, sin más respuestas que antes. Lo guardo en mi bolsillo de nuevo.

—Lo del sábado sigue en pie, ¿verdad? ¿O pensáis pasaros el resto del semestre bebiendo cerveza en la taberna de Bork?

—Lo segundo —afirma César—. Sin duda. Goren el Macabro vota por pasar el tiempo en el bar y agarrarse el pedo de su vida.

—Por favor —dice Russell—. Goren siempre es el primero en salir corriendo y meternos a todos en líos.

—Lo cual es aún más divertido cuando Goren está borracho —insiste César.

—Por muy cierto que pueda ser eso —comento—, voy a hacer que un relámpago impacte contra el *pub* y lo reduzca a cenizas si no salís todos de ahí por voluntad propia Russell emite un ruido gutural.

—*Deus ex machina*. Menuda decisión más chapucera, Dungeon Master.

—Solo os aviso. La última vez os pasasteis una sesión entera apostando en esa pelea ilegal de dragones. No pienso tolerarlo otra vez.

Matt deja su porción de *pizza* a medio comer en el plato. Parece incómodo, y caigo en la cuenta de que no ha dicho gran cosa desde que me he sentado.

—En realidad —empieza, mientras retira un pimiento verde—, tengo malas noticias. —Nos quedamos todos callados—. Creo que Brawndo va a tener que saltarse esta campaña. —Me mira a los ojos, con el rostro crispado en una expresión de disculpa—. Le he pedido a mi jefe que empiece a darme trabajo también los sábados.

Frunzo el ceño. Matt trabaja en un puesto de pescado frito y patatas en el paseo marítimo. No es precisamente un empleo maravilloso.

—¿Por qué? —pregunta César.

—Es el día más ajetreado —explica Matt—. Puedes obtener el doble de propinas que entre semana. Necesito ese dinero para alimentar mi adicción a los videojuegos, ya lo sabéis.

—Necesitas tiempo para alimentar una adicción a los videojuegos —le corrijo.

—Sí. Quizás. Pero también me gustaría comprarme un coche en algún momento. Sea como

sea..., me pareció lo correcto.

—Podríamos trasladar *D&D* a otra noche —sugiere Russell.

Intercambiamos miradas dubitativas. No es fácil coordinar los horarios de seis estudiantes de instituto. Yo trabajo en la tienda de discos, César está en el equipo de lucha libre, Kyle (que come en el segundo turno) practica atletismo, y Noah hace encaje de bolillos con su último año de instituto, las aplicaciones para la universidad y un empleo como profe particular de matemáticas, además de presidir el club de anime de su instituto.

Y Russell... Bueno, Russell trabaja sobre todo en su novela. Pero eso ocupa gran parte de su tiempo.

—No será lo mismo sin ti —refunfuña César—. ¿Quién va a secundar todas las ideas estúpidas de Goren ahora?

—Lo siento —se disculpa Matt—. Sé que es un asco, pero podéis hacer la campaña sin mí, ¿no?

Mi mente da volteretas como una loca para repasar los detalles de la campaña. El personaje de Matt, Brawndo, es un bárbaro, lo cual le proporciona la mayor fuerza bruta del grupo. Es útil, muy útil, pero... no he incluido ningún desafío específico en la campaña que vaya a necesitarle a él...

—Sí —le tranquilizo—. Nos apañaremos.



CAPÍTULO SEIS

A PESAR DE QUE NUESTRO GRUPO DE D&D HA PERDIDO UN miembro justo cuando estamos a punto de empezar nuestra nueva campaña, el resto del día es... alucinante. No estoy seguro de recordar un día mejor que este, al menos no durante mi época de instituto. Tiene una cualidad casi mística, como si Mercurio tuviese un movimiento retrógrado y las estrellas se hubiesen alineado a mi favor o lo que sea.

En clase de Educación Física, encesto la mejor canasta de toda mi vida, un tiro de tres puntos que no me parece físicamente posible fuera de la NBA.

En Ciencias Políticas, la Srta. Spencer me empareja con Maya para hablar del papel de los medios en nuestras elecciones locales más recientes. Por lo general, esto me habría dejado petrificado, pero Maya se encuentra en su elemento y tiene muchísimas cosas que decir sobre el tema, con lo que me resulta bastante fácil asentir para mostrar mi acuerdo e intentar que no se note demasiado cuando capto el ocasional aroma de su champú y casi implosiono por sobrecarga olfativa.

Esto lo digo en buen sentido. En *muy* buen sentido.

Y, entonces, milagro de los milagros, el Sr. Cross anuncia en mi última clase del día, Artes Visuales, que vamos a pasar la siguiente semana dibujando el cuerpo humano, algo en lo que ya soy decente, pero que también me gustaría hacer mejor.

En cuanto lo anuncia, Ezra levanta los brazos.

—¡Qué pasen los modelos desnudos! —proclama jubiloso.

—A ti te toca el primero, Ez —le dice Quint, al tiempo que le da un empujoncito en el hombro.

¿Y se levantó Ezra de un salto para empezar a quitarse la camiseta, jaleado por un coro de silbidos y gritos de nuestros compañeros de clase?

Por supuesto.

El profesor tarda diez minutos en conseguir que todo el mundo se apacigüe otra vez y que

Ezra se vista del todo. El resto de la clase la pasamos viendo diapositivas de obras de arte que representan el cuerpo humano de varias formas. Cuerpos masculinos, femeninos, con curvas, delgados, altos, bajos, y todo lo que hay entremedias. El Sr. Cross va señalando un montón de detalles en los que no me hubiese fijado yo solo. Cómo la colocación de las figuras altera las relaciones de unas con otras. Cómo las sensaciones que transmite la obra varían en intensidad cuando estas miran de frente al observador o cuando están giradas para ser vistas de perfil. Cómo la dirección de los ojos y la atención de la propia figura pueden afectar a la interpretación de la obra.

Me paso la clase entera dibujando. Intento empaparme de toda la información posible, ansioso por ver si se transmite a mi lápiz.

Mis profesores ni siquiera nos ponen deberes. Ni uno solo de ellos. Un lunes.

Esto no sucede *nunca*.

No es que vaya a quejarme.

La casa está silenciosa para ser una tarde entre semana. Bueno..., más o menos silenciosa. Pru se marchó en cuanto llegamos a casa del instituto, directa a su trabajo como voluntaria en el centro de rescate de animales. Lucy tiene entrenamiento de fútbol. Mamá y papá se han llevado a Ellie con ellos a la tienda de discos. Eso nos deja solos a Penny y a mí, y mi hermana está arriba practicando con su violín.

De ahí que diga, silenciosa... *más o menos*.

En cualquier caso, no me molesta que toque. Ha mejorado mucho este último año y, después de un rato, la repetición de las canciones de su recital se convierte en un ruido de fondo casi relajante.

Estoy en la mesa de la cocina, comiéndome un segundo bol de Lucky Charms y releendo mis notas para la campaña. Intento decidir si tengo que cambiar algo ahora que hemos perdido a Matt. La verdad es que no quiero cambiar nada. He invertido mucho trabajo en esta campaña, y estoy tentado de continuar sin más con mi diseño original y hacer ajustes a medida que jugamos, si llega a ser necesario. Ese es el sello distintivo de un buen Dungeon Master, ¿no? Que sepamos ser flexibles y adaptar la historia sobre la marcha.

También se me pasa por la cabeza intentar encontrar a un jugador nuevo, pero no sé a quién podría pedírselo. Ninguna de mis hermanas está interesada. Bueno, es probable que a Ellie le encantase, pero no creo que meter a una niña de cinco años en el grupo fuese a cuadrarles a los demás. Me planteo decírselo a Ari. Nunca hemos tenido a nadie en el papel de bardo en el grupo. Pero ella suele trabajar en la tienda los sábados.

Bajo la vista hacia el papel en blanco que tengo delante y doy unos golpecitos con el lápiz contra mi pulgar. Pienso en la campaña. Ruinas perdidas y hordas de goblins y un hechizo poderoso...

La mina de mi lápiz roza el papel y empiezo a dibujar.













Reconozco que no esperaba que toda la cosa desapareciera así sin más.



¿La estatua era solo una ilusión?



¿O de verdad era una doncella apresada como dicen las leyendas?

¿O podría haber sido un...?



Un...
¿Jude?

¡DING!

La notificación de un mensaje de texto me saca de mi ensimismamiento. Aparto la vista de la hoja. Tengo los dedos manchados de grafito del lápiz. Noto un poco de tortícolis por haber estado inclinado sobre la mesa durante tanto tiempo. Parpadeo y miro a mi alrededor medio aturdido, mientras me pregunto cuándo dejó de sonar el violín de Penny. Tengo un recuerdo vago de que Lucy llegara a casa y dejase caer sus botas de fútbol en la entrada antes de subir al piso de arriba a la carrera, pero no me he dado ni cuenta de cómo la brillante luz del sol se iba convirtiendo en un ocaso morado. Mi estómago gruñe; los dos boles de cereales han sido más que consumidos en mi arrebato de inspiración.

Nuestra hora de cenar habitual ya ha pasado. Cojo el teléfono y veo que el mensaje era de mi madre. Dice que van a trabajar hasta tarde en la tienda porque tienen que desembalar unos artículos que acaban de llegar, y me pregunta si puedo preparar la cena para Lucy y Penny y para mí mismo. Ha incluido una foto de Ellie dormida en el viejo sofá que tenemos en la trastienda, con sus ponis favoritos amontonados sobre el pecho.

Respondo con un emoji de un pulgar levantado; mamá me envía un emoji de un abrazo en respuesta.

Roto los hombros unas cuantas veces, luego me levanto para echar un vistazo en los armarios. Encuentro un paquete de espaguetis y un frasco de salsa de tomate.

Les digo a Lucy y a Penny que la cena estará lista en diez minutos y compruebo la bandeja de entrada de mi correo electrónico mientras se cuece la pasta.

Tengo un *email* nuevo.

Asunto: Envío de dibujo para el *Dungeon*

Casi dejo caer el teléfono en la olla de agua hirviendo. No lo hago, gracias a Cthulhu, aunque... tal vez sea mejor hacerlo. Es probable que lo mejor sea no abrir este correo nunca. No leer nunca la respuesta negativa que estoy a punto de recibir. Es como el experimento del gato de Schrödinger. Hasta que abres la caja, el gato está tanto vivo como muerto.

Hasta que abra este correo, mis esperanzas están tanto vivas como muertas.

Lo sé. Yo tampoco he entendido nunca del todo la lógica de ese experimento. Solo estoy retrasando lo inevitable.

Dame un momento.

Uno más.

Vale.

Estoy listo.

Respiro hondo para tranquilizarme y abro el correo.

Querido Jude Barnett, gracias por tu envío. Nos gusta tu estilo artístico y encontramos tu punto de vista refrescante. Nos complace aceptar tu dibujo para nuestra edición de julio del *Dungeon*...

El correo continúa, pero dejo de leer. Miro esas palabras hasta que se fusionan unas con otras.

«Nos complace aceptar».

«*Nos complace aceptar*».

Im... posible.

Siento que una sonrisa dubitativa, incrédula, tira de mis labios. ¿Me estoy imaginando esto?

Hago una captura de pantalla y se la mando a Ari y a Pru. La respuesta de Pru llega al instante

Pru: GENIAL. ¿Cuánto pagan?

Pongo los ojos en blanco.

Jude: ¿¿A quién Le importa??

Cuando Pru no responde, suspiro y compruebo las normas para los envíos de obras al *Dungeon* en su página web.

Jude: 50 \$

Pru: No está mal, pero lo renegociaremos para la próxima vez. Eres libre de aceptar.

Jude: ¿Desde cuándo eres mi mánager?

Pru: ¡Desde el útero, Jude!

Pru: Puede que Quint, Ari y tú tengáis talento, pero estaríais perdidos sin mí.

Pru: Bueno, quizás no perdidos. Pero seríais unos artistas muertos de hambre.

Jude: Para ti es artistas.

Pru contesta con el emoticono del artista, con boina y todo.

El texto de Ari llega unos minutos después.

Ari: ¡¡¡Te lo dije!!!

Mi corazón se anima a medida que empiezo a asimilarlo. Esto es real. He enviado un dibujo a la revista *Dungeon* y lo van a publicar de verdad. Incluso me van a pagar por ello. ¡Por dibujar algo!

Jude: Ahora me debes una canción.

Ari empieza a escribir una respuesta. Aparecen los tres puntitos al lado de su nombre.

Pero entonces los puntos desaparecen.

Espero.

Después de un buen rato, empieza a escribir otra vez.

Ari: ¡Araceli la Magnífica está en ello!

La sonrisa vuelve a mi cara. Bajo la vista hacia mi cuaderno de dibujo. Miro a la barda y al hechicero; son dos personajes que ayer no tenían un sitio en mi nueva campaña, pero ahora empieza a gustarme hacia dónde se dirige la historia. Antes no sabía cómo iba a iniciar al grupo

en esta nueva aventura, pero puedo utilizar a la barda como un NPC que les hable del templo misterioso y del hechicero y la maldición. A lo mejor puede darles el Diamante Escarlata y...

De repente, me quedo muy quieto.

El Diamante Escarlata era un tesoro de la única campaña que intenté llevar a cabo con Quint, Pru y Ari. Una campaña que no llegó a arrancar del todo porque, aunque decían que se estaban divirtiendo, jugar nunca fue una prioridad para ninguno de ellos y la historia acabó por diluirse poco a poco. No había pensado demasiado en ello hasta ahora mismo.

Saco el dado rojo de mi bolsillo y lo sujeto sobre mi dibujo. Pienso en la historia que he estado tramando, la mitología del templo que le estaba contando a Ari durante la noche de micro abierto.

Una doncella convertida en piedra, una maldición que solo puede romper alguien considerado digno. Y, para que ese aventurero consiga romper el hechizo... Un don. Un conjuro que proporciona una buena suerte asombrosa al tirar el dado.

Esas cosas me han estado ocurriendo a mí. Todas estas coincidencias extrañas y felices. Esto no es la Fuerza. No es el universo. No son una serie de anomalías estadísticas.

Esto es la magia de Lundyn Toune.

Mi respiración se ha vuelto rápida y entrecortada... Esto es una locura. ¿En serio me estoy planteando la posibilidad de que esto pueda ser...? ¿Que el dado podría estarme dando...?

¿Que mi vida de verdad pueda haber sido tocada por...?

¿... la magia?

Quiero decir, me gustaría creer en la hechicería y los unicornios tanto como a cualquiera, pero... la verdad es que no creo en esas cosas. No creo en *esto*.

Pero, entonces..., ¿de dónde salió el dado? Y, ahora que lo pienso, es verdad que las cosas empezaron a ponerse raras desde el momento en que lo encontré. Raras en el buen sentido. La firma de Paul McCartney y cómo la salvé de milagro de esa taza de café, cuando en la vida real mi puntuación en destreza sería bastante patética. Después, adiviné casi de chiripa todas esas respuestas en el examen de Literatura, y luego estuvo lo del botín de la máquina expendedora, por no mencionar la increíble improbabilidad de sacar cara cincuenta y siete veces seguidas al lanzar una moneda al aire.

De pronto, suena el temporizador y doy un respingo. Echo un vistazo justo a tiempo de ver el agua burbujear y consigo quitar la olla del fuego un segundo antes de que rebose. Me siento aturdido mientras busco un colador y escurro la pasta. La devuelvo a la olla, añado la salsa, saco boles y tenedores...

Todavía no llamo a mis hermanas. Me limito a quedarme ahí plantado, con la cuchara de madera en una mano y el dado en la otra. Pienso en templos perdidos y magia y suerte.

Los números dorados tipo runa emiten destellos.

—Si esto es real —susurro—, envíame una señal.

Respiro hondo y tiro el dado.

Oigo su sonido familiar y reconfortante cuando repiquetea por la encimera. Entonces choca con uno de los boles y cae rodando al suelo. Doy un salto atrás cuando impacta contra él y rueda más allá de mis pies, antes de perderse debajo de uno de los bancos del rincón del desayuno.

Me quedo mirando el punto por el que ha desaparecido. Al principio siento una sorpresa real. La verdad es que durante un segundo había pensado que funcionaría. No sé qué esperaba, pero...

algo guay. Algo afortunado.

«Menuda magia», pienso con ironía.

Me juro no mencionarle esto a nadie nunca y me agacho para meter la mano debajo del banco. Palpo el hueco en busca del dado. En lugar de eso, mi mano aterriza sobre algo largo y estrecho, y saco un portaminas. Suspiro y vuelvo a meter la mano. Esta vez encuentro el dado, lo deslizo hasta la luz y capto el brillante número veinte en la cara superior.

—Genial —comento. Agarro el dado y el portaminas y me pongo en pie.

Solo entonces lo reconozco. El portaminas. Azul oscuro y cubierto de polvo. Me quedo boquiabierto mientras retiro las pelusas de la goma.

No es un lápiz cualquiera. Es mi portaminas favorito, con el que solía dibujar todo el rato hasta que lo perdí. Hace años de aquello y ahora... aquí está.

Devuelvo mi atención al dado, estupefacto. El veinte centellea y, si no supiese que es imposible, pensaría que el dado acaba de hacerme un guiño.



CAPÍTULO SIETE

—¡LANZAD UNA MONEDA AL AIRE PARA VER QUIÉN SE LO QUEDA! —grita Ellie, con la boca llena de goffre Eggo.

—No hables con la boca llena —dice Lucy—. Cara —añade. Estamos de pie ante la encimera de la cocina. El último paquete de PopTarts se encuentra entre los dos.

—Cojamos una cada uno y ya está —sugiero.

Pero Ellie ya tiene su moneda en la mano. La lanza lo mejor que puede, aunque no consigue atraparla al vuelo. La moneda cae al suelo y rueda debajo de la mesa. Ellie se lanza a por ella.

—¡Cruz! —exclama, antes de reaparecer a gatas, con la moneda en la mano.

Lucy suelta un bufido.

—No pasa nada, quédatelas tú —le digo—. Tomaré cereales. —Doy media vuelta y saco un bol del armario.

—Últimamente tienes *muchísima* suerte —comenta Ellie.

Me paro para mirarla. No me he separado del dado ni un segundo desde ayer por la noche. Incluso he dormido con él debajo de la almohada y lo he vuelto a guardar en mi bolsillo en cuanto me he vestido esta mañana.

—¿Tú crees? —pregunto, tratando de no sonar sospechoso. Aunque ahora estoy convencido al noventa y nueve por ciento de que llevo un dado mágico de la suerte en el bolsillo..., no estoy dispuesto a contárselo a mis hermanas.

—Has ganado como... todas las veces que hemos lanzado una moneda al aire —explica Ellie.

—Supongo que así es. —Sujeto el bol en el pliegue de mi codo mientras abro la nevera y saco la leche.

Cuando me giro otra vez, Ellie me mira con los ojos entornados y una expresión suspicaz.

—¿Estás haciendo trampas?

Sé que eso sería una traición sin igual a la santidad del lanzamiento de monedas al aire.

—Si estuviese haciendo trampas —respondo—, no estaría renunciando a mis ganancias con

tanta facilidad, ¿no crees? —Hago un gesto hacia el tostador, donde Lucy acaba de meter las PopTarts. Sin embargo, tengo las manos llenas de cosas y al instante siguiente el bol resbala de su precaria posición. Suelto un grito y, por instinto, levanto un pie.

Para sorpresa de todos, yo incluido, paro el bol con la punta del pie un segundo antes de que se haga añicos contra el suelo.

—Guau —musita Lucy asombrada—. Es verdad que tienes suerte estos días. Deberías ir a comprar algún rasca y gana. O un décimo de lotería o algo.

Suelto una risita nerviosa, con el corazón acelerado, mientras dejo la leche sobre la encimera y recupero el bol.

—Hay que tener dieciocho años para comprar lotería.

—Pues qué pena —cavila ella, aunque noto que cree que debería ir a comprarla de todos modos.

Pru entra en la cocina y agarra un plátano de la encimera.

—Ayer recibimos una noticia increíble en el centro.

—¿Esa mujer horrible que robó tanto dinero va a ir a la cárcel? —pregunta Lucy.

El comentario hace que a Pru se le agríe la cara. Suelta un bufido y pone los ojos en blanco.

—No. Rosa decidió no presentar cargos. Pero sus abogados han estado en negociaciones y parece que Shauna va a tener que pagar una indemnización. Así que algo es algo. Pero... —sus ojos se iluminan de nuevo— ¡esto es aún mejor! El zoo que va a adoptar a Lennon y a Luna por fin ha terminado de construir su nuevo recinto. ¡Podrán trasladarlos en pocas semanas!

—Genial —digo, y levanto mi cuchara a modo de brindis. Ellie da palmas, feliz de ver a Pru tan contenta. Lucy, sin embargo, parece confusa.

—Creía que no querías que vuestros leones marinos se marchasen a un zoo nuevo —comenta.

—¿No los echarás de menos? —pregunta Penny.

Todos hemos ido al centro de rescate unas cuantas veces desde que Pru empezó a trabajar allí, y ella siempre se muestra encantada de presentarle a todo el mundo a sus dos leones marinos favoritos, en especial a Lennon, en cuya salvación participamos todos: el mar lo arrastró hasta la playa durante el Festival de la Libertad. Es una historia triste con un final feliz. Luna tiene un trastorno cognitivo y Lennon perdió la vista debido a una infección. Ninguno de los dos sería capaz de sobrevivir en libertad, así que el centro no puede volver a soltarlos en el océano. El lado bueno, sin embargo, es que los dos leones marinos se han convertido en mejores amigos (¿quizás más que amigos? La verdad es que no estoy al día de los romances entre los mamíferos acuáticos del centro), y un zoo que está a tan solo unas horas al norte aceptó acogerlos a los dos, para que no hubiese que separarlos.

—Por supuesto que los voy a echar de menos —admite Pru—, pero el recinto del zoo va a ser más grande y más agradable que lo que tienen aquí. Es hora de que sigan su camino. Y, puesto que no está demasiado lejos, cuando Quint tenga su propio coche podremos ir a visitarlos los fines de semana.

—¡Oh! —exclama Ellie, y da un bote en su silla—. ¿Podemos ir a verlos juntos?

—Claro que sí —dice Pru—. Una vez que estén instalados, planificaremos una excursión en familia.

—Suenan como que las cosas han estado yendo bien en el centro, ¿no? —comento entre cucharada y cucharada.

—Bien, pero hasta arriba de trabajo —explica Pru—. Es la época del año en la que muchos de los pinnipedos son destetados de sus madres, y no todos son capaces todavía de cazar lo bastante bien para alimentarse solos. Recibimos cinco pacientes nuevos la semana pasada. Aunque al menos al centro le va mucho mejor en el aspecto económico este año. Nuestras iniciativas para recaudar fondos han empezado a funcionar, tenemos un montón de donantes nuevos y, lo que quizás sea más importante, ya no hay una contable corrupta sisando dinero de las arcas. Así que... sí. —Asiente, satisfecha—. Las cosas van muy bien, en realidad. —Mira el reloj y tira la piel del plátano a la basura—. ¿Todo el mundo listo?

De camino al coche, lanzamos la moneda de Ellie al aire tres veces más. Primero para ver quién conduce, porque, aunque se supone que conducir es una especie de gran rito de iniciación, tanto Pru como yo odiamos llevar nuestra monstruosidad de monovolumen. Gano yo (obviamente) y ella se sienta al volante, quejándose de que le tocó conducir ayer, pero «lo que diga la moneda...». Lanzamos otra vez para determinar quién va de copiloto. Gano otra vez, pero dejo que Penny vaya delante porque dice que la semana pasada no pudo hacerlo ningún día. La última moneda es para ver quién tiene que sentarse en medio en el asiento de atrás. Gano por tercera vez y conservo mi sitio al lado de la ventana. Le revuelvo el pelo a Ellie cuando me lanza una mirada asesina.

—Tramposo —masculla.

La radio sigue puesta de cuando mi madre usó la furgoneta por última vez. La presentadora de la mañana está hablando con entusiasmo de un concierto inminente para el que está todo vendido, pero para el que promete regalar un par de entradas antes de que acabe la mañana. Está dando paso a un anuncio cuando una figura a la puerta del Java Jive llama mi atención. Un escalofrío me recorre la columna.

—Pru, frena. ¡Párate a un lado!

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunta sobresaltada, y pone el intermitente—. ¿Qué pasa?

—Nada. Yo solo... Esa de ahí atrás era Maya.

Pru se detiene al lado de la acera. El coche apenas ha dejado de rodar cuando abro la puerta y salto fuera, mientras me guardo sin pensar el teléfono en el bolsillo.

—¿Qué haces? —exclama Penny—. ¡Vamos a llegar tarde!

Me giro hacia ella y señalo calle abajo.

—Estamos a menos de dos manzanas del cole de Ellie. ¿Podrías ir una de vosotras andando con ella y os recogemos en la esquina?

—¿Andando? —gime Ellie, como si acabase de sugerir que escalara el Everest.

—No seas quejica —la regaña Pru—. Jude tiene razón. Lucy, ¿puedes ir con ella?

—¿Por qué yo?

No me quedo a escuchar la discusión subsiguiente. Troto por la acera mientras me pregunto si me lo he imaginado todo. ¿Son ilusiones mías? ¿Un milagro?

Pero no. Ahí está Maya. Camina de un lado para otro por el *parking*, con el móvil sujeto entre la oreja y el hombro. Un pequeño Toyota Camry está aparcado a su lado con el capó abierto. Maya parece exhausta: tiene su mano libre cerrada en torno a un grueso mechón de pelo y una expresión que es, más que cualquier otra cosa, lo que me ha hecho parar.

—¿Maya?

Se gira hacia mí con sorpresa y luego se relaja, aliviada. Levanta un dedo y vuelve a mirar el

coche.

—No lo sé, no arranca —le dice a la persona al otro lado del teléfono—. Estaba bien. Me paré un segundo, entré corriendo a por un café y cuando volví a salir... —No dice nada durante un rato; en cambio, asiente a lo que sea que le está diciendo la otra persona—. Eh..., la batería parece... —frunce el ceño y mira una caja negra que hay en una esquina del motor— ¿una batería? ¿Cómo voy a saberlo yo? —Suspira—. Lo sé, lo sé. Es solo que voy a llegar tarde...

Mientras habla, me inclino sobre el motor. Noto el calor que irradia.

—¿Qué pasa? —pregunta Pru. Levanto la vista y la veo venir andando hacia nosotros con Penny.

—Un segundo —le dice Maya a quienquiera que esté al teléfono. Baja el aparato, parece nerviosa—. Mi coche no arranca. Mi padre cree que podría ser la batería, pero no tengo pinzas y tampoco tengo ni idea de lo que estoy haciendo. —Se ríe con ironía—. Estoy un poco atascada, la verdad.

—Nosotros podemos llevarte —le ofrezco deprisa.

¿Demasiado deprisa? ¿Sueno ansioso? ¿Desesperado? ¿Colaborador en su justa medida?

La sonrisa que esboza Maya es de agradecimiento, aunque aún se la ve crispada por la preocupación.

—Gracias, pero igual tengo que esperar a la grúa. No quiero que lleguéis tarde también vosotros. Así que... no pasa nada... Seguro que es una tontería, ¿sabes? —Suelta un gran suspiro y devuelve el teléfono a su oreja—. Lo siento, papá. Unos amigos míos pasaban por aquí y se han parado para ver si necesitaba ayuda...

Mientras habla con su padre, estudio el motor. Metal y plástico, tuercas y tornillos. ¿Qué haría Ezra? He de reconocer que esta no es una pregunta que creyera que fuese a hacerme jamás, pero aquí estamos. Ezra trabaja en el taller de Marcus, arreglando coches y haciendo «cosas mecánicas» (un término técnico). Para empezar, seguro que él tendría pinzas. Si estuviese aquí, lo más probable es que le bastase con echar un vistazo a este motor para saber cómo arreglarlo, mientras que yo bien podría estar intentando traducir una hoja entera llena de jeroglíficos. Ni siquiera estoy seguro de que sea un motor de combustión. ¿Podría ser eléctrico, o híbrido? Nunca consigo distinguirlos bien.

Ahora mismo, daría mi preciado Funko Pop de Gimli por ser capaz de arreglar este problema para Maya. Imagino cómo sería. La sudadera remangada, las manos sucias de grasa, una llave inglesa en el bolsillo trasero del pantalón. (¿De dónde ha sacado la llave inglesa?, os preguntaréis. Bueno, pues no lo hagáis).

Por un segundo, aprieto la mano contra la parte exterior del bolsillo de mis vaqueros, donde noto el dado a buen recaudo.

Puedo hacerlo. Puedo arreglar esto. Si esta fuese una campaña de *D&D*, haría una tirada de percepción para saber qué es lo que está mal, y luego haría un chequeo de sabiduría (supervivencia) para comprobar si sé arreglarlo. Y, con un dado mágico, la respuesta sería sí, por supuesto. Puedo hacer cualquier cosa, ¿no?

Imagino cómo me miraría Maya cuando diagnosticase el problema. Lo que diría si yo le asegurase que puedo arreglar esto sin problema. Me miraría como si fuese un condenado héroe y yo manipularía esta... cosa. Sea lo que sea, eso se parece un poco a una abrazadera de metal al lado de la batería. Se mueve un poquito cuando la toco, así que le doy un apretón. Suelta un poco

de polvillo blanco.

—¿Qué estás haciendo? —bufa Pru entre dientes.

—Espera, papá. —Maya baja el teléfono otra vez y me mira. Luego baja la vista a esa cosa del motor—. ¿Qué has hecho?

—Uhm..., no estoy seguro —admito, y noto que el calor trepa por mis mejillas—. Pero eso parecía... ¿flojo?

Maya me mira pasmada.

Me aclaro la garganta.

—¿Podrías intentar arrancarlo?

Eso suena como algo que diría Ezra.

Maya abre la boca, pero duda durante unos segundos largos. Luego asiente, con un destello nuevo de esperanza en los ojos.

«¿En qué estoy pensando?».

Y esa es justo la pregunta que Pru me masculla mientras Maya se coloca en el asiento del conductor.

Le lanzo a mi hermana una mirada de pánico.

—No lo sé. Solo se me ocurrió que...

El rugido del motor al arrancar interrumpe mis palabras, haciendo tanto ruido que tanto Pru como yo damos un salto atrás.

—¿Qué? ¿Era eso? —farfulla Maya—. ¡Jude! ¡Lo has hecho! —Sale del coche entusiasmada y, antes de que me dé cuenta, sus brazos están a mi alrededor. El abrazo es breve pero abrumador, y cuando se aparta siento como si mi corazón fuese a reventar en mi pecho—. Eres mi héroe —declara, al tiempo que me da un puñetazo suave en el hombro—. ¿Cómo has sabido que era eso?

No puedo ni hablar. Este es el momento más importante de toda mi vida.

—Jude está lleno de sorpresas —afirma Pru, y me da un codazo en las costillas. Me encojo un poco.

—Brillante. —Maya cierra el capó con ganas—. ¡Gracias! No me lo puedo creer. Estoy contentísima de que pararas. —Resopla con fuerza—. Vale, vamos a llegar supertarde. ¿Os veo en el insti? —Da media vuelta y se pega el teléfono a la oreja otra vez para explicarle a su padre lo que ha pasado.

Me quedo ahí plantado boquiabierto durante un segundo más, hasta que Pru me agarra del brazo y me arrastra por la acera.

—¿Cómo has hecho eso? —pregunta Penny. Había olvidado que estaba aquí, pero ahora tanto ella como Pru me están mirando como si acabase de convertirme en Super Saiyan.

—Sabes lo mismo de coches que yo —masculla Pru—. *Nada*.

Intento parecer igual de perplejo, aunque... sé que no he sido yo. Ha sido el dado.

—No puedo explicarlo. Solo vi eso suelto y se me ocurrió apretarlo. Solo... tuve suerte.

—Sí, últimamente parece que tienes muchos golpes de suerte —musita Pru. Me mira durante un momento largo, luego adopta una expresión extraña, distante. Aparta la mirada con un suspiro—. Disfrútalo mientras dure.



CAPÍTULO OCHO

DEBERÍAMOS HABER LLEGADO TARDE, PERO NO. DESPUÉS DE recoger a Lucy delante del cole de Ellie, pillamos todos los semáforos en verde e incluso encontramos un sitio para aparcar justo al lado de la entrada principal, aunque por lo demás el *parking* está lleno. Ahora que estoy más pendiente de las señales, no puedo evitar pensar que es la magia que me está ayudando una vez más.

Pru y yo llegamos casi sin aliento a la clase del Sr. Singh, justo cuando está sonando la campana.

Maya entra tres minutos después y, a pesar de la mirada de enfado que recibe del profesor, me sonrío de oreja a oreja mientras se dirige a su sitio.

¿Lo has oído? ¿No? Deja que lo diga otra vez.

Me sonrío de oreja a oreja. *A mí.*

De hecho, Maya me mira como si acabase de salvar a su gato de ahogarse, y eso hace que se me pongan los nervios de punta. Sé que debería devolverle la sonrisa. Sé que un chico normal como Ezra (¿Ezra es un chico normal? Bueno, no pensemos demasiado en ello) le devolvería la sonrisa. Se mostraría amable y despreocupado, en plan «no ha sido nada. Yo arreglo cosas y tal». Pero como es obvio, yo actúo más bien como Peter Parker antes de ser Spiderman, porque empiezo a rebuscar en mi mochila hasta estar seguro de que Maya ya no me está mirando.

El Sr. Singh empieza su clase, pero en cuestión de segundos, me fijo en que Maya se está pasando notitas con Katie, que se sienta detrás de ella. Mordisqueo la tapa de mi bolígrafo y me pregunto si están hablando de mí. No obstante, eso es un poco presuntuoso y, en un momento dado, pillo a Maya susurrando: «¡Lo olvidé!».

Katie parece horrorizada. ¿Qué ha olvidado Maya? ¿Su cumpleaños? Con una mirada como esa, casi esperaríamos que dijese que hubiera olvidado parar en el hospital a donar un riñón.

Maya levanta la vista hacia el reloj, después mete la mano con disimulo en su mochila y saca su móvil. Lo tiene escondido debajo del pupitre, pero estiro el cuello para ver la pantalla. Abre su

buscador y aparece una página web con letras mayúsculas y números en la parte superior. KSMT 101.3.

¿Una emisora de radio?

—Yo guardaré eso, señorita Livingstone —dice el Sr. Singh, que ha aparecido de la nada y le quita a Maya el teléfono de las manos. Ella suelta un grito ahogado y estira la mano hacia él, pero el profesor ya ha apagado la pantalla y ha dado media vuelta hacia la pizarra.

—¡Espere! ¡Solo tengo que hacer una cosa muy rápido!

—Tendrás que esperar a que termine la clase.

Maya y Katie intercambian una mirada desolada, antes de que Katie levante una mano.

—¿Puedo ir al servicio?

El Sr. Singh la mira ceñudo.

—¿Cinco minutos después de empezar la primera clase del día? Deberías haber ido antes de entrar. Deja que termine esta explicación y podrás ir después.

—Pero... —Katie aprieta la mandíbula y echa una ojeada al reloj de encima de la pizarra.

—Sobrevivirás —sentencia el Sr. Singh. Deposita el teléfono de Maya sobre su escritorio y recoloca un montón de papeles—. Ah, antes de que me olvide... —Levanta la vista, la pasea por la clase. Sus ojos se posan en mí—. Jude, ¿podrías llevar esto a Secretaría?

—¿Yo? —pregunto, perplejo.

Cuando un profesor necesita que alguien haga un recado, casi siempre se lo pide a Pru. Una apuesta segura, fiable. No es que yo sea un chico problemático ni nada. En realidad, no soy *nada*. Paso desapercibido siempre que puedo. Así es como me gusta que sean las cosas.

¿Por qué me lo ha pedido a mí?

Sin embargo, el Sr. Singh me lanza una mirada de impaciencia, así que respiro hondo y me levanto de la silla. Noto que Katie me pone cara de pocos amigos cuando tomo el sobre y salgo al pasillo.

Al llegar a Secretaría, nuestra recepcionista está tarareando una canción que suena en la radio mientras ordena papeles en un archivador. Es un clásico... ¿Frank Sinatra, quizás? Pero mientras espero a que se fije en mí, me doy cuenta de que es una de las versiones nuevas cantadas de Sadashiv, un cantante indio británico que ha batido un montón de récords y al que han llamado «el hombre más guapo del mundo». Esto solo lo sé porque Lucy y Penny son superfans suyas, y porque Maya vino a la tienda el año pasado preguntando por su último disco, así que ahora estoy atento siempre que una de sus canciones sale en las listas de reproducción de mis hermanas.

La canción termina y me aclaro la garganta. La Sra. Zaluski se gira hacia mí.

—Perdona, cariño, no te he oído entrar.

—Del Sr. Singh —digo, y le tiendo el sobre.

—Oh, sí, gracias. —Está estirando el brazo por encima del mostrador cuando nuestro subdirector, el Sr. Hart, asoma la cabeza por la puerta de su oficina.

—¡Es la hora! —exclama.

La Sra. Zaluski se sobresalta y no llega a agarrar el sobre cuando lo suelto. Cae revoloteando hacia su mesa, sobre el teclado, pero ella lo ignora y se gira hacia el pequeño altavoz que tiene detrás de la pantalla de su ordenador. Alarga la mano hacia el dial y sube el volumen.

Es la misma cadena de radio, con la misma presentadora, que llevábamos puesta en el coche esta mañana, una mujer con una voz alegre y cantarína.

—¡Gracias por estar conmigo hoy! ¡Soy Vanessa Hsu y estás escuchando KSMT 101.3, y sí, este es el momento que llevas esperando toda la mañana! Estamos a punto de regalar unas entradas VIP para el concierto de Sadashiv de este jueves. Tengo nuestro último par de entradas aquí a mi lado y se las voy a entregar al oyente número cien en llamarnos.

Tanto la Sra. Zaluski como el Sr. Hart levantan sus teléfonos mientras la presentadora da el número al que hay que llamar.

Puesto que nadie me presta atención, retrocedo despacio para salir de la oficina y dejo que la puerta se cierre con suavidad a mi espalda.

Cuando estoy en el instituto, suelo dejar el móvil en la mochila, pero ahora siento su peso en el bolsillo trasero de mi pantalón. Lo guardé ahí al salir del coche esta mañana con las prisas por ayudar a Maya.

El pasillo está desierto cuando saco el teléfono con una mano, mi dado con la otra.

Es imposible, claro. Las probabilidades deben de ser de... No tengo ni idea. ¿Diez mil a uno? Quizás no tanto, pero aun así... una cifra muy alta a uno.

Marco el número de todos modos. Mi dedo vacila mientras pugno por recordar el último dígito. Me devano los sesos. Casi puedo oír a la presentadora decirlo, pero...

El dado salta de mi mano.

Suelto un grito ahogado cuando repiquetea durante un segundo por el suelo del pasillo, antes de detenerse justo entre mis pies.

Esta vez no es un veinte: el número cuatro me mira centelleando.

Ni lo pienso. Presiono el cuatro en el teléfono.

Es imposible.

Obviamente.

Pero...

Con un poco de suerte...

Ni siquiera oigo el tono antes de que una voz responda al otro lado.

Una voz alegre y cantarina.

—¡Enhorabuena! ¡Eres el oyente número cien en llamarnos por teléfono y vas a ir al concierto de Sadashiv!

Vuelvo a clase en una nube de confusión. Después de anunciar mi victoria, la presentadora me pasó con un productor de la emisora de radio, al que le di mis datos. Incluso me van a mandar una limusina.

Para mí y un amigo.

Para mí y una persona más.

Para mí y una cita.

Sigo aferrado a mi teléfono cuando vuelvo a entrar por la puerta de clase. El Sr. Singh me lanza una mirada desilusionada, como si me hubiese ausentado demasiado tiempo y por tanto hubiese traicionado su voto de confianza. Aunque apenas me doy cuenta. Tengo los nervios a flor de piel, hasta el punto de estar temblando cuando me detengo delante de toda la clase.

Me fijo en Maya, sentada en primera fila, vagamente consciente de que la gente me mira a mí. *Todo el mundo* me está observando. Mi corazón martillea con tal fuerza que imagino que todos pueden oírlo.

Jamás iba a hacer esto. En la vida le pediría a Maya que saliera conmigo. Porque no serviría de nada. Porque nunca diría que sí. Porque me rechazaría y yo me quedaría hecho polvo y era más seguro no intentarlo siquiera.

¿Y pedírselo *delante de otras personas*?

Ni hablar.

Pero aquí estoy, de pie delante de la clase entera. Los susurros flotan a mi alrededor y la expresión de Maya se vuelve preocupada. El Sr. Singh me pregunta qué me pasa, luego me dice que me siente. Pru, Quint y el resto de mis compañeros se remueven incómodos, susurrando entre sí.

Estoy aterrado, pero es una especie de terror vago y distante. Porque también hay algo mágico que crepita en el aire a mi alrededor, aunque yo sea el único que lo nota. Tengo la extraña sensación de que estoy observando cómo se desarrolla la escena desde la distancia. Como si no fuese partícipe de ella en absoluto, sino que más bien fuera el Dungeon Master, a la espera de lo que ocurrirá a continuación.

«Chequeo de carisma. Tirada de actuación».

—Yo... Uhm... —Se me quiebra la voz. Alguien se ríe incómodo en la parte de atrás. Me aclaro la garganta y sujeto mi móvil en alto, como si eso lo explicase todo—. Acabo de ganar dos entradas para el concierto de Sadashiv. Es este jueves.

Maya abre los ojos como platos. Katie suelta un gritito de incredulidad. Algo recorre la clase..., susurros y miradas furtivas.

—¿Qué estás haciendo, tío? —murmura alguien en primera fila.

Los ignoro a todos. Solo tengo ojos para Maya.

—Maya. ¿Querías... ir? ¿Conmigo?

La clase estalla en carcajadas. En burlas. En incredulidad. Sin necesidad de mirar a mi alrededor, conozco la opinión de nuestros compañeros. «¿Jude Barnett le está pidiendo una cita a Maya Livingstone?».

«Venga ya. No tiene ni una posibilidad. Buen intento».

Sin embargo, no me importa lo que crean. Ahora mismo, me siento afortunado. Me siento como un hechicero, con magia en la manga.

Porque Maya está sonriendo de nuevo. Asombrada y deslumbrada. Y me sonrío *a mí* otra vez.

Veo, más que oigo, cómo su boca pronuncia la palabra. Una sola palabra. Eso es todo lo que hace falta.

—Sí.



CAPÍTULO NUEVE

CUANDO LLEGO A LA TIENDA DE DISCOS ESA TARDE, ENTRO casi a la carrera. O dando saltos; puede que esté dando saltos. Me he sentido así durante todo el día, como si pudiese elevarme sobre el suelo. No tengo ni idea de qué hemos dado en ninguna de mis clases, pero, a pesar de mi obvia distracción, nadie me ha pedido que respondiese a ninguna pregunta ni que hablase sobre ninguna tarea. No ha habido exámenes sorpresa y me han puesto una nota buenísima en la escultura que presenté la semana pasada en la clase de Artes Visuales, aunque apenas comprendí el objetivo del trabajo.

Me siento invencible.

Encuentro a Ari en la sección de hip-hop, comprobando si hay algún disco descolocado.

—¡Ari! No te vas a creer lo que ha pasado.

Da un respingo cuando me ve correr como un loco hacia ella. Estoy sin aliento mientras intento contárselo, y las palabras salen atropelladas por mi boca. La emisora de radio, la llamada de teléfono, las entradas. Dos entradas. Una para mí. Y una extra. Una *cita*.

Sé que estoy farfullando. No hago más que olvidar detalles importantes y dar marcha atrás en la historia; en dos ocasiones incluso casi se me escapa lo del dado y tengo que hacer un esfuerzo para rectificar. Ari frunce el ceño durante la mayor parte de la explicación, pero entonces empieza a abrir muchos los ojos.

—¿Una... cita? —balbucea, casi con voz de pito.

Mi sonrisa se ensancha aún más.

—Le he pedido a Maya que vaya conmigo. —Las palabras no parecen reales al salir de mi boca—. Y ha dicho que sí.

El rostro de Ari se viene abajo, pero la expresión es breve.

—Guau —dice, y saca un disco del expositor para dejarlo en un montón a su lado—. Eso es... Guau.

Espero un poco mientras Ari revisa el resto del expositor. Por los altavoces suena una

animada canción de reguetón (ha debido ponerla Ari, no mi padre), pero no la está tarareando como suele. Como hacía cuando he llegado. Estoy casi seguro de que las extrañas vibras que irradia Ari no son imaginaciones mías, pero no sé qué hacer. Me da la sensación de que ella debería decir algo *más*. Tengo ganas de presionarla para obtener una reacción mayor a mi noticia. Sabe que el hecho de que le haya pedido salir a una chica, que le haya pedido salir a *Maya*, es algo muy gordo para mí. Jamás hubiese tenido la confianza para hacerlo de no ser por este dado mágico.

Me pregunto qué diría Ari si le contase esa parte de la historia. ¿Me creería?

—Sí, bueno —digo, un tanto desinflado—, la emisora de radio lo va a hacer a lo grande. Nos va a mandar una limusina y todo. ¿Cómo se supone que tengo que ir vestido? ¿Debería enviarle flores o algo a Maya?

Ari respira hondo y me mira otra vez. Al principio, su expresión es tensa, pero después se suaviza.

—Las flores son buena idea. ¿Sabes cuál es su flor favorita?

Suelto una carcajada.

—No sé cuál es su favorito de nada. Pero a ti te gustan las margaritas, ¿verdad? Podría llevarle de esas.

Ari me sostiene la mirada, inexpresiva, durante un momento largo, antes de devolver su atención a los discos que está ordenando.

—Solo intenta ser tú mismo, Jude. No tienes que hacer nada especial para impresionarla.

—Debo discrepar contigo. Llevo *seis años* colado por ella, y ser yo mismo no me ha llevado a ninguna parte. Esta es mi oportunidad.

—Eso es justo a lo que me refiero. Os conocéis desde el colegio, pero en realidad no sabéis nada el uno del otro. ¿Cuántas conversaciones habéis mantenido? Si pudiese conocerte como yo... —Se calla de pronto, luego esboza una leve sonrisa—. Lo harás bien. Confía en mí.

Será imposible relajarme y ser simplemente yo mismo. Pero las palabras de Ari me dan algo de ánimo de todos modos.

—Haces que parezca muy fácil.

—Se supone que debería serlo.

Me giro hacia los expositores del otro lado del pasillo.

—¿Ya has revisado estos?

—Todavía no.

Empiezo a pasar los discos en busca de cualquiera que pueda estar descolocado. He de admitir, eso sí, que mi cabeza está en otro sitio y apenas estoy prestando atención a lo que hago.

Después de unos minutos de silencio, Ari se aclara la garganta.

—Yo también tengo noticias. No es tan emocionante como lo tuyo, pero... es algo.

—¿Sí? —Giro la cabeza hacia ella—. Cuenta, cuenta.

—El Festival Musical de Condor se celebra dentro de unas semanas, y tienen un concurso anual para compositores. —Respira hondo, como si se preparase para lo que va a decir a continuación—. Este año, los diez finalistas podrán cantar sus canciones en el festival y... el ganador del primer premio se llevará cinco mil dólares y tres días en un estudio para grabar un álbum.

—¿Qué? ¡Ari! Eso sería alucinante. Vas a participar, ¿verdad?

—Estaba pensando en hacerlo. ¿Esa canción nueva que empecé en la noche de micro abierto? He estado trabajando en ella y... creo que es decente. Quiero decir, todavía necesita trabajo. Las probabilidades de ganar...

—Para. Suenas como yo —le digo, al tiempo que le doy un empujoncito suave—. Tienes que apuntarte. Lo que oí de esa canción era increíble e, incluso aunque esa no esté lista, tienes otras canciones geniales. ¿Te imaginas que ganas? ¿Y grabar un álbum entero? ¿Algo que podrías enviar a sellos discográficos y a otros cantantes y artistas? Eso podría lanzar tu carrera.

Ari arruga la nariz.

—Lo más probable es que no gane.

—Eso es lo que dije yo de que publicasen mi dibujo en el *Dungeott*, y aun así...

Sonríe de oreja a oreja.

—Tienes razón. Debo ser optimista. —Levanta la cara hacia el techo y extiende los brazos hacia arriba como cuando una animadora adopta su posición final—. ¡Lo tengo controlado! —Pero entonces, igual de deprisa, baja los brazos y se encoge, nerviosa—. A menos que no lo tenga.

Sacudo la cabeza.

—Si el festival es dentro de unas semanas, es posible que la fecha límite para inscribirse sea ya pronto, ¿no?

—Esa es la cosa. Las inscripciones deben estar enviadas este domingo antes de medianoche. Y no puedo mandar un archivo de audio sin más. Quieren un enlace a un vídeo, algo que esté colgado en internet, para compartirlo en sus redes sociales. —Se encoge de hombros—. Es parte de su campaña de publicidad, supongo.

—Eso no nos deja demasiado tiempo.

Ari me mira a los ojos.

—¿«Nos»?

—Necesitas un cámara, ¿no? Y Pru ya me dijo que se postula para el puesto de mánager, así que ya sabes que querrá ayudar.

—Estoy segura de que está ocupada en el centro. Y ahora tú tienes tu gran cita...

«Mi gran cita». Las palabras me golpean con un fogonazo de euforia.

Tengo una cita con Maya

Como era de esperar, el recordatorio también me provoca una fuerte oleada de pánico, porque...

Tengo una cita con Maya.

—Lo conseguiremos —le digo a Ari—. Podemos grabar el viernes después de clase, luego editarlo durante el fin de semana y enviarlo el sábado, *horas* antes del límite.

—Vale. ¡Vamos a por ello! —Ari da un gritito y se lleva las manos a las mejillas—. ¡Oh, Dios mío, no me creo que vaya a hacer esto! ¿Y si...? No, no puedo pensar en eso. Solo conseguiré volverme loca.

—Créeme, conozco la sensación.

La puerta se abre y entran Pru y Quint, con un Ezra desgarbado detrás de ellos. El rostro de este último se ilumina como una máquina de *pinball* cuando me ve...

—¡Ahí está! —aúlla, y abre los brazos mientras recorre el pasillo central de la tienda—. El hombre del momento. He oído las historias, pero todavía no estoy seguro de si creérmelo. ¿De verdad le has pedido salir a Maya Livingstone en medio de clase de ese modo? Tío, eso sí que es

atrevido. Dame un poco de ese encanto, colega. —Me tiende la mano y yo le doy una palmada insulsa. Inasequible al desaliento, Ezra usa sus manos para fingir que restriega mi «encanto» por todo su pecho—. ¡Sí, necesitaba un poco de eso! Y hablando de eso... —Se gira hacia Ari y le pasa un brazo alrededor de sus hombros—. Escalante, he oído que triunfaste en la noche de micro abierto. Tú avísame cuando necesites que venga a contener a la masa de fans histéricos.

Ari pone los ojos en blanco, aunque sus mejillas se sonrojan un poco.

Me aclaro la garganta de forma ostentosa.

—Ari tiene algo que contaros.

Ella me lanza una sonrisa agradecida, luego les repite a todos lo que me ha contado a mí acerca del festival de música y el concurso para compositores. Como era de esperar, Pru, Quint e incluso Ezra se apuntan de inmediato a ayudarla a grabar el vídeo.

—Podríamos hacerlo aquí —sugiere Quint—. Delante del mural que pintó Jude para las noches de micro abierto. Sería un fondo guay, si lo encuadramos bien. —Entonces hace eso que hacen los fotógrafos, cuando crean una lente imaginaria con los pulgares y los índices y miran a través del marco para comprobar el aspecto que tendría en vídeo.

—¿En serio? Tampoco quiero molestar...

—No molestarías —la tranquiliza Pru.

—Estoy de acuerdo —confirmo—. Si funciona la acústica...

—Utilizaría un micro —dice Ari, y echa un vistazo hacia el mural—. Así canalizaría el sonido para que fuera directo al *software*. Quiero decir..., sí. Podría funcionar.

—Además, si ganas —añade Pru—, sería publicidad gratuita para la tienda.

—Lo más probable es que no gane. Podría haber miles de participantes.

—Sí, pero hay solo una Araceli la Magnífica —apunto. «Y tal vez se te pegue mi suerte», pienso, aunque sé que es mejor no decirlo en voz alta.

Ezra cruza los brazos.

—¿Puedo salir en el vídeo? Podría hacerte de bailarín. Y toco la pandereta que lo peta. —Sus ojos se iluminan—. ¡Deberías convertir eso en una canción! ¡Pandereta que lo peta! Ahí tienes tu primer sencillo supervenías. Anótalo, corre.

Ari asiente con seriedad fingida.

—Me pongo a ello ahora mismo.



CAPÍTULO DIEZ

CONSULTO LA HORA EN MI TELÉFONO. TODAVÍA QUEDAN veintisiete minutos para que llegue la limusina. ¿Cómo pueden parecer veintisiete minutos una eternidad y a la vez nada de tiempo? Es como si me hubiese pasado el día entero sumido en una especie de remolino temporal: el tiempo parecía correr a toda velocidad, de modo que treinta minutos pasaban en un abrir y cerrar de ojos, pero luego se ralentizaba tanto que dos horas transcurrían a paso de tortuga.

Y durante todo ese tiempo, un reloj haciendo tic-tac en mi cabeza.

Cuando desperté: Menos doce horas para mi cita con Maya.

De camino a la primera clase: Menos diez horas y cuarenta minutos para mi cita con Maya.

En el descanso de la comida: Menos siete horas y treinta minutos...

Ya te haces una idea.

Lo raro es que he visto a Maya en el instituto. Pero eso es normal. Veo a Maya todos los días. Escucho, embelesado, cuando habla en clase, todos los días. Por lo general, hago todo lo posible por evitar tener un contacto directo con ella, todos los días.

Pero ¿una cita? Eso es nuevo. Eso es horripilante.

Espera. No. Quiero decir que es asombroso. Y alucinante. Y..., sí, es posible que vaya a vomitar.

Uno podría pensar que, con una noche tan trascendental a la vuelta de la esquina, Maya y yo habríamos actuado de otra manera el uno con el otro ayer y hoy. Podríamos haber hablado por los pasillos antes de clase. Podríamos haber hecho planes para cenar antes del concierto. Algo.

Pero no. Nos hemos comportado en el instituto como si nada en absoluto fuera diferente. Con una pequeña excepción. Durante Ciencias Políticas, Maya me pasó una nota. Cuando el papelito doblado aterrizó en mi pupitre, Leah, que se sienta a mi lado, me lanzó una sonrisita cómplice. Maya y yo nos habíamos convertido en el centro de todos los cotilleos desde el martes por la mañana; era algo novedoso para mí, y no algo de lo que estuviese disfrutando.

La nota era sencilla: el número de teléfono de Maya junto con las palabras «¡Estoy impaciente

por que llegue esta noche! ¡Escribeme!».

Me puse tan rojo como el carmesí de mi dado y guardé la nota en mi cuaderno.

Durante el resto de esa clase y, después, durante la de Arte, me dediqué a pensar en lo que le diría cuando le escribiese. Barajé mil posibilidades diferentes. Me imaginé ingenioso, encantador, romántico...

Pero seamos realistas. No soy ninguna de esas cosas.

Al final, le mandé un mensaje solo con la información más importante del concierto y la hora a la que recogería.

Respondió casi de inmediato: «Dios, ¡va a ser alucinante! ¡Estoy supernerviosa!».

Al lado, había escrito su dirección.

«Yo también», respondí. «Te veo esta noche».

Después sufrí una agonía de cuarenta minutos enteros mientras cavilaba sobre si debería decirle algo más. «Tengo muchas ganas de verte». O «Me alegro de que vayas conmigo». O «Esto es, literalmente, lo mejor que me ha pasado en la vida, y me disculpo de antemano si lo fastidio todo, porque es probable que lo haga. 🤔».

Aunque a lo mejor no lo fastidio todo, me atrevo a pensar delante del espejo del cuarto de baño, cuando estoy en proceso de aplicar mascarilla a mi pelo, algo que suelo hacer solo para bodas y funerales. En cuanto a primeras citas, esta tiene potencial para ser bastante épica y, además, tengo la suerte de mi lado.

Ni siquiera estoy seguro de qué tipo de cosas planearía para una primera cita si dependiese de mí. Nunca me había permitido creer que esto podría ocurrir. Cada vez que estaba remotamente tentado de preguntarle a Maya si quería quedar conmigo (para ir al cine, o a un baile de instituto, o incluso para estudiar juntos) me empezaban a sudar las manos y me salía urticaria por todo el cuello. Así que era algo que no iba a ocurrir. Jamás. Pero ¿si lo hubiese hecho? Lo más probable era que la hubiese llevado a... No lo sé, a una tienda de cómics, quizás. O al paseo marítimo para echar una emocionante partida de *Pokémon GO*.

Aunque no importa. Esta noche, han hecho todos los planes por mí y, aún mejor, son todo cosas que sé que a Maya le gustarán. Montar en limusina, entradas VIP y conocer a Sadashiv. Al alucinante Sadashiv. Me hubiese sido imposible planear una primera cita mejor aunque lo hubiese intentado.

—No vas a ir así vestido, ¿verdad?

Me quedo paralizado al ver el reflejo de Lucy en el espejo del cuarto de baño. Lleva un bol de palomitas en una mano y una botellita de agua con gas en la otra.

Bajo la vista hacia mi ropa, a la cual Pru ha dado el visto bueno hace menos de diez minutos. Vaqueros oscuros, camiseta negra, mis playeras favoritas, que tienen unos dragones alucinantes pintados. (No es por tirarme el rollo, pero es posible que haya pintado los dragones yo mismo). Las suelas empiezan a desintegrarse, pero siguen siendo mi prenda de ropa favorita. Claro que tampoco es que tenga demasiadas prendas de ropa que adore.

—¿Qué tiene de malo? —pregunto.

Lucy suelta un suspiro dramático y se apoya en el marco de la puerta.

—Ay, hermanito. No tienes remedio.

Levanto un poco una ceja.

Lucy sabe lo de la cita, por supuesto. *Todo el mundo* sabe lo de la cita. Somos el tipo de familia que se cuenta las cosas, a menudo para desazón de todos, y Pru estuvo encantada de narrarles toda la historia el martes por la noche durante la cena, cuando llegamos a casa de la tienda. Lo explicó todo con pelos y señales, e incluso embelleció las partes en las que ella no había estado. Arreglar el coche de Maya, que me enviasen a hacer un recado a Secretaría, llamar a una emisora de radio, y el insólito momento culminante, delante de toda la clase: cuando Jude se atrevió a pedirle una cita a su amor de toda la vida, Maya Livingstone, ¡y ella dijo que sí!

Para ser sincero, creo que Pru está contenta de que, por una vez, el foco de atención esté puesto en la vida amorosa de otra persona. A nuestra familia le gusta mucho Quint; Lucy comentó una vez que si Pru y él rompían alguna vez, ella solicitaría quedárselo en su lugar, lo cual es un poco raro, aunque quiero creer que lo decía como un cumplido. Aun así, la cosa tiene que ser un poco cansina, en especial las preguntas interminables, aunque bienintencionadas, de mis padres: «¿Qué vais a hacer Quint y tú este fin de semana? ¿Vais a ir al baile juntos? ¿Qué le vas a regalar por su cumpleaños?». Etcétera.

Pero que Pru estuviese cansada de hablar de su vida amorosa no hacía que yo estuviese entusiasmado por contar los detalles de la mía... Bueno, tampoco es que tenga una en realidad. Todavía. ¿Qué se supone que debo decir? «Sí, voy a llevar a Maya al concierto. No, no estamos saliendo juntos. Sí, Maya Livingstone. Esa Maya. *La Maya*».

No veía el momento de escapar de la mesa.

—Las playeras molan —dice Lucy, en lo que considero una revelación de lo más sorprendente. Lucy no lo diría si no lo creyera, así que... guay. Bebe un sorbito de agua—. Pero la camiseta te hace parecer un poeta *beat*.

Frunzo el ceño.

—Pru dijo que estaba bien.

—El novio de Pru iría en bañador a un concierto de Sadashiv —señala mi hermana—. Pero tengo una idea. Sígueme. —Da media vuelta y se dirige a su cuarto. Penny está ahí, sentada en la litera de arriba, con los cascos enchufados a su *tablet*. Se los quita cuando nos ve.

—¡Jude! ¡Estás muy guapo!

—No, no lo está —sentencia Lucy, al tiempo que abre la puerta de su armario—. Pero lo estará.

Miro a Penny con cara de miedo, y ella pone los ojos en blanco a espaldas de Lucy.

—Todavía no puedo creer que ganases entradas para el concierto de Sadashiv —comenta Penny. Se deja caer bocabajo en el colchón, de modo que su brazo cuelga de cualquier modo por encima de la escalera—. Y que no nos llesves a nosotras. ¡La vida no es justa!

Me muerdo la lengua. Aún no les he dicho que no son dos entradas cualesquiera, sino VIP. Con derecho a pasar a los camerinos. Es posible que Maya y yo podamos saludar a Sadashiv en persona.

Lucy y Penny perderían la cabeza si lo supiesen.

Y después es probable que me asesinaran y me robasen las entradas para utilizarlas ellas.

—Tráeme algún artículo promocional guay —dice Lucy, que descuelga una chaqueta de una percha y me la tira—, y puede que olvide la afrenta.

Miro la americana. Es negra, con solapas de terciopelo. Tardo un segundo en reconocerla como la chaqueta de esmoquin que me puse para la boda de nuestro primo.

—Creía que mamá había vendido esto en un mercadillo de segunda mano —comento.

—Lo intentó, pero Lucy lo mangó —explica Penny—. Dijo que era demasiado elegante para deshacerse de él. Pruébate.

—No, no encima de *eso*. —Lucy me detiene justo cuando empezaba a deslizar el brazo por una de las mangas—. Dará la impresión de que vas a un funeral.

—Bueno, ¿dónde si no voy a recitar mi poesía *beat*?

—Necesitas algo informal para rebajar un poco el tono. Algo típico de ti, como las zapatillas, pero que no llame tanto la atención. —Lo piensa durante un segundo mientras sus ojos me recorren de arriba abajo—. ¿Todavía tienes esa camiseta gris con el dado raro?

—¿El D20? Sí, claro.

—Perfecto. —Asiente.

—Intenta no ponerte nervioso, Jude —me aconseja Penny—. Le vas a encantar.

Sonrío, agradecido por las palabras de ánimo. ¿Y quién sabe? A lo mejor tiene razón. Puede que Maya no se haya enamorado de mí hasta hoy, a pesar de todos los años que hemos pasado juntos desde el colegio, pero eso es porque apenas hemos hablado, excepto para trabajos de clase. Cuando tenga la oportunidad de conocerme, de conocerme de verdad...

¿Entonces qué?

¿Caerá rendida a mis pies?

¿A quién quiero engañar? Tendré suerte si consigo sobrevivir a esta noche sin vomitar encima de mis Vans pintadas a mano.

—Claro que sí —afirma Lucy, aunque sin tanto entusiasmo. Después me agarra por los hombros y me mira a los ojos con intensidad—. Pero, Jude, nada de hablar de cosas frikis.

—¡Lucy! —exclama Penny—. Tiene que ser él mismo.

—Estoy de acuerdo —coincide Lucy, y asiente—. Solo que menos friki. No la vas a impresionar resumiéndole todas las películas de *Los vengadores* en orden cronológico, ni explicándole las reglas intrincadas de... —agita una mano por el aire— guardadas de hechiceros o lo que sea.

Frunzo el ceño.

—Pero si acabas de decirme, literalmente, que me ponga mi camiseta de *Dragones y mazmorras*.

Lucy levanta un dedo para hacer una precisión.

—Tu camiseta con una alusión solapada a *Dragones y mazmorras*. Guños sutiles a las cosas que te gustan están bien, pero con calma.

Trago saliva. No puedo tomármelo con calma.

Como si percibiese mi ansiedad, Lucy suspira.

—Limitate a hacerle preguntas sobre ella, sobre sus aficiones, y estarás bien.

—Eso puedo hacerlo.

Lucy empieza a sonreír, y luego me da un puñetazo suave en el pecho.

—Para que conste en acta, estoy de acuerdo con Penny. Si llega a conocerte como te conocemos nosotros, le vas a encantar.

—Gracias, Luce. —Le doy un abrazo de medio lado, luego espero a que finja irritarse por la muestra de afecto y me aparte de ella.

Corro a mi habitación para cambiarme la camiseta. Por último, agarro mi dado rojo del escritorio y me lo guardo en el bolsillo interior de la chaqueta.

No hay forma humana de que vaya a dejarlo en casa esta noche.



CAPÍTULO ONCE

EL TRAYECTO HASTA EL BARRIO DE MAYA ES CORTO. SÉ QUE VIVE cerca de Vista del Sol; Quint lo mencionó una vez, ya que ella lo invitó a una fiesta de cumpleaños cuando aún estábamos en el colegio. No es que la haya seguido ni nada de eso. En cualquier caso, nunca he estado en su casa. La verdad es que hay casas bastante elegantes en la zona, de esas con estatuas de leones flanqueando las escaleras de la entrada, columnas y fuentes decorando las glorietas de acceso para los coches. No obstante, cuando la limusina se detiene, una parte de mí se siente aliviada al ver que la casa de Maya no es ninguna mansión descomunal. Es más grande que mi casa, con un jardín mejor cuidado y parterres de flores, pero no es ostentosa. Paredes de estuco blanco, tejado de tejas rojas, una puerta principal pintada de un alegre azul mediterráneo y un limonero en el jardín delantero. Es... acogedora.

Salgo del coche sin esperar al chófer, que me lanza una mirada de desaprobación, porque se supone que debes esperar a que él abra la puerta. Nadie me enseñó nunca el protocolo de las limusinas.

Cuadro los hombros y me acerco a la puerta azul, con la mano apretada en torno al ramo de lirios atigrados que he escogido en la tienda esta tarde.

Me tiemblan los dedos cuando llamo al timbre.

Ni siquiera tengo tiempo de que me empiece a entrar el miedo antes de que la puerta se abra. Un hombre de color, ancho de hombros, con el pelo corto y una perilla recortada me sonríe desde la entrada. El padre de Maya, supongo.

—Tú debes de ser Jude. Vaya, ¿me has traído flores? ¡No deberías haberte molestado!

Me trago el nudo que tengo en la garganta.

—Uhm...

—Estoy de broma. ¡Pasa! Soy Myles y, deja que te lo diga, mi hija está entusiasmada con esta noche. Cuando llegó a casa el martes, estaba *temblando*. —Extiende la mano hacia mí con un asentimiento apreciativo—. El concierto de Sadashiv. Bien jugado.

Esbozo una sonrisa incómoda e intento farfullar algunas palabras que no me hagan quedar como un perfecto imbécil, pero estoy tan nervioso que la verdad es que no tengo ni idea de qué le digo. Acepto estrecharle la mano y, aunque es una cabeza más alto que yo y tiene aspecto de saber bien cómo manejarse en un banco de pesas, no me aprieta la mano con uno de esos agresivos saludos «de hombre a hombre».

—Papá, más vale que no le estés agobiando —le advierte Maya, que acaba de aparecer en lo alto de las escaleras.

—¿Cómo? ¿Yo? —pregunta él, ofendido—. No te preocupes, tu madre me ha dado instrucciones claras para que me portase bien. «No le hagas un interrogatorio al pobre chico, no avergüences a nuestra hija, no lo pongas nervioso». —Me mira con los ojos entornados—. No estás nervioso, ¿verdad?

—No, señor —miento con descaro, aunque agarro los tallos de las flores tan fuerte que es un pequeño milagro que no se rompan entre mis dedos.

—¿Ves? —Myles le lanza una mirada significativa a su hija—. Está bien. ¡E incluso me ha traído flores! Nos estamos entendiendo genial.

Maya pone los ojos en blanco antes de girarse hacia mí.

—Hola, Jude.

—Hola —respondo, quedándome sin aliento al verla bien. Lleva el pelo negro recogido en una coleta alta, y las puntas caen alrededor de sus orejas como una cascada centelleante. Primero pienso que a lo mejor me estoy imaginando el brillo, pero no, se ha espolvoreado el pelo con purpurina, y también tiene purpurina en las pestañas. Con una sedosa blusa blanca y una falda rosa que ondea alrededor de sus piernas mientras baja las escaleras, parece un hada mágica que acaba de salir de las páginas de un libro infantil. Un hada mágica realmente despampanante—. Estás...

Me doy cuenta entonces de que debería haber terminado la frase en mi cabeza antes de empezar a decirla en voz alta. No hay nada que suene del todo correcto. «Asombrosa». «Increíble». «Espectacular». Todo eso es cierto, pero las palabras se quedan atascadas, se repiten en mi mente como un disco rayado, y el calor invade mis mejillas mientras pugno por elegir una, por decir algo, cualquier cosa.

La sonrisa de Maya se ensancha.

—Me lo tomaré como un cumplido. —Trago saliva y asiento—. Tú también estás bien. —Sus ojos se posan en las flores—. ¿Esas son...?

—Sí. —Sujeto los lirios en alto—. Son para tu padre.

Myles suelta una risotada cuando le ofrezco el ramo. Incluso Maya se ríe sorprendida, y es el sonido más mágico del universo. Estaría dispuesto a gastar montones de oro goblin solo por oír ese sonido otra vez. Para provocar ese sonido otra vez.

—No, no, sé que solo estás siendo amable —dice Myles, y agita las manos.

Le doy las flores a Maya justo cuando aparece su madre. La reconozco de varias funciones del colegio de otros años. Lleva el pelo rizado corto, pero por lo demás Maya y ella se parecen mucho, incluidas las pecas y esa sonrisa que hace que la gente se sienta cómoda de inmediato. Por lo general. En este momento estoy tan nervioso que es imposible que me sienta cómodo con nada.

—Tú debes de ser Jude. Yo soy Cynthia.

—Es un placer conocerla.

—¿Sabes a qué hora traerás a Maya de vuelta a casa?

—El concierto empieza a las siete y media —digo—. Así que calculo que ¿a las diez o así?

—Eso sería perfecto —contesta, con un asentimiento—. Si se alargase mucho, Maya, mándanos un mensaje para que lo sepamos. Cariño, ¿quieres que me lleve las flores y las ponga en agua?

—Gracias, mamá —responde Maya, y le pasa el ramo. Después me coge del brazo y un relámpago recorre todo mi cuerpo—. Bueno, no queremos llegar tarde. ¡Adiós, mamá! ¡Adiós, papá!

Agito mi brazo libre con torpeza para despedirme. Nos dicen que lo pasemos bien y Maya me guía afuera, pero mis sentidos están desbordados por una potente mezcla de euforia y terror. Maya tiene su brazo entrelazado con el mío. Maya me está tocando.

De alguna manera, todo esto no me había parecido del todo real hasta ahora mismo, hasta este momento exacto.

Tengo una cita con Maya. Una cita de verdad, tan real como la vida misma.

Maya se para en seco en la escalera de entrada y mira pasmada la limusina.

—Guau. ¿La emisora de radio nos ha enviado esto?

—Sí. Por dentro es muy guay. Tiene una neverita. Y botones que la iluminan como la nave espacial Enterprise.

Maya me mira de reojo y yo hago una mueca para mis adentros al recordar la advertencia de Lucy. «Nada de hablar de cosas frikis».

La sonrisa de Maya, sin embargo, solo se ensancha.

—¿Estás listo?

«Nop».

—Sí, vamos allá.

Prácticamente me arrastra hacia el coche, y noto el vértigo en su paso, la forma en que su sonrisa brilla más que el sol poniente cuando el chófer nos abre la puerta de la limusina.

—Estoy contentísima de que me invitas a esto, Jude —comenta cuando nos sentamos en los asientos tapizados en cuero. Después, para mi más absoluta sorpresa, desliza su mano en la mía y nuestros dedos se entrelazan—. Esto es un sueño hecho realidad. Literalmente.

Mi cerebro está a punto de explotar. Siento que me arde la mano.

—Sí —farfullo—. Para mí también.

Al segundo siguiente, sin embargo, su mano ha desaparecido.

—¿Eso es un mando? —Maya se lanza hacia el asiento de enfrente y se apodera de un mando a distancia que hay en una bandeja junto al cubo del hielo, lleno de botellitas de agua Pellegrino—. ¿Para qué crees que sirve?

—Nos proporciona supervelocidad —respondo de manera automática.

Buf. Qué mal se me da esto.

Maya no contesta; se limita a empezar a apretar botones.

En cuestión de segundos, el interior de la limusina se transforma en un club nocturno. Música de bajos empieza a brotar de unos altavoces ocultos y una franja de luces cambia de morado a azul a rosa por el perímetro del techo.

—Guau —dice Maya, sentada enfrente de mí, mientras desliza los ojos por todo el coche—.

Apuesto a que han pasado muchas cosas de mal gusto aquí dentro.

Me río entre dientes.

—Existe una razón para que estas luces no sean ultravioleta.

Maya suelta una carcajada y deja con mucho cuidado el mando otra vez donde lo encontró, como si ya no estuviese tan segura de querer tocar esa cosa. Se vuelve hacia mí de nuevo, y me fijo en que sus talones botan sobre el suelo, lo cual hace que sus rodillas salten arriba y abajo, arriba y abajo. Casi está vibrando.

—Bueno —empieza, y se inclina hacia delante—, tengo que preguntártelo. ¿Te gusta Sadashiv siquiera?

—Oh, no sé... —Me rasco la parte de atrás del cuello, donde la etiqueta de la americana me hace cosquillas en la piel—. No le *conozco*, así que...

Maya arruga la cara en la mueca más mona de todos los tiempos.

—Eso es un no.

—No es un no. —Sopeso la pregunta—. Su música no es mi favorita, pero no la odio ni nada.

—Ah, genial. Deberías decirle eso cuando le conozcamos. «No odio tu música ni nada».

Me echo a reír y me acomodo en el mullido asiento.

—Mis hermanas pequeñas están obsesionadas con él. Está claro que tiene talento. A veces ponemos su música en la tienda, suena bien.

Maya alza las cejas.

—*Continúa*. Se siente más halagado a cada segundo que pasa.

Aprieto las manos sobre el asiento.

—Si quieres saber la verdad, creo... Tengo la sensación de que los clásicos ya están muy trillados. ¿Cuánta gente ha cantado versiones de Sinatra y Nat King Colé? No sé, un montón, ¿no? No creo que Sadashiv haga nada especialmente interesante para hacer suyas esas canciones. Pero es solo mi opinión.

Maya asiente con expresión comprensiva.

—Cuando le conozcamos, deberías sugerirle que grabe algunas canciones originales.

—¿Tú crees?

Se inclina hacia delante y me da un puñetazo en la pierna.

—¡No, desde luego que no! ¡Vende millones de discos! No quiere consejos artísticos de dos adolescentes de Fortuna Beach.

Me río y siento que algo de mi ansiedad empieza a diluirse. Nadie está más sorprendido que yo, pero... me siento cómodo. Más o menos.

No obstante, tal vez no debiera sorprenderme. Esta es la razón de que me guste Maya, de que siempre me haya gustado Maya. Es el tipo de persona que hace que los demás se sientan cómodos. Alguien que consigue que cualquiera se considere digno de estar en su presencia, aunque no lo sea.

—Bueno —dice ella, al tiempo que pasa una pierna por encima de la otra—. Aunque no seas un fan, me alegro muchísimo de que me estés llevando a este concierto esta noche.

—Yo me alegro muchísimo de que dijese que sí.

Nos quedamos en silencio. Bueno, excepto por el ritmo machacón de la música. Hay una verdad tácita en el aire, que llena la limusina como un perfume barato: el hecho de que llevo toda mi vida enamorado de Maya. El hecho de que quería pedirle salir desde hace años. Y ella lo sabe.

Los dos lo sabemos.

¿Hubiese aceptado mi invitación si fuese para algo distinto del concierto de Sadashiv? ¿Si la hubiese invitado a tomar un helado? ¿O a ir al centro comercial? ¿O a ponerse su mejor corsé para venir conmigo a la Feria Medieval Anual?

«No importa», intento decirme. «Estamos aquí ahora. Dijo que sí. Y aquí estamos. Y estamos...».

En silencio.

Maya tiene los ojos fijos en las ventanas de cristales tintados y los labios fruncidos hacia un lado. Noto cómo pugna por encontrar algo que decir.

Imagino que tengo a la pequeña Penny sentada a un lado, y a Lucy al otro.

«Sé tú mismo».

«Sé tú mismo, pero no *del todo* tú mismo».

Respiro hondo.

—Bueno..., ¿ya sabes a qué universidad quieres ir?

Buf. ¿En serio, Jude? Solo a ti se te ocurre preguntar algo con toda la gracia de una tía abuela metomentodo.

Pero Maya se lo toma bien.

—Mis padres se conocieron en UCLA, así que hay mucho orgullo Livingstone ahí, pero no lo sé... Muchas veces pienso que sería guay estudiar en el extranjero. Tal vez ir a Oxford o a Melbourne o algo. —Pone los ojos en blanco con la cara levantada hacia el techo de la limusina—. La verdad es que no tengo nada decidido todavía.

—¿Y quién sí? —comento, aunque en realidad estoy sorprendido por su respuesta. Pru ya tiene una plan a diez años vista para después del instituto y, por alguna razón, había esperado que Maya fuese igual. Sus notas siempre la colocan en los primeros puestos de la clase y desde luego actúa como si lo tuviese todo clarísimo. ¿A lo mejor solo está siendo humilde?

—¿Y tú qué? —pregunta.

—Oh, uhm... No estoy del todo seguro. Supongo que es probable que haga un grado superior durante el primer par de años, para sacarme una diplomatura. Después de eso..., no lo sé. La Escuela de Arte, quizás. Si consigo entrar.

Su rostro se ilumina.

—¡Sí! ¿Para hacer Ilustración?

—Sí, a lo mejor. O Diseño Gráfico.

—Eso sería genial. Tus dibujos son buenísimos.

Entrecierro un ojo en una especie de guiño.

—En realidad, no soy tan bueno.

—Venga, por favor. Fuimos a clase de Arte juntos en sexto, ¿te acuerdas? Ya dibujabas genial entonces.

—¿Recuerdas mis dibujos de sexto? —pregunto, asombrado.

—Por supuesto. Eras el mejor artista de toda la clase. A mí se me daba fatal. Incluso a día de hoy solo sé dibujar monigotes.

Estoy tentado de corregir su descripción, de decirle que seguro que es mejor de lo que cree, pero... yo sí que no recuerdo sus obras de sexto. Apenas me acuerdo de que estuviese en esa clase. Lo cual es raro, porque eso fue después de la famosa excursión que me hizo enamorarme de ella.

¿Y no me había fijado en que estaba en mi clase? ¿No había memorizado todo lo que hacía?

—Estoy seguro de que eres mejor artista de lo que crees —le digo.

—Pues yo estoy segura de que no lo soy —me contradice—. Pero tú sí que lo eres. —Me da una patadita con la punta de su zapato y me percató de que estoy llevando una cuenta mental de cada vez que me toca, aunque parezcan gestos insignificantes. ¿Esto es flirtear? No.

Maya no haría eso.

¿Conmigo?

—Imposible —murmuro. Maya ladea la cabeza.

—¿El qué?

—¡Oh! Uhm... Entrar en la Escuela de Arte, es... casi imposible. Hay una competencia enorme.

—Puede ser —dice pensativa—. Pero alguien tiene que entrar. ¿Por qué no vas a ser tú?

Sonríó ante su argumento. Lógico y simple.

Y tal vez tenga razón. En especial ahora que tengo la magia de Lundyn Toune de mi lado...

¿Por qué no yo?



CAPÍTULO DOCE

EL TRÁFICO AUMENTA SEGÚN NOS ACERCAMOS AL LUGAR DEL concierto. Hay policías apostados cerca de las intersecciones para dirigir a coches y peatones, pero nuestra limusina, en lugar de meterse en el *parking* con el resto de los vehículos, gira alrededor del estadio y se detiene ante un puesto de seguridad. Maya y yo no podemos oír lo que dicen el chófer y el guardia, pero un segundo más tarde nos dejan pasar.

La limusina se detiene junto a unas anodinas puertas de metal. No tienen nada de especial, excepto por un cartel que dice ENTRADA VIP y el hombre que está delante de ellas con un portapapeles y unos cascos puestos.

El chófer nos abre la puerta. Cuando emergemos de la limusina, Maya me agarra del brazo y noto su energía como electricidad estática. El sol se está poniendo por detrás del estadio, por lo que estamos envueltos en sombras, pero el cielo brilla sobre nosotros con un tono rosado. Aunque el tipo del portapapeles tiene aspecto de poder romperme el cuerpo en dos como si fuese un lápiz, sonrío cuando le digo mi nombre.

Su bolígrafo tacha una línea del portapapeles.

—Pasadlo bien —nos desea, y abre la puerta.

Entramos en un pasillo en penumbra, iluminado solo por unos fluorescentes de esos que te queman la retina.

—Nunca había estado en ningún sitio con un gorila en la puerta —comento.

—Yo tampoco —dice Maya. Habla en voz baja, aunque no hay nadie más por aquí—. Esto es superguay.

Caminamos en dirección al ruido de las conversaciones y la música. No es la música de Sadashiv, sino un *jazz* instrumental tranquilo. El pasillo dibuja una curva hacia la izquierda y desemboca en unas puertas de doble hoja, abiertas, donde se ha congregado un grupo de unas cien personas. Hay una mesa de bufé contra una pared, llena de bandejas con queso y uvas, y un camarero en un rincón está sirviendo vino blanco en vasos de plástico.

Nos quedamos un momento en la entrada. Somos, de lejos, las personas más jóvenes de la sala, y me golpea una intensa sensación de... estar fuera de lugar. Trago saliva con esfuerzo.

—¿Tienes sed?

—Estoy bien —responde Maya—. Me daría demasiado miedo tirarme la bebida encima justo antes de conocer a Sadashiv. Dios mío, Jude, ¿de verdad estamos a punto de conocer a Sadashiv? ¡Estoy nerviosísima! —Se gira hacia mí con una expresión que supongo que debe de ser ansiosa, pero que a mí me resulta adorable. Mi corazón da un brinco.

—¿Sabes? Mi hermana pequeña, Penny, toca el violín. Hace años que lo toca —le digo—. Y siempre se pone supernerviosa antes de sus recitales, así que hace un par de años, le dije que, cuando salga al escenario, solo tiene que fingir que es una hechicera de nivel 12 que entra en una sala llena de goblins. Sabes que eres lo bastante poderosa para eliminarlos a todos con un conjuro, si quieres. Aunque no tienes por qué hacerlo, y sería desperdiciar un conjuro de *Tromba de meteoritos*, así que en lugar de eso puedes limitarte a... hechizarlos con un encantamiento. Y se enamorarán de ti, no podrán evitarlo. —Maya me mira con expresión indescifrable—. Quiero decir —añado a toda prisa—, no es que *tú* necesites ayuda para encantar a nadie...

Los labios de Maya se curvan en una sonrisa tímida. Parece casi aturullada.

La etiqueta de la americana empieza a hacerme cosquillas otra vez. ¿O es solo la sensación de bochorno cuando recuerdo, una vez más, que se supone que debo actuar con normalidad esta noche? Confiado. Guay.

Y no hablar de hechiceros.

—Eso es muy tierno —dice Maya—. ¿Y a tu hermana la ayuda?

A lo mejor hablar de hechiceros no había sido tan mala idea.

Lo pienso un momento.

—Creo que sí. Hace tiempo que no ha dicho nada al respecto, pero una vez sí que mencionó que la había ayudado, hace mucho.

—Perdona, ¿eres Jude? ¡Debes de ser Jude! El chico del instituto, ¿verdad?

Me giro para ver a una mujer asiática con un mono rosa neón y un vaso de vino en una mano. Me resulta vagamente familiar, pero no logro ubicarla hasta que se lleva una mano al pecho.

—¡Soy Vanessa Hsu, de KSMT! —Solo entonces ato cabos y me doy cuenta de que la he visto antes en un cartel promocional de su programa matutino.

—Sí, hola. Soy Jude.

—Me encanta tu nombre. Por favor, dime que te lo pusieron por la canción de los Beatles.

—Así es. Mis padres son grandes fans.

—¿Y quién no? —cavila. Tiene una de esas personalidades exuberantes y extrovertidas; es el tipo de persona que habla a toda velocidad, con gran entusiasmo, y jamás deja que un momento de silencio incómodo pase por su lado sin aplastarlo bajo una avalancha de comentarios inconexos.

Supongo que es lo que la convierte en alguien tan bueno para la radio.

—Madre mía, ¡miraos! —exclama Vanessa dando un paso atrás para observarnos a Maya y a mí de la cabeza a los pies—. ¡Sois la pareja más mona que he visto en la vida! Os diré que yo jamás tuve tan buen aspecto de adolescente. Llevé sudaderas de Helio Kitty hasta los veintitrés años, por no hablar de mi flequillo. Pero vosotros... ¡Guau! ¿Qué tal estáis esta noche? ¿Lo estáis pasando bien? ¿Habéis probado las tapas? ¿Estáis nerviosos por conocer a Sadashiv?

Maya esboza una sonrisa radiante, aunque su mano aprieta mi brazo.

—Estoy nerviosísima —admite, sin llegar del todo al nivel de energía de Vanessa—. Soy muy fan suya. Cuando Jude me pidió que viniera con él, casi me desmayo. Todavía no puedo creer que de verdad esté aquí, y que vaya a verle en persona. Parece demasiado bueno para ser verdad.

—¡Además eres muy joven! —exclama Vanessa—. Más joven que el público habitual de Sadashiv. ¿Cómo te hiciste fan suya?

—Bueno —dice Maya, y alarga la palabra mientras desliza los ojos hacia mí. Luego los vuelve de nuevo hacia la presentadora—. Esto es muy bochornoso, pero, en realidad..., en cierto modo fue por ti.

Vanessa se sobresalta.

—¿Por mí?

—Antes de sacarme el carnet de conducir, mi madre me llevaba a clase todas las mañanas, y a ella le encanta tu programa, así que siempre lo llevaba puesto en el coche. Ponías música de Sadashiv con frecuencia y... simplemente me enamoré de ella. Juro que la primera vez que oí su voz, fue como tener una experiencia extracorpórea. Nunca había oído nada tan precioso. Entonces, un día, mencionaste lo mono que era y busqué su foto y... —Maya suelta un suspiro dramático y finge abanicarse con una mano.

—¡Sí! ¡Es muy atractivo! —comenta Vanessa.

—Muy atractivo —conviene Maya. Se ríen, como si se tratase de una broma suya, y una parte de mí se pregunta si debería sentir celos de Sadashiv. Quiero decir, sí que estoy un poco celoso, supongo.

O al menos lo estuve cuando me enteré de que Maya estaba loca por él. Aunque, claro, también es verdad que se le considera uno de los hombres más *sexys* del mundo, así que... no somos precisamente competidores.

Además, Maya no va agarrada de *su* brazo ahora mismo, ¿verdad?

—Bueno, más vale que siga mi ronda —dice Vanessa—, pero ha sido un placer conoceros. Pasadlo muy bien esta noche, ¿vale?

Mientras se aleja, Maya se gira hacia mí con una sonrisa casi traviesa.

—¿Qué tal lo he hecho? —susurra.

—¿A qué te refieres?

Me da un empujoncito chocando su hombro contra el mío.

—Estaba usando mi conjuro de encantamiento con ella. ¿No te has dado cuenta?

Una carcajada sorprendida brota de mi boca.

—Conjuro de *Encantar persona* realizado con éxito. Has ganado cincuenta puntos de experiencia.

En el otro extremo de la sala, una mujer pecosa de pelo castaño rojizo y enormes pendientes da varias sonoras palmadas. La gente se calla poco a poco.

—¡Hola y bienvenidos! Soy Erika. Soy publicista de la discográfica Hearthfire Records y estamos encantados de teneros a todos aquí con nosotros. ¡Va a ser un espectáculo extraordinario! Sé que estáis entusiasmados por conocer a nuestra estrella de la noche, así que me gustaría que os pusieseis todos en fila desde la puerta del pasillo y os conduciré hasta una mesa de firmas, donde podréis conocer a Sadashiv y recibiréis un póster firmado de la gira. Está permitido hacer fotos, pero os pedimos que permanezcáis a vuestro lado de la mesa, por favor. Ahora, si queréis

seguirme, es por aquí.

Unas cuantas mujeres de mediana edad sueltan gritos agudos (de verdad) y corren a colocarse las primeras de la fila. Maya y yo acabamos en algún lugar del centro mientras nos conducen a todos al pasillo como un rebaño de ovejas. Me da la sensación de haber vuelto a primaria, como si estuviésemos formando para salir al recreo. La fila se extiende por el pasillo y dobla una esquina, por lo que no alcanzamos a ver la mesa de firmas, pero la cosa avanza bastante deprisa y todos los presentes emiten una especie de zumbido de emoción y nervios.

—Me están entrando ganas de vomitar —susurra Maya.

Suelto una carcajada, porque creo que está de broma, pero entonces veo su cara y lo pienso mejor.

—Es solo un tío —la tranquilizo—. Es humano, como el resto de nosotros.

—Sí. Lo sé. —Maya se ríe—. Pero tiene tanto talento, y es tan atractivo y tan... *romántico*...

Sonrío.

—¿O sea, que eso es todo lo que buscas en un tío?

Quiero retirar las palabras de inmediato. Pretendía que fuesen una broma, pero se han acercado demasiado a la confesión de mi descomunal enamoramiento.

Durante un segundo, Maya aparta la mirada y la situación es de lo más incómoda. Pero entonces vuelve a animarse.

—Háblame de tu camiseta.

Bajo la vista hacia la camiseta gris con el dado blanco de veinte caras.

—¿Qué quieres que te cuente sobre ella?

—Tiene algo que ver con *Dragones y mazmorras*, ¿verdad?

—Uhm. —El calor hormiguea por mi cuello—. Sí.

«Nada de hablar de cosas frikis».

—No he jugado nunca. ¿Cómo funciona?

Frunzo el ceño. Tengo la vaga sensación de estar abriendo un cofre del tesoro sin haber tirado el dado para hacer un chequeo de percepción antes. Como si esto tuviese que ser una trampa.

Sin embargo, Maya parece sentir una curiosidad sincera. O al menos parece querer una distracción.

—Bueno —empiezo, tratando de elegir uno de los mil millones de respuestas posibles a esa pregunta aparentemente tan sencilla. *¿Cómo funciona?*—. Los dados se utilizan para determinar cosas. En el juego. O sea..., si quieres comprobar si un objeto está maldito, lanzas un conjuro de *Detectar magia*, y después tiras el dado para ver si tienes éxito o no.

Maya me observa y escucha con atención.

—Vale —dice despacio—. Entonces, si al tirar el dado sale un número alto, ¿el objeto está maldito?

—Bueno..., no. El dado solo determina si puedes detectarlo o no. El Dungeon Master decide si el objeto está o no está maldito en realidad.

—¿Quién es el Dungeon Master?

—Yo.

Arquea las cejas.

—Suena importante.

—Supongo. Yo soy el que crea las campañas y guía a los otros jugadores. Intento que se me

ocurran sorpresas para ellos, y desafíos que deben superar. Invento los acertijos y rompecabezas que tienen que resolver y decido cuándo se topan con una horda de monstruos... Ese tipo de cosas.

En voz alta suena igual de ridículo que en mi cabeza, pero por alguna razón sigo hablando, con la esperanza de toparme con las palabras que consigan transmitir de algún modo que no se trata solo de un grupo de amigos jugando a aventuras fantásticas. Que es una cuestión de trabajo en equipo y de resolver rompecabezas, de utilizar la imaginación y de contar historias. Que te da la oportunidad de convertirte en alguien nuevo. De tener magia y fuerza y poder. De evitar una catástrofe, a veces. Y que, otra vez, solo haces el tonto y buscas tesoros y matas orcos y te pierdes en el bosque hasta que encuentras por casualidad algo asombroso. Y le cuento que he empezado a dibujar un cómic que relatará nuestra campaña más reciente, pero que no puedo adelantarme demasiado a los acontecimientos porque las cosas siempre cambian cuando estamos jugando y...

Maya abre mucho los ojos, emocionada.

—¿Estás escribiendo un cómic?

Se me hace un nudo en el estómago. No debería haber mencionado eso.

—Eh..., sí. Aunque no es demasiado bueno. Es solo un *hobby*.

—¿Puedo leerlo?

Me encojo para mis adentros. ¿Que Maya lea mi cómic, el de la estatua de la preciosa elfa que se parece a ella? Solo pensarlo me hace querer tirarme de cabeza al foso de lava del Monte del Destino.

Siento un alivio épico cuando una voz nos interrumpe y me evita tener que contestar.

—Muy bien, ahora vosotros dos. Adelante.

Maya se gira hacia la cabecera de la fila. Y nos toca a nosotros. *Nosotros* somos la cabecera de la fila y la publicista nos está haciendo gestos para que avancemos.

Doblamos la esquina y entramos en una habitación pequeña con una planta en una maceta y un par de pósteres de artistas que han tocado aquí hace años. Y ahí, en una mesa en el centro de la habitación, está sentado Sadashiv. Igual de asombrosamente cautivador que en la portada de las revistas para adolescentes que le gustan a Penny, pero también con aspecto más... joven. Es algo fácil de olvidar cuando la gente le describe como «el hombre más *sexy* del mundo» y cuando mujeres que le doblan en edad pierden la cabeza por él.

Pero aquí, justo delante de nosotros, parece casi humano.

Maya se queda paralizada. Por un momento, está tan quieta como la estatua de mi cómic y observa sin decir palabra al hombre que nos sonríe con serenidad mientras juguetea con un rotulador Sharpie negro que tiene entre los dedos.

—Buenas noches —saluda con un acento británico algo pijo—. ¿Cómo estáis?

Maya hace un sonido que es un poco como un gemidito y, si fuese posible que los ojos se convirtiesen en corazones gigantes como en el anime, sé que eso es lo que estarían haciendo los suyos ahora mismo.

Es curioso. Sadashiv es un cantante famoso, con millones de fans por todo el mundo. Maya es tan solo una chica normal. Pero, de algún modo, en ese momento, se me ocurre que su amor platónico por él no es muy distinto del que siento yo por ella. Maya le tiene en un pedestal no muy diferente del pedestal en el que yo la he colocado a ella en mi cómic.

Darme cuenta de eso me da valor, en cierto modo. Tal vez sea porque yo no soy tan fan de Sadashiv (es solo un tipo con una voz bonita que canta canciones de amor sensibleras que ni siquiera ha escrito él), pero no estoy nada nervioso cuando pongo una mano sobre la espalda de Maya y la empujo con suavidad hacia la mesa.

—Estamos genial —contesto—. Yo soy Jude y esta es Maya. Es una gran fan tuya.

—Es un placer conocerlos a los dos. —Sadashiv coge un póster del montón que tiene a su lado. Apenas nos mira mientras firma en la parte inferior—. He de admitir que mi música tiende a atraer a un público algo mayor. Es agradable ver caras más jóvenes entre la audiencia.

—Vosotros sois los ganadores de las entradas de la radio, ¿verdad? —pregunta la publicista—. ¿Los alumnos del instituto?

—Sí. Vamos al Fortuna Beach —digo—. Técnicamente, yo no debería haber estado al teléfono durante las clases, pero... no me arrepiento.

—Apuesto a que no —responde la publicista.

—¿Fortuna Beach? —pregunta Sadashiv, mientras tamborilea con la tapa del Sharpie contra la mesa—. Eso está cerca de aquí, ¿verdad? He oído que está bastante bien.

—Sí, no está mal —confirmo.

—Te amo —suelta Maya de repente, como si esas palabras fuesen las únicas que es capaz de pronunciar—. Quiero decir, amo tu música. Me encanta.

Sadashiv sonríe.

—¿Te gustan los clásicos?

—Ahora sí. Quiero decir, tu último álbum... Me dormí escuchándolo todas las noches durante, no sé, un mes entero después de que saliera. Es que es... precioso. Tu voz es preciosa.

Sadashiv le sonríe, aunque noto que oye esto mismo como un millón de veces al día y que puede que haya perdido un poco de su novedad.

—Eres muy amable. Estoy impaciente por meterme en el estudio de nuevo. Espero que el próximo disco te guste igual. —Toma otro póster y le planta su firma.

—¿Crees que alguna vez grabarás canciones originales? —pregunto.

Maya me lanza una mirada de alarma, pero Sadashiv ni se inmuta.

—Lo he pensado a menudo —admite—. Me encantan las canciones viejas, pero sé que hoy en día también hay un montón de compositores con talento.

—Una amiga mía es compositora.

—¿Ah, sí?

—Bueno..., quiere serlo. Es muy buena. No tiene ninguna canción publicada todavía, pero mañana vamos a grabar su primer videoclip para el concurso que celebran en el Festival Musical de Condor. Puede que incluso tenga la oportunidad de actuar.

—Qué emocionante —comenta Sadashiv, aunque noto que solo está siendo amable—. ¿Cómo se llama tu amiga?

—Ari. O sea, Araceli Escalante.

Sadashiv desliza los dos pósteres hacia nosotros.

—Es un gran nombre. Le deseo la mejor de las suertes.

—Gracias —le digo—. Le contaré que has dicho eso.

Maya y yo cogemos nuestros pósteres.

—¡Hagamos una foto! —exclama la publicista, al tiempo que nos hace dar media vuelta.

Sonreímos cuando la cámara dispara y acto seguido ya nos están conduciendo afuera. A mi espalda, oigo a Sadashiv saludar al siguiente grupo de la fila.

—¡No puedo creer lo que acaba de ocurrir! —grita Maya en cuanto estamos fuera del alcance de su oído—. ¡Mira! ¡Ha dibujado un corazón! —Sujeta su póster en alto y veo que, en efecto, Sadashiv ha dibujado un corazoncito con una floritura al final de su autógrafo.

—¿Cómo? —digo, mientras examino mi póster—. ¿Por qué no tengo yo mi propio corazón?

—Este conjuro de *Encantar persona* funciona de verdad —me dice Maya como para hacerme rabiar.

Otro hombre con portapapeles nos entrega un par de gomas elásticas para sujetar los pósteres enrollados y luego nos acompaña a la sala del concierto. Los asientos se están llenando a toda velocidad; la multitud es una masa de sonidos entusiastas. Nos llevan hasta nuestros asientos en segunda fila, tan cerca del escenario que veo incluso los botones plateados de los amplificadores. Hay instrumentos para una banda entera, listos para acompañar a Sadashiv en el escenario. Una batería y un piano, guitarras y trompetas, incluso un saxofón.

—Esto es increíble —dice Maya. Sacude la cabeza asombrada—. ¡Estos asientos deben de costar una fortuna!

—Vendí uno de mis riñones para pagarlos. No fue para tanto.

Desliza los ojos hacia mí y me estudia durante unos instantes, con expresión pensativa.

—Gracias, Jude. De verdad. No puedo ni... La verdad es que estoy encantada de estar aquí esta noche. *Contigo*.

La forma en que subraya eso hace que mi corazón salte a mi garganta. Por un segundo, contemplo alucinado lo guapa que es. Cómo centellean las luces del escenario sobre la purpurina espolvoreada por sus pestañas. Cómo se curvan sus labios de un modo que es un poquito burlón, un poquito insinuante.

Entonces, Maya aparta la mirada y dedica un momento a enrollar su póster y asegurarlo con la goma elástica.

—Jude..., esto puede sonar un poco extraño —empieza, y mi cerebro se apresura a terminar su pensamiento.

«Esto puede sonar un poco extraño, pero he descubierto que me gustan los tíos delgaduchos y pálidos y ¡creo que eres aún más atractivo que Sadashiv!».

«Esto puede sonar un poco extraño, pero ¡en realidad he estado enamorada de ti desde aquella excursión de quinto!».

«Esto puede sonar un poco extraño, pero ¡acabo de darme cuenta de que eres mi alma gemela!».

—Y por supuesto puedes decir que no —continúa—, pero ¿crees que alguna vez podría jugar a *Dragones y mazmorras* contigo?

Mi mundo se para en seco.

—¿Qué?

—No sé, suena superguay, por la forma en que lo describes. Como que podría ser muy divertido.

Paso una cantidad excesiva de tiempo esperando al comentario final. El «¡Te pillé! ¡Deberías haber visto la cara que has puesto!».

Pero no llega.

—¿Qué? —repito.

—Bueno, si es que hay sitio para una persona más.

—Uhm, claro. Sí, si tú quieres. En realidad, necesitamos un jugador nuevo para esta campaña. Matt ha tenido que dejarlo, así que... Pero se supone que empezamos este fin de semana. Jugamos los sábados. Y estoy seguro de que estarás ocupada...

—No estoy ocupada. —Se acomoda en su asiento—. Me encantaría ir.

Espero. Le doy una oportunidad más de soltarme ese «solo estoy bromeando».

Pero no lo hace.

—Vale. Sí. Por supuesto que puedes unirme a nosotros.

Su sonrisa es pura luminosidad.

Después de eso, nos quedamos callados. Maya observa cada detalle. La iluminación, los instrumentos, los técnicos que aparecen de vez en cuando para ocuparse de los ajustes de último minuto. Mientras tanto, mis pensamientos corren a toda velocidad, tratando de imaginar cómo será jugar a *D&D*... con Maya. Que Maya esté en la campaña, una campaña que he creado yo. Que vea mis dibujos. Que experimente el mundo que yo mismo he diseñado. Que conozca a algunos de mis mejores amigos.

Y no logro decidir si esto tiene potencial para convertirse en lo mejor que me ha pasado en la vida... o en un completo desastre.

Sigo barajando estas dos posibilidades opuestas cuando las luces se atenúan. El público estalla en vítores. La banda aparece primero, y cada uno coge su instrumento. A continuación, Sadashiv sale pavoneándose al escenario, tan tranquilo, en su salsa delante de cinco mil fans vociferantes, con su propia cara, del tamaño de una casa, proyectada en la pantalla detrás de él.

Empieza la música, una introducción de animados y atronadores instrumentos de viento, mientras Sadashiv toma el micrófono.

Abre con una canción de Frank Sinatra que mi padre pone a veces en la tienda.

—*Luck be a lady tonight*...

«Suerte, sé una dama esta noche...».



CAPÍTULO TRECE

TENGO QUE LEVANTARME PARA IR A CLASE DENTRO DE TRES horas y media, pero no consigo dormir. Los recuerdos de la noche anterior dan vueltas por mis pensamientos. Cada sonrisa, cada contacto, cada vez que pensé que quizás, solo quizás, aquello podía convertirse en algo.

La cita fue perfecta. No existe otra palabra para describirla. Hice reír a Maya. Lo pasamos en grande.

Al menos, eso es lo que siento yo.

Pero ¿cómo puedo saber si Maya siente lo mismo? ¿Cómo hago que esto pase de ser una cita a... muchas citas? ¿Cómo construyo un puente entre el concierto de Sadashiv y...? No sé..., ¿un primer beso? ¿Salir con ella? ¿Ser felices para siempre?

Una puerta chirría con suavidad, seguida de los pies silenciosos de alguien que baja las escaleras del sótano. Un pequeño alguien con un pijama de las Tortugas Ninja Mutantes Adolescentes. No puedo ver a Ellie, pero ya conozco la forma particular en la que baja las escaleras en mitad de la noche. Cómo empieza deprisa, para después ir cada vez más despacio a medida que se acerca al final de las escaleras, insegura sobre cuándo sus pies van a llegar al suelo enmoquetado. No necesito verla para saber que está agarrada a la barandilla con una mano, mientras su otro brazo sujeta con fuerza su adorada ardilla de peluche.

Entonces la oigo correr por la moqueta y reptar debajo de mis mantas.

—Hola, Ellie —susurro, al tiempo que me echo hacia la pared para hacerle hueco.

—Hola, Jude —susurra en respuesta, y se hace un ovillo contra mi costado.

Ha sido así desde el otoño, cuando mis padres determinaron que Ellie era demasiado mayor para seguir durmiendo en la cama infantil que habían instalado en el dormitorio principal y que ellos necesitaban recuperar su propio espacio. Así que trasladaron la cama de Ellie al cuarto de Pru. La verdad es que esperaba que Pru pusiese muchas objeciones, pero lo aceptó sin refunfuñar demasiado. Excepto que, según Pru, Ellie no pasa demasiado tiempo en su propia cama y prefiere

trepar a la de ella para acurrucarse a su lado o, en las noches en que Pru se agobia y termina echándola, prueba suerte con Lucy, con Penny, y de vez en cuando incluso conmigo, a pesar de que a menudo dice que mi cuarto en el sótano le da escalofríos.

—No sabía si habías vuelto ya —dice.

—Volví tarde. Ya estabas dormida.

Ellie bosteza.

—¿Qué tal ha ido tu cita amorosa?

—¿Quién dice que he tenido una cita amorosa? —pregunto con una sonrisa satisfecha.

—Todo el mundo. —Se contonea un poco y mete la ardilla debajo de su cabeza como almohada.

—Ha ido bien —le digo—. Esta chica me gusta mucho. Y me ha dado la impresión de que a lo mejor yo también le gusto a ella.

—Pues claro que le gustas —declara Ellie sin el más mínimo atisbo de duda.

—Sí, bueno..., no lo sé. Parece demasiado bonito para ser verdad.

Esas palabras me resultan la cosa más cierta que he dicho en semanas.

Maya es simpática conmigo, siempre, pero no está *por* mí.

Solo dio la casualidad de que yo fui el chico que ganó las entradas para el concierto de Sadashiv. Estoy seguro de que habría ido con cualquiera que le hubiese hecho una oferta tan irresistible.

Bueno..., quizás no con cualquiera. Pero dudo que me hubiese escogido a mí, de haber tenido la oportunidad de elegir.

¿Acaso importa? Intento decirme que no. Porque fue conmigo, y lo pasamos genial, y puede que ahora me mire de otra manera. Por primera vez en la vida, puede que me esté viendo como un chico que podría gustarle de verdad.

—Esta es mi oportunidad —susurro con decisión—. No puedo malgastarla. Tengo que encontrar una manera de demostrarle que puedo ser la persona correcta para ella. Pero... ¿cómo se supone que voy a hacer eso?

El sonido de las respiraciones largas y regulares de Ellie deja claro que ella no me va a ser de gran ayuda, aunque tampoco es que esperase que lo fuera. ¿Qué tipo de chico recibe consejos para citas románticas de su hermana de cinco años? Incluso yo sé que es una idea terrible.

Pero entonces se me ocurre que tengo otras opciones que quizás no sean tan terribles en absoluto.

—Lucy, necesito tu ayuda.

Lucy hace una pausa en la elaboración de su compleja trenza y me mira en el espejo del cuarto de baño.

—¿Con qué?

—He pensado que a lo mejor podrías ayudarme a decidir qué ponerme hoy.

Sí... Bueno, este plan no sonaba tan desesperado cuando se me ocurrió. Sin embargo, la forma en que Lucy abre los ojos como platos me hace querer retirar las palabras de inmediato.

Se apresura a asegurar la trenza y gira en redondo hacia mí.

—¡La cosa fue bien! ¡Sí! ¿Ahora sales con Maya Livingstone?

—¿Qué? No. No estamos... La cita fue bien. Y yo solo... Pero no.

—Pero quieres salir con ella.

—*Siempre* he querido salir con ella.

—Por supuesto. Y ahora tienes que estar a la altura e impresionarla. ¡Me encanta esto! —Me agarra de la muñeca y me arrastra por el pasillo. Bajamos dos tramos de escaleras y entramos en mi dormitorio, donde abre de par en par las puertas del armario y empieza a rebuscar entre la ropa que tengo amontonada de cualquier manera en las baldas. Saca un par de pantalones de pana verdes que me compró mi madre hace un tiempo y todavía tienen la etiqueta puesta.

—¿Estos te caben?

—Uhm...

—Póntelos. —Me los tira y sigue hurgando.

Me cambio en el cuarto de baño y Lucy sopesa tres combinaciones diferentes con camiseta-sudadera-camisa antes de decidirse por una sudadera blanca con capucha; siempre pensé que me estaba demasiado pequeña, pero Lucy insiste en que es como tiene quedar.

—Pero mantén las mangas remangadas, así —me indica, antes de demostrarme la manera correcta de llevar una sudadera, algo que es evidente que no he sabido hacer en toda mi vida. Por último, elige un par de playeras negras.

Hago una mueca.

—Esas tienden a hacerme ampollas.

—Pues ponte unos calcetines más gordos.

Frunzo el ceño.

—Creía que...

—¿Qué?

—Bueno, creía que esas playeras eran para llevar sin calcetines. Pero... vale. —Abro un cajón y saco un par de calcetines. Cuando me giro para coger las zapatillas, Lucy me arranca los calcetines de las manos con expresión horrorizada.

—¡Calcetines tobilleras, Jude! Que no se vean. Se supone que estas zapatillas se llevan con... —Hace un ruido contrariado y levanta los ojos al cielo—. Menuda suerte tienes de tenerme a mí.

Yo lo dudo, pero me callo.

Rebusca en mi cajón y encuentra un par de calcetines cortos blancos. Otro regalo de mamá que nunca me he puesto porque... son muy cortos. ¿Para qué sirve llevar unos calcetines tan cortos?

Resulta que sirven para llevarlos con estas zapatillas.

Lucy declara que estoy listo. Me guardo mi dado y volvemos arriba para que pueda mirarme en su espejo de cuerpo entero.

Y me siento... ¿abrumado?

Quiero decir, parezco diferente, y no estoy mal. Pero no estoy seguro de que sea suficiente.

La persona del reflejo todavía se parece a mí. Pelo rubio anodino. Labios demasiado grandes. Piel demasiado pálida. Solo que ahora la envoltura es más hípster ahora.

—No tenía mucho con lo que trabajar —se disculpa Lucy, que me inspecciona desde un poco más atrás con los brazos cruzados—. Pero es una mejora. Tendremos que ir de compras este fin

de semana.

—¿De compras?

—Has pedido un cambio de imagen.

—Yo no he...

—No discutas conmigo. —Me mira de arriba abajo una vez más, luego asiente con gesto aprobador—. ¡Muy bien! ¡Vámonos a clase!

Sigo escéptico hasta que entramos en la cocina, donde el resto de mi familia espera alrededor de la mesa del desayuno.

—¡Jude, por fin! —exclama Penny—. ¿Cómo fue tu...? —Se calla de golpe y me mira pasmada. Luego mira a Lucy. Otra vez a mí.

Después intercambia una mirada ojiplática con Pru, que ha dejado de extender la mermelada por su tostada.

—¿Qué? —digo, cohibido de repente. Bajo la vista hacia mi ropa.

—Guau, mira cómo te has vestido —comenta Penny con conocimiento de causa—. ¿Es por Maya?

—No, yo solo... pensé que... —Ceñudo e incómodo, saco un gofre del congelador y lo meto en la tostadora—. Cállate.

—Pues yo creo que es muy mono que te vistas para una chica —comenta mi madre.

—Estáis actuando como si llevase traje y corbata o algo. Es solo una sudadera. Literalmente.

—Sí, pero una sin rotos ni manchas ni logos de ninguna franquicia conocida —apunta Pru.

—Y me gustas con esos pantalones —señala mamá—. Te quedan bien.

Me empiezan a arder las mejillas. ¿Por qué está tardando tanto este gofre?

—Solo estoy probando algo nuevo —musito.

—Sí, para una chica —insiste Penny.

—¿Cómo fue el concierto? —pregunta papá, y no estoy seguro de si pretende interrogarme sobre mi cita o si intenta ayudarme cambiando de tema.

—Bien —contesto.

—¿Qué es lo que estuvo bien? —presiona mi madre.

El gofre salta. Lo extraigo y me lo paso de una mano a otra hasta que se enfría.

—Lo siento, no tengo tiempo para contároslo ahora. Vamos a llegar tarde.

Recojo las llaves de la encimera y salgo por la puerta. Me detengo a mitad de las escaleras que llevan a nuestra pequeña callejuela trasera. Doy media vuelta. Entro en la cocina.

Pru, que tiene una sonrisilla plantada en la cara, me tiende mi mochila. La cojo con un «gracias» mascullado.

—Es verdad que tienes buena pinta —me dice en voz baja mientras desfilamos hacia el coche. Entonces abre la boca como para añadir algo, pero parece pensárselo mejor.

—¿Qué?

Niega con la cabeza, la mano sobre la puerta del copiloto.

—No es un *gran* cambio, pero sí suficiente como para que la gente lo note. Siempre has odiado que se fijen en ti, pero últimamente...

Trago saliva. Todavía estoy rojo como un tomate, y eso solo por lo que me ha dicho mi familia.

Sin embargo, sobreviví cuando fui el centro de atención durante ese estúpido experimento de

lanzar la moneda al aire.

Sobreviví a pedirle salir a Maya delante de toda la clase.

Si la gente se fija en mí por llevar algo distinto a una camiseta del club Hellfire, también sobreviviré.

No. No solo sobreviviré. Me *regodearé* en su atención. Me empaparé de ella, la engulliré como una jarra de cerveza en la taberna de Bork. Y me gustará.

Porque el tipo de tío que merece Maya es el tipo de tío al que no le da miedo un poco de protagonismo.

Y, desde este mismo momento, me voy a convertir en ese tío.



CAPÍTULO CATORCE

—¿TODAVÍA ESTÁ EN PIE LO DE GRABAR EL VÍDEO DE ARI ESTA noche? —pregunta Pru cuando salimos de la furgoneta.

—Pues claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

Pru se cuelga la mochila de los hombros.

—Solo preguntaba. Lo entenderíamos si tuvieses otros planes. «Con Maya». Me doy cuenta de que eso es lo que está sugiriendo.

—No —digo, justo cuando entramos en el patio del instituto—. No tengo otros planes.

Y, entonces, todo es extraño.

Lo percibo de inmediato. La forma en que los alumnos un año más pequeños que nosotros se callan cuando pasamos por delante. La forma en que Bristol Eastman levanta la vista del libro que está leyendo para mirarme de arriba abajo con aprecio.

—Guau —murmura alguien en tono de admiración, y estoy casi seguro de que se refiere a mí.

—¿Qué está pasando? —le susurro a Pru.

—Ayer saliste con una de las chicas más populares del instituto, y lo sabe todo el mundo —contesta—. Y ahora apareces con aspecto de haber pensado de verdad en la ropa que te ibas a poner por primera vez en tu vida. Y la gente se ha dado cuenta. —Hace una pausa antes de añadir—: Te lo dije.

—Oh, Dios. —Clavo los ojos en el suelo mientras nos dirigimos a nuestro banco, donde Quint y Ezra están bromeando sobre algo—. Quería que se fijase solo Maya, no *todo el mundo*.

—Jude, mírame. —Dejamos de andar y me giro hacia Pru; su expresión es seria—. No me importa si llevas un pijama de Superman o un esmoquin de tres piezas. Eres mi hermano y eres increíble, y no pasa nada porque se fijen en ti de vez en cuando. No pasa nada por... querer cosas. Como interesarles a las chicas. Y que la gente te conozca. Y que la chica que te gusta desde siempre se fije por fin en ti. Te mereces todo eso.

La miro hasta asegurarme de que ha terminado con sus ánimos fraternales.

—No tengo pijamas de Superman desde los diez años —le digo al fin.

—¡Eh! ¡Prudence! ¡Jude! —saluda Ezra con entusiasmo. Está sentado sobre el respaldo del banco y nos mira agitando un puñado de billetes.

—¿Qué se trae entre manos ahora? —masculla Pru.

—¿Tenéis cinco pavos? ¿Diez? —pregunta Ezra mientras nos acercamos a ellos—. Haced vuestras apuestas.

—¿De qué hablas? —pregunta Pru.

—Dicen que la directora Jenkins acaba de anunciar su jubilación anticipada. Así que he organizado una porra sobre las razones. Hasta ahora, el consenso general es una crisis de mediana edad exacerbada por demasiados años rodeada de adolescentes rebosantes de hormonas. Aunque también hay un gran contingente de personas que creen que está implicada en algún tipo de escándalo, seguramente relacionado con drogas o grabaciones de imágenes sexuales.

—¿En serio? —musita Quint.

Ezra sonríe con suficiencia.

—Creemos que conocemos a las personas, ¿eh? También he tenido dos apuestas a que se va para poder presentarse a un cargo público el año que viene; y una a que se va a unir a una comuna *hippie* a las afueras de San Francisco. —Me mira—. ¿Tú qué crees?

—¿Cómo voy a saber yo por qué se jubila la Sra. Jenkins?

Él pone los ojos en blanco.

—No lo sabe nadie. Ese es el objetivo de la porra. Si aciertas, ganas un fajo entero de billetes limpios de polvo y paja. Si no acierta nadie, te devuelvo tu dinero. Menos mi pequeña tarifa por llevar las cuentas. Obviamente.

Me encojo de hombros y meto las manos en los bolsillos.

—No sé. —Desde luego, no veo a nuestra directora haciendo nada escandaloso. ¿Una crisis de mediana edad? Puede ser—. A lo mejor ha decidido perseguir su sueño de escribir la próxima gran novela estadounidense. —En mi bolsillo, de repente, noto el dado frío contra mis dedos. Frunzo el ceño y dudo un instante—. No..., borra eso. Va a escribir algo romántico —añado. El dado se calienta un poco—. Es probable que sobre piratas.

Ahí está otra vez, ese pulso extraño.

—Genial —comenta Ezra, mientras lo anota—. Te voy a dar unas probabilidades muy bajas, pero puntos por originalidad. Tendrás que apoquinar cinco pavos para jugar.

—Y tú que no querías cursar Estadística este año —dice Quint mientras yo me encojo de hombros y saco mi cartera.

—Oportunidad fallida —apunta Pru—. Esa clase es solo una tapadera para enseñarnos a hacer apuestas ilegales.

—Solo son ilegales si te pillan —la corrige Ezra.

—En realidad, eso no es cierto —dice Pru.

—¿Y tú qué, Prudence? —continúa, guardándose mi dinero—. ¿Qué te apunto a ti?

—Apúntame para testificar a vuestro favor —responde—. Para cuando todos os metáis en un lío por apostar sobre la vida privada de una profesora.

Ezra pone cara de enamorado y se lleva una mano al pecho.

—¿Harías eso por mí?

—No. Pero lo haría por Jude.

—Gracias, hermanita —digo distraído, porque Maya acaba de entrar en el patio. Está con Katie, y se dirigen hacia su mesa habitual. Por un segundo, los ojos de Maya saltan hacia mí y (no me lo estoy inventando) compartimos un *momento*. Sus labios se curvan hacia arriba, solo un poquito. Remete un rizo detrás de su oreja. Luego vuelve a su conversación.

Mi corazón late con tambores y platillos dentro de mi pecho.

—Tío —dice Ezra—. He visto esa mirada de «ven aquí». ¡Ve! ¡Ve a verla, colega! —Me empuja con tal fuerza en dirección a Maya que me tambaleo y apenas consigo recuperar el equilibrio antes de caer de bruces sobre el hormigón.

Me giro hacia él con ojos asesinos.

—No necesito tu ayuda, gracias.

Ezra levanta las manos a la defensiva.

—Ya lo sé. Eres una mariposa que justo ahora está saliendo de su capullo. Solo me siento afortunado de estar aquí para verte volar.

Frunzo el ceño. Pru y Quint le están lanzando a Ezra miradas similares: un poco desconcertadas, un poco irritadas.

Quint sacude la cabeza y empieza a hablar de nuestro trabajo de Ciencias Políticas. Eso me da la oportunidad de respirar. Mi atención deambula de vuelta a Maya, que se ha sentado. Janine y Brynn se han reunido con ellas. No me están mirando. Es probable que Maya les esté contando cómo fue el concierto, pero eso no significa que esté hablando de mí.

Siento que mis pies están pegados al suelo. Como si pesaran una tonelada.

Sería muy muy fácil quedarme aquí sin más. Mantener la vista baja. Evitar su atención, evitarla a *ella*. Igual que he hecho siempre. Sin arriesgarme a sufrir ningún bochorno. Sin arriesgarme a un rechazo.

Pero ¿ser ese tío? ¿El parado que no corre nunca ningún riesgo?

Ese no se lleva nunca a la chica. No se *merece* a la chica.

Noto que tengo las palmas calientes y que me pican, pero, antes de darme cuenta siquiera, mis pies se han puesto en movimiento, casi por voluntad propia.

Percibo el cambio en las miradas a mi alrededor. Los susurros intrigados.

Intento no entrar en pánico, pero ¿a quién quiero engañar? Soy el pánico personificado. Noto el estómago como una lata de gaseosa agitada. Burbujeante y revuelta, y no en el buen sentido.

Hay un momento en el que me planteo dar media vuelta. Todavía podría cambiar de rumbo. Girar a la derecha y dirigirme a clase, fingir que eso era lo que pensaba hacer desde el principio.

Pero entonces Maya levanta la cabeza y me ve. Se sienta más erguida. Sus amigas se percatan, y entonces sus ojos también están sobre mí. Katie se tapa la boca con la mano y se echa a reír. Hay un toque de crueldad en el sonido. Si no sobrevivo a esto, por favor, que mi lápida diga algo guay como:

*Aquí descansa Jude, un noble piloto que murió al servicio de las Fuerzas Rebeldes.
Su sacrificio garantizó la libertad de galaxias enteras. Tardará en ser olvidado.*

O..., ya sabes. Algo como eso. Siéntete libre de seguir aportando ideas en mi ausencia. Cuando llego hasta Maya y sus amigas, se me corta la respiración.

Santo cielo, ¿cómo se me ocurre? No debería estar aquí. ¿Por qué estoy aquí?

Pero Maya me sonríe.

—Hola —dice en voz baja, relajada.

—Hola —le contesto.

Brynn y Janine intercambian miradas, pero Katie se limita a inclinarse hacia delante. Apoya la barbilla en una mano y desliza los ojos despacio hasta mis zapatillas; luego los sube otra vez.

—Hola, Jude —dice, con la voz cargada de un millar de significados que no me atrevo a intentar interpretar.

—Uhm... —empiezo. Sé que me he sonrojado—. Solo estaba...

¿Qué? ¿Qué es lo que estaba haciendo? ¿Pensar? ¿Hablar? ¿Qué demonios me pasa?

Esta es la peor idea que he tenido en la...

—Sí —dice Maya.

Mis labios se entreabren.

Su sonrisa se ensancha. Hay un destello en sus ojos: puede que esté tomándome el pelo, o quizás me encuentre gracioso, o quizás le dé pena, o quizás todo lo anterior, o quizás algo completamente distinto.

Mierda. ¿Dónde está Ezra? ¿Dónde está Lucy? ¿Hay alguien por aquí que venda un anillo decodificador de Maya?

—¿Sí? —le pregunto.

—A lo que sea que estés pidiendo —dice.

Brynn hace un sonido tipo «oooh» y le da un empujoncito a Maya con el hombro.

—Eh..., en realidad solo quería decirte... —Mi cerebro está a punto de explotar. Necesito poner fin a esto. Necesito salir de aquí—. Me lo pasé muy bien anoche. —Hago una mueca, mi voz suena tensa—. Eso es todo.

Katie se ríe entre dientes, pero Maya se limita a echarse hacia atrás, sin dejar de sonreír.

—Yo también.

—Genial —digo, y ¿acabo de levantar los pulgares? ¿Quién está controlando mi cuerpo ahora mismo?—. Bueno. Pues nada. Te veré en clase. —Me arde la cara cuando doy media vuelta. Meto las manos en mis bolsillos y me aferró al dado como si fuese la mantita con la que duermo.

—¿Jude?

Gimo para mis adentros. No, por favor, deja que me escape de esto. Jamás en mi vida volveré a actuar como si tuviese alguna posibilidad de atraer la atención de una chica como esta. Estoy harto de fingir. Harto. Aprieto los dientes y me giro despacio.

—¿Sí?

—¿Quieres sentarte con nosotras luego, durante la comida?

Sus amigas sueltan un grito. Un *grito*, literalmente. Y la miran como si hubiese perdido la cabeza. Diablos, yo mismo la estoy mirando como si hubiese perdido la cabeza.

¿Me acaba de invitar Maya Livingstone a comer con ella? ¿En la cafetería? ¿Dónde estaremos rodeados de personas con las que vamos a clase? ¿Personas con pensamientos y opiniones y juicios de valor? ¿Personas que hablarán de nosotros?

—Tu hermana también —añade, y asiente mirando hacia algún punto detrás de mí—. Y Quint. Y... ¿Ez? —Su expresión se vuelve menos entusiasta. Entonces recuerdo que Ezra y ella eran compañeros de laboratorio en Biología el año pasado y, sí, es probable que yo también

estuviese un poco traumatizado después de trabajar con él durante un año entero.

—Oh. Gracias —digo. La palabra sale un poco aguda, así que me aclaro la garganta antes de continuar—. Pru y Quint comen a segunda hora. Supongo que puedo mencionárselo a Ezra.

No sé si Maya percibe mis sentimientos al respecto, o si lo hace porque ella misma no es la mayor fan de Ezra, pero se inclina hacia mí.

—O no —susurra—. Eso también estaría bien. Entonces..., ¿te veo luego? —Hace una mueca—. Quiero decir, te voy a ver a primera hora, claro. Y a segunda. Pero ¿después... en la comida?

La expresión que tiene en ese momento, como si fuese *ella* la torpe, la que está nerviosa y dice cosas inoportunas, hace que me enamore aún más de ella.

—Sí —confirmo—. En la comida.



CAPÍTULO QUINCE

—¿NOS HA INVITADO TAMBIÉN A NOSOTROS A COMER EN SU mesa? —pregunta César, después de que haya intentado explicarles con el mayor tacto posible por qué no me voy a sentar con ellos hoy. Matt, él y yo estamos en la cola de la cafetería. Empujamos nuestras bandejas rojas por la barra, pero ninguno de nosotros prestamos demasiada atención a lo que los ayudantes de cocina están sirviendo en nuestros platos. Russell ha dicho que se le había ocurrido algo genial para una escena nueva de su novela, así que se ha ido corriendo a la biblioteca en cuanto ha sonado la campana. A Russell le importa tanto mi drama romántico como me importan a mí los deportes nacionales, lo cual, después de todas las miradas que he recibido hoy, es hasta refrescante.

—No lo sé —le contesto a César—. No os ha mencionado en particular, pero supongo que no pasa nada por que vengáis. —Los miro de reojo—. ¿Queréis comer en su mesa?

Vacilan un instante e intercambian una mirada cargada de palabras que ninguno de los dos pronuncia en voz alta.

—No especialmente —admite Matt al fin. Parece sentirse un poco culpable por ello, pero lo entiendo, de verdad. Yo mismo no estoy del todo seguro de querer comer con ella, aunque supongo que no podrá considerarme un potencial novio si no estoy dispuesto a pasar tiempo con ella durante las horas de instituto, ¿no?

Y en realidad no es una cuestión de pasar tiempo con Maya. Ella ya es bastante intimidante de por sí. Pero ¿Maya y sus amigos? ¿De qué se supone que voy a hablar con ellos?

Me doy cuenta de que estoy arrastrando los pies a propósito mientras avanzamos con la cola. Malgasto el tiempo decidiendo entre puré de patatas o pan de maíz.

—¿Entonces? —pregunta César—. ¿Vas a ir?

—Tengo que hacerlo, ¿no?

Llegamos al final de la cola, donde hay una vitrina llena de vasitos de gelatina roja que se menean ante nosotros. Hago una mueca. La gelatina es asquerosa. Hubiese jurado haber visto a

otros chicos con *brownies*, pero, cuando le pregunto a una de las cocineras, esta se encoge de hombros a modo de disculpa.

—Se nos acabaron hace unos minutos. ¿Quieres gelatina?

Niego con la cabeza.

—No, gracias. —La mujer les da dos vasitos a mis amigos y nos dirigimos hacia la caja registradora. Mientras espero, echo un vistazo por la cafetería y localizo la mesa de Maya. ¿Por qué tienen que sentarse en pleno centro? Es como si quisieran que los demás los miraran.

Katie, Janine y Brynn están ahí, junto con Raúl, Tobey, Serena y un par de alumnos de último año cuyos nombres desconozco.

—No tienes que hacerlo —susurra Matt, que parece haber percibido el terror que me obstruye la garganta mientras trato de imaginarme yendo hacia la mesa en cuestión. Sentándome en ella. Actuando como si encajase allí.

Tiene razón. No tengo que hacerlo, pero ¿quiero gustarle a Maya? ¿Quiero que me vea como alguien con quien podría pasar tiempo? ¿Alguien que encaja en su mundo? Sí, es lo que más deseo.

Claro que, ¿de verdad encajo en su mundo, o solo me estoy engañando?

—¡Eh! ¡Eh, tú! —Matt me da un empujoncito y me giro para ver a la cocinera de antes con una sonrisa radiante. Levanta un platito con un *brownie* de chocolate perfecto—. ¡He encontrado uno más! ¡Debe de ser tu día de suerte!

Le sonrío y acepto el plato que me ofrece.

—Gracias —digo. Luego me vuelvo hacia mis amigos y les lanzo una mirada solemne—. Voy a hacerlo.

Ellos me devuelven una mirada similar, toda seriedad.

—A por ello, tío —me anima César.

No estoy seguro de qué es «ello», pero me remango un poco la sudadera, como me enseñó Lucy, cojo mi bandeja y me dirijo hacia el Palacio de Jabba.

Y no, no me estoy imaginando a Maya con un bikini dorado ni nada por el estilo. Déjate de ideas calenturientas. Solo digo que soy como un caballero jedi que entra en una guarida protegida por todas partes y plagada de peligros y tensiones y un montón de personas a las que les encantaría verme devorado por un rancor.

Llego a la mesa y me quedo ahí de pie un instante, de lo más incómodo. Janine es la primera que se fija en mí. Se sienta más erguida y le da una palmada en el brazo a Katie, que a su vez llama la atención de Maya.

—¡Oh, hola! —me saluda Maya, dándole un empujoncito a Raúl, que está sentado junto a ella. Y así, sin más, la gente empieza a moverse. Se apretujan en el banco para hacerme hueco.

A mí.

—Siéntate —dice Maya, y hace un gesto a su lado.

Así que eso hago.

—¡Hala, tío! —exclama Tobey—. ¿Has conseguido un *brownie*? Se les habían acabado cuando pasé por ahí.

—Creo que me he llevado el último —digo. Mis ojos se desplazan de él a mi plato, y luego a Maya. Después miro otra vez a Tobey—. Uhm..., ¿lo quieres?

—¿En serio? ¡Sí! —Se apodera del *brownie* con entusiasmo.

Y así, sin más, el grupo a mi alrededor retoma las conversaciones que mantenían antes de mi llegada. Como si no hubiese cambiado nada de nada.

Suelto el aire que estaba conteniendo.

Brynn pregunta por el concierto y Maya toma la palabra mientras yo juego con mi comida. Les cuenta lo de la fiesta VIP, y cuando conocimos a Sadashiv, y lo del corazón que dibujó en su póster. Les relata la actuación minuto a minuto, con tal profusión de detalles que me parece estarlo experimentando otra vez. Maya recuerda mucho más del concierto que yo. No han pasado ni veinticuatro horas y yo ya lo he olvidado casi todo de Sadashiv y de las canciones que cantó. Lo único que recuerdo, en realidad, es la manera en que Maya me sonrió antes de que empezase el espectáculo. La manera en que brillaba a la luz del escenario.

—Bueno, basta ya de Maya y su cita mágica —interviene Janine—. Vamos con la pregunta importante del día. —Arquea una ceja y mira a los ojos a todos los chicos de la mesa. A Raúl, a Tobey, e incluso a mí—. ¿Quién de vosotros, perdedores, va a llevarme al baile de fin de curso?

Eso provoca una reacción en cadena. Carcajadas. Burlas. Más de un comentario sugerente. Flirteos. Mi cara cada vez más roja. No es que nadie piense ni por un segundo que yo tenga planeado pedirle salir a Janine, pero hay una pregunta subyacente que parece obvia.

¿Voy a pedirle a Maya que vaya conmigo al baile?

¿Debería? ¿Es demasiado pronto? ¿Diría ella que sí?

¿Era a eso a lo que se refería esta mañana, cuando me faltaban las palabras de un modo tan desesperante?

«Sí... a lo que sea que estés pidiendo».

La esperanza revolotea por cada uno de mis nervios, pero no consigo mirarla. Tobey monta un gran número para invitar a Janine a ir con él al baile y ella... le dice que no. De manera inevitable, eso conduce a otra reacción en cadena, y el enorme ridículo se convierte en una enorme broma. Sea como sea, Tobey no parece molesto en absoluto. Se limita a reírse de sí mismo con los demás y a abrir un sobre de ketchup para sus patatas fritas.

¿Cómo lo hace?

Yo me escondería dentro de un agujero si Maya me rechazase de ese modo delante de todo el mundo.

—¡Eh, Jude el Dude!

El grito es tan potente que doy un salto en el banco... en el instante exacto en que un chorro de ketchup del sobre de Tobey viene hacia mí como un rayo láser. No aterriza en la manga de mi sudadera por apenas unos milímetros, y solo porque me he girado hacia el origen de esa voz.

A mi lado, Maya suelta un grito ahogado antes de echarse a reír.

—Eso ha estado muy cerca.

—Vaya, tío, lo siento —se disculpa Tobey, aunque no parece sentirlo en absoluto. Con una servilleta, limpio el manchurrón de ketchup que ha caído en el banco entre Maya y yo.

Ezra, el origen del grito, aparece un segundo después al final de la mesa con los brazos abiertos.

—¿Cómo lo has sabido? Tienes que contarme cuáles son tus fuentes.

—¿De qué estás hablando? —le pregunto.

—¡De la Sra. Jenkins! ¡De la apuesta! ¡Lo has clavado! —Le miro boquiabierto, sin comprenderlo bien—. Le he sacado toda la verdad a la Srta. Claremont. La directora Jenkins

acaba de firmar un contrato con una editorial. Resulta que *Amor en los siete mares*, volumen uno de una nueva saga romántica de piratas, llegará a las librerías el año que viene.

—Estás de broma —le digo.

—Tío. Es imposible que te hayas sacado eso de la manga. Perro astuto. —Está frunciendo el ceño y sonriendo al mismo tiempo. Saca un fajo de billetes de su bolsillo trasero—. No soy ningún genio de las matemáticas, pero, según mis cálculos, esto te pertenece.

Cuenta los billetes mientras va reuniendo un puñado de dinero; después me lo tiende. Cuando ve que estoy demasiado pasmado como para cogerlo, estampa el fajo sobre mi bandeja, justo al lado de mis patatas frías.

—Fuera de bromas —dice, y me señala con un dedo—. La próxima vez, quiero conocer tus fuentes de información antes de que me dejes sin blanca.

Y con eso, se quita un sombrero invisible ante el resto de la mesa, le guiña un ojo a Serena, gira sobre sus talones con una floritura y vuelve a cruzar la cafetería en dirección contraria.

—Qué raro es —comenta Serena con una carcajada.

Me sorprende ver los gestos afirmativos de todos los demás. Ezra es un tesoro en los círculos sociales del instituto Fortuna Beach. Es atrevido y ridículo. El payaso supremo de la clase. Los profesores le odian, en parte porque no pueden odiarle de verdad. ¿Y los alumnos? Le adoran, por sus ocurrencias, por toda la diversión que nos ha proporcionado a lo largo de los años.

Él no es raro. Yo soy raro.

¿En qué tipo de universo invertido he aterrizado?

—Santo cielo —exclama Serena. Recoge el dinero de mi bandeja y empieza a contar—. Yo aposté a que la Sra. Jenkins se iba para cuidar de uno de sus padres. ¿Cómo lo supiste?

—No lo sabía. Solo me inventé algo.

Raúl suelta una carcajada irónica.

—Sí, ya. Pues menudo golpe de suerte.

Sonríó un tanto incómodo. Sip. *Un golpe de suerte.*

Serena me devuelve el dinero.

—¿Qué vas a hacer con tus ganancias?

—Es probable que compre el Funko Pop de Ned Stark sin cabeza —suelto sin pensar.

La reacción tarda un segundo en llegar, pero entonces Katie se echa a reír de un modo que raya en lo ofensivo.

—¡No me digas que coleccionas esos muñecos!

Se me comprime el pecho. ¿En Serio, Jude? Me fuerzo a reírme.

—Era broma. Supongo que..., ya sabéis, empezaré a ahorrar para la próxima vez que Sadashiv cante en la ciudad. Creo que esas entradas VIP no son baratas.

—Oh, qué tierno... —dice Brynn, y le lanza una mirada significativa a Maya.

No creo que sean imaginaciones mías: Maya se ha acercado un poco más a mí. Sin embargo, espera a que la conversación continúe para inclinarse hacia mi oreja.

—¿De verdad voy a tener que esperar tanto para que me invites a salir otra vez? —me susurra en voz baja.

Contengo la respiración y la miro a los ojos.

Vuelve a tener esa sonrisa en la cara. La que es un poco burlona y, al mismo tiempo, un poco insegura.

Antes de que pueda pensar una respuesta, suena la campana y todo el mundo salta de la mesa. Maya me agarra del brazo para impedir que me vaya hacia mi cuarta clase.

—En cuanto a lo de mañana —me dice—. ¿Sigue en pie? ¿Crees que no pasa nada por que me cuele en vuestra fiestecita?

Mi cerebro tarda un tiempo bochornoso en alcanzar al suyo y entender que me está preguntando acerca de la noche de *D&D*.

—Sí, claro que sigue en pie.

—¿A tus amigos no les importa?

Sigo la dirección de su mirada hasta la puerta, donde César y Matt están esperando, pendientes de nosotros. César, para mi horror, levanta los brazos hacia mí y los agita en el aire como una animadora.

Vale, Matt no estará mañana, pero supongo que debería decirles a César y a Russell y los demás que Maya va a unirse a nosotros. Lo había olvidado por completo. Supongo que no estaba seguro de que fuese real.

—No les importa —la tranquilizo.

—Genial —dice Maya—. Mándame un mensaje con la ubicación.

Se marcha en dirección contraria, con la mochila colgada de un hombro. Me despido de ella con la mano.

Solo entonces siento que las náuseas que he tenido toda la mañana empiezan a desvanecerse.



CAPÍTULO DIECISÉIS

QUINT Y PRU ESTÁN EN SU ELEMENTO. QUINT LLEVA UNOS treinta minutos moviendo sillas y estanterías y lámparas de un lado para otro en su intento de montar el «marco» perfecto en un rincón de la tienda de discos, mientras que Pru ha estado tachando con júbilo cosas de una lista que preparó ayer. No hace más que hablar de directrices para el envío de trabajos y de formularios de inscripción y de metadatos y *hashtags*. Es evidente que no basta con que Ari grabe su primera canción y la cuelgue en internet. Para Pru, esta es su oportunidad para lanzar su carrera como compositora y, aunque puede que Pru no sepa demasiado sobre música o filmografía, desde luego sí sabe sobre promoción y *marketing* y gestión de una carrera. O al menos finge muy bien que entiende de esas cosas.

Ari, por su parte, parece conformarse con tocar melodías repetitivas en su guitarra y esperar a que Pru y Quint le digan lo que hacer.

En cuanto a mí, estoy trabajando.

Más o menos.

La actividad ha sido escasa en la tienda toda la tarde.

—Bueno —empieza Ari, sin que sus dedos dejen de danzar por el mástil de la guitarra—. ¿Fue bien tu cita?

No le he contado gran cosa. No le he contado a nadie gran cosa, porque ¿qué se supone que debo decir? Hubo una limusina. Sadashiv firmó nuestros pósteres. Maya me sonrió como si hubiese movido los cielos para llevarla a ese concierto, cuando en realidad todo lo que hice fue una llamada de teléfono afortunada.

—Sí —respondo—. Fue genial.

Ari sonríe, pero es una sonrisa de labios apretados que no se refleja en sus ojos.

Es probable que esté nerviosa. Sigue tocando notas en la guitarra, lo cual me asombra; no sé cómo puede tocar y hablar al mismo tiempo. A veces me pregunto si su cerebro sabe siquiera lo que están haciendo sus dedos, o si a estas alturas es todo memoria muscular. También me

pregunto si está tocando una melodía que conoce o si se la está inventando sobre la marcha, si está probando nuevas combinaciones de notas, si está escribiendo una canción en su subconsciente, incluso ahora. No reconozco la melodía.

—Ni te molestes en intentar sacarle más detalles —apunta Pru. Tiene el portátil que compartimos para los trabajos del instituto abierto en un extremo del mostrador. Creo que está preparando el nuevo perfil de Ari en YouTube, para el que me parece recordar que tengo que crear un encabezado gráfico en algún momento, ¿no?—. Eso es todo lo que dice sobre el tema: «Genial. Sí. Muy bien. Las limusinas molan». —Me mira ceñuda—. Como si tener una cita con Maya no fuese todo un hito.

Me encojo de hombros, incómodo.

—¿Qué quieres saber?

Pru sonrío como si esa fuese justo la pregunta que quería que hiciese.

—¿La besaste?

Me quedo lívido.

—Dios, Pru.

—¿Qué? ¡Esa es *la* pregunta! Dame algo.

—Eso es... No. No voy a hablar de esto. —Me he sonrojado otra vez, pero mi perenne cara roja ya apenas afecta a Pru.

Mi hermana suspira y le lanza a Ari una mirada entendida.

—No la besó.

Medio espero que Ari intervenga, que haga algún comentario burlón. Que insista o hurgue o... algo. Mi cuelgue por Maya ha sido bien documentado y discutido y diseccionado a lo largo de los años por ambas.

Sin embargo, Ari no dice nada. De hecho, parece concentrada en su música otra vez; tiene los hombros tensos.

—En cualquier caso, la cita debió de ir bien —continúa Pru—, porque hoy Maya ha invitado a Jude a comer con ella.

Ari levanta la vista con expresión curiosa.

—¿Cómo fue conocer a Sadashiv?

Podría haberla besado por cambiar de tema.

—Era simpático. Bueno, ya sabes, para ser milmillonario.

—No creo que sea milmillonario —comenta Pru—. Las discográficas se llevan mucho dinero de los artistas.

—Bueno, estoy seguro de que no lo está pasando mal —insisto—. Y... ¡Oh! Ari, le hablé de ti.

Ari abre los ojos como platos.

—¿De mí?

—Le dije que tenía una amiga que era una compositora con mucho talento. Le di tu nombre y te deseó buena suerte en el concurso.

—Guau. —Deja de tocar—. Sadashiv ha oído hablar de mí. Eso es... raro.

—Sí, conocerle también fue raro. En un momento dado creí que Maya iba a desmayarse, como aquellas chicas en los conciertos de los Beatles allá por los años sesenta.

—¿Es tan atractivo en la vida real como en las revistas? —Este comentario viene de Quint.

Ha colocado su móvil en un trípode y está haciendo ajustes milimétricos.

Lo pienso un poco.

—Bueno..., sí. Parece que lo han hecho con Photoshop. Pero insisto en que parecía agradable. Quiero decir, sabe que es famoso y podría portarse como un cretino sin consecuencia alguna, pero parece que ha tomado la decisión de ser decente.

—Eh, Ari —la llama Quint—. ¿Puedes sentarte en el taburete para que pueda comprobar la iluminación?

Ari ocupa su sitio como le ha pedido, pero parece bastante incómoda mientras Pru y Quint la estudian a través de la pantalla del teléfono.

—Podríamos utilizar un poco más de luz en este lado, para compensar la que entra por las ventanas —comenta Quint.

Sigue siendo extraño oír a Quint con su voz «profesional». Durante años, le he considerado una versión *light* de Ezra. Uno de los payasos de la clase, un bufón. El tipo que cae bien a todo el mundo, pero que nadie se toma demasiado en serio. Sin embargo, cambia mucho cuando está detrás de una cámara. Se muestra más confiado, más centrado al hablar de cosas como sombras y profundidad.

Pru desaparece en la oficina y regresa con otra lámpara de escritorio. La coloca al lado de Ari, y Quint y ella hacen distintos ajustes durante unos minutos: la mueven de una superficie a otra, la prueban con y sin la pantalla... Mientras tanto, Ari está ahí plantada, en el centro de todo, y les dice repetidas veces que tampoco tiene que ser perfecto. Ellos la ignoran todas las veces, porque la no perfección no es algo en lo que Pru crea.

—¿Vas a tocar tu canción nueva? —le pregunto, en parte para distraerla.

Me mira y aspira una bocanada de aire nerviosa.

—Sí. Eso creo. Quiero decir, la toco y vosotros me decís si es espantosa, en cuyo caso podría tocar luego una de mis canciones viejas, supongo. Pero sí, la verdad es que me gusta mucho la canción. Creo que es... Creo que estoy contenta con ella.

Sonrío.

—Estoy seguro de que es genial. Pero, si no lo es, no te preocupes, Pru te lo dirá.

—¿Tú no?

Me río y me señalo el pecho con los pulgares.

—Soy tu mayor fan, ¿recuerdas? A mis ojos, no puedes hacer nada mal.

Ari sonríe de oreja a oreja y aparta la mirada.

Por fin, Quint declara que la iluminación es perfecta..., siempre y cuando podamos grabar el vídeo en los próximos cuarenta minutos, antes de que el sol se ponga y perdamos la luz diurna que entra por las ventanas.

—Hagamos una rápida comprobación de sonido para ver que el micro funciona bien —dice—. ¿Puedes tocar algo?

Ari toca un par de acordes y empieza a cantar. El cambio es inmediato. Observo cómo sus hombros se relajan, cómo la tensión se esfuma de su rostro.

Empieza con una canción de Adele, pero la hace suya cambiando los poderosos tonos de Adele por su propia voz dulce, casi frágil. Ari me ha dicho más de una vez que no se gusta como cantante. A pesar de lo genial que es delante del público, a pesar de lo mucho que disfruta de tocar, lleva años quejándose de que su voz no es demasiado buena. Pero no pasa nada, ella no

quiere ser cantante, solo escribir canciones para que las canten otros. Quiere estar detrás de los escenarios, crear melodías y letras que enamoren a otras personas, que les hagan sentir algo. No tiene ningún interés en estar bajo los focos.

Aun así, hay veces, cuando la oigo cantar, en que pienso que debe de tener una idea absurdamente equivocada de cómo suena su voz, porque... a mí me encanta. ¿Conoces esa expresión cursi, «una voz angelical»? Así es la voz de Ari para mí. No es potente, no es robusta, no es *fuerte*. Pero hay algo en ella que resulta tranquilizador, adorable, puro. Solo que Ari no se da el reconocimiento que merece.

—Bueno, ¿de qué hablasteis?

Doy un respingo. No me había dado cuenta de que Pru se había puesto a mi lado. Me habla en voz baja mientras Ari y Quint hacen ajustes mínimos en el equipo de grabación.

—De su canción nueva. Está preocupada por que no sea buena.

Pru frunce el ceño confusa, luego lo entiende.

—No Ari y tú, so bobo. Maya y tú. Estuviste más de cuatro horas a solas con ella. ¿De qué hablasteis durante todo ese tiempo?

—Bueno, no estuvimos cuatro horas *a solas* —replico—. Estábamos rodeados de cinco mil mujeres de mediana edad que no hacían más que chillar. Y de no pocos hombres de mediana edad, ahora que lo pienso. Y no teníamos que hablar porque, ya sabes, Sadashiv estaba ahí. Cantando y esas cosas. En cierto modo, fue una primera cita perfecta. Como cuando vas al cine. Todo el estrés de tener que mantener una conversación desaparece.

—Vale —acepta, aunque alarga la palabra, irritada por mi contestación—, ¿y el resto del tiempo, cuando Sadashiv no estaba cantando?

Finjo pensarlo, como si no hubiese repasado cada momento de la noche anterior un millar de veces desde todos los ángulos.

—En un momento dado, hablamos de *D&D*.

A Pru se le descaja la cara.

—No es verdad.

—No es como crees. Surgió, sin más. Y ella se mostró... interesada. No hacía más que hacerme preguntas al respecto. Incluso me preguntó si podía jugar. Alguna vez. Con nosotros.

Ahora Pru está horrorizada.

—¿Jugar a *D&D*? ¿Contigo y con tus amigos?

—¿Por qué me miras así?

—Porque conozco a tus amigos. Dime que no le dijiste que sí.

—Por supuesto que le dije que sí. Fue idea suya. ¿Por qué habría de decirle que no?

Pru suelta una carcajada ronca, pero Quint la regaña y nos recuerda que estemos callados. Con una disculpa rápida, Pru me arrastra más lejos por nuestra sala de grabación improvisada.

—Jude, te quiero, y creo que *D&D* es guay y te hace feliz, y eso es todo lo que importa, y tus amigos son muy simpáticos y no tengo nada contra ellos, bla, bla, bla.

—Guau —digo, inexpresivo—. Esto va a ser duro, ¿verdad?

—Es *Maya*. Llevas años enamorado de ella. Literalmente. *Años*. Y ahora que tienes la oportunidad de estar con ella, ¿vas a cortejarla con un juego de rol?

—Puede ser romántico —digo, bastante a la defensiva—. La gente se enamora jugando a

D&D todo el rato. —Sus cejas se arquean—. Mira, yo tampoco estoy seguro de que sea una gran idea, pero fue ella la que me lo pidió. Parecía interesada de verdad. ¿Y si...? ¿Y si de repente yo le empiezo a gustar a ella? —Es casi doloroso pensarlo, no digamos ya decirlo. Una esperanza mínima, tenue, casi imposible, de que esto pueda convertirse en algo de verdad—. ¿Qué se supone que debo hacer, limitarme a no hablar nunca de algo que me encanta? ¿En lo que invierto, literalmente, horas y horas de mi tiempo libre? ¿Se supone que no debo presentarle a mis amigos nunca?

—No —dice Pru—, pero a lo mejor podáis conoceros un poco antes. Quizás sea mejor no ir directamente a la parte en la que te emborrachas con hidromiel imaginario y atacas un castillo igual de imaginario.

—No digo que estés equivocada, pero... tú no estuviste ahí ayer por la noche. Y todo el mundo dice siempre que es mejor ser uno mismo. Pues este soy yo. Siendo yo mismo.

En lugar de mirarme con una expresión alentadora, Pru me contempla con algo parecido a la compasión.

—Y después de vuestra noche de *D&D*, ¿te vas a poner tu túnica de jedi y vas a practicar hechizos con tus varitas mágicas?

Se me contrae un músculo del ojo.

—Los jedi no usan varitas.

—Lo que quiero decir es...

—Ya sé lo que quieres decir —la interrumpo—. Lo pillo. Y sé que estás tratando de ayudarme, pero..., una vez más, fue idea *suya*.

Así que me la voy a jugar y veré qué pasa, porque ¿qué se supone que debo hacer si no?

Pru ladea la cabeza.

—Podrías invitarla a salir. A una cita de verdad. Una en la que solo estéis vosotros dos. Sin amigos de *D&D*, sin fans histéricos de Sadashiv.

Quint se aclara la garganta y los dos nos giramos; Ari y a él están mirándonos.

—¿Has terminado de sacarle faltas a la vida amorosa de Jude? —pregunta Quint—. Porque creo que estamos listos.

—Sí, perdón —dice Pru—. ¿Qué queréis que haga?

—Nada. Estamos bien. Solo necesitamos silencio. —Quint aprieta el botón de grabar en su móvil y le asiente a Ari—. Cuando quieras.

Los ojos de Ari se demoran en mí un segundo de más antes de desviarse. Hacia Quint. Hacia el teléfono. Se mueve con nerviosismo, endereza la espalda y ajusta su postura en la banqueta. Suelta el aire con fuerza y acerca la guitarra a su cuerpo. La miro y después observo la pantalla del teléfono, donde la imagen reducida la muestra envuelta en una luz casi rutilante. El mural de estrellas que tiene detrás proporciona una atmósfera guay, un poco mística. Profesional, pero no pretenciosa.

Además, Ari está guapa. No pienso demasiado en ello, porque estoy acostumbrado a verla con esos vestidos *vintage* que le encantan, preciosa y segura de sí misma en el escenario, fascinando al público con su música. Pero hoy está extraguapa, con brillo en los labios y el pelo recogido en una trenza alrededor de la coronilla. Lleva un vestido amarillo salpicado de rosas blancas y, a la luz de la lámpara, parece etérea. Casi... élfica.

Araceli la Magnífica.

La idea me hace sonreír, y tengo una expresión estúpida en la cara cuando Ari levanta la vista otra vez y nuestros ojos se encuentran. Por un instante, se queda muy quieta; yo me encojo y deseo poder explicarle que no me estaba riendo de ella, que solo estaba...

Solo estaba...

Pensando que está absolutamente preciosa.

Ari se humedece los labios. Noto que está nerviosa, pero su voz no vacila cuando mira a la cámara.

—¡Hola! Soy Araceli Escalante y esta es una canción que he escrito llamada *Aguacero*.

Entonces empieza a tocar. Sus dedos rasgan un par de acordes, luego escogen una melodía lenta, y Ari se pone a cantar.

*No sabría decir cuándo empezó.
Llegó cual tormenta en la noche.
Sin querer, mi corazón destrozó.
Este amor, un trueno sonoro.
Este amor, un rayo de oro.*

*Sí, mi amor no es un albor,
nunca fue un día de sol.
Aquí viene la lluvia, y lloro por fin,
presa del aguacero de mi amor por ti.*

*Solíamos ser sol y helado,
hacia el ocaso arena lanzando.
Oh, qué fácil era estar a tu lado.
Ahora en cambio no puedo anhelar,
porque este anhelo me está matando.*

Ari abre los ojos; se la ve cada vez más cómoda a medida que se pierde en la música. Les está cantando a sus oyentes, al mundo, a sus futuros fans, porque es increíble y la gente necesita oír sus canciones. En ese momento, siento de un modo muy claro, más claro que nunca, que es especial. Va a crear cosas que moverán a los demás. Va a escribir canciones que inspirarán a personas de todo el mundo, que nos harán sentir más conectados, que nos ayudarán a dar palabras a nuestros propios sentimientos como no podríamos hacer por nosotros solos.

*Sí, este amor no es un albor,
nunca fue un día de sol.
Aquí viene la lluvia, y lloro por fin,
presa del aguacero de mi amor por ti.*

*Un salto en el disco y luces titilantes.
Si la luz se va hoy, no será importante.
El corazón late con fuerza, otra noche sin dormir.*

No puedo respirar y mi esperanza quiere huir.

Miro de reojo a Pru mientras me pregunto si ella se siente igual de orgullosa y feliz que yo. Sin embargo, para mi sorpresa, Pru parece... triste. Preocupada.

Sus ojos saltan hacia los míos.

Dibuja un «¿qué?» con los labios.

Pru se yergue y niega con la cabeza. El momento se diluye y su extraña expresión se suaviza justo cuando Ari termina el puente de la canción y ataca el estribillo final.

Porque mi amor no es un albor,

nunca fue un día de sol.

Aquí viene la lluvia, y lloro por fin,

presa del aguacero de mi...

El aguacero de mi amor por ti.

Suena el último acorde y todos contenemos la respiración hasta que las notas finales se diluyen en el silencio. Ari esboza entonces una sonrisa aliviada en dirección a la cámara, nerviosa de nuevo. Quint detiene la grabación y todos estallamos en aplausos.

—¿Qué os ha parecido? —pregunta Ari—. Sed sinceros. Si es terrible...

—No es terrible —dice Pru con énfasis—. Es preciosa, Ari.

—De verdad —conviene Quint—. Podemos hacer un par de tomas más, si quieres, pero... creo que ha estado genial.

—¿Sí? ¿De verdad os ha gustado?

—A mí me ha encantado —afirma Pru—. Me ha parecido muy... —vacila un instante— espontánea. En el buen sentido.

Ari se echa a reír, aunque suena un poco forzada.

—La letra me vino así sin más cuando estaba tumbada en la cama hace unas semanas. ¿Quién sabe? A lo mejor fue por una película que había visto o algo.

Pru le devuelve la sonrisa, pero noto que quiere decir algo más. Profundizar.

Yo estoy muy confuso. La canción es asombrosa, así que sea lo que sea lo que le preocupa a Pru, no es eso.

—Sin importar lo que la inspiró —dice Pru al cabo de unos segundos—, es muy buena.

Ari baja la vista y desliza las yemas de sus dedos por las cuerdas de la guitarra.

—Esperemos que los jueces piensen lo mismo.



CAPÍTULO DIECISIETE

FIEL A SU PALABRA, LUCY ME LLEVA A LA TIENDA DE ROPA DE segunda mano el sábado por la mañana y, para cuando por fin terminamos, yo ya me estoy arrepintiendo de mi vida entera. En cualquier caso, supongo que la excursión es un éxito, porque volvemos a casa con bolsas llenas de vaqueros desgastados y chaquetas oscuras y camisetas de varios colores que no tienen ninguna frase divertida, ninguna referencia a la cultura pop, ninguna... nada.

Aburridas.

Y ásperas.

Me pongo una en cuanto llegamos a casa y luego me apresuro a prepararme para la campaña.

Convertimos el sótano en mi dormitorio cuando Pru y yo teníamos nueve años. Las literas que habíamos compartido hasta entonces se las pasaron a Lucy y a Penny. Barrimos las arañas e instalamos la moqueta. La habitación todavía parece bastante anticuada, con revestimientos de madera en las paredes y apliques antiguos que podrían provocar un incendio en cualquier momento, pero el resultado me parece un santuario y una mazmorra a partes iguales.

Lo cual es perfecto, dado que el grupo y yo solemos celebrar nuestras noches de campaña aquí.

Monto dos mesitas plegables y las cubro con una sábana negra. Luego bajo las sillas del comedor. Preparo palomitas y vacío una bolsa de Fritos en un gran cuenco. Por lo general, dejo que el resto del grupo coja algo de beber de la nevera y lo lleve abajo, pero esta vez busco una nevera portátil en el garaje, la lleno de hielo y coloco dentro unos cuantos refrescos y aguas con gas. Me planteo pedir *pizza*. Me planteo pedirle a mamá que nos haga galletas. Me planteo muchas cosas.

Por lo general, nuestras noches de *D&D* son relajadas, despreocupadas y divertidas.

Sin embargo, ahora no estoy relajado. No estoy despreocupado. Y no me estoy divirtiendo.

La verdad es que no lo pensé bien cuando Maya me preguntó si podía venir a jugar con nosotros. Me ofusqué con la idea de que quisiera pasar tiempo conmigo y de que tal vez incluso

estuviese interesada en este juego que a mí me encanta, y en ese momento de entusiasmo ignoré algunas cosas importantes que supongo que no debí ignorar. A saber: el hecho de que Maya todavía me da miedo a un nivel muy visceral, y la cuestión de si de verdad puedo ser un Dungeon Master eficaz con ella sentada a la mesa.

A lo mejor esto es de lo que intentaba advertirme Pru. No solo de que Maya pasaría rato con mis (he de reconocer) excéntricos amigos. No solo de que nos sumiríamos durante horas en un mundo de fantasía que le dará una visión sin filtros de mi imaginación, lo cual, reconozcámoslo, es como darle a alguien un asiento en primera fila para ver tu subconsciente, con todo lo bueno y lo malo que hay en él.

Y también hay pequeñas consideraciones que, en este momento, no parecen pequeñas para nada.

Maya va a estar en mi casa. En mi cuarto.

¿Y si no le gustan los aperitivos que servimos? ¿Debería pedir pepperoni en la *pizza*? ¿Y si es vegetariana o alérgica al gluten? Debería saber estas cosas, pero no las sé. ¿Por qué no se lo pregunté?

Y va a conocer a mis hermanas pequeñas, y Ellie no ha aprendido lo suficiente sobre constructos sociales para darse cuenta de cuándo no debe hacer «ooh» y «aah» con respecto a la posible novia nueva de su hermano mayor y de que no debe hacer preguntas inapropiadas como «¿os vais a casar?» o «¿vais a tener hijos?» o «¿estás enamorada de mi hermano?». ¿Es demasiado tarde para decirles a todos que se vayan a tomar un helado o algo? Me haría muy feliz que no hubiese nadie más aquí cuando llegue Maya.

—Guau —exclama Pru al pie de la escalera del sótano, con una cesta de ropa apoyada en una cadera—. Nunca había visto esta habitación tan limpia.

Miro a mi alrededor: la cama recién hecha, las baldas a las que llevo tres horas quitando el polvo, la moqueta que incluso he aspirado.

—¿Es demasiado evidente que estoy intentando impresionarla? ¿Debería, no sé... desordenar algunas cosas?

—No, no, me gusta. Es acogedor. —Echa un vistazo a la mesa de juego—. La vela con aroma a calabaza y especias es un poco demasiado.

—Sí, tienes razón. —Apago la vela.

—He doblado tu ropa limpia —me informa Pru, al tiempo que deja la cesta en mi cama—. Parecías estresado, así que... de nada.

—Gracias. —Empiezo a meter la ropa en mi armario—. ¿Has hablado con mamá y papá? ¿Les has pedido que, ya sabes, no hagan un mundo de esto?

—Jude, eres tú el que está haciendo de esto un mundo, mucho más que cualquier otro.

—Después de la charlita alentadora que me diste ayer sobre el error colosal que cometo al incluirla en el juego, puede que esté un poco nervioso.

—Lo siento —dice Pru, y casi creo que lo dice en serio. Vamos, que siente que esté tan nervioso, pero no ha cambiado de opinión. En líneas generales, Pru no es de las que cambian de opinión.

Con la excepción de Quint, supongo. Pru cambió *radicalmente* de opinión con respecto a Quint, después de pasarse toda nuestra clase de Biología Marina el semestre pasado quejándose de lo vago y desconsiderado que era. Resulta que estaba equivocada... y estuvo dispuesta a

admitirlo (con el tiempo). Así que quizás todavía haya esperanza para ella.

—Vale —digo. Cierro con fuerza el último cajón y respiro hondo. Miro a mi alrededor mientras me pregunto si debería esconder las figuras de Funko Pop que tengo sobre la balda, pero decido no hacerlo.

«Sé tú mismo, sé tú mismo, sé tú mismo».

¿Cómo puede un consejo tan usual parecer tan inusualmente inútil?

Mis ojos se posan en la mesa. La sábana negra, los cuencos de aperitivos, la pantalla de privacidad del Dungeon Master, los tableros cuadriculados, las diminutas figuras de peltre con forma de goblins y dragones y orcos, la mitad de las cuales pinté hace años, hasta que empiezo a sufrir atroces calambres en las manos.

—¿Es demasiado tarde para cancelar? —pregunto, con una especie de gemido en la voz del que no estoy orgulloso.

Pru me mira. Abre la boca. Y...

Suena el timbre de la puerta. Su melodía alegre y distante reverbera por las escaleras.

La expresión de Pru se vuelve empática.

—Lo tienes controlado.

—¿Sí? —pregunto—. Porque hace un rato has expuesto unos argumentos muy convincentes que sugerían lo contrario.

—Sí —dice, un poco agobiada—. Hay algunas cosas que me preocupan. Pero te quiero, así que... espero que esto vaya bien.

—Te lo agradezco.

Subo las escaleras de dos en dos, con Pru detrás de mí. Oigo que la puerta de entrada se abre, y luego la voz sobreexcitada de Penny.

—¡Hola! Eres Maya. Yo soy Penny. Jude está sup...

—¡Maya! —exclamo, un poco sin aliento. Freno en el vestíbulo, medio derrapando—. Has venido. Genial. Esta es Penny. Es una de mis hermanas. Pasa.

Maya sonríe con un poco de nerviosismo mientras entra por la puerta. Lleva una bolsa de nachos y un bote de salsa.

—Hola, Penny. Estabas con Jude cuando vino a rescatarme el día que mi coche se estropeó, ¿verdad?

—¡Sí! ¡Esa era yo!

Me río, algo incómodo.

—Y ya conoces a Pru. —Hago un gesto hacia mi espalda. Pru saluda con la mano.

—Hola, Maya.

—Hola —saluda ella—. ¿Vas a jugar con nosotros esta noche?

Pru hace una mueca.

—Uhm, no. He quedado con Quint dentro de un rato. Pero lo pasaréis bien.

La forma en que lo dice es casi convincente.

Se oye un grito ahogado en el piso de arriba.

—¿Es ella? —pregunta Ellie, asomándose por los barrotes de la barandilla—. ¡Qué guapa es!

Hago una mueca.

—Y esa es Ellie. —Levanto la vista y veo que Lucy nos mira por encima de la barandilla—. Y Lucy. Estas son... Guau. Están todas aquí. Estas son todas mis hermanas. Chicas, Maya. Maya,

mis hermanas.

Maya se ríe.

—Hola, chicas. Es un placer conoceros. —Se gira hacia mí y levanta los nachos y la salsa—. He traído algo de picar. Supuse que sería la manera más fácil de conseguir gustarles a tus amigos.

Y ahí está otra vez: ese asomo adorable de incertidumbre. Algo semejante a la timidez.

Jamás en mi vida había pensado en Maya como tímida. Siempre ha sido simpática y popular y despampanante e inalcanzable, sí. Pero ¿tímida?

—De verdad que no tienes por qué preocuparte por eso —afirmo, aunque, al decirlo, me doy cuenta de que no sé si es cierto. Las chicas y los romances y las cosas de la vida real no son temas que surjan en el grupo de *D&D*. No somos ese tipo de amigos, supongo, y desde el concierto he sentido mucha más ansiedad por lo que pensaría Maya de ellos que al revés—. Bueno, es por aquí —le digo, y doy media vuelta para volver abajo.

Oigo unos cuantos adioses burlones y cantarines de mis hermanas mientras bajamos al sótano. Contengo la respiración y trato de no pensar en exceso en cada detalle mientras Maya echa un vistazo a mi cuarto. No obstante, me es imposible no preguntarme qué opina. ¿Está juzgando el póster de Batman? ¿Los viejos dibujos de monstruos que pegué en la pared hace un montón de tiempo? ¿Está inspeccionando los libros que tengo en la estantería, una cantidad sorprendente de los cuales tiene espadas medievales y alas de dragones en el lomo?

¿Se está arrepintiendo ya de haber venido?

—Vaya... Pru y Quint —comenta Maya, y deja los nachos y la salsa en la mesa—. He de admitir que es algo que no vi venir.

Me río, aunque sueno un poco forzado.

—Ni tú ni nadie que los conociera. —Echo el peso atrás—. El verano pasado, Pru trabajó como voluntaria en el centro de rescate de animales que dirige la madre de Quint, y lo siguiente que supimos fue que estaban saliendo juntos. Para ser sincero, es probable que Pru haya sido la más sorprendida de todos. Pero creo que están contentos.

—Parece que pegan —dice Maya—. De un modo «los opuestos se atraen».

El silencio que sigue es breve pero agobiante. Mis pensamientos corren a toda velocidad, porque, por un lado, no quiero hablar de mi hermana y su novio, pero, por otro, no puedo evitar tratar de leer entre líneas. ¿Está sugiriendo Maya que ella y yo también podríamos pegar? ¿De un modo «los opuestos se atraen»?

Maya mira de reojo la mesa.

—Me dijiste que debía llegar pronto, ¿no? Para crear mi personaje o algo así.

—¡Justo! Sí. Siéntate.

Yo ocupo mi sitio habitual en la cabecera de la mesa, pero bajo la pantalla de privacidad para que no parezca que me estoy escondiendo de ella. Luego le entrego el cuadro de personajes que imprimí antes.

—¿Lo has pensado ya un poco?

—Sí —afirma Maya, y sus ojos se iluminan cuando se echa hacia delante en su silla—. Quiero ser una luchadora tiffin.

La miro boquiabierto. La forma en que lo dice. La forma en que está literalmente hablando mi idioma hace que me entren ganas de saltar al otro lado de esta mesa de juego y... hacer cosas.

Pero mi mutismo también es resultado del hecho de que... esto no era para nada lo que

esperaba que dijera. ¿Una luchadora tiflin? Hago un esfuerzo por imaginármelo. Los tiflins son criaturas humanoides cuya sangre ha sido imbuida de magia procedente de los mundos infernales, lo cual les da un aspecto casi demoníaco: colas, colmillos y unos cuernos tremendos que brotan de sus cráneos. Y los tiflins luchadores son, como cabría esperar, maestros en armas variadas, entrenados en todas las formas de combate posibles. Son valientes ante el peligro y pueden asestar golpes letales de un modo despiadado, casi patológico.

Comparo esa imagen mental con el personaje de mi cómic: la clériga eladrin que ha sido maldecida con magia negra para quedar convertida en estatua durante años, a la espera de ser salvada. En el cómic, el personaje inspirado por Maya es precioso, imponente y elegante, igual que ella en la vida real.

Pero también es una estatua y, ahora que lo pienso..., está bastante desprovista de personalidad.

Ante mí silencio, Maya empieza a mostrarse abatida.

—¿He entendido algo mal?

—¡No! No. Es que estoy... sorprendido. Una luchadora tiflin. Eso es... guay. Superguay. ¿Ya has pensado en nombres? Porque los tiflins tienden a seguir unas convenciones particulares para eso. No siempre, pero suelen tener nombres sacados del idioma infernal, o...

—O nombres de virtudes —apunta Maya—. Lo he investigado. ¿Crees que Garra funciona como un nombre de virtud? Porque había pensado en llamarla Garra Rompepiedras.

Parpadeo.

—Ese es un nombre alucinante.

Maya sonríe de oreja a oreja.

—Gracias.

—Sabes que los tiflins tienen cuernos, ¿verdad? Y cola.

—Sip —afirma—. Se me había ocurrido que a lo mejor la cola de Garra podría tener cicatrices como consecuencia de una batalla espantosa de hace años, y que se siente un poco acomplejada por ella, así que la mantiene oculta la mayor parte del tiempo.

Asiento despacio.

—Claro. Sí. Uhm... Toma, puedes anotar todo eso. —Doy un par de golpecitos sobre la hoja de papel y Maya empieza a escribir la información sobre su personaje con su letra florida y medio cursiva—. Todavía no tenemos ningún tiflin en el grupo. Ni luchadores, en realidad. Será genial tenerla con nosotros.

—He estado pensando en ella todo el día. He imaginado toda su historia y demás. Quiero ser... Creo que se dice ¿caótica neutral?

—Tu alineamiento. Sí. Caótico neutral sería ser como... un espíritu libre. No te preocupa ser buena o mala, pero valoras tu libertad y poder seguir lo que dicta tu corazón.

—Sí, exacto —confirma Maya, con los ojos brillantes—. Se me ha ocurrido que Garra se haya criada en un orfanato realmente lúgubre, con un montón de reglas y restricciones, y que, ahora que ha conseguido alejarse de todo eso, se ha jurado dejarse guiar siempre por sus instintos. Quiere vivir una vida plena, llena de nuevas experiencias, y conocer a gente diferente y no quedarse atascada en estas cajitas pequeñas en las que su entorno se empeña en encajonarla, donde tiene que intentar ser lo que todo el mundo espera que sea todo el tiempo. En lugar de eso, prefiere salir al mundo y ser aventurera y espontánea y enamorarse y divertirse y... —Maya

se interrumpe y su entusiasmo se esfuma para convertirse en incomodidad—. Perdona. Es probable que me haya pasado tres pueblos pensando en esto.

—Para nada —la tranquilizo—. En realidad, es genial pensar en una historia previa y cómo la vida te ha convertido en el personaje que eres. Hace que sea mucho más fácil jugar con él de manera auténtica, y determinar qué tipo de decisiones tomaría en distintas situaciones.

Maya me mira con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿por qué pareces tan escéptico?

Hago una mueca.

—No es eso. Solo estoy... extrañado. Supongo que no es el personaje que había imaginado para ti.

—¿Ah, no? ¿Y qué habías imaginado?

—Una eladrin —digo de inmediato—. Que es un tipo de elfo. Con magia estival. Y con una afinidad por la naturaleza. Legal buena, o a lo mejor caótica buena.

Maya arquea las cejas.

—Lo has estado pensando un poco, ¿no?

Me echo a reír.

—En realidad, no. Solo que..., supongo que así es como te veo. En cierto modo.

—¿Cómo un elfo?

Mi corazón martillea en mi pecho y vacilo un instante. La mitad de mi cerebro me grita que no responda, que cambie de tema antes de que diga algo de lo que pueda arrepentirme. La otra mitad sabe que esta no es una oportunidad que se deba dejar pasar, sea cual sea el riesgo.

—Como alguien que lleva con ella belleza y calor y bondad allá donde va.

Le sostengo la mirada el tiempo justo para ver cómo registra el cumplido. Luego bajo la vista y finjo ordenar mis notas para la campaña de esta noche.

—Bueno, ehm..., tengo unos dados de más que puedes usar. El siguiente paso es tirarlos para determinar las estadísticas de Garra.

Le doy mi juego de dados. Los viejos de resina, no el dado místico de veinte caras que ya casi nunca abandona mi bolsillo. Le explico el resto del proceso de creación del personaje, y Maya aborda cada paso con entusiasmo. Inventa con brillantez más detalles sobre la historia de fondo de Garra mientras rellena la hoja de su personaje con sus puntuaciones de habilidad y sus objetos y equipamiento. Maya ya está hablando de Garra como si fuese alguien real, una conexión que algunos jugadores no desarrollan hasta que llevan semanas, o incluso meses, jugando.

Estoy más que impresionado. Estoy *alucinado*.

Para cuando suena el timbre de nuevo, la mayoría de mis temores se han evaporado. Jamás debí dudar de la magia de Lundyn Toune.

Está claro que Maya va a encajar a las mil maravillas.



CAPÍTULO DIECIOCHO

—¡¿CÓMO SE ATREVE A ABANDONARNOS MATT?!

Estas son las primeras palabras que salen de la boca de Noah cuando irrumpe por la puerta de mi casa. Empieza a desatarse las botas de caña larga para dejarlas en la entrada, aunque nadie más se quita nunca los zapatos al entrar en nuestra casa.

—Y por algo tan manido como ganar dinero. ¿Qué tipo de prioridad es esa? Me avergüenzo de que sea familia mía. Me estoy planteando muy en serio desheredarle por esto. También estoy tentado de boicotear ese sitio de pescado frito y patatas y... —Noah levanta la vista por primera vez y se da cuenta de que no estamos solos en el vestíbulo. Y que no son ni César ni Russell ni Kyle los que están a mi lado. Interrumpe de golpe su diatriba—. Hola, persona nueva.

—Noah, esta es Maya. Maya, Noah.

Noah termina de quitarse las botas y las deja al lado de la puerta antes de estrecharle la mano a Maya.

—No vas a Fortuna Beach, ¿verdad? —pregunta Maya.

—No. A la Academia de Ciencias de Orange Bay.

—Noah es prime de Matt —comento, a modo de explicación—. Matt Kolden.

—Excepto que le voy a desheredar —señala Noah—, por dejarnos tirades. —Ladea la cabeza para estudiar a Maya—. ¿Eres la sustituta de Matt?

Maya me mira de reojo, dubitativa, pero entonces vuelve a sonar el timbre y eso me salva de tener que contestar.

El resto del grupo está en el porche delantero. Los hago pasar y nos quedamos todos apelotonados en el vestíbulo, que se abre al salón de la casa. Intento presentarle a Maya a todo el mundo, pero los nervios empiezan a apoderarse de mí y veo que ella está haciendo todo lo posible por no verse abrumada por tantos nombres nuevos y caras nuevas y...

Sí, bueno, tomémonos un respiro. Chequeo de rutina: ¿qué tal estás tú? ¿Te estás sintiendo

sobrepasado por todos los añadidos a esta historia?

Vale, hagamos un breve repaso. Para los fans.

Tenemos a César. Mexicoamericano, con una mata de pelo castaño que tiende a tener vida propia. Es delgado, como yo, pero no duda en señalar que podría darme una paliza echando un pulso en cualquier momento. No lo hemos intentado nunca. En el juego, su personaje es Goren el Macabro, un impulsivo hechicero humano con un gusto especial por la violencia y los derramamientos de sangre. (Aunque en la vida real es un tío agradable, lo prometo).

Russell y Kyle también van a nuestro instituto, aunque están un curso por debajo. Son amigos desde que Kyle se mudó a Fortuna Beach en primaria. A pesar de ser un año más pequeño que yo, Russell parece un adulto hecho y derecho. Es pálido y peludo, con una constitución de jugador de fútbol americano y una auténtica *barba*, igual que la de su idolatrado autor, George R. R. Martin. Su personaje es Celryn el Serio, un monje élfico de *El camino de las sombras* que es, de lejos, el miembro más lógico del grupo y hace todo lo posible por mantener a los otros concentrados en lo que sea que deban estar haciendo.

Kyle, su mejor amigo, es coreano-americano y, si le preguntas a mis hermanas pequeñas, te dirán que es el más mono de todos mis amigos, con su pelo negro desgreñado y su *piercing* en la oreja. También es enérgicamente alegre, de un modo similar a su gnomo del bosque druida, Querth Nulga.

Por último, tenemos a Noah, que es la incorporación más reciente, pues se unió al grupo el otoño pasado ante la insistencia de Matt. Noah es pálido como yo, con el pelo corto y de punta. Ahora lo lleva teñido de violeta, aunque no hace más que cambiarlo. Noah está en su último año de instituto y es, por tanto, la persona más mayor del grupo, pero también es la más bajita. Puede que esa sea la razón de que eligiera como personaje a un fantástico pícaro mediano llamado Starling Morve.

Y luego está Maya. Ya la conoces. Preciosa. Segura de sí misma. La chica de mis sueños. Y además, como ya es obvio, juega como una luchadora tiflin llamada Garra Rompepedras. Y sí, mis dedos están absolutamente impacientes por dibujar su personaje cuanto antes.

Y..., ¡eh! Yo soy Jude. ¿Deberíamos haber hecho esto antes? Perdona, quizás sí. Soy pálido y delgaducho y me siento acomplejado por mis labios, que Pru dice que me hacen parecer un modelo masculino de esos que ponen morritos, cosa que soy incapaz de aceptar como un cumplido. Eso sí, al menos soy alto. Es divertido ser alto. En el súper, las viejecitas más adorables te miran como si fueses Superman cuando les alcanzas los pepinillos de la balda superior sin tener que ponerte de puntillas. Eso es muy guay.

Genial. ¿Lo tienes todo? Pues sigamos.

Todo el mundo conocía más o menos a Maya, al menos de pasada. Excepto Noah. Pero Noah es extrovertido y locuaz y todas las cosas que desearía ser yo, así que, para cuando nos instalamos alrededor de la mesa de juego en el sótano, la mayoría de los indicios de extrañeza por la novedad se han evaporado. Noah explica por qué Starling abandonó a su grupo de bandidos anterior para unirse a nuestra pequeña familia de inadaptados; y Kyle habla entusiasmado sobre la última campaña, cuando Querth salvó a la banda entera al traducir un acertijo druídico y averiguar cómo detener a un nido letal de enredaderas dotadas de sentidos que habían capturado al grupo; y César insiste en que él también ayudó (no lo hizo); y Russell me está lanzando una mirada de impaciencia, como si se arrepintiese de no haber traído un libro para leer mientras

pasamos por todas las formalidades sociales.

Y Maya parece... nerviosa, supongo. Pero no de un modo «¿qué estoy haciendo aquí?», sino más bien de una forma «todo esto es nuevo, pero a eso he venido».

Sé que hubo un momento, como hace cien páginas o así, en el que estabas pensando: «Tío, ¿por qué te gusta tanto esta chica?». Ahora lo entiendes, ¿verdad?

—Vale —empiezo, y abro mi cuaderno con las páginas y páginas de notas que he tomado para nuestra nueva campaña—. Lo habíamos dejado con Starling, Goren, Celryn, Querth y Brawndo en la posada y taberna de Bork, en el pueblecito de Talusia. Una noche que bajáis a cenar sin Brawndo, el camarero llama a Querth y le entrega una carta.

—¡Oh, sí, me encanta recibir correo! —exclama Kyle, con su voz alegre de Querth—. Llevo la carta de vuelta al grupo y la leo.

Yo asiento.

—Querth lee la carta en voz alta —explico, luego bajo el tono en un intento por imitar la voz de Matt cuando finge ser su personaje, Brawndo. Al principio, me siento tonto, con Maya ahí para escuchar lo que digo, pero al final pienso que, si vamos a hacer esto, lo haremos con todas sus consecuencias.

Queridos amigos míos:

Aunque nuestras aventuras han sido para mí fuente de orgullo, camaradería y ocasionales riquezas, es hora de que cumpla con mi destino. Me he marchado para unirme al ejército del rey y luchar en la guerra del sur. Os buscaré de nuevo cuando la guerra termine. Hasta entonces, me despido, y no sigáis a Goren al interior de ninguna mazmorra desconocida. Como nos ha demostrado la historia, esa es siempre una idea terrible.

*Atentamente,
Brawndo*

—¿Se ha unido al ejército del rey? —grita Noah—. ¡Menudo traidor!

—Traidor o no, deseémosle lo mejor en su viaje —apunta Russell—. Propongo hacer un brindis por nuestro camarada caído. —Finge levantar una jarra de cerveza.

—Todavía no ha caído —le corrige Kyle—. Acaba de marcharse. Literalmente.

—Sí, pero es Brawndo —comenta Noah con una sonrisilla de suficiencia—. No durará ni dos horas en el campo de batalla.

—Cierto —musita Kyle, pensativo—. En ese caso, invito a una ronda de cerveza a toda la taberna y levanto mi jarra en honor de Brawndo.

—¡Por Brawndo! —gritan César, Russell y Noah, mientras Maya los mira pasmada, con los ojos saltando de uno a otro.

—Muy bien —continúo—. Querth, réstate dos monedas de plata para pagar las bebidas. —Mientras Kyle lo anota, sigo hablando—. Justo cuando termináis de brindar, se abre la puerta de la taberna y entra una tiflin vestida con ropa de viaje y un sable a la cadera.

Maya se sienta más erguida en su silla.

—¡Esa soy yo! Espera. ¿Soy yo?

Me río entre dientes.

—Eres tú. Bueno... ¿qué haces?

Maya vacila, y su entusiasmo momentáneo se torna incertidumbre. Los otros esperan. Sé que podrían saltar con todo tipo de sugerencias para ayudarla a empezar. Un saludo, un comentario; incluso iniciar una pelea, que es la respuesta de César a casi todo. Pero todos esperamos a ver qué hace Maya primero, dejamos que ella decida cómo quiere presentar a su propio personaje.

Frunce el ceño por un instante, pero enseguida se le pasa. Su rostro se despeja y en él aparecen una expresión de determinación y una chispa de júbilo.

—La tiflin grita: «¡Dadme cerveza o dadme sangre!». —Maya recalca su exigencia estampando el puño sobre la mesa, con lo que casi vuelca mi pantalla de privacidad.

Abro los ojos sorprendido.

Una sonrisa de felicidad se dibuja en el rostro de todo el grupo. Incluso el tranquilo Russell asiente con aprobación.

—Bien dicho —susurra Noah, antes de apoyar una mano sobre la muñeca de Maya e inclinarse hacia ella—. Pero no hace falta que digas «la tiflin». Puedes limitarte a hablar como tu personaje.

—Ah, vale. —Maya sacude los hombros. Tiene una sonrisa radiante, como si llevase toda la vida esperando para gritar esas palabras y no ser juzgada por ello—. Uhm..., ¿ahora qué?

Le sonrío.

—El tabernero levanta la vista...





Antes de que nadie pueda responder, la puerta de la taberna vuelve a abrirse y, esta vez, aparece una barda élfica aterrada.

¡Necesito ayuda!

¿Qué quieres, trovadora?

¿Qué ha pasado?

Durante años he viajado con un valiente y apuesto hechicero. Hace dos días, nos topamos con el legendario templo de Lundyn Toun.

Tras entrar en el templo y matar a muchos goblins, llegamos a la cámara central, donde había una estatua de una hermosa doncella.

Al intentar romper la maldición que pesaba sobre ella, el hechicero activó una trampa y acabó convertido en piedra!

Necesito la ayuda de unos aventureros intrépidos dispuestos a ir al templo para romper la maldición que ha caído sobre mi buen amigo.

No es la petición más sutil del mundo...

¡Reunión!





No tengo dinero que ofrecer a cambio de vuestros servicios, pero os aseguro que habrá tesoros esperando en el templo.

Y también puedo recompensaros con...



... ¡escribir una balada épica en vuestro honor cuando regreséis victoriosos!



¡CUENTA CON NOSOTROS!





CAPÍTULO DIECINUEVE

ES LA NOCHE DE *DRAGONES Y MAZMORRAS* MÁS EXTRAÑA QUE he vivido nunca.

No solo porque Maya esté aquí, aunque está claro que ella es una de las razones.

No solo porque Maya haya elegido a una luchadora como personaje y..., curiosamente, lo esté jugando superbién.

Los aventureros emprenden su misión, cruzan el bosque y se encuentran con su primer obstáculo: una manada de comadreas gigantes. Maya está tan metida en su papel de Garra Rompepedras que, una vez que termina la batalla y las comadreas que han sobrevivido están tratando de huir, tira un puñado de palomitas sobre el tablero de juego y grita:

—¡Volved aquí para que pueda arrancaros la columna con mis propias manos ensangrentadas! —La miramos todos boquiabiertos, sin decir ni una palabra, hasta que Maya vuelve a sentarse con timidez—. Perdón.

Pero Noah esboza una sonrisa radiante, encantado de la vida. Se gira hacia mí.

—Que le den a Matt. Nos quedamos con ella.

Y entonces Russell nos informa a todos, sin emoción alguna, de que un grupo de comadreas se llama *boogle* (no tengo ni idea de cómo sabe eso), y a partir de ahí toda la noche se disuelve bastante deprisa en una histeria colectiva.

Sin embargo, es posible que la parte más extraña de la velada sea... yo. Y mi dado. Y mi inaudita racha de tiradas de una suerte imposible.

Como le he prestado a Maya mis dados habituales, he estado utilizando mi D20 mágico. Y no soy un genio de las matemáticas, pero incluso yo sé que en un dado de veinte caras, las probabilidades de que salga veinte en cualquier tirada son... Bueno, una entre veinte.

Y, aun así, cada vez que tiro para determinar la iniciativa o la fuerza de uno de los NPC o para ver lo escondidos que están ciertos tesoros y trampas mientras los personajes hacen sus chequeos de percepción, sale el mismo número.

Veinte.

Veinte.

Veinte.

Los otros empiezan a mirarme un tanto desconcertados. Hemos jugado juntos lo suficiente (excepto Maya) como para estar bastante seguro de que nadie piensa que estoy haciendo trampas, porque ¿para qué voy a hacer trampas? Las cosas son más interesantes cuando se descubren algunos tesoros. Y desde luego que son más interesantes cuando los jugadores tienen alguna oportunidad de vencer en una pelea contra cualquier rival que yo les ponga delante.

De repente, me siento agradecido por mi pantalla de privacidad, que evita que los jugadores vean mis tiradas. Empiezo a mentir. Tiro el dado, veo ese mismo veinte centellejar desde la mesa y me limito a fingir que ha salido otro número cualquiera en su lugar. Siete. Dieciséis. Dos. En realidad, no importa. El juego continúa. Mi racha de suerte continúa. Solo que, esta noche, no me parece una suerte. Me parece... irritante.

Son casi las diez cuando decidimos dar la partida por terminada.

—Estoy impaciente por oír esa balada épica —comenta Kyle mientras recoge sus libros y las hojas de su personaje.

—¿Balada? —pregunto.

—La barda nos ha prometido una —me recuerda—. Si rompemos la maldición. Así que, cuando esta campaña acabe, nos vas a deber una canción, Dungeon Master.

Me río entre dientes.

—Cierto. Por suerte, es posible que en la vida real conozca a una barda que puede ayudar con eso.

Todos guardan sus cuadernos, sus dados y sus figuritas, y sonríen y ríen mientras reviven algunos de los momentos álgidos de la noche. Me asombra, en cierto modo, ver que Maya actúa como si fuese parte del grupo. Como si llevase años jugando con nosotros. De alguna manera, Noah y ella se meten en una discusión amistosa sobre sus dramas coreanos favoritos, lo cual conduce a que intercambien el número de teléfono y a que hagan planes para quedar algún día y volver a ver algunos de sus preferidos.

Maya se queda un rato después de que los demás se marchen. Insiste en que quiere ayudar a recoger y limpiar, en especial porque ella... No, *Garra*, ha perdido un poco los papeles con las palomitas. En cualquier caso, no hay gran cosa que hacer y trabajamos sobre todo en silencio. Ella lleva los cuencos vacíos al fregadero de la cocina mientras yo desmonto las mesas plegables y las devuelvo al garaje.

—Ha sido muy divertido —dice Maya mientras dobla el mantel.

—Sí que lo ha sido —afirmo—. Encajas superbién en el grupo. —Lo cual es verdad. De hecho, esta noche ha sido genial. Ha habido momentos en los que he olvidado que la chica más guapa del instituto estaba sentada a la mesa. Durante un rato, he dejado de estar nervioso. De sentirme cohibido. De ser cualquier cosa aparte del Dungeon Master. Era igual que cuando estoy solo con mis mejores amigos. Algo de lo más normal.

Ha sido genial.

Pero no ha sido *romántico*.

Me rasco la parte de atrás del cuello.

—¿Quieres... quedarte un rato? Podríamos ver una peli o algo. Su expresión se vuelve pesarosa.

—Gracias, pero debería volver a casa.

—Claro. Es tarde. Uhm..., te acompaño fuera.

Subimos a la planta baja y salimos para dirigirnos a su coche.

—Te veré en el insti el lunes —dice Maya al tiempo que presiona el botón de la llave. Las luces del coche parpadean.

—Sí. Claro.

Cuando Maya alarga la mano hacia la puerta del coche, hago acopio de valor.

—¿Maya?

Los segundos siguientes son una cadena cómica de errores. Maya abre el coche justo cuando yo me inclino hacia delante. La esquina de la puerta me golpea en el pecho con tal fuerza que me deja sin respiración. Me tambaleo hacia atrás, aturdido.

—¡Oh! —exclama Maya—. ¡Lo siento muchísimo! ¿Estás bien?

—S... Sí —farfulto. Me froto el pecho y trato de disimular el dolor. «Tampoco duele *tanto*», me digo. En realidad, es más un tema de orgullo.

Y también de confusión.

¿Qué demonios haces, Suerte?

Al principio, Maya parece horrorizada, y después... suspicaz. —¿Ibas a...?

No lo dice, pero las palabras están ahí, claras como la luna en un cielo sin estrellas.

¿La iba a besar?

Sí. Sí, esa era la idea, desde luego.

—Solo quería... sujetarte la puerta —digo con una tos embarazosa—. Ser... caballeroso o algo. Ha sido un intento un poco fallido.

—Oh. —Suelta una risita débil—. Ha sido sin querer.

—Lo sé. Estoy bien. Uhm..., ten cuidado en el camino de vuelta, ¿vale?

Maya asiente.

—Buenas noches, Jude.

—Nas noches.

Me quedo ahí plantado hasta que dobla la esquina y sus luces de freno desaparecen, y luego vuelvo a entrar en casa. En el cuarto de baño, me quito la camiseta para inspeccionar los daños, pero, a pesar de que tengo una marquita roja, no parece ni la mitad de grave que lo que he sentido. La vergüenza dura más que el golpe en sí.

¿En qué estaba pensando, inclinándome hacia ella para besarla de ese modo?

Bajo a mi cuarto y saco mi cuaderno de bocetos, pero no dibujo nada. Me limito a pasar las páginas distraído, mientras por mi cerebro pasan los momentos más memorables de la campaña. Cómo todos mis amigos han bromeado recordando las cosas absurdas que hizo Brawndo en campañas anteriores. Y cómo Kyle ha insistido en que detuviesen la búsqueda para poder pararse a ayudar a una familia de caracoles a cruzar la carretera, cosa que ha cabreado sobremanera a César, en especial cuando los caracoles han resultado ser mágicos y le han regalado a Kyle una botellita de elixir sanador. Después ha estado el momento en que Noah y Maya se han ido por la tangente hablando sobre mercenarios sin escrúpulos, hasta que se reían tan fuerte que Maya ha tenido que secarse un río de lágrimas, literalmente. Al final, Russell se ha aclarado la garganta y les ha recordado que los iba a devorar un lobo gigante si no hacían algo.

La noche entera ha superado con creces mis expectativas.

Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que algo ha ido catastróficamente mal?

No tiene sentido.

Tengo que pedirle salir otra vez a Maya, decido. Justo como dijo Pru. Una segunda cita de verdad.

Para hacer... ¿qué, exactamente? Podríamos alquilar unos patinetes en el paseo marítimo o..., no sé. ¿Hacer un pícnic en la playa?

Nada de lo que se me ocurre parece adecuado. Intento imaginarnos a Maya y a mí en esos planes. Intento imaginarme siendo carismático y encantador. Intento imaginarla a ella riéndose de mis bromas. Pero no importa cuánto ahínco ponga en ello; incluso en esas fantasías, no logro hacerla reír tanto como lo ha hecho Noah esta noche.

Me estoy montando películas. Es una reacción exagerada. Solo estoy siendo yo mismo, con la autoestima por los suelos. Nada nuevo por aquí.

Las cosas van a ir genial. No pueden ir mejor. Esta magia que ha llegado de manera inexplicable a mi vida es infalible.

Puedo ganarme el corazón de Maya. Solo me hace falta un poco de suerte.

Y tengo toda la suerte del mundo.



CAPÍTULO VEINTE

—JUDE, DEJA DE HACER EL TONTO —ME REGAÑA PRU—. ¡HEMOS venido a trabajar!

—Perdona, ya lo sé —digo a toda prisa, sin apartar los ojos de la pantalla ni las manos de los controles—. Pero nunca había llegado tan lejos. ¡No puedo parar ahora!

La casa de Ari tiene un montón de cosas chulas, cosas que la convierten sin duda en nuestro lugar preferido para pasar el rato cuando no podemos gastar más dinero en nachos en Encanto o en cucuruchos de helado en la Vaca Salada. Para empezar, Ari es hija única, así que el mero hecho de que no tiene tres hermanas pequeñas pugnando por el control de la tele, los cargadores de teléfono, los aperitivos y el espacio en general es un plus. También tiene una piscina en el jardín de atrás que es muchísimo mejor que las piscinas hinchables que mis padres todavía compran (y reponen) todos los años. Y su habitación es lo más, con una colección de discos que ocupa la pared entera (muchos comprados en Ventures, por supuesto), una televisión con una pantalla enorme, dos juegos *vintage* de arcade y una máquina de *pinball*.

Podría pasar horas y horas en casa de Ari. He pasado horas y horas en casa de Ari. Tardes enteras leyendo un libro en el patio mientras Pru y ella vagueaban en la piscina, tumbadas sobre colchonetas hinchables. Días enteros enzarzado en competiciones de *pinball* contra los otros. (Ari siempre gana. Aunque, claro, la máquina es suya, así que tiene más práctica que nosotros). Noches enteras estudiando y escribiendo trabajos, mientras Ari escogía discos que ninguno de los dos habíamos escuchado nunca y Abuela nos mantenía motivados con un surtido al parecer interminable de fruta fresca espolvoreada de Tajín, salsa chamoy y lima (que es demasiado picante para mí porque soy un flojo, aunque he aprendido a buscar las rodajas de mango y sandía con la menor cantidad de salsa, mientras que a Ari le gusta beberse el jugo que queda al fondo del bol como si fuese una *delicatessen*, a pesar de la cantidad de veces que lo hemos tomado).

En ocasiones, casi me siento más a gusto en casa de Ari que en la mía. Quiero a mi familia, pero es que hay algo en la comodidad tranquila y silenciosa de este lugar que rara vez obtengo en casa.

Ahora mismo, sin embargo, estoy menos preocupado por el silencio y la comodidad, y más centrado en mantener mi buena racha en el juego del comecocos.

—Guau —exclama Quint, asomándose por encima de mi hombro—. Creo que has batido el récord de Ez.

Noto un calorcillo de orgullo en el pecho. Ganar a Ezra no es una cosa que me ocurra a menudo.

En la pantalla, el pequeño monstruo redondo mastica y corre, mastica y gira, mastica y huye, esquivando a los coloridos fantasmillas. Estoy en racha, y mis manos manipulan con agilidad la palanca de mando. Arriba, izquierda, derecha, abajo, arriba, arriba...

Es casi como si no pudiera perder.

Ahí es cuando me doy cuenta. Esto no lo estoy haciendo yo. ¡Es la magia!

Detengo las manos sobre los controles. El fantasma morado que debería haber atacado a mi monigote de cara redonda se marcha de manera inexplicable en dirección contraria.

Se me cae el alma a los pies.

¿Qué sentido tiene ganar si ya está decidido?

—Qué raro —comenta Quint.

—A lo mejor hay un fallo técnico en este nivel —musito, antes de hacer chocar a propósito a mi comecocos contra otro fantasma.

Fin de la partida.

—Menos mal —dice Pru, mientras la máquina muestra el nuevo récord y me pide que inserte mis iniciales—. ¿Podemos hacer esto ya?

—Perdón. —Me giro hacia el sofá. Pru está sentada con el ordenador sobre un cojín en su regazo. En el otro extremo, Ari se trenza con nerviosismo un mechón de pelo mientras mira la pantalla. Sus ojos saltan hacia mí, y percibo cómo desliza la vista un segundo por mis vaqueros nuevos y la camisa de cuadros que Lucy me convenció de comprar. Dijo que podía ponérmela encima de casi cualquier camiseta (sí, incluso de las más ñoñas) y que, con los botones de abajo abrochados y las mangas enrolladas sobre mis antebrazos, aún tendría buena pinta.

Aunque me siento un poco raro, cuando capto atisbos de mí mismo en el espejo, me gusta lo que veo.

Y, cuando Ari se muerde el labio inferior y aparta la mirada deprisa, eso también me gusta.

Me rasco detrás de la oreja y me siento en el hueco entre ellas. Quint ocupa la butaca reclinable.

—Hay ocho millones de archivos aquí —se queja Pru—. ¿Cuál se supone que debemos mirar?

—Vale. A ver... —cojo el ordenador de su regazo—, este es el vídeo original. Y este es en el que Quint ajustó el sonido. Y este... —respiro hondo y pincho sobre un archivo MP4— es el vídeo final. ¡Pero! —Pongo el vídeo en pausa antes de que empiece a reproducirse y miro a Ari—. Antes de que lo veamos, entiende que no hay nada definitivo. Si lo odias, no tenemos por qué conservarlo.

—¿Odiar qué? —La voz de Pru se torna suspicaz. Ella suele sospechar de cualquier cosa que no haya sido idea suya, pero estoy acostumbrado a ganármela—. ¿Qué has hecho con su vídeo?

—Nada —digo—. Solo he añadido unas cuantas imágenes. Si va en contra de las reglas del concurso, o si a Ari no le gustan, son fáciles de quitar.

—No habíamos hablado de imágenes —insiste Pru—. Se suponía que solo tenías que añadir los créditos y los subtítulos, para que los traductores automáticos de internet no cambiasen la letra de Ari.

—Sí, lo sé y lo hice. Solo que también... embellecí algunas cosas. Tenía algo de tiempo esta mañana y estaba inspirado, así que...

—Veámoslo y ya está —sentencia Quint. Ari asiente.

—Estoy segura de que me gustará.

—No digas eso —la advierto—. Porque a lo mejor no te gusta, y no hay ninguna presión. Este es tu vídeo, no el mío. Solo pensé que a lo mejor ayudaría a que destacase en el concurso. Aunque no es que lo necesites. La canción es genial tal y como está.

Lo digo en serio. He tenido su canción *Aguacero* metida en la cabeza todo el día, y he memorizado la letra mientras trabajaba en el vídeo. Lo terminé hace apenas una hora, justo antes de venir a casa de Ari, lo cual significa que no he tenido tiempo de pensar en lo que he hecho. De analizar desde todos los ángulos las cosas que he añadido. De hacerme preguntas y dudar y preocuparme por ello, lo cual significa que toda la ansiedad que por lo general se hubiese repartido a lo largo de varios días o semanas se está acumulando de golpe en mi interior ahora mismo.

Suelto el aire y presiono el *Play*. Empieza la introducción musical, con los créditos en la esquina inferior, igual que en un videoclip de verdad.

—Creo que hay una forma de fijar los ajustes para que la gente pueda ver el vídeo con o sin subtítulos —empiezo a explicar, pero en ese momento aparece la primera imagen y Pru y Ari sueltan un grito. Yo cierro la boca de golpe, con los nervios a flor de piel y un cosquilleo por todo el cuerpo.

Quint se levanta de un salto de su butaca y se coloca detrás del sofá para poder mirar la pantalla por encima de nuestros hombros.

Las imágenes son simples dibujos lineales, como garabatos hechos a tiza que entran y salen flotando del marco al son de la canción. Un sol brillante en la esquina cuando Ari empieza a cantar, que enseguida es sustituido por unas nubes de tormenta y el destello de un relámpago. Unas olas encrespadas debajo de su guitarra. Un pequeño velero que pasa cabeceando. Cucuruchos de helado y sombrillas de playa y discos que giran y arrojan notas musicales diminutas alrededor de la cabeza de Ari.

Me muestro crítico con todos y cada uno de ellos. Quiero decir, para una sola mañana de trabajo, no es *horrible*, y agradezco ese verano en que pasé una cantidad de tiempo obscena aprendiendo Adobe After Effects, porque pensé que algún día me gustaría convertir nuestras campañas de *D&D* en pequeños dibujos animados (hasta que me di cuenta de lo mucho que odio la tediosa mecánica de la animación y de que está claro que soy más de dibujar cómics).

Aun así, podía ser mejor. Esas olas tendrían que ser más lentas, para cuadrar mejor con el ritmo de la canción. Ese relámpago era demasiado intenso, distraía incluso. Durante este estribillo, los corazones que se rompen son un poco demasiado cursis.

No me doy cuenta de que me estoy mordisqueando un nudillo hasta que Pru se estira hacia mí y retira mi mano de mi boca.

El vídeo termina con una pantalla de un verde pálido por la que pasan los créditos escritos con mi propia y torpe caligrafía: Ari como cantante y compositora, Quint como videógrafo, Pru

como equipo de producción, yo como responsable de edición, además de un agradecimiento especial a Ventures Vinyl. Al final del todo, una nube se desliza por la pantalla, despeja el texto y deja a su paso un único corazoncito pequeño.

El vídeo termina.

—No pasa nada si lo odias —empiezo—. He hecho otra versión sin las...

De repente, tengo unos brazos a mi alrededor rodeándome desde el lado.

—Me encanta —dice Ari. Agarra mi cabeza y tira de mí para darme un beso en la mejilla.

Me pongo rojo como un tomate.

—¡Es perfecto! —continúa—. Parece un videoclip de verdad. Excepto, ya sabes, sin todos esos cambios de vestuario y sin un presupuesto de un millón de dólares.

—¿Estás segura? —pregunto, aún más nervioso ahora que los brazos de Ari están a mi alrededor—. No sabía si los efectos especiales podían ir en contra de las normas del concurso o algo.

Pru recupera el ordenador.

—Comprobaré la letra pequeña para cerciorarme, pero creo que me acordaría de algo así. Y he revisado los *hashtags* para ver a otros inscritos, y muchas personas están intentando que sus vídeos destaquen mediante tomas desde distintos ángulos y luces estroboscópicas y... De hecho, había algunos con cambios de vestuario, ahora que lo pienso. Lo nuestro no debería ser un problema. Y estoy de acuerdo con Ari: me ha encantado, Jude. Las imágenes pegan a la perfección con el tema.

Ari deja escapar un gritito nervioso y me suelta.

Me hundo en los cojines del sofá.

—Muy bien, basta de cháchara. —Pru abre el recién estrenado canal de YouTube de Ari. Con unos cuantos clics, sube el archivo, elige una imagen en miniatura y pega la descripción con todos los detalles necesarios para el concurso.

Cuando termina, le pasa el ordenador a Ari.

—Haz tú los honores.

Ari se sienta bien erguida y alarga la mano hacia el panel táctil. En la pantalla, el cursor espera sobre el botón de publicar.

—Espera. —Pongo mi mano sobre la suya. El brazo entero de Ari se tensa—. Sé que esto es raro —digo, y noto un hormigueo en los dedos que están pegados a su piel—. Pero durante los últimos días he estado teniendo muchísima suerte, así que... quizás se te pegue un poco.

Quint suelta una carcajada.

—Si Ez estuviera aquí, le sacaría todo el jugo del mundo a ese comentario.

Pru se gira hacia él y le fulmina con la mirada.

Ari me regala una sonrisa dubitativa.

—Aceptaré toda la suerte que pueda recibir.

Juntos, publicamos el vídeo.

Retiro la mano y nos quedamos todos ahí sentados, con los ojos clavados en la pantalla, donde una imagen de Ari y su guitarra, con un corazoncito blanco encima del hombro, nos mira desde su, por lo demás, canal vacío.

—La imagen parece muy solitaria —comenta Quint—. Vas a tener que grabar más canciones.

Ari hace un ruidito pensativo.

—¿Sabéis? He estado pensando en ello. Fue divertido hacer este vídeo. A lo mejor podríamos hacer más.

—Claro que sí —afirma Pru, y se levanta de un salto—. Ahora que hemos grabado uno, el siguiente será más rápido, más fácil, más barato de producir. Economía de escala básica.

Quint se ríe bajito.

—Por no mencionar que Ari tiene un montón de canciones buenas que la gente puede querer oír.

—Bueno, sí —dice Pru—. Eso también, obviamente.

—¿Y qué pasa con la inscripción al concurso? —pregunta Quint—. ¿Es algo que ocurre de manera automática ahora?

Ari niega con la cabeza.

—Hay que enviar el formulario de inscripción, pero lo tengo ya relleno, a falta del enlace al vídeo, así que tardaré solo un segundo.

Pru me mira de soslayo.

—¿Tienes que ayudarla también con eso, Jude? ¿Para que se le pegue algo más de suerte? ¿O confiamos en su trabajo duro y en su talento para esta parte?

—Nunca he dicho nada en contra del trabajo duro y el talento —me defiendo. Todavía noto ese hormigueo en la mano—. Pero ni siquiera tú puedes negarlo. Es verdad que he tenido la suerte a favor en los últimos tiempos.

Pru abre la boca, supongo que para contradecirme, pero luego duda. Desliza la mirada hacia Ari y aprieta la mandíbula un instante, antes de volverse otra vez hacia mí con una sonrisa que parece casi... ¿resignada?

—Tienes razón. Sí que parece tener la suerte siempre de tu lado.



CAPÍTULO VEINTIUNO

LA MAGIA DE LUNDYN TOUNE NO ME FALLA. UNOS DEBERES que creía haber perdido reaparecen de milagro en mi carpeta cuando la profesora los pide. Me agacho a atarme los cordones y encuentro un billete de diez dólares en la acera. Y, aunque olvido poner mis cereales favoritos en la lista de la compra, mi madre se acuerda de coger una caja de todos modos, y eso es algo que no sucede *nunca*.

La mayor suerte de todas, en cualquier caso, es que sentarme con Maya y sus amigos a la hora de comer es cada vez menos incómodo a medida que avanza la semana. Incluso me atrevo a hablar de vez en cuando, y a lo mejor me lo estoy imaginando, pero creo que empiezo a caerles bien. Eso sí, he de admitir que es mentalmente agotador escuchar sus conversaciones y pasar todo el rato buscando formas de responder que sean interesantes o ingeniosas o ambas cosas. Pero, cuando lo hago y todo el mundo se ríe, siento que lo estoy clavando. Una vez incluso pillo a Serena lanzándole a Maya una mirada de «¿quién lo hubiese imaginado?» y que interpreto como una señal buenísima.

A pesar de todo, tardo hasta el viernes en reunir el valor suficiente para pedirle a Maya una segunda cita. Dice que sí y quedamos en vernos después de clase, pero ¿su sonrisa es más reservada esta vez o solo me lo he imaginado? ¿Y por qué su respuesta no me llena del mismo éxtasis? Me regaño, consciente de que no puedo dar por hecho algo como salir con *Maya*. La novedad de mi increíble buena suerte puede diluirse, pero esto no debería hacerlo nunca.

Y, además, no importa cuántas monedas lance al aire ni cuántas veces tire los dados, eso no me hará digno de llamar a Maya Livingstone mi novia. Si esta magia desapareciese mañana, ¿aún me vería como un chico que podría llegar a gustarle? ¿Un chico del que podría enamorarse?

No estaré satisfecho conmigo mismo hasta estar seguro de que la respuesta a esas preguntas sea «sí».

—¡Eso es solo la suerte del principiante! —grita Maya cuando mi pelota de golf se cuele por la boca del tiburón, baja por el tubo, sale al nivel inferior del césped y entra directa en el pequeño vasito de plástico.

Hoyo en uno.

Y ese es el momento exacto en que empiezo a preguntarme si lo del minigolf ha sido buena idea. Sonrío con nerviosismo mientras bajamos para recoger nuestras pelotas color neón. Maya ha ido primera y le ha costado seis golpes meter la pelota en el hoyo, pero insiste en que solo está calentando.

Ojalá se me ocurriese alguna respuesta ingeniosa, pero estoy ocupado tratando de averiguar cómo voy a completar el resto del recorrido sin que piense que soy una especie de prodigio del minigolf.

O que estoy haciendo trampas.

No estoy seguro de qué sería peor.

—No es solo la suerte del principiante —digo mientras nos dirigimos al siguiente hoyo, en el que se supone que la pelota debe subir y pasar por encima de un pequeño barco pirata—. Ya había jugado al minigolf antes.

No necesita saber que la última vez que jugué fue con mi familia y que creo que Ellie no había nacido todavía.

—¿Eres un experto en golf? —pregunta Maya. Deposita su pelota naranja en la alfombrilla de salida y alinea bien su palo—. Porque, a pesar de mi deslucida actuación en el primer hoyo, en realidad soy bastante buena en esto y no dejaré que me intimides, Jude Barnett.

Por alguna razón, me gusta cuando utiliza mi nombre completo y siento cómo empiezo a relajarme.

—Estoy seguro de que simplemente he tenido suerte.

Maya realiza su *swing* y la pelota sube directa por la rampa, pasa los mástiles de madera y baja por el otro lado. Se detiene más o menos a palmo y medio del hoyo.

—No existe la suerte en el minigolf —declara, y me lanza una mirada solemne—. Este es un juego serio de destreza y estrategia.

Mete la pelota en el hoyo con un golpe más y anota su puntuación mientras yo alinee mi palo. Esta vez, intento lanzar fuera del campo y...

... la pelota impacta contra el costado del barco y bota para regresar casi al mismo punto desde el que he empezado.

Maya hace un ruidito de felicidad con la garganta y yo suelto el aire aliviado. Después del comportamiento del D20 el último fin de semana, medio esperaba que la magia de Lundyn Toune desafiase a las mismísimas leyes de la física para asegurar otro hoyo en uno. ¿Quién habría pensado que hay veces en que una persona simplemente no quiere tener tanta suerte? Resulta que en ocasiones es mejor ser uno más del montón.

A base de desviar mis tiros a propósito, me cuesta cuatro intentos pasar por encima del barco pirata, y empleo la misma estrategia en los siguientes hoyos, en los que lanzo la pelota al agua una vez y caigo dos en la misma trampa de arena.

Adoptamos un ritmo cómodo. Para mi sorpresa, Maya rellena la mayor parte de nuestra conversación con comentarios sobre la campaña de *D&D*. Ha empezado, incluso, a escribir la historia de su personaje, porque ha pensado que sería divertido convertirla en un cuento corto o

algo así. Aunque no para compartirlo con nadie. Sus amigos no lo entenderían, dice, y nunca ha colgado nada en internet, y es probable que no sea tan bueno de todas formas (sus palabras, no las mías), pero se está divirtiendo igual. Habla de cómo, de niña, solía inventar historias en las que se incluía como uno de los personajes y fingía ser una ninja o una paleontóloga. A veces incluso escribía esos cuentos, pero ha pasado mucho tiempo de aquello y es casi como si lo hubiese olvidado. Habla con mucha nostalgia, como si hubiera conectado con una parte de sí misma que adora pero ha dejado de lado durante demasiado tiempo.

Puede que te estés preguntando si yo aportó mucho a este monólogo suyo tan revelador. La respuesta es... no demasiado, no. Pero no me importa. Si Maya quiere hablar sin parar de sus sueños largo tiempo olvidados de correr aventuras fantásticas, ¿quién soy yo para impedirselo?

Maya tiene muchas ideas sobre la dirección que puede tomar la campaña. De hecho..., algunas son muy buenas. Tal vez incluso mejores que lo que yo tengo planeado.

—¿Sabes? —le digo—. Serías una buena DM.

Maya abre los ojos como platos.

—Ni lo sueñes. No sabría ni por dónde empezar.

—Cuando lles un tiempo jugando, acabarás cogiéndole el tranquilo a cómo funciona la cosa. Idear una campaña es parecido a escribir un cuento sin personajes. Parte del trabajo de un DM consiste en mantener el juego en el rumbo deseado, pero sobre todo se trata de improvisar para que todo el mundo lo pase bien. Estoy convencido de que se te daría genial.

Parece esponjarse un poco, aunque encoge los hombros con modestia.

—Suen a mucho trabajo.

—Lo es. Pero también es divertido.

Hace un ruidito pensativo mientras ejecuto mi siguiente golpe.

—Tal vez —dice, justo cuando mi pelota rebota contra las paredes interiores del molino de viento en miniatura, para luego salir disparada por el otro lado y caer directamente en el agujero.

Maya frunce el ceño.

—Ese sí que ha sido un golpe de suerte.

—Perdón...

—¿Por qué? Todavía te gano —dice, y anota el resultado.

Al final, sí que me gana. No es que la deje ganar a propósito; estoy muy concentrado en no hacer un hoyo en uno a cada golpe, así que dejo de prestar atención a cómo le va a ella, y resulta que sí que es buena. Cuando devolvemos nuestros palos, el asistente le da a Maya una pegatina de GANADORA, que ella pega con orgullo a su camisa como si fuera una medalla.

—¿En este juego, el perdedor paga la cena? —pregunto, al tiempo que me meto las manos en los bolsillos y aprieto el dado.

La sonrisa que me dedica Maya raya en el flirteo. Sin embargo, en lugar de que mi autoconfianza suba como la espuma con esa mirada, me pregunto de inmediato si eso ha sido demasiado cursi, demasiado fingido, demasiado... *no yo*.

—Pues sí que comería algo —acepta.

Yo asiento, de repente incapaz de sostenerle la mirada.

—Conozco un sitio.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

VAMOS ANDANDO HASTA ENCANTO, MI RESTAURANTE FAVORITO. Pru, Ari y yo hemos pasado tantas horas estudiando aquí después de clase que el propietario, Carlos, ni siquiera se molesta ya en tomarnos nota de qué queremos tomar. Se limita a llevarnos a la mesa lo de siempre.

—Nunca había estado aquí —dice Maya—. Aunque he pasado por delante un millón de veces.

—Yo vengo mucho —le cuento—. La comida es deliciosa y el propietario es supersimpático.

Hay un cartel de SIÉNTATE DONDE QUIERAS justo al entrar, así que la guío hasta nuestro rincón favorito. Nos instalamos y Maya agarra el menú del pequeño soporte que hay sobre la mesa.

—¿Qué sueles tomar?

—A mí me gustan muchos los tostones, y Ari suele pedir los nachos. Además, los entrantes están a mitad de precio ahora mismo —informo, y señalo el menú de la hora feliz. Solo que entonces me preocupa que eso pueda hacerme sonar más rácano que práctico, así que añado otra sugerencia—: También tienen unos tacos de pescado muy ricos.

—Todo eso suena genial —comenta Maya. Devuelve el menú a su sitio y mira a su alrededor—. Oh, mira. Pone que tienen karaoke todos los martes. —Me mira alzando las cejas—. Podríamos venir otro día a cantar.

Hago una mueca.

—No, gracias. —Ella pone cara de sorpresa y me arrepiento de inmediato de mi reacción—. O sea, volveré contigo siempre que quieras —me corrijo—, pero lo de cantar en público no va conmigo. Ni siquiera me gusta cantar en la ducha cuando sé que hay gente en casa.

—Yo tampoco soy una gran cantante.

—A Ari sí que le gusta venir a cantar los martes de vez en cuando —le digo—. A veces incluso convence a Pru para que la acompañe. Deberías venir con nosotros alguna vez.

—Me encantaría.

—¿Jude, eres tú? —pregunta Carlos, que acaba de aparecer en nuestra mesa con dos vasos de agua con hielo—. Casi no te reconozco sin tu pandilla habitual. ¿Quién es esta chica tan guapa?

—Hola, Carlos. Esta es Maya. Vamos a clase juntos.

—Vais a *clase* juntos —repite Carlos, de un modo que suena como si esta simple afirmación tuviese doce capas de significado oculto—. Bueno, pues espero que te estés portando bien con este tío —le dice a Maya—. Es de los buenos. ¿Lo de siempre, Jude?

Con las mejillas en llamas, miro a Maya, que se encoge de hombros.

—Donde fueres, haz lo que vieres.

—Sí —confirmo—. Lo de siempre.

Carlos asiente.

—¿Y para beber?

Los dos pedimos Sprite y, mientras Carlos se aleja, Maya me lanza una mirada intrigada.

—*Sí que eres* un cliente habitual.

—Sí, este era uno de los sitios favoritos de Ari cuando la conocimos, y está lo bastante cerca de casa como para que Pru y yo pudiésemos venir en bici antes de sacarnos el carnet. Durante un tiempo fuimos solo los tres, aunque ahora, como es obvio, Quint también viene mucho. Y Ezra. Y Morgan. Es probable que a ella no la conozcas. Solía trabajar como voluntaria con Pru y Quint. Ahora va a la universidad en San Francisco, así que hace un tiempo que no la vemos y... Me estoy yendo por las ramas. Lo siento.

Maya suelta una carcajada ronca.

—Por favor, ¿después de haberte soltado antes todo ese rollo sobre la historia de mi tiflin? En serio, es refrescante que empieces a abrirte. Siempre estás muy callado.

Naturalmente, ese comentario solo sirve para que cierre la boca de nuevo. Ocupo mis manos en deshacer la tira de papel que rodea la servilleta y los cubiertos.

—No suelo tener mucho que decir.

—¿No tienes mucho que decir? ¿O no crees que a la gente le interese lo que tienes que decir?

—¿Las dos cosas? —Arrugo la tira de papel hasta convertirla en una pelotita apretada y la lanzo. Cruza la mesa y rebota contra el salero—. La mayor parte del tiempo pienso en cómics y en campañas de *D&D*, y... la mayoría de la gente no está demasiado interesada en eso.

—Yo sí estoy interesada.

Lo dice de un modo tan genuino que no puedo poner en duda sus palabras, en especial después de lo mucho que nos divertimos el fin de semana pasado y todo lo que ha estado pensando en su personaje.

—Todavía estoy tratando de asimilar eso —le digo—. Nunca, ni en un millón de años, hubiese imaginado que... —Dejo la frase sin terminar, preocupado por si estoy a punto de decir algo fuera de lugar.

—¿Qué? —me urge Maya—. ¿Qué tengo imaginación? ¿Que a mí también me gustan las historias de magia y aventuras?

—No es eso —digo, y hago una pausa mientras Carlos nos sirve las bebidas. Aprovecho la interrupción para intentar formar un pensamiento que tenga sentido—. O sea, es obvio que esto no es la típica película sobre adolescentes en la que yo soy el chico friki al que el deportista más popular del instituto encierra en las taquillas, y tú eres la animadora que disfruta de... no sé..., ir

de compras o algo así. —Maya pone una cara que sugiere que más me vale ir encaminado hacia algún sitio coherente. Yo hago una mueca—. Pero sigue habiendo... Ya sabes: círculos sociales. Y tú siempre has estado en el círculo que se apunta a los clubes del instituto y aspira a estar en el consejo estudiantil y del que salen el rey y reina del baile de graduación y... cosas de esas.

—Sabes que en nuestro instituto no hay rey y reina del baile de graduación, ¿verdad?

—Oh. Sí, por supuesto.

No tenía ni idea.

Maya lee la verdad en mi cara y se echa a reír. Niega con la cabeza.

—¿Has ido siquiera a alguno de los bailes?

—No —admito—. Porque yo pertenezco a uno de los otros círculos. El círculo social que...

—... juega a juegos de fantasía —termina por mí.

—Y ve anime y lee novelas sobre dragones y asiste a convenciones de ciencia ficción y a ferias medievales y..., bueno, incluso va a ellas disfrazado.

Los ojos de Maya se abren de... ¿júbilo?

—¿En serio?

Oh, Dios.

Aparto la mirada.

Ella suelta un grito ahogado y se inclina hacia delante.

—¿Tienes fotos? ¿Puedo verlas? ¿Cómo era el disfraz? ¿Llevabas un *kilt*? ¿Armadura? —Entorna los ojos—. ¿Fuiste de elfo?

—No —digo abochornado—. Fui de humano. De... hechicero humano.

Sus ojos centellean.

—Como no me enseñes una foto tú mismo, apuesto a que tus hermanas lo harán.

—Pru, no. Ella me es leal. —Suelto un gran suspiro—. Pero las demás seguro que me traicionarían en un abrir y cerrar de ojos.

Maya se ríe.

—No me aprovecharía de ese modo. Aunque me gustaría ver alguna. —Vacila un instante, antes de añadir—: De hecho, me encantaría ir alguna vez. —Bebe un trago largo y arruga la nariz por el gas. Un minuto después, un camarero se detiene a nuestro lado con la comida.

Comemos en silencio durante un rato, antes de que Maya empiece a hablar de nuevo.

—¿Alguna vez sientes como si te hubieses perdido algo y no estuvieras seguro de poder volver atrás e intentarlo de nuevo? —pregunta, de un modo un poco *demasiado* enfadado.

La miro con la cabeza ladeada; su tono me hace sospechar. Es como si estuviese fingiendo que no significa gran cosa para ella, lo cual me hace preguntarme si en realidad lo es.

—¿Qué tipo de algo?

—No sé. Solo... algo.

Nos quedamos callados de nuevo. El restaurante se está llenando poco a poco para el turno de cenas. Carlos agita una coctelera detrás de la barra.

Cuando Maya vuelve a hablar por fin, no dice para nada lo que esperaba.

—No son círculos, Jude. Son cajas.

Me quedo paralizado, con un tostón abrasador a medio camino de mi boca.

Maya se aclara la garganta y me mira a los ojos otra vez.

—Tal vez no sea la típica película sobre adolescentes, pero a veces sí que parece que nos han

asignado estos papeles. En mi caso, creo que es porque me he pasado la vida entera intentando gustarle a la gente. Quiero tener amigos. Y quiero sacar buenas notas y que nuestros profesores piensen «guau, hace muy buen trabajo». Y quiero que mis padres estén orgullosos. Y..., bueno, no es que tú no quieras también esas cosas, pero para mí es como... como que no recuerdo haber elegido a mis amigos ni las actividades que me interesan. Es como que todo sucedió, sin más. Empiezas a pasar tiempo con ciertas personas en primaria, y a esas personas les gustan ciertas cosas, así que a ti también te empiezan a gustar. Las mismas películas, los mismos deportes, el mismo... *todo*. Pero entonces... —Frunce el ceño. Me mira, y luego aparta la mirada—. Hubo un día en... nuestro segundo año de instituto, quizás. Vi un póster en el pasillo. Uno de los clubes celebraba una noche de anime, con películas de... ¿cómo se llama? El tipo que hizo *El castillo ambulante*.

—Hayao Miyazaki —respondo.

—Justo. Bueno, la cosa es que yo había visto *El castillo ambulante*. Mi padre me había llevado a una sesión especial en el teatro Offshore, y me había gustado mucho. Así que les dije a mis amigos que deberíamos ir a esa noche de cine, y recuerdo que Katie reaccionó como si fuese la cosa más rara que podía haber sugerido. Dijo algo como «¿Quién quiere ir a ver dibujos animados con un puñado de chicos con los que ni siquiera salimos? Y los dibujos animados ni siquiera están en inglés». Y yo... me reí con ella y me mostré de acuerdo. Menuda idea más absurda. Pero, en secreto, siempre me arrepentí de no haber ido.

Suelta el aire despacio y por fin le da un mordisco a su comida.

—Yo fui —le digo.

Hace una pausa mientras mastica, luego traga y asiente. Sus labios se curvan un poco en las comisuras.

—Claro que fuiste. ¿Fue asombroso? ¿Me perdí lo que podría haber sido la mejor noche de mi vida?

Echo la vista atrás.

—Fue en el auditorio, y proyectaron las películas en una pantalla enorme. Éramos solo unos... ¿veinte?, ¿veinticinco? Y alguien pidió *pizza*. Y..., por supuesto, las películas de Miyazaki son increíbles.

Maya parece melancólica.

—¿Ves? Suena genial. Mientras que yo es probable que estuviera en una fiesta de pijamas más, pintándome las uñas y jugando a verdad o atrevimiento, igual que en cualquier otra fiesta de pijamas. —Se encoge un poco—. No me malinterpretes. Me gustan mis amigos, es solo que... ¿Quieres que sea sincera? El fin de semana pasado, disfruté jugando a *D&D* como no lo había hecho en mucho tiempo.

Supongo que esas palabras deberían haberme llenado de satisfacción, pero Maya parece muy triste cuando las dice.

Hace una mueca.

—No les digas que he dicho eso. Obviamente.

—No lo haré —la tranquilizo—. Aunque, solo para tenerlo claro —añado después, dubitativo—: ¿planeas romper con tus amigos porque eres una friki que no ha salido del armario?

Maya se echa a reír.

—No. Siguen siendo mis amigos. Solo que a veces siento que ahora somos personas diferentes de las que éramos cuando nos conocimos. Y las cosas que yo creo que suenan superdivertidas y guais... No creo que pudiera ni planteárselas a ellos sin que se rieran de mí, o sin que me mirasen como si los hubiese traicionado de alguna manera.

—Cosas como... ver anime —aclaró—. E ir a ferias medievales. Y jugar a *Dragones y mazmorras*.

Me lanza una mirada de advertencia.

—Sé que lo que acabo de oír no es sarcasmo, porque yo te estoy abriendo mi corazón ahora mismo.

Echo un poco de salsa criolla suave en mi plato.

—Perdona. Es que... haces que suene como si te estuvieras uniendo a una secta o estuvieses blanqueando dinero del tráfico de drogas o algo parecido. Solo quieres saquear una mazmorra imaginaria de vez en cuando. Este juego les gusta a millones de personas de todo el mundo. Literalmente. Quiero decir, ¿qué te dijeron cuando se lo contaste? ¿Amenazaron con enviarte a un centro de rehabilitación de frikis?

Estoy intentando ser gracioso, pero Maya no se ríe. Si acaso, parece culpable cuando se lleva la gaseosa a los labios.

—Oh —murmuro—. No se lo has dicho.

—No estoy avergonzada, lo juro. Simplemente no he tenido... No ha surgido la oportunidad. Pero saben que tú y yo estamos quedando.

«Quedando», pienso. «No saliendo».

—No pasa nada —le digo—. Puedes contarles lo que quieras. Pero, en serio, ¿qué temes que pueda pasar? ¿De verdad crees que te van a abandonar porque hayas encontrado una afición nueva?

—Tal vez no —musita Maya, aunque no suena nada convencida—. Pero no sé si quiero averiguarlo.

Frunzo el ceño.

—A mí me han admitido bastante bien.

—Porque yo te había admitido antes.

Abro la boca, después la cierro otra vez.

Maya hurga un poco en los tostones.

Por fin consigo ordenar mis pensamientos lo suficiente como para volver a hablar.

—Las cosas que nos gustan son solo una parte de quiénes somos. Esto no te cambia. Igual que pasar tiempo conmigo tampoco cambia quién eres.

Su sonrisa es tenue.

—Gracias, Jude. Y gracias por invitarme a salir esta noche. Sí que me gusta pasar tiempo contigo.

Mi corazón da un brinco. Le devuelvo la sonrisa y, por un segundo, la siento. Esa atracción gravitatoria entre nosotros. Estamos lo bastante cerca como para poder inclinarme hacia ella, agachar la cabeza, acortar la distancia entre nosotros y...

El pánico comprime mi pecho y soy el primero en desviar la mirada. Me aclaro la garganta, extendiendo la mano hacia mi vaso y bebo un par de tragos largos.

Cuando me atrevo a mirar otra vez a Maya, está revolviendo en su pequeño bolso en busca de

algo. Me da la impresión de que se siente igual de incómoda y dubitativa que yo. ¿Quería que la besara? Ojalá hubiese una forma sencilla de saberlo. Todas las películas hacen que parezca superfácil, como si simplemente supieses cuándo es el momento perfecto.

No obstante, todo lo que sé es que esta mesa, aunque solo nosotros dos estamos en ella, de repente parece muy llena.

Y Maya sigue sin mirarme a los ojos.

—¿Sabes? —dice de pronto—. Apuesto a que hay algún universo alternativo en el que sí que fui a esa noche de cine. Y en ese universo, creo que es probable que tú y yo seamos muy buenos amigos.

Las palabras se expanden entre nosotros. Absorben todo el aire. Empujan contra mi pecho.

«Muy».

«Buenos».

«Amigos».

—Sí —digo, con la voz forzada—. Apuesto a que tienes razón.



CAPÍTULO VEINTITRÉS

LA CASA ESTÁ DE LO MÁS SILENCIOSA CUANDO LLEGO, Y TARDO un poco en recordar que mis padres iban a llevar a Penny y a Ellie a ver la última película de Marvel. (Sin *mí*, lo sé).

No tengo demasiada hambre, pero voy a la cocina de todos modos y cojo el frasco de Nutella del armario. Nada como un poco de comida desestresante cuando no tienes ni la más mínima idea de si acabas de fastidiar de manera catastrófica otra oportunidad de besar a la chica de tus sueños.

Abro la tapa de la Nutella, me apoyo en la encimera y saco una cucharada enorme. Me la como despacio, porque llenarse la boca de Nutella es mucho menos placentero de lo que uno podría imaginar.

Apenas la saboreo.

¿Qué me pasa?

Con un gemido, guardo el frasco y saco mi teléfono.

Por un segundo, me planteo mandarle un mensaje a Maya, pero no sé lo que podría decir que no me hiciese parecer desesperado. Así que, en lugar de eso, abro mi correo.

Se me sube el corazón a la garganta.

Jude:

El dibujo que enviaste se publicará en el número de julio de la revista *Dungeon*. Recibirás el pago en forma de cheque bancario en un plazo de entre siete y diez días a partir de hoy.

Admiro mucho tu estilo y tu perspectiva únicos, y me encantaría ver más trabajos tuyos para posibles colaboraciones futuras. Por favor, siéntete libre de enviar cualquier dibujo adicional directamente a esta dirección de *email*.

Saludos cordiales,
Ralph Tigmont
Director de arte de *Dungeon*

—Santo cielo —musito. Después, leo el correo por segunda vez, y luego una tercera. Esto está pasando de verdad. Me van a pagar por mi dibujo. Y el director de arte (un director de arte *de verdad*) quiere ver más trabajos míos. Me ha dado su correo personal. Eso parece... importante.

Mi mente se inunda de visiones de reconocimiento artístico. La próxima vez, mi trabajo será seleccionado para la portada de la revista. Después vendrán a buscarme otras publicaciones, *Nerd Today* y *Dragón Script*, y más adelante, no sé, quizás el *New Yorker* o algo así. La gente me encargará cosas. Hollywood querrá que ilustre pósteres de películas, y las editoriales publicarán mis cómics y mis obras originales se agotarán cada vez que se exhiban en la Avenida de los Artistas de la ComicCon.

Esta es una oportunidad. Tengo que aprovecharla, ¿no?

Con los nervios a flor de piel, me siento a la mesa. Saco mi cuaderno de dibujo de la mochila. Hojeo los dibujos de cómic más recientes: unas pocas páginas tontas sobre Araceli la Magnífica convenciendo a un grupo dispar de buscadores de tesoros de que se embarquen en una aventura para salvar a su hechicero y la primera fase de su viaje.

No puedo compartir esto con nadie. Es demasiado aburrido y está lleno de bromas nuestras que no apreciaría nadie excepto mis amigos. Ahora que sé que el *Dungeon* quiere ver más trabajos míos, siento como que he estado perdiendo el tiempo con este cómic. Debería haberme estado esforzando por crear algo más original. Necesito concentrarme en que publiquen mis obras y crear un portfolio respetable, ahora que tengo un pie dentro de la industria.

Y sí, sé lo que estás pensando. Está claro que estoy utilizando esto como distracción para olvidar el doloroso final de la cita con Maya.

Pero ¿por qué lo dices como si fuese algo malo?

El hecho es que no he estado dibujando demasiado en los últimos tiempos, desde que aceptaron mi dibujo. Supongo que me he sentido aquejado por... algo. ¿Un bloqueo artístico? ¿El terror absoluto a que hubiesen elegido mi dibujo por error y que en cualquier momento recibiría una disculpa por *email*, con una posdata amable en la que me sugerirían que pensase en otras aficiones?

Hojeo también otros dibujos más antiguos. Brujos. Druidas. Trols. Cofres de tesoros y luchas con espadas. Todo me parece aburrido, aburrido, aburrido.

¿Qué vio Ralph Tigmont en lo que envié? ¿Qué es lo que le gustó? Mencionaba mi «estilo y mi perspectiva únicos», pero, por lo que veo, nada de lo que he hecho es único para nada. Todo esto se ha hecho mil veces. Los dibujos en sí no son malos. Quiero decir, en ocasiones todavía tengo problemas con la longitud de los brazos, y la forma en que este elfo pícaro está agarrando sus dagas está mal plasmada, y ¿en qué estaba pensando cuando le puse a este luchador una armadura de batalla tan estereotípica? Es como si no hubiese tenido ni una sola idea original en toda mi vida.

Sacudo la cabeza y saco un lápiz.

Vale. No pasa nada. Dibujaré algo nuevo. Ahora estoy motivado. Sé lo que están buscando.

Era broma.

No tengo ni idea de lo que están buscando.

Pero, si lo hice una vez, tal vez pueda hacerlo otra.

Me pongo a dibujar.

Después de unos minutos, las líneas se unen para formar un guerrero con una larga capa rodeado de un montón de calaveras.

Buf. Predecible.

Paso la página. Vuelvo a empezar

Una chica. Una luchadora. Con una espada y una armadura que es... ¿curiosamente escasa?

Cosificación e inutilidad, todo en uno. Superoriginal. Soy un jodido pionero de las bellas artes.

Página nueva.

Dibujo un dragón posado sobre un precario castillo en ruinas, y es una basura. Una basura absoluta.

No tengo una perspectiva única. No hay nada único en mí.

Y entonces me doy cuenta.

Soy un impostor. Esto es a lo que se refieren los creadores cuando hablan del síndrome del impostor, excepto que no es un síndrome. Es real. Esa obra que envié fue pura chiripa. Un milagro de los que ocurren una vez en la vida. Un artista de un solo éxito. La única cosa buena que produciré jamás, y ya la he hecho. Ni siquiera cobraré el cheque que me manden. Me limitaré a enmarcarlo para que dentro de cincuenta años pueda contemplarlo colgado en la pared y recordar esa única ocasión en que conseguí que publicasen un dibujo mío en mi revista favorita. Esa única ocasión en que hice algo que merecía la pena. Esa única ocasión en que no fui un completo inútil.

No. Ni siquiera eso es verdad. En esa ocasión tenía el dado. Por eso eligieron mi dibujo. No fui yo. No fue mi arte. Fue el *dado*.

Lo cual significa que en realidad no me lo he ganado en absoluto.

La luz de la cocina se enciende de pronto. Doy un respingo y levanto la vista para encontrar no a una de mis hermanas, sino a Ari.

Está de pie en el umbral, vestida con un top negro y unos pantalones de pijama de franela con pequeños corazones rosas.

—Perdona, no pretendía asustarte —se disculpa al ver mi expresión—. Solo venía a por un vaso de agua. —Ladea la cabeza para mirarme, y se fija también en mi cuaderno—. ¿He interrumpido un arrebato de inspiración nocturna?

—Ojalá —mascullo. Cierro el cuaderno de golpe y me froto los ojos—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Fiesta de pijamas —contesta, mientras llena un vaso con la jarra de agua que tenemos en la nevera—. Pru quería mantenerse al día del concurso, por así decirlo, así que hemos estado viendo vídeos de otros inscritos.

—¿Habéis visto alguno bueno?

—Madre mía, los hay *buenísimos*. —Ari se sienta en el banco enfrente de mí. En vez de decirlo con un tono temeroso o histérico, parece revitalizada—. Aunque no salga finalista, merecería la pena ir al festival solo para oír a algunos de ellos actuar. Me he suscrito a un montón de canales nuevos esta noche. —Sus labios se curvan con picardía. Se inclina hacia mí y baja la voz para hablar en un susurro—. Pero, entre tú y yo, creo que mi vídeo es el mejor. Esos dibujos que hiciste eran supermonos.

—Me alegro de que te gustaran, aunque si acabas estando entre los finalistas, será porque tu

canción es genial. No tiene nada que ver conmigo.

—Ya lo veremos. Muchos de los participantes son muy buenos, pero... creo que tengo alguna opción.

—Por supuesto que la tienes.

Sacude los hombros, una costumbre adorable que tiene cuando está orgullosa de sí misma pero intenta ser humilde. Después respira hondo y me mira con curiosidad.

—Pru me dijo que salías con Maya esta noche...

Trago saliva y agarro mi lápiz otra vez; me consuela sentir su tacto familiar en los dedos.

—Sí. Fuimos al paseo marítimo. Nada especial.

—No todas las noches pueden ser un concierto de Sadashiv. —Clavo la mina del lápiz en el doblez entre la cubierta del cuaderno y el lomo—. ¿Va todo bien? —pregunta Ari.

—Sí —respondo—. Genial. —Ella ladea la cabeza—. ¿Qué?

—Nada... —dice, de ese modo irritante que deja claro que sí hay algo—. Es muy fácil saber cuándo estás ocultando algo.

La mina de mi lápiz se parte y maldigo en voz baja.

—No estoy ocultando nada. Solo que me resulta raro hablar de esto. Quiero decir, Pru no nos da el parte cada una de las veces que sale con Quint.

—No —admite Ari pensativa—, pero... siempre se nota que después está contenta. Realmente contenta.

Sus palabras tocan un punto sensible en mi pecho y vuelven a despertar cada una de las dudas que he sentido desde que salimos de Encanto. Desde... Bueno, desde antes de eso. Desde siempre, supongo.

Algo me inquieta, susurrante e inseguro.

He salido dos veces con Maya ya. En estas últimas semanas, he tenido la ocasión de conocerla, a la Maya real, mucho mejor que en todos los años que hemos ido a clase juntos, y es aún más asombrosa de lo que creía. Es graciosa y creativa, y me sorprende lo fácil que es hablar con ella. A una parte de mí le gusta más que nunca.

Pero es una forma de gustar diferente. Esta forma de gustar no es una fantasía absorbente, una que raya en la obsesión. No es la certeza agónica de saber que nunca podré merecerla. No es el sabor agrídulce de un enamoramiento condenado a no ser correspondido por toda la eternidad.

Me gusta Maya de un modo que es real y tangible y... distinto de como solía ser.

Pero no logro ubicar qué ha cambiado.

—¿Jude? —dice Ari—. ¿Qué pasa?

Niego con la cabeza.

—Nada. No lo sé. Maya es genial. De verdad.

Ari bebe un sorbito de agua y me observa por encima del borde del vaso.

Me rasco la cabeza con la goma del lápiz.

—¿Sabes cuál creo que es el problema? Nuestra primera cita, cuando fuimos al concierto..., fue perfecta. Más que perfecta. Y ahora hay mucha presión para que *todo* lo sea. Pero, por otra parte..., ¿adónde vas desde ahí? Entradas VIP, la limusina, conocer a Sadashiv. No se puede mejorar eso. Así que estamos... averiguando qué es normal, supongo. Conociéndonos.

Ari bebe otro sorbito de agua, luego aparta la mirada.

—Lleva tiempo.

—Sí, ¿verdad? Eso es lo que me digo todo el rato.

Una sonrisa revolotea por sus labios.

—Entonces, ¿estáis saliendo juntos? ¿Es oficial?

Siento un retortijón en el estómago al pensar en las palabras de Maya.

«Me gusta pasar tiempo contigo».

«Muy buenos amigos».

—No creo que haya nada oficial —reconozco. Luego me pregunto si debería contarle que tuve la oportunidad de besar a Maya, pero no la aproveché. Aunque puede que ese sea el problema. A lo mejor si estuviésemos saliendo de manera oficial, no me hubiese entrado miedo en el último momento.

—Es bastante increíble, ¿verdad? —comenta Ari. La miro perplejo.

—¿El qué?

—Maya y tú. Te gusta desde hace *tantísimo* tiempo, y ahora es como... —Se encoge de hombros—. Simplemente..., empezáis a quedar. Así sin más.

Me río. Una risa ronca, incrédula.

Ari me mira con el ceño fruncido.

—No es «así sin más» —la corrijo—. Es aterrador. Y agotador. Es como si estuviese en una competición contra mí mismo. Contra mi yo del pasado. En un intento continuo por mejorar al Jude de ayer. Esta cita tiene que ser más divertida. Más especial. Más romántica. ¿Cómo aguanta nadie esa presión?

Ari frunce el ceño aún más.

—¿Maya te hace sentir así?

—¿Maya? No. No lo sé. Nunca ha dicho nada, es solo... —Dejo la frase en el aire. No sé lo que intento decir. Mis sentimientos han sido un caos tal que ya ni siquiera estoy seguro de lo que siento, ni con respecto a Maya ni con respecto a nada—. Tiene que empezar a parecer normal en algún momento, ¿no? Como Pru y Quint. Están tan cómodos el uno con el otro... Pero con Maya... ni siquiera es como solía ser, cuando estaba con ella y me limitaba a cerrar la boca y sentía que no tenía nada que decir y solo tenía que esforzarme por no quedar como un idiota. Ahora es más como que... las cosas empiezan a parecer normales. Relajadas, incluso. Pero no del modo que había imaginado que serían.

Ari me observa, me escucha con atención.

—No soy ninguna experta —dice, recorriendo el borde de su vaso con la yema de un dedo—, pero ¿el objetivo no es pasarlo bien y disfrutar de la compañía del otro? Si te fuerzas a cumplir esos estándares imposibles, la cosa nunca te parecerá lo bastante buena y siempre estarás preocupado por decepcionarla y... —Frunce el ceño con una expresión casi dolida antes de continuar—. Sé que esto es algo muy gordo para ti y que Maya te gusta desde hace muchísimo tiempo, y me alegro por ti, pero... no pienses ni por un segundo que tú no eres también un partidazo, ¿vale? Cualquier chica sería afortunada por salir contigo. Y eso incluye a Maya.

Sonrío, pero mi corazón no me acompaña, porque en realidad no la creo.

—Gracias, Ari, pero...

—No —insiste, con tanto énfasis que impide que las palabras que iba a decir salgan de mi boca—. Hablo en serio, Jude. Eres... —Sus hombros se elevan en un encogimiento torpe—. Eres un tío realmente genial. Tienes que saberlo.

El aire se cristaliza a nuestro alrededor y le sostengo la mirada durante un segundo. Cinco segundos. Una eternidad.

Ella la aparta primero y mi corazón da un vuelco.

Ahí hay cosas que no está diciendo. Casi puedo verlas, como si un deslumbrante cartel de neón flotara sobre la cabeza de Ari. Puedo oírlas, cantadas con una melodía que lleva repitiéndose en mi mente toda la semana.

«Presa del aguacero de mi amor por ti...».

—Ahí estáis. —Los dos nos sobresaltamos. No había oído a Pru bajar las escaleras, pero está en la puerta y nos mira con expresión suspicaz—. ¿Qué está pasando aquí?

—Nada —contesto. Demasiado deprisa, demasiado alto. Aunque es la verdad. No está pasando nada. A lo mejor me he imaginado, por un momento, que Ari estaba intentando decir algo..., sugerir que ella...

Pero eso es absurdo.

Solo estaba siendo amable, y yo estoy cansado y confuso.

—Le estaba preguntando a Jude por su cita —explica Ari. Se pone de pie y abre el lavavajillas para meter su vaso, porque aunque es una invitada, también es como si viviese aquí.

—¿Y? —pregunta Pru—. ¿Cómo fue?

—Genial —digo—. ¿Por qué no hace más que preguntarme eso todo el mundo?

Las cejas de Pru se disparan frente arriba.

—Oh, no. ¿Qué pasó?

—Nada. —Miro de una a otra, irritado de repente—. Jugamos al minigolf. Cenamos en Encanto. Fue genial. Y no, no estoy ocultando nada. —Le lanzo una mirada ceñuda a Ari, pero ella se limita a volverse hacia Pru y comparten algún tipo de comunicación psíquica silenciosa que claramente tiene que ver con que estoy ocultando algo—. Da igual —mascullo—. Me voy a la cama.

Agarro mi cuaderno y paso por delante de ellas, pero, en cuanto me encuentro en el rellano y bajo la vista hacia las sombras de mi cuarto, me invade una sensación que no logro ubicar del todo.

¿Soledad, quizás? La idea de que me aguarda otra noche de insomnio, llena de pensamientos sobre Maya y sobre suerte y sobre cómics y campañas y canciones con letras que me hacen sentir escalofríos recorriéndome la columna.

Suelto un suspiro y doy media vuelta.

—Ari ha dicho que estabais viendo vídeos de otros participantes del concurso. —Pru cruza los brazos con una expresión de «¿y qué si lo estamos haciendo?» en la cara—. ¿Os importa que me una a vosotras?



CAPÍTULO VEINTICUATRO

ME DESPIERTA EL SONIDO DE UN BOLÍGRAFO ARAÑANDO EL PAPEL. Entreabro un ojo. No estoy en mi cama. Tengo tortícolis. Mi mano derecha palpita con el doloroso hormigueo de haberseme dormido.

Me siento. Estoy en el suelo de mi dormitorio, sobre un edredón. Mis ojos soñolientos se posan en Ari, que está sentada cerca con las piernas cruzadas, de espaldas a la cama. Tiene un cuaderno de dibujo en el regazo y está inclinada sobre él. Su pelo oscuro cae como una cortina delante de su cara mientras su bolígrafo vuela por el papel.

—¿Ari?

Levanta la vista.

—Perdón —susurra—. ¿Te he despertado?

—No. —Hago una pausa—. Bueno, a lo mejor, pero no importa. —Sacudo la mano para intentar recuperar un poco de sensibilidad. Echo un vistazo a la cama, donde duerme Pru, hecha un ovillo sobre el costado, pegada a la pared. El batiburrillo de mantas sugiere que Ari ha dormido a su lado. No recuerdo haberme quedado dormido en el suelo, pero estuvimos despiertos hasta tardísimo, viendo docenas, quizás cientos de vídeos enviados con el *hashtag* del concurso. Algunos eran realmente buenos, otros irrisoriamente malos—. ¿Ese es mi cuaderno?

—Espero que no te importe. Me he despertado con la letra de una canción en la cabeza y necesitaba anotarla. Este es el primer papel que he visto.

Me froto un ojo con la palma de la mano y bostezo.

—Sin problema.

—Vale. Entonces deja de hablar hasta que termine con esto.

Esbozo una sonrisa soñolienta y asiento. Ari devuelve su atención al cuaderno. Mira el papel durante un segundo, con el bolígrafo levitando por encima de él. Después tararea una melodía breve para sus adentros, se queda callada y empieza a escribir. Tras unos segundos, hace una pausa; mueve la cabeza arriba y abajo al ritmo de una canción que solo ella puede oír, y después

empieza a escribir de nuevo.

Una vez que logro sentir los dedos, me levanto y voy dando tumbos hacia mi armario. Todavía tengo puesta la ropa que llevaba en mi cita con Maya, así que saco un pantalón de chándal y una de mis camisetas favoritas y me dirijo al cuarto de baño.

Después de cambiarme y cepillarme los dientes, me miro al espejo y me pregunto si debería también peinarme. Tengo el pelo bastante desastroso, como apelmazado por un lado y todo revuelto por el otro. Me paso una mano por la barbilla, donde hay una ligerísima pelusilla. ¿Debería afeitarme? ¿Tendría mejor aspecto, o la pelusilla me hace parecer más maduro?

Estoy alargando la mano hacia la crema de afeitar y me detengo.

¿Qué importa? No necesito impresionar a nadie.

Mi mano levita por encima del bote. Cinco segundos. Diez.

Al final me afeito de todos modos.

Es solo higiene básica.

Cuando vuelvo al sótano, Ari ha dejado el bolígrafo a su lado en la moqueta y está hojeando el cuaderno.

—¿Has conseguido escribir tu canción? —pregunto.

—Un borrador. —Pasa otra página—. Seguiré trabajando en ella, pero creo que tiene potencial. —Sujeta el cuaderno en alto y me muestra lo que estaba mirando—. ¿Esta soy yo?

Me quedo muy quieto, observando las páginas más recientes del cómic. Me devano los sesos para intentar acordarme de lo que había en ellas. Ari llegaba a la taberna y conocía a los aventureros y los enviaba a su misión de rescate.

Nada de lo que preocuparse.

Creo.

—Más o menos —admito—. Araceli la Magnífica, ¿recuerdas?

Ari sonríe y desliza la yema del dedo pulgar por el dibujo.

—Hasta ahora la historia es divertida. Me gusta cómo ilustras a todo el mundo y sus personajes. Es muy fácil cogerles cariño. Me entran ganas de saber qué pasa a continuación. —Vuelve a pasar las páginas hasta que encuentra su canción. Arranca la hoja—. Espero poder leerlo cuando esté terminado.

—¿Cuando qué esté terminado? —farfulla Pru. Se sienta en la cama y nos mira desde allí con los ojos entornados.

—Un cómic que he empezado.

—¿Estás escribiendo un cómic? —pregunta, justo cuando suena un aviso en el teléfono de Ari.

—Por diversión. Una especie de cómic, novela gráfica..., algo así. No es nada. Solo estoy enredando.

—¿Puedo leerlo?

—Tú no sales —le digo. Pru entorna un ojo mientras me mira.

—Pero ¿Ari sí?

—La historia necesitaba un bardo —declaro, quizás un poco más a la defensiva de lo necesario.

La historia no *necesitaba* un bardo, pero Pru no tiene por qué saberlo.

Ari suelta una sonora exclamación, lo cual interrumpe el interrogatorio de Pru.

—¡Eh, chicos! No puede ser. No. Puede. Ser.

Intercambio una mirada con Pru, que retira las mantas y sale de la cama a toda prisa. Nos reunimos alrededor de Ari para ver el correo que ha abierto en su móvil.

Asunto: Inscripción en el concurso para compositores del Festival Musical de Condor

¡Enhorabuena! Nos complace informarte de que tu canción, *Aguacero*, ha sido seleccionada como una de nuestras diez finalistas...

Hasta ahí conseguimos leer antes de que Ari y Pru empiecen a chillar tan fuerte que amenazan con llegar dos pisos más arriba y despertar al resto de la familia, y entonces Ari lanza los brazos alrededor de nosotros dos y todos empezamos a saltar por el cuarto (incluso yo, porque sería aún más raro que no lo hiciese).

—Déjame verlo otra vez —dice Pru en cuanto nos hemos calmado. Arranca el teléfono de las manos temblorosas de Ari. Todavía tengo un brazo alrededor de sus hombros y ella no se aparta, aunque está tan aturdida que es probable que ni siquiera se dé cuenta. Tiene las manos sobre sus mejillas y los ojos brillantes mientras Pru lee el correo en voz alta.

—«Todos los finalistas están invitados a actuar en el escenario Albatros del festival el domingo que viene a las cinco de la tarde. El ganador del primer premio se anunciará después de las actuaciones. Si no puedes asistir al festival, también eres bienvenido a unirme a la celebración de manera virtual. Por favor, responde a este *email* como muy tarde este miércoles, para que podamos preparar todo lo necesario. Estar presente y actuar no es un requisito indispensable para ganar el primer premio».

—¡No puedo creer que esté pasando esto! —exclama Ari, y se deja caer hacia atrás en la cama mientras esconde la cara entre las manos.

—Espera, hay más —continúa Pru—. «Adjuntas enviamos dos entradas de cortesía para ti y un invitado. Puedes comprar más entradas a través de nuestra página web a un precio reducido usando el código “canción finalista”. Gracias por participar en nuestro concurso. Te deseamos la mejor de las suertes».

Pru baja el teléfono y mira a Ari boquiabierta.

—Vas a ir, obviamente.

Ari desliza sus manos hacia sus mejillas. Sus ojos centellean al mirar a Pru, aunque frunce los labios dubitativa.

—Es un viaje largo. Unos quinientos kilómetros, ¿no? O sea, podría bajar el domingo por la mañana, pero según lo que dure, puede que no esté de vuelta hasta después de medianoche.

—¿Y? —pregunta Pru.

—Al día siguiente hay clase.

Pru le lanza una mirada de las suyas.

—¡Puedes saltarte las clases el día después de cantar en un festival de música una canción que *tú misma has escrito*! ¿Qué van a decir tus profesores? ¿«No, no queremos que intentes cumplir tus sueños»?

Me aclaro la garganta.

—¿Sabes? Si Pru, de todas las personas posibles, está abogando por que hagas pellas,

seguramente deberías hacer pellas.

Ari frunce los labios hacia un lado mientras lo piensa.

—Es evidente que quiero ir, pero, por otra parte... No sé si de verdad quiero conducir la ranchera todo ese camino yo sola. ¿Y si se estropea?

—No estarás sola —dice Pru—. Yo iré contigo, claro... —Pero entonces se calla y deja caer los hombros—. Espera. Es justo cuando van a trasladar a Luna y a Lennon a su zoo nuevo. Quint y yo íbamos a ir juntos.

—Cosa que *debeís* hacer —declara Ari con énfasis. Vuelve a sentarse.

Pru frunce el ceño. Sé cuánto siente no poder estar ahí para Ari en una noche tan trascendental.

—¿Y tus padres? —pregunta—. Ellos podrían acompañarte, ¿no?

—Mi madre tiene que llevar a un cliente a visitar un puñado de casas ese día. Creo que hizo una oferta por no sé qué mansión con vistas al mar, pero hubo una oferta muchísimo mayor y fue todo un drama. Mi padre sí podría llevarme. A lo mejor. O ¿y si...? —Tironea de un mechón de pelo, algo que siempre hace cuando está muy concentrada en algo—. Bueno, esto podría ser una idea terrible, pero... ¿y si le pidiera a Ez que fuese conmigo?

Se me comprime el pecho como si hubiese recibido el impacto de un táser en modo «Aturdir».

—¿Ezra? ¿Estás de broma?

—Él sabe de coches, ¿no? Cada vez que ve la ranchera, hace algún comentario sobre querer mirar debajo del capó, y empiezo a pensar que lo dice en sentido literal, no figurado.

—Casi seguro que las dos cosas —confirma Pru.

—¿Aguantarías estar en el coche con él durante tanto tiempo? —pregunto.

Ari se echa a reír, como si lo dijese de broma.

—Ez puede ser un poco intenso, pero no me importa.

Me irrito un poco más.

—Pero es tan... irresponsable

Las dos me miran pasmadas.

—Lleva trabajando en el mismo taller mecánico desde que tenía, no sé, doce años —le defiende Pru—. Eso me parece bastante responsable.

—Sí, pero es tan... —Pugno por encontrar la palabra correcta, pero no encuentro nada apropiado. ¿«Odioso»? ¿«Ridículo»? ¿«Ligón»? Al final me doy por vencido—. Solo creo que uno de nosotros también debería estar ahí. Pru o yo. Somos tus mejores amigos.

—Me encantaría —admite Ari—, pero sé que ese traslado al zoo es una cosa muy importante para el centro, y tú sueles trabajar los domingos y...

—Papá me cubrirá. Sabes que se va a poner eufórico cuando se entere de esto. Seguro que no le importa cubrirme.

Ari se queda muy quieta.

—Pero ¿tú quieres venir?

—¡Por supuesto que quiero!

Por un instante parece sorprendida; entonces esboza una sonrisa de agradecimiento.

—Yo también quiero ir —se queja Pru—. ¡Menudo fastidio perderme esto!

—Lo grabaré todo —la consuelo—. Te lo prometo.

—¿Y Maya? —empieza Ari, quitándose una pelusa del pantalón del pijama—. ¿Quieres invitarla a venir con nosotros? ¿Tú, Ezra, Maya y yo? —Respira hondo—. Podría ser divertido. ¿Verdad?

La pregunta se queda flotando entre nosotros. Cuando lo dice de ese modo, parece lo lógico. Los cuatro. Ezra, porque está bien tenerle a mano si se estropea un coche. Maya, porque quiero pasar más tiempo con ella. Y yo, para apoyar a Ari.

Todo son ventajas.

Pero también suena demasiado como una cita doble.

Y esa es la parte que hace que se me forme un nudo en el estómago, aunque sonrío de todos modos.

—Sí. Suena perfecto. Se lo preguntaré en *D&D* esta noche.



CAPÍTULO VEINTICINCO

LA SEMANA PASA VOLANDO. LA MAÑANA DEL DOMINGO DUERMO hasta tarde, agotado de una noche de juego que se alargó mucho más que de costumbre, porque nos estábamos divirtiendo tanto que cada vez que sugería que diésemos la noche por terminada, el grupo insistía en seguir un rato más, Maya con más ahínco que nadie.

—¡Estamos a punto de encontrar este templo! —gritó, justo cuando el reloj daba las once—. ¡No podemos parar ahora!

—Tal vez deberíamos parar ahora —dije yo—. Si terminamos la aventura hoy, ¿qué vamos a hacer el sábado que viene?

A lo cual ella me lanzó una mirada inexpresiva.

—Tú eres el Dungeon Master. Se te ocurrirá algo.

Pero cuando le recordé lo del festival, incluso ella tuvo que admitir que más valía que lo dejásemos.

—Ahí estás —dice papá cuando entro en la cocina, ya vestido—. Estaba a punto de enviar una partida de rescate en tu busca.

Esbozo una leve sonrisa y hurgo en los armarios antes de sacar una caja de cereales. Mamá lee un libro en la mesa, con un *bagel* a medio comer a su lado. La televisión está encendida en el salón, con unos de los dibujos animados favoritos de Ellie.

—¿No tiene que llegar Ari pronto? —pregunta papá, sirviéndose una taza de café de una cafetera casi vacía.

—A las diez —digo bostezando. Bol. Cuchara. Leche. Mi rutina con los cereales es casi automática a estas alturas.

—A las diez en punto —dice papá, y chasquea la lengua para sus adentros—. Tu hermana se marchó antes de las seis.

Frunzo el ceño.

—¿Las seis? Eso es temprano incluso para... —Hago una pausa al recordar—. Es verdad.

Hoy trasladan a Luna y Lennon al zoo.

—Os lo vais a pasar fenomenal en el festival —comenta mamá, y marca la página de su libro con un viejo y ajado dibujo de un unicornio que hizo Ellie hace tiempo—. ¿Sabes? Tu padre y yo fuimos a Condor juntos una vez. ¿Qué tal van las cosas con Maya?

—Bien —me apresuro a decir—. Muy bien.

Lo cual es verdad. Ya no noto esa desagradable sensación de miedo cada vez que la veo, lo cual parece un paso en la dirección adecuada.

Por otra parte, a lo largo de la última semana me ha dado la impresión de que, en cierto modo, hemos llegado a un punto muerto en nuestra... lo que sea que tengamos. Maya y yo no nos damos la mano, ni siquiera nos hablamos demasiado en el instituto. Todavía me siento en su mesa durante las comidas, pero no digo gran cosa; me limito a dejar que la conversación fluya a mi alrededor y me siento más forastero que nunca.

Ha habido momentos, incluso, en los que he mirado hacia donde se sientan Matt y César y Russell y me he preguntado, con una intensa punzada de envidia, de qué se estarían riendo.

Pero bueno, aparte de eso, Maya se mostró entusiasmada cuando la invité al festival de música. Y sí, tal vez tuviera más que ver con que quería escaquearse de ayudar a sus padres con un mercadillo que tenían planeado montar en el garaje, y también con que le gustan los festivales musicales y está emocionada por ver actuara Ari, y tal vez no tuviera en realidad nada que ver con... ya sabes, con ir conmigo.

Pero aun así. Estaba *entusiasmada*.

Mamá sonríe.

—A lo mejor, un día de estos puedes invitarla a una cena familiar, en lugar de solo llevarla a hurtadillas al sótano y guardártela toda para ti.

—Me haces parecer un asesino en serie.

Papá suelta una carcajada.

—¡Yo he pensado lo mismo!

—No lo digo de ese modo —replica mamá con un suspiro—. Pero nos gustaría tener la oportunidad de conocerla.

—Claro —digo. Me estoy planteando si debería decirles que Maya y yo no vamos en serio todavía cuando mamá mira por la ventana—. Ha llegado Ari.

Sigo la dirección de su mirada a través la ventana de la cocina y veo el Ford Falcon turquesa de Ari detenerse al lado de la casa. Ezra ya está instalado en el asiento del copiloto.

Me termino los cereales y meto el bol en el lavavajillas justo cuando entra Ari, sin molestarse en llamar. Ezra le pisa los talones, con una sonrisa como un jodido rayo de sol.

—¡Buenos días, familia Barnett! —saluda a voz en grito.

—¿Estás listo? —pregunta Ari, jadeando un poco—. ¿Sigue en pie lo de ir a recoger a Maya?

—Sí —respondo—. Deja que coja mis cosas.

—No piensas hacer deberes, ¿verdad? —dice Ezra al ver mi mochila—. Esto es un viaje de placer, tío. No hay deberes en los viajes de placer.

—Solo llevo mi cuaderno de dibujo por si tenemos que entretenernos en algún momento.

—Las personas brillantes sois tan monas... —comenta Ezra sacudiendo la cabeza—. Cuando os aburrís, queréis, no sé, crear algo. Hacer algo productivo. Trabajar en vuestro arte. —Chasquea la lengua—. La única receta contra el aburrimiento es alguna travesura

bienintencionada y mal ejecutada que pueda terminar contigo en la cárcel.

He pasado con Ezra el tiempo suficiente como para saber que es *probable* que esto sea solo una broma, pero no puedo reprimirme.

—¿Has estado en la cárcel alguna vez? —le pregunto.

—Todavía no —se jacta—. Pero soy joven y ambicioso.

—Vaya, eso sí que es prometedor —dice mi madre, al tiempo que abraza a Ari—. Buena suerte en el festival, cariño. Te apoyaremos desde aquí.

—Gracias —dice Ari con una sonrisa ansiosa—. Estoy intentando no pensar demasiado en ello.

—Solo procura pasarlo bien. Y tened cuidado en la carretera —dice mamá, y me da un abrazo también a mí.

—Yo no voy a conducir —me apresuro a aclarar. Los coches manuales me intimidan a más no poder. Ari se ha ofrecido a enseñarnos a manejarlos tanto a Pru como a mí desde que nos sacamos el carnet, aunque ella misma no es, digamos, la mejor en eso. El coche todavía se le cala con regularidad y le aterra subir cuestas.

—Os estoy diciendo a *todos* que tengáis cuidado —precisa mamá—. Llamadnos si necesitáis cualquier cosa.

Se aparta de mí, y entonces Ezra la sorprende acercándose para recibir también un abrazo. Mi madre se lo da, aunque creo que solo lo ha visto una vez aparte de esta, y noto que todavía no tiene del todo claro lo que opina de él. Ya somos dos, supongo.

Nos dirigimos al coche y lanzo mi bolsa al asiento de atrás. Echo un vistazo al maletero de la ranchera: ahí están la funda de la guitarra de Ari y una pequeña caja de herramientas que doy por sentado que es de Ezra.

Nos despedimos con la mano de mis padres, que están en el porche. Ari arranca el motor y mete primera. En cuanto nos separamos de la acera, Ezra levanta los brazos.

—¡Viaje de placer! —grita.

Recogemos a Maya y recibimos, en gran medida, los mismos consejos de sus padres que nos han dado los míos. Desde su casa, estamos en la autovía en cuestión de diez minutos y una canción suena a todo trapo por el altavoz de Ari, conectado por Bluetooth, mientras Ezra echa un vistazo a la música que ella tiene en el móvil.

—Menudas *playlists* más raras —comenta, con los pies apoyados en el salpicadero—. Taylor Swift, Aretha Franklin, Blondie y... ¿Larkin Poe?

—Son un dueto de hermanas; una canta y la otra compone —explica Ari—. Son asombrosas. Debes de estar mirando mi *playlist* de empoderamiento femenino. Me gusta cantar esas canciones.

—Sí, porque no reconocí a ninguno de los artistas de tu *playlist* para días grises. —Pasa a otra pantalla—. Julieta Venegas, Eurielle, Taska Black, Metaxas, Ximena Sari... Eeh...

—Sariñana —termina Ari por él.

—Ximena Sariñana —repite Ezra, que parece algo impresionado—. Su nombre es casi tan

genial como el tuyo. Aquí también hay una canción de... ¿*Elbow*? ¿Quién le llama «codo» a su banda? Eso no puede ser un grupo de verdad.

—Lo es. Elige algo y ponlo —le indica Ari. Ezra se gira hacia ella.

—¿Tú a qué te dedicas, a rebuscar en Spotify para encontrar las canciones menos conocidas o qué?

—Que un músico no sea famoso en Estados Unidos no lo convierte en poco conocido —dice Ari—. Y algunos de los cantantes de esa *playlist* han sido mis mayores fuentes de inspiración. Además, trabajamos en una tienda de discos. Oímos música nueva todo el rato.

Encuentro muy considerado por su parte incluirme en esa afirmación, dado que cuando estoy trabajando casi siempre me limito a rotar entre los mismos tres álbumes de Led Zeppelin. (Robert Plant fue un gran fan de Tolkien, y hay un puñado de referencias a *El señor de los anillos* en sus letras. ¿Qué se la va a hacer? Mis gustos están claros). Aunque, una vez, alguien nos vendió la banda sonora del juego original de Super Mario Bros y la puse en bucle durante seis horas seguidas, hasta que mi padre la colocó en el estante de ofertas por veinticinco centavos y no volví a verla nunca más.

—Oh, sí, esta es —dice Ezra.

Mis ojos se cruzan con los de Ari en el retrovisor y percibo que se está preguntando si debería estar asustada. La respuesta es sí. Siempre que Ezra se emociona con algo, todos deberíamos asustarnos.

Ari sonríe, como si me hubiese leído la mente.

En el altavoz brama una sección de viento, seguida por la voz de Sadashiv cantando *One for my baby (and one more for the road)*.

Maya se echa a reír.

—¡Ez! ¿Eres fan de Sadashiv?

—Uhm, ¿quién no lo es? —contesta, y se gira para mirarnos desde el asiento delantero—. Me quedé desolado cuando Jude te llevó a ti a ese concierto en lugar de a mí. *Desolado*.

—Espera —intervengo—. ¿Esta canción está en una de las listas de reproducción de Ari?

—Por supuesto —confirma ella—. Existe una razón para que Sadashiv cante los viejos clásicos, ¿sabes? Hay algo en ellos que es universal; son temas que nos llegan incluso ochenta años después de haber sido escritos. Supongo que puedo aprender algo de eso.

—Sí, sí, genialidad compositora, bla, bla, bla —se burla Ezra—. Sabes muy bien que es porque te gusta su voz aterciopelada. Es supersexy, no lo niegues. —Hace un ruidito como de ronroneo con la garganta.

—No se equivoca —comenta Maya.

Ari se encoge de hombros y luego pone el intermitente para cambiar de carril.

—Es verdad que tiene la voz bonita.

—Y el pelo —añade Maya—. Deberías haberle visto de cerca. Es difícil creer que sea real.

—Ahora me lo estás restregando —la acusa Ezra.

—Imagináoslo —digo de pronto, mientras miro por la ventanilla el océano Pacífico, azul y centelleante—. Algún día, un grupo de adolescentes podría ir de camino a un festival de música, rebuscando en sus *playlists*, y poner *Aguacero*, de Araceli Escalante.

Ari me mira por el espejo otra vez.

—Solo me lo imagino unas diez mil veces al día.

—Yo también —conviene Ezra—. Mi canción sonando en la radio. La cantaría T. Swift como si me estuviese dando una serenata a mí en persona.

—¿«T. Swift»? —pregunto.

—Bueno, Ariana Grande también me valdría. No soy exigente.

—Espera, espera, espera —interviene Maya. Se inclina tanto hacia delante que el viejo cinturón de seguridad se le bloquea—. ¿A qué te refieres con *tu* canción?

—¿No lo sabías? —Ezra se señala con ambas manos—. Yo he inspirado la melodía.

Un escalofrío gélido baja reptando por mi columna, aun cuando Ari se gira hacia él, boquiabierto.

—¿Qué? ¡Eso no es verdad!

Lo dice pero... se ha sonrojado.

Vuelvo a mirar por la ventana.

Es solo Ezra en su habitual papel ridículo y encantadoramente egocéntrico. A Ari no le... No es que ellos...

No consigo terminar el pensamiento. La mera idea es demasiado extraña. ¿Ari y Ezra? Quiero decir, él flirtea con ella todo el tiempo, sí, pero también flirtearía con una palmera si le diese la hora.

—Es solo una canción —dice Ari—. No está inspirada en nadie.

Ezra se da una palmada en el pecho como si acabase de recibir un flechazo.

—Me destrozas, Escalante. No me arruines esta fantasía.

—No todas las canciones tienen que ser sobre algo... o alguien —dice ella.

—Esas declaraciones lo dicen todo —la contradice Ezra.

Ari frunce el ceño. Noto que querría seguir discutiendo, pero no serviría de nada. Vuelve a concentrarse en la carretera, con expresión enfurruñada y las mejillas sonrosadas. Y no puedo evitar pensar que Ezra tiene razón.

Es verdad que sus declaraciones lo dicen todo.

Pero ¿qué está declarando Ari, exactamente?



CAPÍTULO VEINTISÉIS

EL VIAJE HASTA EL FESTIVAL CONSISTE EN:

Una parada en un puesto donde te sirven batidos cargados de cafeína en el propio coche.

Carreteras serpenteantes y pintorescas con vistas espectaculares que alternan entre el océano y bosques de pinos gigantescos.

Una visita a una gasolinera para llenar el depósito y comprar aperitivos y dulces suficientes como para alimentar a una pequeña banda de bárbaros.

El avistamiento de un pie grande.

Una ristra interminable de comentarios inútiles de Ezra.

Algunas teorías de Maya de lo que el templo de Lundyn Toune puede tener reservado para ella y el resto de la pandilla, y el comentario (por duplicado) de que la forma en que Noah juega con su pícaro mediano es absolutamente hilarante.

Un vistazo al cartel del festival hacia el que nos dirigimos, puesto que nadie aparte de Ari se ha molestado en consultarlo todavía. Reconozco a dos de los artistas: Araceli Escalante y... ¡los Beach Boys! Hasta que resulta que en realidad es una banda tributo a los Beach Boys, no los originales. En cualquier caso, Maya y Ari están ansiosas por ver algunos de los conciertos, mientras que Ezra se queja de que se ha perdido a no sé qué banda de *grunge* que tocó el viernes.

(Vale, me he inventado lo del pie grande).

Ari se pone cada vez más tensa a medida que nos acercamos a nuestro destino. Lo noto porque, cuando Ezra se ofrece a conducir por millonésima vez, ella por fin cede, se echa a un lado de la carretera y relaja las manos sobre el volante; sus nudillos blancos recuperan poco a poco el color. Es primera hora de la tarde cuando llegamos al festival y pagamos veinte dólares por aparcar en la explanada más grande que he visto en la vida. Incluso desde los confines del *parking* podemos oír el sonido lejano de la música. Ari coge su guitarra y nos encaminamos hacia las puertas de acceso.

Pasamos nuestras entradas por el escáner y recibimos un mapa del recinto y un horario del festival. El ambiente es una explosión de estímulos. Hay masas de gente dando vueltas por ahí. El olor a comida frita llena el aire a nuestro alrededor. Y la música lo inunda todo: melodías atronadoras que salen de escenarios lejanos donde están tocando los artistas principales; un tipo que toca una guitarra y una armónica justo a la entrada, y música hiphop cuyo ritmo machacón sale por un altavoz inmenso no lejos de nosotros, donde una pequeña multitud de personas observa a un grupo de bailarines de *breakdance*.

—Voy a buscar el puesto de información —anuncia Ari, estudiando el mapa—, para asegurarme de que sé dónde tengo que estar y cuándo.

—Iremos contigo —le digo.

Ari sonríe agradecida, pero niega con la cabeza.

—Id a disfrutar del festival. Quizás podríamos reunirnos para ver a esa banda pop llamada Latinx. Eso es... —Consulta el horario—. En el escenario Albatros dentro de una hora.

—Perfecto —dice Maya, y me agarra del brazo—. Demos una vuelta. Podríamos echar un vistazo a esas casetas.

—Yo me quedaré con Escalante —dice Ezra—. Por si el talento necesita algo de músculo. —Flexiona el bíceps.

Ari pone los ojos en blanco, pero no discute, y se alejan juntos para perderse enseguida entre la muchedumbre.

—Vamos —me urge Maya, tirando de mí en dirección contraria antes de que disponga de un segundo para digerir la punzada de desilusión que siento en el estómago.

—¿No deberíamos quedarnos todos juntos?

Maya me lanza una mirada indescifrable.

—Estarán bien. ¿Qué quieres hacer?

«Quedarnos todos juntos», pienso, pero en lugar de decirlo me encojo de hombros.

—Me da igual.

Paseamos por un camino bordeado de puestos de lona donde venden de todo, desde joyas y carrillones hasta cuadros de grupos y músicos famosos. Pasamos por delante de casetas que ofrecen tatuajes hechos con aerógrafo, y pintura facial y *piercings* de verdad (Maya bromea con que yo estaría muy guapo con un *piercing* en la oreja. O al menos creo que es una broma). Recorremos una zona para comer donde la gente está desperdigada por un puñado de mesas, escuchando a una banda de tres músicos que toca en un pequeño escenario. Más adelante hay una exposición de guitarras acústicas decoradas como cuadros famosos: *La noche estrellada*, *El grito*, las latas de sopa de Andy Warhol. Vemos a una compañía de baile que desafía las leyes de la gravedad, mientras el público disfruta de las nueces garrapiñadas y los donuts de un vendedor cercano.

Me sorprende cuando nos topamos con una zona entera destinada a los niños, con instrumentos de juguete para aporrear, mesas para hacer manualidades e incluso un escenario de karaoke, donde una niña no mucho mayor que Ellie está cantando a voz en grito *Firework* de Katy Perry.

—Debería haber traído a mis hermanas —comento.

—El año que viene, a lo mejor —contesta Maya, y me da un empujoncito con el hombro.

—A lo mejor. —Lo pienso un poco antes de añadir—. Es probable que Ari esté en el

escenario principal para entonces.

—No lo dudo. —Damos media vuelta y empezamos a dirigirnos otra vez hacia el paseo central—. ¿Te gusta tener muchas hermanas?

Lo pienso un momento.

—No me disgusta. A veces es raro ser el único chico. A ver, está mi padre, pero él pasa mucho tiempo en la tienda. Por otra parte, Pru es técnicamente la mayor, por diecisiete minutos, pero no parece tan preocupada con eso de ser el «hermano mayor» como lo estoy yo. Quiero ser un buen ejemplo y estar ahí para ellas cuando me necesiten. No creo que Pru se sienta del mismo modo.

—Apuesto a que eres un hermano mayor estupendo —dice Maya con una sonrisa.

No se me da muy bien recibir cumplidos, así que no digo nada.

—Yo soy hija única, y siempre me he preguntado cómo sería. Cuando era pequeña, me hubiese encantado tener una hermana.

Pienso en lo que dijeron mis padres acerca de que debería invitar a Maya a casa alguna vez para algo que no fuese *D&D*. Podría pasar un rato con nosotros, conocer mejor a mis hermanas, jugar a *¡Pesca!* con Ellie y hacer *collages* con Penny hasta que no pudiera separar los dedos de tanto pegamento.

Sin embargo, antes de que se me ocurra cómo formular una invitación así, Maya suelta un grito de felicidad al ver el despliegue de joyas del siguiente puesto. Se acerca a mirarlo y suspira ante unos pendientes de plata con forma de espiral y una serie de colgantes de distintas gemas.

Mientras la espero, echo un vistazo a los puestecillos cercanos. Hay instrumentos de percusión fabricados a mano y percheros enteros de ropa bohemia y un gato supersiniestro que me mira fijamente y varitas mágicas que se iluminan y pistolas de burbujas y...

Miro de nuevo.

Sip. Hay un gato sentado sobre una mesa redonda cubierta con una tela de seda morada. Tiene los ojos verdes y es tan negro como una bestia desplazadora. Y está muy claro que me mira directamente a mí.

Siniestro.

Estoy tan descolocado por la mirada impertérrita del gato que tardo un poco en fijarme en la mujer de mediana edad que está sentada a la mesa. Me hace un gesto con la mano para que me acerque.

Me pongo tenso y miro a mi alrededor. Pero está claro que se dirige a mí.

Trago saliva y cruzo la calle hacia ella. La mujer no parece una pitonisa. Al menos no es como la pitonisa de la Feria Medieval, que tenía más bufandas y joyas de fantasía que el tocador de mi abuela. Esta mujer va vestida con vaqueros y una camisa azul holgada, y su pelo color pajizo intenta escapar de un moño desgredado que lleva en la parte superior de su cabeza.

—Joven, tu aura está muy dividida —dice a modo de saludo. Es el tipo de afirmación que haría uno de mis NPC cuando los aventureros se topan con una caravana inesperada en la carretera, y por lo general me reiría si lo oyera decirlo con tanta seriedad. Excepto que la mujer parece preocupada de verdad, así que me muerdo la lengua.

—¿Gracias? —murmuro—. Aunque en realidad no quiero un... —Echo un vistazo al cartel que tiene al lado, donde enumera sus servicios: lectura de manos, lectura de cartas del tarot, alineación de chakras y un surtido de piedras en venta—. Nada —termino.

La mujer sonríe. No parece molesta.

—No siempre queremos lo que necesitamos —me informa—, razón por la cual te voy a dar algunos consejos.

—Uhm... —Mis ojos vuelan hacia el cartel otra vez y miro los precios, que me parecen un poco desorbitados.

—Gratis —añade, como si..., ya sabes, como si pudiese leerme la mente. Qué extraño. Alarga la mano y rasca el cuello del gato. El animal empieza a ronronear al instante y se inclina hacia sus caricias—. A Cosmo le gustas, y está preocupado.

No quiero ser irrespetuoso, pero no puedo evitar arquear las cejas con escepticismo. ¿El *gato* está preocupado por mí?

—Eso es... muy amable —respondo mientras trato de pensar en cómo escaquearme lo más deprisa posible—. Pero Cosmo no tiene por qué preocuparse. Estoy bien. Genial, en realidad. Es probable que sea el chico con más suerte que veas en todo el día.

No pretendo que suene sarcástico, pero me sale así. Hago una mueca.

La mujer me dedica otra sonrisa blanda de labios apretados.

—¿Conoces la parábola taoísta del granjero y su caballo?

«Oh, madre mía».

—Uhm, no —murmuro, y echo un vistazo fugaz a mi alrededor. «¿Maya?». «¿Vienes a rescatarme?».

—No te preocupes —me tranquiliza la mujer, con un brillo burlón en los ojos—. Prometo contarla rapidito. —Se endereza en su silla y yo maldigo la educación que me han dado, esa que me enseñó lo imperdonable y maleducado que es marcharte cuando alguien está hablando contigo—. Había una vez un granjero que tenía un caballo precioso —empieza. Uf. ¿Debería sentarme?—. Siempre que sus vecinos se cruzaban con él le decían: «¡Menuda suerte tienes de tener un caballo tan magnífico!». Ante lo cual el granjero se encogía de hombros y respondía solamente: «Quizás». Entonces, un día, el granjero olvidó cerrar bien la verja y el caballo se escapó. «Qué mala suerte», dijeron sus vecinos, y el granjero repuso: «Quizás». Unos pocos días después, el caballo regresó, junto con media docena de caballos salvajes con los que había entablado amistad. Una vez más, los vecinos exclamaron: «¡Ahora eres rico! ¡Qué suerte tienes!». Pero el granjero se limitó a decir: «Quizás».

Frunzo el ceño al intuir un patrón. Pero, sobre todo, me pregunto por qué me está contando esto.

—Pasó una semana y, mientras el hijo del granjero estaba desbravando a uno de los caballos salvajes, se cayó y se rompió la pierna.

«¡Ah! Qué suerte más horrible», comentaron los vecinos, pero, una vez más, el granjero se limitó a encogerse de hombros y a decir: «Quizás». Justo al día siguiente, pasaron unos soldados por su pueblecito y exigieron que todos los jóvenes que estuvieran en condiciones fuesen con ellos a luchar en la guerra, pero el hijo del granjero, con su pierna rota, se libró de ir. «¡Menuda suerte tienes!», opinaron los vecinos, pero, una vez más, el granjero dio la misma respuesta: «Quizás».

La mujer termina su historia y empieza a acariciar a su gato otra vez.

—Guau. Ha sido genial —comento cuando me queda claro que ha terminado.

—¿Lo has entendido?

La miro pasmado.

—Sí. Por supuesto. —Ella me devuelve la mirada—. En realidad, no —reconozco.

Su sonrisa se caldea. El gato ronronea más fuerte y se deja caer sobre el costado.

—Ya lo harás.

La verdad es que sí pillo el concepto detrás de la parábola: que no todo es lo que parece y que cómo respondemos a una situación es más importante que la situación en sí, o... algo parecido. Pero no estoy seguro de por qué me lo está contando a mí. Me pregunto si de verdad puede ver algo en mi aura. Si percibe que he sido bendecido por una buena suerte asombrosa. Si nota que poseo magia.

Nada de caballos perdidos ni piernas rotas por aquí.

—¡Ahí estás! —Maya me agarra del brazo—. Mira, he encontrado esto. —Levanta la mano para enseñarme un anillo de plata con un pequeño dragón enroscado alrededor de una piedra verde en forma de huevo.

—Qué guay —le digo—. Me gusta.

Maya echa un vistazo a la mujer, luego al cartel del puesto.

—¡Oh, me encantan las lecturas del tarot! Pero... tenemos que reunirnos con Ari y Ez.

La mujer inclina la cabeza hacia nosotros sin perder la sonrisa en ningún momento.

—Disfrutad del festival.

Me despido con un gesto torpe de la mano y Maya y yo damos media vuelta. Aunque una parte de mí se siente aliviada por escapar de la mirada escrutadora de la mujer y de su siniestro gato, hay preguntas que burbujan en mis pensamientos y que no me importaría hacerle. «¿Por qué he sido bendecido con esta buena suerte?». «¿Qué significa todo esto?». «¿Va a ganar Ari el concurso?». «¿Mi buena suerte va a durar el resto de mi vida?». «¿Es Maya *la Elegida*, o solo me estoy engañando acerca de todo?».

En cualquier caso, algo me dice que no me hubiese dado ninguna respuesta directa aunque hubiese tenido las agallas de preguntarle. Sin embargo, a lo mejor no necesito orientación psíquica. A lo mejor todas las respuestas están justo delante de mí y han estado justo delante de mí desde el principio. A lo mejor solo necesito dejar de dudar de mí mismo y dudar de la magia, y confiar por una vez en que todo va a salir de verdad como se supone que debe salir.

—¿Jude? ¿Pasa algo?

Me detengo y miro a Maya. Tiene mi mano en la suya y yo no me había dado ni cuenta. Ahora, al percatarme, siento el calor de su palma. La suavidad de su piel.

Frunce el ceño.

—¿Qué te dijo esa vidente?

—Algo sobre... la suerte —farfullo.

Se echa a reír, como si lo hubiese imaginado.

—Bueno, eso tiene sentido. Tienes una suerte que no es normal.

—¿Te habías fijado?

—Eh..., sí. Las entradas para el concierto. Los lanzamientos con la moneda. Esa apuesta sobre la Sra. Jenkins. Es difícil no fijarse. ¿Qué tienes, un trébol de cuatro hojas escondido en alguna parte? —Palpa en broma el bolsillo de mi camisa y mi corazón da un brinco al sentir el contacto.

No. *Debería* dar un brinco al sentir el contacto.

Lo cual, supongo, no es exactamente lo mismo.

—Maya —digo, y algo en mi tono la hace detenerse. Se pone seria. Sigue muy cerca de mí—. Hace muchísimo tiempo que me gustas.

Incluso mientras lo digo, un sudor frío me hace cosquillas en la parte de atrás del cuello.

Los labios de Maya forman un pequeño círculo sorprendido, aunque no creo que esta sea una gran revelación para ella. Siempre he sabido que no se me daba nada bien ocultar cuánto me gustaba, ni ante ella ni ante nadie. Lo único que pasa es que nunca había pensado hacer nada al respecto, hasta ese día en que gané el concurso de radio y el poder del dado me dio el valor de actuar por fin de acuerdo a mis sentimientos.

—En los últimos tiempos he tenido suerte, pero no por ninguna de las cosas que has mencionado. He tenido suerte porque al fin te estoy conociendo. Y eres aún más asombrosa de lo que pensaba.

La música gira a nuestro alrededor, pero apenas la oigo. Lo único que veo es a Maya. Lo único que siento es el palpar errático de mi corazón.

La cara de sorpresa de Maya se convierte en una pequeña sonrisa y, en ese momento, parece casi tímida. Me mira por entre sus pestañas, y luego parece tomar una decisión. Inclina la cabeza hacia arriba, en dirección a la mía.

Miro sus labios.

Respiro hondo.

Y la beso.



CAPÍTULO VEINTISIETE

FUEGOS ARTIFICIALES.

Trompetas.

Estrellas fugaces.

Un *crescendo* sinfónico.

El resto del mundo desvaneciéndose hasta que solo quedamos nosotros, a solas en el centro.

Vale, está claro que Hollywood nos ha creado unas expectativas bastante exageradas sobre lo que se supone que debe ser un beso. Y no es que tuviera unas expectativas especialmente altas. No es que pensara que el mundo iba a dejar de girar sobre su eje. No es que pensara que cuando mis labios tocasen los de Maya iba a estallar un conjuro de *Explosión solar* de nivel 8 a nuestro alrededor ni nada de eso.

Pero si mis expectativas eran bajas...

No, bajas no.

Si mis expectativas eran *realistas*...

¿Por qué me siento tan decepcionado?

Interrumpo el beso y me aparto, tratando de disimular la incertidumbre que ronda por mi interior.

Maya pestañea y abre los ojos. Nos miramos durante un segundo, pero no logro descifrar lo que está pensando.

Entonces, se forma una arruguita entre sus cejas. Abre la boca con aspecto de tener malas noticias. Unas noticias terribles. Parece a punto de romperme el corazón.

—Deberíamos darnos prisa —digo—. Se estarán preguntando dónde estamos.

Maya vacila un instante. Arrepentimiento e incertidumbre.

Después empieza a sonreír. Una sonrisa educada, comprensiva.

—Sí. Vamos.

Recorremos el camino de vuelta a través del recinto del festival y... mierda, mierda, mierda. ¿Podemos rebobinar? ¿Fingir que esto no ha ocurrido? ¿Puedo volver a intentarlo? Pero ¿de qué me serviría, si no tengo ni idea de qué es lo que acaba de ir mal? Teníamos música. Teníamos un aroma a canela y azúcar. Nos teníamos a mí y a ella y seis años de anhelo...

A lo mejor estoy exagerando.

Seguro que estoy exagerando.

No es que haya estado *mal*.

No ha estado mal. No lo creo.

¿Ha estado mal? ¿Beso mal? Esas cosas requieren práctica, ¿verdad? Digo yo que habrá algunos baches en el camino. No saber hacia qué lado inclinar la cabeza, o qué hacer cuando las narices chocan... Y, sí, en mi nerviosismo, puede que me haya movido demasiado deprisa, y debería tomarme mi tiempo e ir más despacio, y la próxima vez iré más despacio y...

¿Va a haber una próxima vez?

Sip, está claro que le estoy dando demasiadas vueltas. Por lo que sé, Maya cree que ha sido un beso bastante decente.

«Pero tal vez», susurra una vocecilla muy irritante en mi cabeza, «tal vez no sea solo cuestión de lo que piensa Maya». Tal vez el mayor problema sea que yo no he sentido lo que creía que iba a sentir. Lo que creo que debería haber sentido.

¿Qué me pasa?

Las palabras de la pitonisa vuelven a mí como un susurro inútil: «Tu aura está muy dividida». ¿Qué significa eso?

—Allí —dice Maya, y señala con el dedo. No me había dado cuenta de que habíamos llegado al escenario Albatros hasta que veo a Ezra cerca de una zona separada por una cortina, a un lado del público. Tiene el estuche de la guitarra de Ari en las manos. El escenario está ocupado por el grupo Latinx, que cuenta con una sección entera de vientos y un puñado de instrumentos de percusión cuyo nombre ni siquiera conozco. El público a nuestro alrededor está bailando al son de su trepidante música.

—Eh, Ezra, ¿qué tal? —saludo, mirando a mi alrededor—. ¿Dónde está Ari?

—Cambándose. —Señala las cortinas con el pulgar y, como si la hubiese invocado, la gruesa tela se mueve y aparece Ari. Se ha quitado los pantalones vaqueros cortos y la camiseta de Ventures Vinyl que llevaba durante el viaje y se ha puesto un vestido blanco largo, holgado y lleno de encaje, que la hace parecer una druida bohemia dotada de algún poder celestial.

—Santo cielo, Escalante —exclama Ezra—. ¡Así se hace!

—Estás preciosa —añade Maya con la misma sinceridad, aunque a un volumen inferior.

—Gracias —dice Ari, las mejillas teñidas de rosa—. Van a grabar nuestras actuaciones, así que... —Sus ojos se posan por un instante en mí, y sé que debería decir algo. Un cumplido. Algo sencillo pero sincero. «Estás muy guapa». Eso sería bastante fácil.

Porque está guapa.

Superlativamente guapa.

Sin embargo, por alguna razón, tengo la lengua adherida al velo del paladar, y Ari aparta la mirada antes de que pueda despegarla.

—Esta banda es buenísima —dice Maya, que se ve obligada a gritarlo cuando la música se zambulle en un solo de trompeta especialmente fuerte.

Encontramos un sitio en la hierba donde sentamos. Ezra se quita la camisa y la extiende en el suelo para que Ari pueda no se manche el vestido blanco. Es al mismo tiempo un gesto caballeroso y una excusa muy obvia para quitarse la camisa durante un rato, y tengo que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para no poner los ojos en blanco.

No pasa mucho tiempo antes de que Maya se levante de un salto.

—Tengo que bailar esta canción —dice, y alarga una mano hacia mí—. ¿Jude? —Me amilano al instante. Lo cual es una reacción perfectamente aceptable cuando alguien te saca a bailar en público. Maya me lanza una mirada acusadora—. Oh, venga. ¡Por favor!

—Bailaré yo —se ofrece Ezra.

Maya duda un momento, dándome otra oportunidad. Pero luego se encoge de hombros.

—¡Vale!

Se alejan de nosotros y se abren paso hacia el escenario, donde cientos de personas se han reunido en una masa turbulenta y agitada de cuerpos y extremidades y sudor. Mucho sudor.

—¿Te estás divirtiendo? —pregunta Ari. Me giro hacia ella.

—Sí. Esto ha sido genial —digo. Lo cual no es mentira.

Me planteo contarle lo de la extraña interacción con la vidente y el gato Cosmo, pero por alguna razón no lo hago.

«Tu aura está muy dividida».

—¿Habéis oído a alguna otra banda? —pregunto en cambio.

—Vimos a un grupo de *rock* en uno de los escenarios pequeños —me explica—, pero solo pillamos el final del concierto. Eran buenos, pero esto es otro nivel. Se nota la influencia de la «nueva canción» en su música, con sus letras desafiantes y esos instrumentos de viento —La letra es toda en español, así que, después de un segundo, Ari se acerca más a mí y continúa hablando—. Toda la canción trata del empoderamiento y el amor y de abrazar la belleza de la cultura latina. ¡Ah, y mira! —Señala el escenario con los ojos brillantes—. Esa chica de la derecha, la que está tocando algo que parece un laúd. ¡En realidad es un charango! Nunca había visto uno en persona.

Le sonrío.

—Estás nerviosa.

A Ari se le descompone la cara. Luego se ríe.

—Aterrada.

Me río bajito y me acerco aún más para que no tengamos que gritar tanto para oírnos.

—Sí. Te pones muy teórica cuando estás nerviosa antes de actuar. Claro que yo preferiría nadar entre tiburones a subir a un escenario como ese a cantar. Es impresionante que estés aquí, Ari. Y sé que lo vas a hacer genial.

Ella pega las rodillas al pecho.

—Gracias, Jude. —Me sonrío, aunque hay algo un poco triste rondando por detrás de sus ojos—. Me alegro de que estés aquí.

—No me lo perdería por nada. Sé que Pru siente en el alma no haber podido venir.

—Lo sé —afirma Ari con un asentimiento.

—Bueno... —continúo, al tiempo que la miro con la cabeza ladeada—. ¿Araceli la Magnífica tocaría bien el charango?

Ari cruza las manos debajo de su barbilla con expresión soñadora.

—¡Sería una maestra del charango!

La banda termina su actuación y aplaudimos con el resto del público mientras los músicos saludan. Gran parte de la gente se dispersa para ir a buscar algo de comer o ver qué está pasando en los otros escenarios del festival, pero muchos otros se quedan. Están sentados o tumbados sobre mantas y toallas de playa, y sacan bebidas de sus neveras portátiles. Maya y Ezra vuelven con nosotros, sonrientes y sin aliento. Maya se deja caer en la hierba a mi lado, y es ahí cuando me percató de lo mucho que nos hemos acercado Ari y yo durante su ausencia. Ezra se sienta con las piernas cruzadas al otro lado de Ari y empieza a enumerar todos los puestos de comida que ha visto antes, tratando de decidir qué va a comer más tarde.

Los encargados del escenario tardan un buen rato en despejar la miríada de instrumentos, artilugios de la batería, micrófonos y amplificadores, y en prepararlo todo para los finalistas del concurso.

—Eh, Escalante, mira esto. —Ezra levanta una brizna de hierba. No, no es hierba. Es un trébol. Un trébol de cuatro hojas—. Lo he encontrado para ti. —Le guiña un ojo.

Miro pasmado el trébol, que pasa de los dedos de Ezra a los de Ari, y me siento extrañamente... traicionado. Es obvio que si alguno de nosotros tenía que encontrar un trébol de cuatro hojas para dárselo a Ari como regalo especial, debería haber sido yo.

—Guau —dice Ari, mientras hace girar el trébol entre los dedos—. No había encontrado uno de estos desde que era pequeña.

—Nosotros tenemos una zona bastante grande con tréboles en el jardín trasero —comenta Maya—. Y hay un montón de cuatro hojas. Debe de ser una mutación genética o algo.

—Así que no son tan excepcionales —digo, pero mi comentario suena más amargo de lo que pretendía.

Ezra me lanza una mirada característica, como si le hubiese desafiado, y saca su teléfono. Al cabo de un segundo, muestra la pantalla.

—Aparte del místico jardín de tréboles de Maya, esto dice que hay más o menos un trébol de cuatro hojas por cada cinco mil. A mí eso me parece bastante excepcional.

Frunzo el ceño. Una vez más... ¿por qué no lo he encontrado yo?

—Gracias, Ez. —Ari abre la funda de su guitarra y guarda el trébol dentro—. Hoy aceptaré toda la suerte que me llegue.

—Como irlandés orgulloso, soy casi el mayor experto del mundo en todo lo que tiene que ver con la suerte. —Vacila un instante antes de añadir—: Y con una increíble cantidad de supersticiones.

Ari se ríe.

—Puede que tengáis tréboles de cuatro hojas, pero apuesto a que nosotros los mexicanos tenemos más supersticiones que vosotros. Las llevamos en la sangre.

—Eso suena a reto. —Ezra se aclara la garganta antes de continuar con énfasis—: ¿Sabíais que se considera mala suerte (y empieza a contar con los dedos) soñar con monjas, matar a una araña, matar a un erizo, ir vestido de gris a una boda o cruzarse con una pelirroja peleona? —Baja la voz—. Solo si es mujer —precisa—. Con los hombres pelirrojos no pasa nada. Siempre hay que incluir un poco de sexismo en las supersticiones. ¡Ah! Y además no puedes regalar nada en el Día de María.

Maya frunce el ceño.

—¿Qué es el Día de María?

—Ni idea. ¿Algo que ver con la virgen María? Creo que es en agosto. Pero yo me salvo de eso no regalando nunca nada.

—Acabas de regalar un trébol de cuatro hojas —señalo.

—Mierda. No lo había pensado. En cualquier caso..., no es el Día de María. Estoy casi seguro. —Mira a Ari—. Bueno, ¿y vosotros qué tenéis?

Ari lo piensa un poco.

—Veamos. Da mala suerte barrer el polvo hacia fuera por la puerta de tu casa. Decorar con conchas. Viajar en martes. Y nunca debes pisar una tumba...

Ezra pone los ojos en blanco.

—Eso trae mala suerte en todas partes.

—¡Ah! También se supone que no debes mirar a un perro... Uhm..., hacer sus cosas. —Sus mejillas se tiñen de escarlata—. Hace que te salgan espinillas.

La miramos todos pasmados y, cuando está claro que habla en serio, estallamos en carcajadas.

—Un clásico —dice Ezra—. Eso explica algunas cosas.

—¿Y los gatos negros? —pregunto, pensando en el siniestro felino del puesto de la vidente—. Eso siempre trae mala suerte, ¿verdad?

Ari asiente.

—Mucha.

—Error —apunta Ezra—. A nosotros nos dan suerte.

Me echo hacia atrás, sorprendido.

—¿En serio?

—Oh, sí. Sé bueno con los gatos, tío. Está claro que tienen poderes de hechicero, y pueden utilizarlos para hacer el bien o el mal. Pero, si eres bueno con ellos, ellos serán buenos contigo.

No logro saber si está de broma. Tampoco si Ez está tratando de ligar con Ari, ni si ella está receptiva, y me siento extrañamente aliviado cuando una mujer bajita, con curvas, da unos golpes en el micrófono y atrae nuestra atención de nuevo hacia el escenario.

—¡Hola a todo el mundo! ¿Lo estáis pasando bien en el Festival Musical de Condor?

El público grita y vitorea. Aunque hay bastante menos gente que para el último grupo, aún es un público considerable. Y el entorno no puede ser más bonito: la ondulante colina herbosa, el horizonte de enormes pinos, el inminente ocaso que tiñe de pinceladas naranjas el festival a nuestra espalda...

De repente, mis dedos hormiguean como no lo habían hecho en una semana o más.

Debería dibujar esto.

Me he sentido bastante poco inspirado desde mis débiles intentos de dibujar algo nuevo que fuese digno de enviar al *Dungeon*. Podría ser agradable dibujar un paisaje que no tenga nada que ver con los mundos fantásticos o el *fandom*. Algo sin presión.

En el escenario, la mujer está explicando la mecánica del concurso de compositores y cómo había habido participantes de todo el país, que enviaron música de nueve géneros diferentes. Saco el cuaderno y un lápiz de mi mochila mientras la mujer continúa con la presentación del plantel de jueces, todos ellos profesionales de la industria, y explica lo ardua que fue la tarea de reducir todas las propuestas a tan solo diez finalistas.

Dibujo primero el escenario. Los andamiajes a ambos lados, el telón de fondo, las luces.

Avanzo poco a poco para incluir los árboles que hay detrás, a lo lejos, y al público de delante, con sus neveras y sus mantas.

—Y menudo espectáculo tenemos preparado para vosotros —dice la presentadora—. De nuestros diez finalistas, *siete* han podido venir hoy para estar con nosotros y ¡van a cantar sus canciones en directo! ¡Una oportunidad extraordinaria para oír el talento que llama ya a las puertas del éxito! —El público rompe a aplaudir—. Pero antes de dar paso a las actuaciones en vivo, vamos a poner los vídeos de los tres finalistas que no han podido estar aquí en persona esta noche.

Detrás de ella, una pantalla se ilumina y proyecta un vídeo.

Un chico más o menos de nuestra edad está sentado ante un piano grandioso. Dice su nombre y presenta su canción; luego empieza a tocar.

La canción es buena. *Muy* buena, en realidad. La letra habla de perseguir un sueño que parece fuera de su alcance.

A continuación, una mujer universitaria con una voz conmovedora. Su canción es poética y profunda y tiene algo que ver con marineros y oro y con correr un riesgo y... La verdad, no entiendo del todo su significado, pero suena genial.

Por último, un hombre algo mayor con un ukelele canta una canción de una tristeza abrumadora. Trata de un amor perdido hacia alguien llamado Georgine.

Y entonces llega el momento de las actuaciones en vivo.

Noto cómo Ari respira hondo a mi lado mientras la mujer regresa al micrófono. Me inclino hacia ella.

—¿Sabes en qué orden sales? —le susurro.

—Soy la quinta —responde ella.

La *quinta*. Parece una espera eterna, pero las actuaciones se suceden deprisa. Una pareja, marido y mujer, canta una canción escrita por ambos. Un niño, que no puede ser mucho mayor que Penny, canta y toca el piano. Dos mujeres (primas, creo), una a la guitarra y la otra al micrófono. Son todos realmente buenos y, aunque tengo un sesgo enorme en favor de Ari, he de admitir que tiene una dura competencia hoy.

Solo la cuarta artista me deja un poco perplejo. Debe de tener veintipocos años y sube al escenario con una energía exuberante, antes de proceder a cantar sobre... ¿el agua con gas? ¿Lo estoy entendiendo mal? Frunzo el ceño con escepticismo cuando la canción llega al primer estribillo: «Oh, tan burbujeante y sin calorías...».

No puedo evitar hacer una mueca. ¿De entre cuántos cientos de participantes ha sido *esto* una de las canciones finalistas? ¿Se me está escapando algún significado más profundo? Echo un vistazo al resto del público con la mayor discreción que puedo, y me siento justificado al ver que muchísimas personas parecen igual de sorprendidas que yo.

Al menos será una ventaja actuar detrás de ella.

Cuando está terminando la canción, Ari me agarra de la mano. Doy un respingo y me giro hacia ella, pero está observando el escenario con los ojos como platos mientras se mordisquea el labio inferior.

Giro la palma de mi mano hacia arriba y entrelazo mis dedos con los suyos. Le doy un apretoncito.

—Lo tienes controlado —le digo—. Estás aquí por algo.

—¿Y qué es ese algo? —pregunta. Su voz es apenas más alta que un gemido.

—Ese algo es que el mundo necesita la música de Araceli Escalante.

Traga saliva y me mira, y... mi corazón da una sacudida tan fuerte que casi me atraganto con él.

Comprendo por qué no quiere hacerse ilusiones, pero esta no es ninguna fantasía ridícula. Ari podría dedicarse a esto de verdad. Vender sus canciones para permitir que el mundo las ame y disfrute de ellas. Se ha ganado de sobra la oportunidad de subirse a ese escenario. Es obvio que tiene talento. Pero también trabaja de manera infatigable para ser mejor, cada día. Escribe una canción y luego revisa de manera agónica cada palabra y cada nota, en un intento constante por ser mejor, por seguir perfeccionando su arte. Y pone muchísima emoción en sus letras. Muchísima pasión. Muchísimo de *sí misma*...

—Antes no he querido herir los sentimientos de Ez —me dice, después de inclinarse hacia mí para que solo yo pueda oírla, aunque incluso eso es difícil con la música que sale por los gigantescos baños—, pero mi verdadero amuleto de la buena suerte eres tú.

La miro estupefacto.

—¿Qué?

Me sonrío con timidez y suelta mi mano. En el escenario, la chica saluda mientras el público aplaude por educación. Ari se pone de pie y coge su guitarra.

—¡Mucha mierda! —grita Maya, y doy un respingo al oír su voz. Por un instante, había olvidado que estaba ahí.

Ari se dirige al escenario justo cuando la maestra de ceremonias anuncia su nombre.

—Y vamos con la siguiente en actuar. Por favor, dad la bienvenida a... ¡Araceli Escalante!

Maya y Ezra gritan tan fuerte que probablemente estarán roncos luego, pero lo único que yo soy capaz de hacer es aplaudir. Mi cabeza da vueltas como si acabase de beberme una jarra entera de la cerveza especial de la casa de la taberna de Bork.

Agarro mi lápiz otra vez y le doy vueltas distraído entre los dedos, porque noto las palmas de las manos sudorosas y siempre ha habido algo reconfortante en tener un lápiz en la mano. Sin embargo, no dibujo. Mantengo los ojos clavados en Ari mientras sube las escaleras y camina hasta el centro del escenario.

—Gracias —dice. Luego se sienta en el taburete que le han ofrecido y coloca la guitarra en su regazo—. Es un inmenso honor estar aquí hoy. Esta canción se titula *Aguacero*.

Toca la introducción, que ya me resulta tan familiar como cualquier canción que ponemos en la tienda y, cuando empieza a cantar, me invade la misma mezcla de emociones que revoloteó por mi interior la primera vez la que oí. Como *cada vez* que la he oído.

Hay anhelo en su voz, sinceridad en sus palabras. Y Ari parece brillar con luz propia bajo el sol poniente. Está preciosa.

Algo se remueve en mi interior. Algo tan fuerte que no puedo negarlo, aunque sé que ya lo había sentido antes y había logrado obviarlo sin problema. Esta vez, sin embargo, no puedo escapar de ello. Ari, cuyo triunfo en este concurso es lo que más deseo en este mundo. Ari, cuya canción es increíble. Ari, que es increíble ella misma.

Ari que es... mi amiga.

Y que no es la chica a la que he besado hace menos de una hora.

Por la madre de Mordor, ¿qué me pasa?

Cuando la canción se acaba, mientras aplaudo con el resto del público, me siento nervioso e insensible al mismo tiempo. Medio aturdido, oigo gritos entre la multitud, silbidos de aprobación.

Ari regresa a nuestro sitio en la hierba, temblando por el subidón de adrenalina. Maya le da un abrazo. Ezra la hace chocar los cinco con ambas manos, y luego tira de ella para darle también un abrazo. Sería raro, ¿verdad?, que yo me quedase aquí sentado sin más y no la mirase a los ojos ni dijese nada. Aunque ese parece el plan de acción más seguro ahora mismo. Tengo la sensación de estar haciendo equilibrios al borde de un precipicio que podría ceder bajo mis pies en cualquier momento, pero yo también me pongo de pie. También abro los brazos y sonrío y trato de no respirar cuando Ari cierra los brazos alrededor de mi cintura y acepta el abrazo como si fuese una cosa perfectamente normal que hacen los amigos.

—Has estado genial —susurro contra su pelo.

Siento una nube de tormenta en el estómago cuando la suelto y me dejo caer de nuevo en la manta; luego abrazo mi cuaderno de dibujo como si fuese un escudo.

Apenas oigo a los dos últimos cantantes.

Al final, la maestra de ceremonias vuelve al escenario con un gran sobre en la mano, como si fuese a entregar un premio en los Grammys. Tras ella, la pantalla cambia para mostrar la proyección de tres imágenes en directo: los tres cantantes que no han podido venir en persona. Están sonriendo. Aunque parecen ansiosos y asustados y esperanzados, igual que Ari.

—Es un verdadero honor para mí anunciar a los ganadores del concurso de compositores del Festival Musical de Condor de este año —dice la presentadora—. Antes, he de recordar que ¡el ganador de nuestro primer premio recibirá cinco mil dólares, además de tres días en un estudio de grabación con un productor de primer nivel para grabar su álbum!

Mi mano se mueve hacia Ari, pero al mismo tiempo veo por el rabillo del ojo cómo Ezra se acerca más a ella. Desliza un brazo alrededor de sus hombros.

Mi mano vuelve a mi propio regazo.

La mujer abre la solapa del sobre y saca una tarjeta.

—¡En tercer lugar tenemos a... Trevor y Sierra Greenfield!

El dueto de marido y mujer. Suben al escenario con sendas sonrisas radiantes. La presentadora les entrega un pequeño trofeo con forma de guitarra y ellos dan un paso atrás, abrazados.

—¡En segundo lugar... Araceli Escalante!

Mi corazón se hincha de golpe. ¡El segundo puesto!

Luego se deshinch. ¡El segundo puesto?

Ari se pone de pie a toda prisa. Sonríe de oreja a oreja mientras se dirige hacia el escenario. Tiene las manos sobre la boca, como si ocultase una pequeña desilusión por no haber quedado primera, aunque es imposible saberlo a ciencia cierta.

Acepta la estatuilla de la guitarra y da un paso atrás para colocarse al lado de los ganadores del tercer premio. Después nos busca entre la multitud y da unos botecitos emocionada sobre las puntas de los pies. Levanta su trofeo y mueve los labios: «¡He quedado segunda!».

Los tres levantamos los pulgares, pero entonces Maya dice:

—Su canción es la que más me ha gustado. Estaba convencida de que iba a ganar.

La parte de mí que siente aversión hacia cualquier tipo de conflicto surge de inmediato en

defensa de los jueces. Después de todo, la música es subjetiva. Distintas personas, distintos gustos. Y ha habido mucho talento en ese escenario.

Aun así..., yo también estaba convencido de que iba a ganar Ari.

En el escenario, la maestra de ceremonias pide un redoble de tambores y, por todas partes a nuestro alrededor, la gente da golpes con las manos contra sus muslos.

—Y la ganadora del primer premio es... ¡Ginger Sweet!

Justo delante del escenario, una chica suelta un grito y se pone de pie de un salto justo delante del escenario.

Frunzo el ceño.

¿La chica del agua con gas?

—Espera —susurra Ezra—, ¿esa no es la que ha cantado esa canción espantosa a LaCroix? Pero si ha sido la peor canción de todas.

Maya y yo no decimos nada, pero una mirada rápida me indica que Maya está igual de perpleja. De los diez finalistas, esta chica era la última a la que habría elegido como ganadora. Y puede que solo sean imaginaciones mías, pero parece que algunos de los vítores amainan y nos rodea la confusión mientras la chica sube corriendo al escenario para recibir su premio.

La presentadora sonrío de oreja a oreja al hacerle entrega de la tercera guitarrita. La chica la acepta sin dejar de dar grititos y de saltar sobre las puntas de los pies, con una mano apretada contra la mejilla.

—¡No puedo creerlo! —dice ante el micrófono—. ¡Esto es alucinante! ¡Gracias!

—Ginger, dime —empieza la presentadora—, ¿qué es lo que inspiró esta canción?

—¡Oh, Dios mío, es supergracioso! Estaba en un restaurante, comiendo *pizza* con mis amigos, y todos pedimos agua con gas y simplemente me quedé, como, deslumbrada por lo burbujeante que era... Igual que yo, porque la gente me dice todo el rato lo burbujeante que soy y, entonces, no sé, sentí que tenía que escribir sobre ello, ¿sabes? —Se echa a reír como una niña pequeña y saluda a la cámara que ha estado emitiendo el concurso en directo.

«Es subjetivo», pienso. «Distintas personas, distintos gustos».

Pero... la canción de Ari era *buenísima*.

De hecho, todos los demás finalistas eran buenos. Y muchos de los vídeos que vimos cuando Ari se quedó a dormir en casa también eran geniales.

Y... ¿*esta* es la ganadora del primer premio? ¿En serio?

No le encuentro el sentido.

Mientras la maestra de ceremonias va poniendo el broche final a su tiempo en el escenario Albatros, todo parece un poco decepcionante. La gente recoge sus mantas y se dirige de vuelta hacia el festival antes de que los puestos cierren, o para ver una última actuación en otro escenario, o para volver a casa después de un largo día de música y diversión.

Ari abandona el escenario. La detienen docenas de personas mientras cruza la extensión de hierba hacia nosotros. Le dan la enhorabuena y le estrechan la mano. A medida que se acerca, capto algunos de los comentarios. Le dicen lo mucho que les ha gustado su canción, y al menos una persona le deja claro que cree que debería haber ganado ella.

Ari sonrío con simpatía y acepta sus cumplidos, con la estatuilla de su segundo puesto bien pegada al pecho.

Sé que no es lógico, pero una parte de mí no puede evitar pensar que la he fallado.

Menudo amuleto de la buena suerte.



CAPÍTULO VEINTIOCHO

—NO ESTOY DECEPCIONADA —INSISTE ARI MIENTRAS VOLVEMOS hacia el coche. El sol se está poniendo y una marea de personas sale del festival a nuestro alrededor—. ¿El segundo puesto de entre *todos* los inscritos? Es lo mejor que me podría haber pasado para arrancar de verdad como compositora.

—Lo segundo mejor —la corrige Ezra—. Obviamente, ganar hubiese sido lo mejor.

Ari pone los ojos en blanco.

—Vale. Lo segundo mejor. Lo que quiero decir es que es una sensación maravillosa que reconozcan tu trabajo. ¡A la gente le gusta mi canción! Estoy emocionada.

—Deberías estarlo —le dice Maya.

—Pero también... deberías haber ganado —insiste Ezra—. Y lo sabemos todos. Te han robado el primer puesto.

—O al menos *esa chica* no debería haberlo hecho —musita Maya. Es lo mismo que hemos estado pensando todos.

—Estaba amañado —sentencia Ezra, como si fuese un hecho indiscutible.

Maya le lanza una mirada de advertencia.

—Solo porque no nos gustara...

—No, qué va. Esto no es una cuestión de subjetividad ni nada. Todos los presentes oyeron a los diez finalistas, y ya os digo yo que todos y cada uno de ellos pensaron que esa canción era la peor. ¡Porque lo era! No debería haber estado en la final siquiera, para empezar. —Chasquea la lengua—. Alguien ha tirado de contactos y a Ari le han arrebatado su premio.

Frunzo el ceño mientras pienso en lo que dice. No soy propenso a las teorías de la conspiración, pero, en este caso, casi parece más plausible que creer que de verdad eligieran esa canción como la ganadora.

—¿Quiénes eran los jueces? —pregunta Ez.

Ari niega con la cabeza.

—No lo sé. La página del concurso solo decía que los votos los emitirían profesionales de la industria.

Ez hace un ruidito de entendido.

—Os apuesto cualquier cosa a que esa chica tiene un tío rico en el cuadro de jueces o algo.

—Eso no lo sabes —protesta Ari, pero su expresión... Labios fruncidos, ojos velados. Se siente igual que nosotros, aunque su sentido moral le impide criticar de manera abierta a otro artista.

—No importa —declaro—. Estuviste genial, Ari. Al público le encantaste.

Ella sonríe.

—Estaba nerviosísima, pero gracias. —Suelta un hondo suspiro—. Comprendo que los compositores tengamos que cantar nuestra propia música para que se fijen en nosotros, pero... ojalá llegue pronto el día en que pueda limitarme a darle las canciones a un profesional y dejar que él o ella hagan la parte que más miedo da.

Nos metemos en el coche, Maya y yo detrás otra vez y Ari al volante, aunque Ezra se ofrece a conducir. Después nos quedamos sentados en el *parking* durante media hora mientras esperamos a que la cola de coches se mueva. La oscuridad se extiende deprisa por el cielo y, para cuando salimos a la carretera, Ari ya lleva las luces puestas.

Vamos callados la mayor parte del largo trayecto. Solo vemos autovías y remolques y la luna que asoma de vez en cuando.

Es decir, callados excepto por Ez, que debe de tenerle alergia al silencio, pues llena el vacío de música y conversación dando voz a cada pensamiento absurdo que brota en su cabeza.

—¿Alguien más quiere mudarse a Michigan y pedir una licencia para cazar unicornios? Esto es real. No es que yo quiera matar a un unicornio. No soy ningún monstruo. Pero me gustaría tener una licencia que dijera que tengo permiso para hacerlo, si así lo elijo.

»¿Quién creéis que fue la primera persona en comer langosta? O sea, ¿en serio? ¿Quién mira ese monstruo marino extraño, con su concha y sus tenazas y esas antenas siniestras, y piensa... apuesto a que está *delicioso*?

»¿Sabíais que a los seres humanos les crecen dos metros de pelo en la nariz a lo largo de la vida? ¿No sería alucinante que nunca se cayesen y todos tuviésemos pelos colgando de la nariz hasta nuestros pies? Jude, deberías poner eso en uno de tus cómics.

Me irritaría, pero en ocasiones consigue sacarle una carcajada a Ari y el sonido me calienta el alma, lo cual suele ir seguido de una amargura inesperada en la boca que pueden ser celos, cosa que me da un miedo de muerte.

No puedo tener celos de Ezra y de la forma en que flirtea sin vergüenza alguna con Ari, ni de la forma en que ella actúa a veces como si eso le gustara.

No puede gustarme Ari. Es la mejor amiga de Pru. Y también una de las mías, dicho sea de paso. Hemos desarrollado una relación en la que nos sentimos tan cómodos el uno con el otro que ella me puede tomar el pelo sobre mis garabatos sin sentido, y yo puedo enseñarle mis cómics sin que me entren ganas de esconderme dentro de una cueva, y ella puede dormir en mi cama y no resulta extraño. Que me gustase seguro que haría que eso fuese extraño.

Oh.

Y también está Maya.

La chica que ha consumido mis pensamientos desde la infancia, que me llena de un flujo

constante de patética esperanza romántica. La chica con la que por fin tengo una oportunidad. La chica con la que... Me doy cuenta de repente de que no he soñado con ella en los últimos tiempos. No como solía hacerlo.

¿Cuándo cesaron esos sueños?

Todavía me gusta Maya. De hecho, ahora que la conozco mejor, creo que puede que me guste aún más que antes.

Pero ¿y si nunca me gustó de verdad, como yo creía? Estaba seguro de que era amor. Un amor puro, indiscutible y absoluto.

Pero ¿y si lo que ha pasado es que estaba enamorado de la idea de ella? ¿Y si a una parte de mí en realidad le gustaba que fuese inalcanzable? Porque lo inalcanzable es algo seguro. Con lo inalcanzable nunca tendría que hacer nada. Nunca tendría que intentarlo. Nunca tendría que desnudar mi corazón.

Mientras que enamorarse de otra persona..., enamorarse de una de tus mejores amigas..., enamorarse de *Ari*... sería cualquier cosa menos seguro.

Necesito sofocar estas emociones rebeldes y enterrarlas bien hondo.

—Uhm..., ¿chicos? —dice Maya de repente—. ¿Nadie más huele a humo?

Todos nos ponemos tensos y olisqueamos el aire. Y... sí. Está claro que eso es humo.

—Oh, no —exclama Ari, instantáneamente alarmada—. ¿Qué hago?

—Asustarte —responde Ezra. Ari le mira con los ojos como platos—. Nah, es una broma. Hay una gasolinera ahí delante. Sal de la carretera y le echaré un vistazo.

Para cuando dejamos la autovía y llegamos al tejadillo con luces fluorescentes de la gasolinera, el olor se ha intensificado. Salimos todos de la ranchera y veo que del capó sale un hilillo de humo.

—Es probable que solo se haya calentado —declara Ez—. Han sido muchos kilómetros para esta vieja bestia.

Abre el capó. Ari, Maya y yo nos apelotonamos a su alrededor, pero no estoy seguro de por qué. No es que vayamos a ser útiles. Tengo una especie de *déjà vu*: este motor es igual de enigmático para mí como el de Maya aquel día, aunque este tiene mucho más óxido y mucho menos plástico.

—Entre los dos —dice Maya—, estoy segura de que podréis arreglarlo, ¿verdad?

Ezra le lanza una mirada inquisitiva.

—¿Los dos?

—Jude y tú. —Maya asiente y me mira con una sonrisa alentadora—. Hace unas semanas mi coche se averió y con un solo vistazo al motor Jude supo al instante cuál era el problema. —Chasquea los dedos—. Fue algo mágico.

—¿De verdad? —pregunta Ezra. Su mirada es igual de escéptica que su tono.

—Solo tuve suerte —digo incómodo. Luego me aclaro la garganta—. Ya que estamos aquí, ¿alguien quiere algo? ¿Un café? ¿Algo de picar?

Después de anotar lo que quieren Ez y Ari, Maya y yo vamos a la tienda. Lleno de café cuatro vasos de poliestireno, mientras Maya explora los pasillos de aperitivos en busca de patatas fritas, gominolas y frutos secos. Estoy abriendo mi séptimo sobrecito de leche de avellana cuando veo una máquina expendedora muy iluminada al fondo de la tienda. No es de comida o bebida, sino de boletos de rasca y gana.

Ya sé que se supone que debes tener dieciocho años para comprarlos, pero...

Miro hacia la caja registradora. La dependienta está absorta en su teléfono y no me presta ninguna atención.

Tal vez no le pueda dar a Ari el primer premio del concurso de hoy. Tal vez no sea capaz de arreglar su coche.

Pero hay una cosa que sí puedo hacer.

Voy hacia la máquina y estudio las opciones. Mis ojos se quedan enganchados en unos boletos que están cerca de la parte inferior, con un trébol verde en el centro y un encabezamiento: «Con un poco de suerte». Cuestan cinco dólares cada uno.

Echo un último vistazo a la cajera antes de introducir un billete de veinte dólares y seleccionar cuatro de los boletos con el trébol. Salen por una ranura en la parte inferior. Los cojo a toda prisa y me los meto en el bolsillo de atrás del pantalón antes de volver a por nuestros cafés.

Cuando salimos, el capó del coche sigue levantado y Ari sujeta una linterna mientras Ezra se afana en quién sabe qué. Le damos su café a Ari y dejo el de Ezra al lado de la rueda delantera, donde no podamos volcarlo sin querer.

Maya y yo nos sentamos en la acera a esperar, y una parte de mí se siente agradecida cuando saca su móvil; así no hay necesidad de darle conversación, lo cual me resultaría agotador ahora mismo, después del torbellino de sentimientos inoportunos que he sentido hoy.

Yo también saco mi teléfono y echo un vistazo a las redes sociales. Veo a algunos chicos del instituto ejecutar el baile de moda del momento. Un *gamer* al que sigo exhibe productos exclusivos de la ComicCon de Ciudad Esmeralda. Los alumnos de teatro del instituto han colgado fotos del telón para su próxima producción de *El mago de Oz*.

Una publicación de Pru me hace detenerme. Es un vídeo corto de un canal de noticias local en el que entrevistan a Pru y a Quint. Al fondo, se ve a la madre de Quint, Rosa, la fundadora del Centro de Rescate de Animales Marinos de Fortuna Beach. Está de pie junto a algunos empleados del zoo mientras dos leones marinos juegan en una piscina de un recinto nuevo a estrenar.

Le doy al *Play*. Pru y Quint le cuentan a la periodista cómo fueron rescatados Luna y Lennon. Mi hermana se encuentra en su elemento relatando el día en que encontraron a Lennon en la playa, enfermo y desnutrido, durante el Festival de la Libertad.

—Cuando llevamos a Lennon al centro de rescate y conoció a Luna, se convirtieron en mejores amigos de inmediato —explica Quint—. Sabíamos que ninguno de los dos sería capaz de sobrevivir en libertad, así que queríamos que empezasen a socializar cuanto antes, con la esperanza de poder trasladarlos a un hogar permanente a los dos juntos. Como podéis ver, ahora son inseparables.

La cámara se desliza hacia los leones marinos. Y, como si lo hubiesen ensayado, los animales se suben a la plataforma que rodea la piscina, casi haciéndose arrumacos. La reportera emite un «oooh» muy sentido.

—Hablando de volverse inseparables —dice Quint, y la cámara vuelve a él. Su semblante ha cambiado un poquito y su expresión es dubitativa de pronto—. Puede que les haya pedido a Lennon y a Luna que me ayuden con una pequeña sorpresa.

A su lado, Pru frunce el ceño.

—¿Qué sorpresa?

Quint le lanza una sonrisa maquiavélica. Después se gira y levanta los pulgares en dirección a su madre. Rosa agarra dos pequeñas tablillas de madera que descansaban a sus pies y emite un silbido. Los dos leones marinos le prestan atención al instante y Rosa arroja las maderas a la piscina.

Los animales se tiran de cabeza y sus cuerpos cortan el agua con fluidez. Atrapan las dos tablas con la boca y, con un solo movimiento elegante, cruzan la piscina hasta donde están Pru y Quint con la reportera. Luna y Lennon asoman la cabeza y muestran los tablones. La cámara enfoca las palabras que hay pintadas sobre las relucientes superficies.

Querida Prudence:

¿Quieres ir conmigo al baile de fin de curso?

La reportera suelta una exclamación. La cámara retrocede para mostrar a Pru, que tiene la boca abierta por la sorpresa. Mi hermana suelta una carcajada alucinada.

Luego le da un manotazo a Quint en el brazo.

—¿Por la tele? ¿En serio?

Quint se ríe bajito.

—¿Eso es un sí?

—¡Por supuesto que es un sí!

Con una sonrisa radiante, Quint se dispone a besarla. La periodista da un paso atrás y el plano cambia para enfocarla a ella.

—¡Si este no ha sido un día memorable en el zoo, no sé cuál podría serlo!

El vídeo se corta ahí. Aparece un icono pequeñito de *Play*.

Bloqueo mi teléfono. Estoy contento por Pru, contento por Quint, contento por Rosa y por el zoo y por los leones marinos favoritos de mi hermana. Pero sobre todo estoy distraído por un pensamiento abrumador.

El baile de graduación.

Bueno, el baile de fin de curso. Pese a todos los pósteres colgados por el instituto, apenas había pensado en él, aunque va a celebrarse ya pronto.

Jamás en mi vida he ido a un baile del colegio ni del instituto, y no había planeado empezar ahora.

Pero... puede que Maya quiera ir. Es probable.

Debería pedírselo.

Supongo...

Quiero pedírselo. Porque quiero ser el novio de Maya. Es lo que siempre he querido, y un día de sentimientos encontrados no va a cambiar eso. Si no consigo ordenar mi cabeza, me arriesgo a perder lo mejor que me ha pasado en la vida.

Estoy enamorado de Maya. Punto. Fin de la historia.

Y lo voy a demostrar.

Respiro hondo y me giro hacia ella, listo para hacer mi (quizás deslucida) petición aquí y ahora, cuando el ruido del capó cerrándose de golpe me hace dar un respingo.

—Muy bien —anuncia Ez, limpiándose las manos en los pantalones—. Nuestro carruaje nos aguarda.

Me levanto de un salto con el corazón acelerado. Sí, tienes razón. Puedo hacerlo mejor. La acera de una gasolinera en medio de la nada no es el sitio indicado para pedirle a una chica que

vaya al baile contigo.

—Jude, ¿se te ha caído esto?

Me giro para ver a Maya con los boletos de rasca y gana en la mano.

—¡Oh! Sí. —Compruebo mi bolsillo, pero, como era de esperar, está vacío—. Los he comprado para los cuatro. Pensé, ¿quién sabe? A lo mejor uno de nosotros tiene un golpe de suerte.

Es difícil decirlo con expresión seria, porque, ¡hola!, yo soy el tío que sacó cara cincuenta y siete veces seguidas lanzando una moneda al aire. *Por supuesto* que voy a tener ese golpe de suerte. No me sorprendería que los cuatro boletos estuviesen premiados.

Esta vez, Ari acepta el ofrecimiento de Ezra de conducir y volvemos a meternos en el coche. Ari encuentra unas monedas en lo que solía ser el cenicero y las reparte entre todos. Ez pregunta si tiene que repartir el premio conmigo si gana millones.

—Solo invítame a tu yate alguna vez —le digo. Durante unos segundos, el coche se llena del ruido de rascar los boletos. Voy destapando mis números y luego espero a que la magia haga su efecto. No solo para descubrir que esos números están premiados, sino también para que aparezca el codiciado trébol que triplicará el dinero del premio.

Rasco. Y rasco.

—Este no sirve para nada —dice Ezra, y tira su boleto al suelo del coche.

—El mío tampoco —dice Maya—. Qué se le va a hacer.

Trago saliva.

Rasca, rasca, rasca...

—Aquí nada —suspira Ari.

Todos se giran para observar cómo destapo mi último número.

Mi... número... *perdedor*.

Parpadeo.

—¿Y? —pregunta Ari.

—No... No tiene premio.

Aprieto los ojos con fuerza. Después los abro y parpadeo otra vez, más deprisa. Esperando que los números cambien. Que se recoloquen. Que revelen que he ganado, porque por supuesto que he ganado, *siempre* gano. Tengo la magia de Lundyn Toune de mi parte. Tengo mi dado de la suerte.

—Tío —dice Ezra con cierto humor en la voz. Alarga la mano hacia el asiento trasero y me quita el boleto de las manos—. Tampoco hace falta tomárselo como algo personal.

Me siento traicionado. Aprieto la mano sobre el bolsillo de mis vaqueros, palpando en busca del bulto familiar y reconfortante de mi D20 mágico.

Me quedo paralizado.

El mundo se inclina y se oscurece.

El aire me abandona en una sola bocanada de horror.

No. No, no, *no*.

Palpo el otro bolsillo, luego meto las manos en ambos.

Pero están vacíos.

El dado no está.

Como tampoco está la magia.



CAPÍTULO VEINTINUEVE

DURANTE TODO EL CAMINO DE VUELTA, ESTOY TENTADO DE pedirle a Ezra que pare y dé media vuelta. Tenemos que volver al festival. Tengo que buscar el dado.

No obstante, sé cómo sonará eso a oídos de todo el mundo, así que no digo nada. Aunque se me revuelve el estómago. Se me encoge el corazón. ¿Cómo he podido perderlo? ¿Cuándo? ¿Dónde?

Al día siguiente, busco el contacto del festival y llamo al teléfono que aparece en su página web. Pregunto si alguien entregó un dado rojo de veinte caras. Espero al otro lado de la línea, con los dedos cruzados con fuerza, mientras la mujer con la que hablo comprueba sus cajas de objetos perdidos. Pero no hay suerte. Le dejo mi número de teléfono y ella promete llamar si el dado aparece.

Cuelgo, abrumado por el miedo.

¿Cómo he podido ser tan descuidado? Ni siquiera recuerdo la última vez que lo vi o que lo sentí en mi mano. Me había acostumbrado a que estuviese siempre ahí. Me había vuelto autocomplaciente, y ahora...

Ahora la magia se ha ido.

No. No se ha ido, como pronto descubro.

La magia, como queda claro enseguida, se *ha vuelto contra mí*.

Esos boletos de rasca y gana eran solo el principio.

A lo largo de la semana siguiente, pierdo cada vez que lanzamos una moneda al aire, lo cual le da a Ellie derecho a elegirlo todo, desde el juego del lunes por la noche (el Memory de *Frozen*) hasta la película que vemos el martes (*Frozen*) y la cena que cocino para todos el miércoles, cuando mamá y papá han salido para su cita mensual (macarrones con queso). Sé que es probablemente debería renunciar a lo de lanzar monedas al aire, pero no puedo evitar aferrarme a la esperanza de que no me han quitado la red de seguridad de debajo.

Esa esperanza se desvanece poco a poco.

Se nos pincha una rueda del monovolumen de camino al instituto.

Las suelas de mis zapatillas favoritas de dragones por fin terminan de despegarse. Esto ocurre a primera hora, así que me toca ir de clase en clase con las suelas chancleteando durante el resto del día.

A la hora de comer, la parte superior de mi *pizza* resbala de manera misteriosa del resto del pan y cae directamente sobre mi sudadera recién estrenada, dejando una mancha triangular de salsa de tomate que no se va.

Al ordenador portátil que comparto con Pru le entra un virus y tardo horas en recuperar mis archivos de arte, y aún no estoy seguro de que estén todos.

La impresora se atasca cuando trato de imprimir un trabajo a última hora.

La puerta de mi taquilla se atasca cuando ya llego tarde a la quinta clase.

Me tuerzo el dedo índice con el balón de baloncesto en Educación Física y, como era de esperar, es la mano con la que dibujo.

Mis otras clases no van mejor. Supongo que he adquirido la mala costumbre de no estudiar (¿para qué voy a hacerlo cuando obtengo notas sobresalientes en todos los exámenes sin esfuerzo alguno?), así que cuando cateo los exámenes tanto de Astronomía como de Español, no sé responder a ninguna de las preguntas en clase de Inglés, y olvido por completo nuestros deberes de Estadística y de Ciencias Políticas; siento todo el peso bochornoso de las miradas de desaprobación de mis profesores. Farfullo una serie de excusas inútiles que sé que no se están tragando y prometo trabajar más, con las mejillas rojas como un tomate.

Incluso la clase que siempre me ha encantado, Artes Visuales, se convierte en un tostón cuando pasamos de un tema de dibujo a uno sobre acuarelas. Rompo el pincel y derramo agua por todo mi trabajo, *dos veces*, antes de que el Sr. Cross me pida que pase el resto de la hora ordenando el armario de los materiales.

Pero espera. Ahí no acaba la cosa. Aún *hay más*.

Descubro una cucaracha en mi habitación y tenemos que llamar a control de plagas, lo cual me obliga a dormir dos noches en el incómodo sofá del salón, mientras el sótano sigue lleno de gases nocivos.

El cactus que Lucy me regaló por Navidad se muere. (Ni siquiera sabía que puedes matar a un cactus).

Mi tarjeta de débito desaparece, así que tengo que cancelarla y pedir otra y pasarme una semana sin poder gastar dinero.

Por primera vez en meses, me sale una espinilla en la frente y urticaria en el pecho *al mismo tiempo*.

Se acaba el agua caliente justo cuando me estoy lavando el pelo. Alguien se termina la leche, así que no queda para mis cereales del desayuno. Y, cuando estoy ayudando a mi madre a meter la compra en casa, le doy una patada con el dedo gordo del pie a las escaleras del porche, tropiezo y se me cae la bolsa en el jardín delantero. El tetrabrik de leche que acabamos de comprar explota contra mis piernas antes de filtrarse en la tierra. Y a eso hay que añadir el hecho de que todavía no he conseguido pedirle a Maya que vaya conmigo al baile de fin de curso; y, con el baile a menos de dos semanas, sé que me estoy quedando sin tiempo. Además, no puedo explicarlo, pero también siento como que me estoy quedando sin opciones de demostrarle que estamos hechos el uno para el otro.

De demostrarles a todos (a Maya, a mí mismo, al resto del mundo) que no la fastidié de un modo descomunal al malgastar la magia de Lundyn Toune (una magia que ahora me ha abandonado por completo)... pidiéndole salir a la chica equivocada.

—Mamá, ¿has comprado más palomitas? —grito mientras rebusco en el armario.

—No —me contesta mamá desde el piso de arriba—. ¡Ponlo en la lista!

Suelto un gemido. La lista de la compra no me va a ayudar demasiado esta noche. Añado las palomitas de todos modos al bloc de notas pegado en la nevera; luego reanudo mi búsqueda. Consigo encontrar una bolsa de nachos que no están demasiado rancios, unos frutos secos salados y medio paquete de Oreo.

Decido que tendrá que valer y pongo los nachos en un cuenco grande. Además, tenemos un frasco de salsa en la nevera y algo de queso para mojar en la despensa.

Mamá entra justo cuando estoy echando el queso en un plato apto para microondas.

—Hola —dice. Suenan un poco cansada—. ¿Qué estás...? Oh, sábado. Es verdad. —Se masajea la frente.

—¿Va todo bien? —pregunto.

—Oh, sí. Es solo que ha habido muchas cosas de las que ocuparse últimamente. —Suspira y se sirve una copa de vino de una botella abierta que hay en la nevera—. Entre la declaración de la renta y prepararlo todo para el Record Store Day..., la verdad es que cada día que pasa en el que los cinco vais al colegio y nadie se pierde las clases de música o los entrenamientos o las fiestas con amigos y la cena está en la mesa y la casa no se ha quemado, me está pareciendo una victoria. —Respira hondo y se apoya en la encimera.

—Pones el listón muy alto como madre —le digo. Meto la salsa de queso en el microondas y marco un minuto.

Mi madre sonríe.

—No todos podemos ser perfectos todo el tiempo. ¿Necesitas algo más para esta noche? —Niego con la cabeza—. Bien, escucha. Le dije a Penny que la llevaría a la tienda de música a comprar resina para el violín, así que si no estamos aquí, es probable que hayamos ido a eso. Me llevaré también a Ellie, así no os molesta.

—Ellie no molesta —le digo. Y es verdad. Ellie casi nunca baja al sótano durante las noches de *D&D*, pero, cuando lo hace, es bastante fácil sentarla en la moqueta con unas cuantas figuritas de peltre y dejar que invente un mundo de fantasía por su cuenta.

—Te lo agradezco de verdad, Jude. Tu padre y yo tuvimos suerte, en varios sentidos. —Pone una mano en mi hombro y yo me agacho para que pueda darme un beso en la cabeza, igual que hacía cuando era pequeño.

Suena el timbre y mamá levanta su copa.

—Divertíos conquistando el castillo.

Maya y Noah están en las escaleras de la entrada, y Maya se ríe con tantas ganas que está apoyada en la barandilla del porche sujetándose la tripa como si le doliera.

Noah sonríe con inocencia.

—Puede que haya acabado con nuestra luchadora.

Los miro boquiabierto.

—¿Qué le has dicho?

—Nada.

—Goren... el Macabro... —tartamudea Maya entre respiración y respiración.

—Aah —digo, y afirmo con la cabeza—. Sí, a Noah se le da muy bien imitar a la gente.

—No sé de qué estás hablando —se defiende Noah—. No siento otra cosa que el mayor de los respetos por nuestro amigo sediento de sangre. Jamás le imitaría para burlarme.

—Eso ha sido... tan... preciso —boquea Maya, y veo que tiene que secarse las lágrimas. Literalmente.

Los hago pasar y, para cuando hemos llevado toda la comida abajo, Maya consigue recuperar la compostura.

Suena el timbre otra vez mientras lo estamos instalando todo. Subo las escaleras de dos en dos para encontrarme a Russell y a Kyle en el porche. Justo cuando los hago pasar, César aparca al lado de la casa.

—¡Esta noche es la noche! —declara Kyle—. Debéis saber que no me voy a marchar de aquí hasta que hayamos conquistado ese templo, matado a unos cuantos monstruos y roto el maleficio.

Sonríó, pero hasta yo me doy cuenta de que es una sonrisa débil.

—Veremos a dónde nos lleva la velada, supongo.

Saqueamos la cocina para hacer acopio de gaseosas antes de bajar a mi cuarto otra vez. Maya y Noah están en la mesa de juego absortos en su conversación, uno enfrente de la otra.

Me aclaro la garganta y levantan la vista. Parecen sorprendidos.

Y... ¿culpables?

—¿Todo el mundo preparado? César, ¿tienes tus dados?

—¡Oh, mierda! —exclama, y se levanta de un salto. Los olvida en su coche casi una vez de cada dos.

Mientras vuelve arriba, yo recoloco mis papeles algo distraído. Siento retortijones en el estómago, pero nadie parece darse cuenta de mis nervios. Pienso en el poco tiempo que ha hecho falta para que Maya se haya convertido en una integrante más de nuestro grupo. Están todos hablando de lo que pasó en la última campaña, y Kyle la felicita por su rapidez mental cuando se cruzaron con aquellos duendecillos malvados. Maya parece genuinamente halagada por el elogio.

Entonces me doy cuenta. De todos los giros inesperados que podría haber dado el universo, Maya Livingstone es una de los nuestros ahora. Y eso sí que es *raro*.

—¿Va todo bien, DM? —pregunta César.

—¿Eh? —No me había dado cuenta de que había vuelto.

Todo el mundo me está mirando.

—¿Qué pasa? —insiste César, mientras toma asiento y deja sus dados en la mesa—. Pareces asustado.

—Solo estoy comprobando lo que nos aguarda —me excuso. Trago saliva—. Yo, uhm... Me llegó la inspiración en el último momento e hice unos pequeños cambios en la campaña. Nada de lo que tengáis que preocuparos. Solo... Ya sabéis... Quiero asegurarme de que no se me ha pasado nada por alto.

—¿A qué estamos esperando? —pregunta Russell, que tiene poca tolerancia a la cháchara.

—Ya casi estoy listo. —Respiro hondo y miro al grupo a mi alrededor. Mis ojos se posan en Maya en último lugar. Está jugueteando con una pequeña figurita de un tiflin, la que le prestó Noah para representar a su personaje el primer día que vino.

Agarro sin pensar mi dado de veinte caras.

Mi dado normal y corriente, sin nada especial y completamente no mágico.

Cualquier cosa superior a un diez, y lo hago.

Mi pulgar acaricia las caras suaves y las aristas del dado.

No..., cualquier cosa superior a un cinco.

Tiro el dado a escondidas, a salvo detrás de la pantalla. Rueda por encima de mis notas.

Se detiene.

Y es...

Un uno.

Fracaso estrepitoso.

Lo miro. Ese único dígito se ríe de mí.

Cierro los ojos, desanimado.

Pero... ¿de verdad voy a dejar que un dado tome las decisiones por mí? ¿Uno que ni siquiera tiene poderes?

No. No, no voy a hacerlo.

Soy el Dungeon Master y estoy a cargo de esto. No la suerte. No la magia. No el templo de Lundyn Toune.

—Muy bien —empiezo, y vuelvo a cerrar los dedos sobre el dado—. La búsqueda había sido larga y peligrosa...

La búsqueda había sido larga y peligrosa. Durante el trayecto a través del bosque, los aventureros se han enfrentado a un enjambre de duendecillos enfadados...



Han comido por equivocación unas setas tóxicas...

Ya os dije que eran venenosas. ¿Por qué no me escuchas nadie?



Y han perdido de un modo humillante la mitad de su equipo y de sus provisiones a manos de un par de sigilosos sátiros.



La última vez que te dejamos hacer guardia.

¡Estaba cansado!

¡No pasa nada! ¡No se han llevado mi jarra favorita! (Con esta cosa me hacen un 10% cada vez que la relleno).



Por fin, llegan al templo de Lundyn Touné.



Pero sus dificultades no han terminado todavía...









En el momento en que la pregunta sale a la luz, sé que esto ha sido mala idea. Lo siento en todos los huesos del cuerpo. Lo siento en la forma en que todo el mundo me mira. Y, sobre todo, en la forma en que me mira Maya.

No parece halagada. O contenta. O emocionada.

Parece más bien... ¿mareada?

Mi proposición flota en el aire entre nosotros, junto con una excesiva cantidad de silencio incómodo.

Trago saliva.

—Para que conste en acta, el que habla ahora soy yo, Jude. No la estatua. —Bajo mi pantalla de privacidad para que no haya nada entre Maya y yo—. ¿Maya, quieres ir al baile de fin de curso conmigo?

La boca de Maya se abre, pero por ella no sale sonido alguno. Por alguna razón, mira a Noah, y después otra vez a mí.

—Jude —dice en voz baja—. ¿Puedo hablar contigo... en algún otro sitio?

—Mierda —musita César—. Eso no es buena señal.

Kyle le da un con el puño en el brazo.

Russell, enfurruñado, coge unos cuantos frutos secos y empieza a escoger los M&M's.

—¿Significa esto que no hemos roto la maldición?

—Cerrad la boca todos —dice Maya, empujando su silla hacia atrás.

La sigo al piso de arriba, aunque no entiendo bien para qué. Ya sé todo lo que necesito saber.

Lucy y mi padre están viendo un documental sobre crímenes en el salón, y Pru está haciendo los deberes en la cocina, así que acabamos fuera. Maya se sienta en las escaleras de la entrada. Parte de mí preferiría quedarse de pie, porque así podría huir más deprisa, supongo, pero me siento de todos modos.

—Jude —empieza ella.

—No hay ninguna necesidad de alargar esto —me apresuro a decir. Me percaté de que aún tengo el D20 de resina en la palma de la mano. Me lo paso de una a otra—. Puedes decir que no y ya está.

Maya se muerde el labio de abajo. Parece realmente apesadumbrada.

—No puedo «decir que no y ya está». Este último mes... me he divertido muchísimo contigo. En serio. O sea, ha sido raro a veces, ¿no? Porque siempre supe más o menos que te gustaba. Y yo... —Hace una mueca—. No te tomes esto a mal, pero antes no estaba interesada en ti. Sin embargo, resulta que, de hecho, me gusta mucho pasar tiempo contigo. Y estar aquí, jugar a *D&D*... Me encanta esto y... me gustas, Jude. Mucho. —Vacila un instante—. Es solo que... no sé si...

—Maya. Lo pillo. —Hace una mueca—. No pasa nada —añado.

—No quiero hacerte daño —susurra—. Me gustaría que fuésemos amigos, pero también lo comprenderé si... —baja la vista hacia sus manos; se está retorciendo los dedos sobre el regazo— si al final no es así.

Probablemente esta sea la forma más considerada de que te rechacen que existe. Y aunque me ha rechazado y siento una punzada de desilusión en el estómago, también me invade el alivio al

oír sus palabras. Y me da la sensación de que siempre he sabido que no estábamos destinados a estar juntos, pese a todos mis años de amor platónico. Porque eso es todo lo que era: amor platónico. No una relación. No la realidad. Solo una fantasía imposible.

La verdad es que ser *amigo* de Maya podría, de hecho, ser mejor.

Cierro el puño alrededor del dado y me froto la frente. Me río bajito.

—Lo siento muchísimo, Jude.

—No lo sientas —la tranquilizo—. En serio. Si no hubiese pasado todo esto, hay muchas posibilidades de que hubiese seguido enamorado de ti el resto de mi vida.

La miro a los ojos otra vez. Parece muy triste. Parece sentirlo muchísimo.

Pero no quiero que sienta pena. Ni culpa. Ni nada por el estilo.

Apoyo los codos en las rodillas; mis dedos juegan distraídos con el dado.

—Me alegro de que hayas dicho que no.

—Jude...

—No, lo digo en serio. Tenía que intentarlo una última vez. Porque tienes razón. Hace años que me gustas. Y quería que funcionara, porque eso me demostraría que este amor platónico no era tan imposible después de todo. Pero... ya lo sabía, creo. Hace semanas que lo sé. No tenemos lo que tienen Pru y Quint. O... —Hago una pausa y me fijo en que todavía tiene entre los dedos la figurita de peltre. Y, en ese momento, otra cosa encaja. Algo de lo que debí darme cuenta antes—. O... lo que tienen Garra y Starling, dicho sea de paso.

A Maya se le escapa una carcajada breve, sorprendida, antes de girarse y esconder la cara.

—Starling es un ligón.

—Tal vez —admito—. Pero Noah es muy buena persona. Y sé que nunca te he oído reírte como cuando estás con él. —Maya tira de uno de sus rizos—. Maya, eres increíble. Ya lo sabes, pero por si no te lo habían dicho en los últimos tiempos. Y tengo una suerte inmensa de haber disfrutado de un par de citas geniales contigo. Mi yo de diez años ha vivido los mejores días de su vida a lo largo de este último mes, saliendo con la chica de sus sueños, solo para darse cuenta de que la Maya real es como mil veces más asombrosa. Y siempre voy a ser el chico que estuvo entregado a ti al cien por cien durante casi toda nuestra vida escolar.

Maya me mira otra vez.

—Ese es un discurso bastante bueno —comenta—. Casi estás consiguiendo que me arrepienta de mi respuesta.

Sonrío.

—No. Ha sido la respuesta correcta.

Maya asiente.

—Lo sé.

Suspiro y guardo el dado en mi bolsillo. No se caldea contra mi piel. No palpita como si estuviese vivo contra la palma de mi mano. Es el dado equivocado y no me va a ayudar en nada.

—¿Amigos? —pregunto, y le tiendo la mano a Maya.

Sus labios se curvan hacia arriba, pero, en lugar de estrecharme la mano, se inclina hacia mí y me da un abrazo de medio lado.

—Amigos.



CAPÍTULO TREINTA

—¿NO VIENE ARI HOY? —PREGUNTA PAPÁ.

Levanto la vista del capítulo de *El gran Gatsby* con el que me llevo peleando toda la mañana. Mi padre está al otro lado del mostrador, revisando el correo de ayer.

—Uhm..., no. Su madre tenía no sé qué gran jornada de puertas abiertas y le pidió que la ayudase. Creo que le ha tocado encargarse del champán y las galletas recién horneadas.

Papá suelta una carcajada.

—¿Elena sirve champán en sus jornadas de puertas abiertas? ¿Por ir a echar un vistazo? —Sacude la cabeza y tira un catálogo al cubo de reciclaje—. A lo mejor deberíamos intentar eso aquí.

De repente, se queda muy quieto, con un paquete grande y plano en la mano, del tipo en los que suelen mandarnos discos de ediciones especiales.

—Jude, ha llegado —dice—. Dame el cúter.

Abre el paquete con cuidado, asegurándose de no estropear lo que hay dentro al retirar las solapas de cartón.

Me inclino hacia él. Papá saca primero una carta que lee a toda velocidad. Después la deja a un lado.

A continuación, extrae un certificado con elaboradas volutas azules en el borde. Aunque lo estoy leyendo bocabajo, descifro con facilidad lo más importante del texto, impreso con grandes letras:

Certificado de autenticidad
Póster de London Town firmado por Paul McCartney.
Auténtico.

El póster del álbum y el álbum en sí están debajo, apenas visibles bajo una capa de plástico protector.

Papá sonrío de oreja a oreja.

—Ahí lo tienes.

—Alucinante. ¿Y ahora qué?

Me pasa el certificado y empieza a retirar el embalaje.

—Lo mandaremos a enmarcar, supongo. Para colgarlo en alguna parte.

—¿Han dicho cuánto vale?

—No, eso sería tarea de un tasador, aunque hasta que se pone algo en venta nunca sabes de verdad cuánto estaría dispuesto alguien a pagar por ello. Pero bueno, tampoco es que importe. No me voy a deshacer de este álbum jamás. —Retira el plástico del embalaje y le sonrío al póster con la firma de sir Paul—. Escondido a plena vista durante todo este tiempo. ¿Quién lo hubiese pensado? —Lo vuelve a deslizar con cuidado dentro de la carátula del disco y recoge todos los plásticos y los cartones—. Ah, por cierto, antes de que me olvide. ¿Crees que podrías hacer hoy nuestro pedido de las ediciones especiales para el Record Store Day? Lo he estado retrasando, pero mamá y yo revisamos el presupuesto y debería alcanzarnos para eso.

—El tiempo va a estar justito, ¿no crees? —Echo un vistazo al calendario. El Record Store Day es dentro de quince días, el mismo fin de semana que el baile de fin de curso.

—No es lo ideal —admite—. Con suerte, no tendremos que pagar el envío urgente, pero si hace falta... —Se encoge de hombros—. Esas ediciones especiales son un gran gancho en esta época del año. Hay que darle a la gente lo que quiere.

—Claro. Me pongo a ello.

Me giro hacia el ordenador mientras mi padre saca el cubo de reciclaje y tira la basura al contenedor que hay en la callejuela detrás de la tienda.

Acabo de empezar a rellenar el formulario de nuestro pedido cuando una mujer con un chal de aspecto caro se acerca al mostrador con un montón de discos.

—¿Ha encontrado todo lo que buscaba? —le pregunto.

—Sí, sí. Tenéis una selección muy completa —dice, con un marcado acento indio. Tamborilea con los dedos sobre el álbum que está más arriba en la pila: el último disco de Sadashiv—. Lo que más me gusta es toda esta música de la invasión británica.

Me río, aunque no estoy del todo seguro de si pretendía hacer una broma. Supongo que la generación Z podría considerar a Sadashiv «invasión británica».

—Vi a Sadashiv en concierto hace poco —le cuento, mientras marco sus compras en la caja (veo que además ha elegido algo de los Yardbirds y los Hollies, así que se lleva algunos clásicos británicos, también).

—¿Ah, sí? —pregunta la mujer. Abre su bolso y cuenta el dinero que saca de la cartera—. ¿Te gustó?

Lo pienso un segundo, porque no tengo del todo claro cómo contestar. Sí que me gustó esa noche..., aunque las cosas con Maya no acabasen de salir como había esperado.

Al ver mis dudas, la mujer se ríe.

—A lo mejor no eres el público hacia el que se dirige. A cada cual lo suyo.

—En realidad, me gustó más de lo que esperaba —reconozco, mientras apilo pulcramente sus compras y las deslizo dentro de una bolsa de papel. Luego cuento el cambio—. Espero que le

gusten estos discos —digo al entregarle la bolsa.

—Esa parecía una buena venta —dice papá en cuanto la mujer se marcha—. ¿Cuántos discos ha comprado?

—Nueve o diez —respondo.

—No está mal. —Saca una caja de nuestras más recientes adquisiciones de discos de segunda mano y empieza a evaluar su estado para ponerles precio—. ¿Sabes? Tu madre y yo vimos algunos de los vídeos de la página de Ari ayer por la noche. Están fenomenal. Pru dice que tú tuviste algo que ver en ello.

Me siento un tanto cohibido por su comentario, así que me refugio en nuestro pedido para el Record Store Day.

—No hice gran cosa.

—Sea como sea, estamos superorgullosos de Ari. Y de ti. —Suspira—. ¿Te das cuenta de que algún día vamos a vender discos con sus canciones? Y podré decirles a todos sus fervorosos fans que esa chica es como otra hija para mí. La conozco desde que era así de alta... —Pone su mano a la altura de la cintura.

—Conocimos a Ari cuando tenía doce años —le digo—. No cuatro.

—¿Doce? ¿De verdad? No. Da la impresión de que ha sido parte de la familia desde hace mucho más que eso.

Niego con la cabeza.

—Fue justo después de empezar el instituto. Mamá llevó a Lucy y a Penny a comprar cosas para la vuelta al cole, y Pru y yo estábamos haciendo deberes en el mostrador, y tú tenías a Ellie colgada en una de esas mochilas para bebés.

—Oh, sí, me encantaba esa época —dice papá con expresión nostálgica. Se lleva una mano al corazón—. Echo de menos tener un bebé a mi alrededor.

Hacer algún comentario sobre eso es la forma más directa de ganarme otra hermana, así que no lo hago.

—Y Ari entró con su padre, y os pusisteis a charlar sobre lo bonito que es ver crecer a las niñas pequeñas o algo así. Recuerdo que le dejaste sostener a Ellie en brazos durante un rato. Y, durante todo ese tiempo, Ari revoloteaba por la tienda como si hubiese encontrado el paraíso. ¡Con esa carpeta que siempre llevaba encima! ¿Te acuerdas de la carpeta?

Papá abre mucho los ojos.

—La había olvidado. Hace tiempo que no se la veo.

—Creo que se ha vuelto digital —comento, sorprendido por lo nostálgico que me siento *yo* de repente, al recordar esa carpeta morada cubierta de pegatinas retro con símbolos de la paz, margaritas, un escarabajo Volkswagen, una guitarra que se parecía mucho a la que heredó de su abuelo... En el interior, llevaba fundas protectoras y páginas y páginas de álbumes que la Ari de doce años había mantenido religiosamente organizados. Por género primero, y luego cada artista por orden alfabético; había sido su inventario maestro de todos los álbumes que ya tenía en su colección (la mayoría de los cuales pertenecían en realidad a la colección de su padre), junto con una siempre creciente lista de deseos de álbumes que aún quería encontrar—. David y tú estabais tan entretenidos hablando que Ari no hacía más que acercárenos a Pru y a mí para consultarnos dónde podía encontrar distintas cosas —continúo—. Y no teníamos casi ni idea de nada, pero yo hice todo lo posible por ayudarla. Por fingir que sabía de lo que estaba hablando. Como si fuese

un experto total en Ventures Vinyl, porque... —Dejo la frase sin terminar, al tiempo que me sonrojo.

Porque quería impresionarla. Quería impresionar a esa exuberante y estrafalaria chica amante de la música que había aparecido en la tienda de mis padres como un inesperado rayo de sol.

—Es verdad —murmura papá—. Hicisteis buenas migas de inmediato, ¿verdad? Lo había olvidado por completo.

Esbozo una leve sonrisa.

—¿Por qué está todo tan silencioso aquí dentro? No recuerdo que el disco se parase.

Me ocupo en cambiar el álbum en el tocadiscos, pero mis pensamientos siguen en aquel primer encuentro con Ari. Qué ansioso había estado por encontrar cualquier excusa para seguir hablando con ella. Y qué desilusión cuando se marchó, más de una hora después, con un buen surtido de álbumes entre los brazos.

Aquella noche, tumbado en la cama pensando en la chica de la sonrisa eléctrica, me invadió la culpa. Para entonces, hacía mucho tiempo ya que había jurado mi devoción eterna por Maya Livingstone. La chica que estaba seguro de que era mi alma gemela. ¿Cómo podía ser tan voluble como para que mi corazón se sintiese atraído con semejante facilidad por una guapa desconocida?

Ahí fue cuando decidí redoblar mi devoción. Demostrar mi lealtad, mi amor inquebrantable por Maya. No me dejaría tentar. No cedería al leve revoloteo de mi corazón cada vez que Ari entraba en la tienda. Reprimiría esos sentimientos rebeldes hasta someterlos y jamás volvería a ceder ante ellos.

Y eso fue lo que hice, hasta el punto de que había olvidado todos esos sentimientos confusos que me invadían cada vez que la veía. A medida que sus visitas a la tienda se hicieron más y más frecuentes, cada vez me resultó más fácil fingir que nunca había sentido nada de nada. A medida que los tres nos convertimos inevitablemente en amigos y empezamos a pasar tiempo juntos fuera de la tienda, empecé a convencerme de que siempre había querido solamente su amistad. De que eso era lo único que sentía por ella.

Le era fiel a Maya, la chica que nunca esperé que demostrase los mismos sentimientos por mí, y era más fácil sumirme en un amor no correspondido que permitirme imaginar otra cosa que pudiese ser factible. Otra cosa que implicase riesgos e incertidumbre y desamor y rechazo. Otra cosa que fuera real.

Mis manos terminan de realizar los movimientos necesarios para colocar un álbum en el tocadiscos. Presiono el interruptor para que empiece a girar. Bajo la aguja.

Sin embargo, apenas lo oigo. Ni siquiera sé qué disco acabo de coger del montón. Estoy demasiado sumido en mis pensamientos. Demasiado impactado por la más inquietante de las ideas.

Muy bien, clase. ¿Qué hemos aprendido hoy?

Que al parecer soy el tonto más ciego y enamorado de todo Fortuna Beach.

—¿Dónde he puesto ese disco de *London Town*?

Doy un respingo y me giro para mirar a mi padre. Tiene las manos en las caderas y una profunda arruga en el ceño mientras mira la zona del mostrador. El ordenador y el teclado, el batiburrillo de artículos diversos, el correo que hay que guardar en la oficina, la caja de discos a los que hay que poner precio y luego exponer para su venta. Tardo unos segundos en registrar sus palabras.

—Oh, está aquí mism...

Me quedo paralizado. Detengo la mano a medio camino del lugar donde mi padre había dejado el álbum con el certificado de autenticidad.

Ahí no hay nada.

—Juro que estaba aquí mism... —Contengo el aire con brusquedad—. Oh, no. Oh, mierda. —Papá me lanza una mirada de preocupación—. Creo... Creo que puede que se haya mezclado con ese montón de discos que acabo de... Que esa mujer acaba de...

Una comprensión dolorosa parpadea en los ojos de mi padre.

—Su tarjeta de crédito. Podemos encontrar su nombre y...

Niego con la cabeza.

—Ha pagado en efectivo.

Papá se encoge un poco.

Nos miramos en un silencio espantoso durante largo rato. La culpabilidad me roe las entrañas. Ya no está. Igual que mi dado mágico, el álbum de *London Town* con el póster firmado ha desaparecido.

La Maldición de Lundyn Toune golpea de nuevo.



CAPÍTULO TREINTA Y UNO

MI PADRE REVELA LA NOTICIA ACERCA DEL AUTÓGRAFO PERDIDO de Paul McCartney mientras prepara sándwiches de jamón y queso en una sartén. Mi familia se muestra horrorizada, pero mi padre trata de ser considerado al respecto y se salta la parte en que todo es culpa mía.

Su generosidad solo me hace sentir peor.

—Estas cosas ocurren —comenta, mientras lleva a la mesa la bandeja de sándwiches, junto a un rollo de papel de cocina—. No pasa nada.

Después de unas cuantas miradas dubitativas, mi familia sigue su ejemplo. Se muestran todos de acuerdo, de todo corazón. No pasa absolutamente nada.

Excepto que sí pasa. Pasa mucho más de lo que imaginan. Es una prueba más de que mi buena suerte se ha vuelto en mi contra. Es una prueba más de que me han maldecido.

¿Qué pasa si es así para siempre a partir de ahora? ¿Una desgracia tras otra durante el resto de mi patética vida?

No. No puedo empezar a pensar de esta manera. Tiene que haber un modo de salir de esto. Una forma de romper la maldición.

Si al menos no hubiese perdido ese dado...

—Jude, ha llegado esto para ti en el correo —anuncia mamá. Se limpia los dedos grasientos con papel de cocina antes de coger un sobre y pasármelo por encima del creciente montón que está formando Ellie con las cortezas de su pan.

Al principio, estoy seguro de que van a ser más malas noticias, así que ni siquiera me preocupo de no dejar manchas de grasa en el papel mientras lo abro y saco... un cheque. De cincuenta dólares, con mi nombre escrito a máquina en el renglón del beneficiario. En una esquina está impreso el logo del *Dungeon* (una elegante «D» con barrotes de hierro medievales delante).

—Qué guay —dice Pru, y me da un puñetazo suave en el hombro—. Supongo que ya es oficial: ahora eres un *artiste*.

Sonríó sin muchas ganas.

El sobre también contiene una tarjeta del director de arte que me escribió por *email*.

Estoy impaciente por ver más ejemplos de tu trabajo.

—Ralph TigMont

Guardo otra vez la nota en el sobre.

—Si me excusáis, tengo deberes que hacer.

No espero a la respuesta de nadie; me limito a abandonar mi sándwich y me retiro de la mesa.

Estoy a medio camino del sótano cuando Pru me detiene.

—Jude, espera. ¿Va todo bien?

Me giro hacia ella.

—¿A qué te refieres?

—Has estado muy callado estos últimos días. —Pone los ojos en blanco—. Quiero decir, aún más callado que de costumbre. En realidad... has estado actuando de un modo bastante extraño durante toda la semana.

Tamborileo con los dedos sobre la barandilla de la escalera.

—Me he quedado rezagado en algunas clases. He estado tratando de ponerme al día. Y las cosas también han estado un poco aceleradas en la tienda, con todos los preparativos para el Record Store Day.

Se queda callada durante unos segundos. Hay veces en que juraría que Pru y yo podemos leernos la mente, así que me fuerzo a pensar en cualquier cosa menos en Ari. Mi cerebro pasa por los deberes (Jay Gatsby es un bobo tan inútil como yo); luego por la tienda (Ari sentada sobre el mostrador afinando su guitarra); luego por la campaña (puede que necesite la ayuda de Ari para escribir esa balada épica, ahora que los aventureros han roto la maldición); luego por mi cómic (el hechicero Jude tampoco vio lo que tenía justo delante de las narices).

¿Por qué de repente es tan difícil no pensar en Ari?

—¿Terminasteis vuestra campaña el fin de semana pasado? —pregunta Pru.

¿Ves? Telepatía. Es una cosa entre mellizos, y probablemente lo más parecido a un superpoder que tendré en la vida.

—Sí, salió bien. Todo el mundo lo pasó en grande.

—¿Y Maya es... parte del grupo ahora o qué?

—Supongo que sí. Todavía espero que Matt pueda volver para la siguiente campaña, pero ha sido divertido tener a Maya con nosotros. De hecho, encaja bastante bien.

Pru asiente despacio.

—Eso es guay.

Suspiro. Ya veo hacia dónde va esta conversación, así que bien puedo ahorramos algo de tiempo.

—Y hemos decidido ser solo amigos.

Pru aprieta el puño en un gesto entusiasta de «lo sabía».

—Ya había notado que ocultabas algo. ¿Cuándo ocurrió?

—No estaba ocultando nada —musito—. Hablamos el fin de semana pasado. Los dos creemos que tiene más sentido.

—¿Y tú estás... bien?

—Sí, la verdad es que sí. Me gusta Maya, pero no estoy enamorado de ella. Ya no. —«Si es que lo estuve alguna vez», pienso, aunque no lo digo.

Veo que Pru lo medita un poco. Quizás esté tratando de decidir si me cree o no, pero debo de ser convincente, porque asiente despacio.

—¿Quién lo hubiera imaginado? ¿Resulta que Maya tiene un talento natural para los juegos de rol y tú te desenamoras de ella?

—Sí —admito, pasándome una mano por el pelo—. Yo tampoco lo vi venir.

Pru me desea buenas noches y yo me refugio en mi habitación lo más deprisa que puedo, sintiéndome una persona horrible por varios motivos. Mi error colosal con el álbum ya es bastante malo de por sí, pero encima ha pasado justo cuando me he dado cuenta, de un modo realmente inoportuno, de que puede que sienta algo por Ari.

Que sienta algo *de verdad* por Ari.

Mi cabeza lleva dando vueltas todo el día.

No sé lo que hacer. No sé siquiera si debería hacer algo. Es decir, no hay ninguna regla escrita que decreta que debo actuar en consonancia con estas emociones ahora que soy consciente de ellas. Podría limitarme a seguir como siempre. Fingir que no ha sucedido nada.

¿No?

¿Por qué me estás mirando de ese modo?

Vale, en serio. Durante un tiempo, he sido el chico con más suerte de todo Fortuna Beach. Podría haber tenido lo que hubiese querido. Podría haberle pedido salir a Ari y el universo se hubiese doblegado a mi voluntad. Podría haber comprado lotería y haber ganado un viaje para dos a un destino tropical, y podría haber llevado a Ari a hacer una escapada romántica donde, por supuesto, se hubiese enamorado de mí.

Pero no hice nada de eso. Y ahora no puedo pedirle salir.

Obviamente.

Quiero decir..., ¿puedo pedirle salir?

No. Por supuesto que no. Si dijera que no, si no sintiese lo mismo por mí... estaríamos fastidiados. Nuestra amistad quedaría arruinada. La situación jamás dejaría de ser incómoda. Y entonces Pru se enfadaría porque yo lo habría estropeado todo y ella estaría en medio, y tampoco quiero hacerle eso.

A menos... A menos que Ari también sienta algo por mí.

Casi me da miedo hacerme ilusiones, pero podría haber un precedente aquí. Es decir, siempre hemos tenido una relación muy estrecha. Somos el tipo de amigos que se hace bromas todo el rato y se toca... casi como si flirtease. No sé, podrían ser como cuatro años de flirteo que, de algún modo, se me habían pasado completamente por alto.

Pero, sin saberlo a ciencia cierta, estoy atrapado en la indecisión. Si continúo como si no nada hubiese cambiado, nunca sabré si tengo una oportunidad.

Y si me arriesgo a decirle la verdad, no solo me arriesgo a que me rechace..., arriesgo también nuestra amistad.

Buf.

Debería distraerme con algo.

Saco otra vez del sobre la nota del director de arte.

He estado retrasando esto durante demasiado tiempo, atenazado por la duda y por la certeza de que aceptaron mi primer dibujo por pura chiripa, gracias a un poder afortunado que ya no tengo.

Así que si es inútil y cualquier cosa que intente ahora va a ser un fracaso..., más vale que pase el mal trago cuanto antes.

Hojeo las páginas de mi cuaderno en busca de cualquier cosa que pueda considerar remotamente digna de enviar a la revista.

Me detengo cuando llego al primer capítulo del cómic. Leo las páginas. Araceli la barda canta sobre las aventuras que el hechicero y ella han corrido juntos. Justo entonces encuentran el templo perdido. Luchan contra una horda de goblins. Se gastan bromas el uno al otro. Confían el uno en el otro.

Es como si mi subconsciente me hubiese estado enviando señales desde hace meses para que viese lo que era una verdad muy obvia. Este cómic no trata de un hechicero que intenta rescatar a una doncella convertida en estatua (una chica atascada, literalmente, en un pedestal). No es ninguna leyenda épica de amor malhadado y maldiciones rotas y retos imposibles.

Esto trata de dos amigos que comparten bromas propias y se han visto el uno al otro en las mejores y las peores circunstancias. Esto trata del tipo de amor en el que dos personas pueden estar sentadas en silencio durante horas y nunca sentirse incómodas, sino contentas y satisfechas de estar juntas, sin más.

Sigue siendo una historia de amor, pero una diferente de la que había imaginado.

Me masajeo la frente y hojeo deprisa el resto del cuaderno de dibujo hasta que me topo con la página en la que estaba trabajando en el festival. El escenario y los árboles y el público con sus sillas plegables y los barquitos de papel llenos de tentempiés de los distintos puestos. Nunca lo terminé. Nunca añadí a la artista estrella.

«Este es», pienso. «El siguiente dibujo que voy a enviar».

Ni siquiera me importa si es bueno o no. No me importa si es lo que quiere el *Dungeon* o no.

Abro una foto de Ari en el móvil, una de nosotros en Encanto: Ari y Pru y Quint y Ezra y yo, todos apretujados en nuestra mesa favorita una noche de karaoke. Trish Roxby, la anfitriona, nos hizo la foto. En ella tengo el brazo alrededor de Ari, como si no significase nada.

Apoyo el teléfono contra un montón de libros de texto y empiezo a dibujar a Araceli la Magnífica en el escenario Albatros, rasgando las cuerdas de su laúd mientras la magia da vueltas y centellea en remolinos a su alrededor.

Cuando termino, añado un pie de foto: «La trovadora y el festival de música».

Después se lo mando por *email* al director de arte antes de poder cuestionarme mi decisión. Otra vez.

Ya está. Hecho.

Una tarea aterradora completada. Prueba de que puedo dar la cara. Puedo arriesgarme a ser rechazado y seguir adelante con mi vida..., con o sin magia.

Bueno, y ahora que me he quitado esto de la cabeza..., ¿qué voy a hacer acerca de Ari?

Pedirle salir.

O no pedirle salir.

Decirle cómo me siento.

O hacer caso omiso de mis sentimientos hasta el final de los días.

Intentar averiguar lo que siente Ari por mí.

O evitar volver a verla.

De un lado a otro. De un lado a otro. Los pensamientos dan vueltas y vueltas y vueltas.

Vale. Pausa.

¿Qué tal si hago lo siguiente?:

Me limito a... no decidir nada. No decido decirle a Ari cómo me siento. No decido no decirle a Ari cómo me siento.

Dejo que la suerte lo decida por mí.

Lo sé, lo sé. Pero escucha mi lógica. Vale, puede que la suerte y yo no hayamos hecho muy buenas migas en los últimos tiempos, pero eso no importa. Si el Sr. Robles me ha enseñado algo, es que la suerte es un juego de números. Tira el dado las veces suficientes y al final tendrás un premio gordo (reza por que la banca no te haya vaciado los bolsillos antes). Tira la moneda las veces suficientes y al final tiene que aterrizar a tu favor. Y hace falta solo un golpe de suerte para romper una mala racha.

Son matemáticas básicas.

Y tengo una idea.



CAPÍTULO TREINTA Y DOS

PARA SER JUSTOS, MI IDEA BRILLANTE ES... OBJETIVAMENTE, NO tan brillante. Sin embargo, eso no me disuade de ponerla en práctica a lo largo de los siguientes días.

Paso horas después de clase buscando en internet cosas que podría ganar para Ari como prueba de mi afecto. Pero no solo eso. Si consigo ganar algo, cualquier cosa, eso demostrará que *puedo* volver a tener suerte, incluso sin ese estúpido dado. Incluso sin magia. Demostrará que no estoy maldito.

Y... guau. Nunca me había dado cuenta de cuántas cosas gratis se reparten así sin más, en nombre de la promoción.

Guitarras gratis. Altavoces gratis. Amplificadores gratis. Auriculares gratis. *Softwares* de grabación gratis. Clases de música gratis. Viajes a Nashville y a Austin gratis. Tiempo en estudios gratis. Críticas de canciones gratis. Pendientes gratis con forma de notas musicales y colgantes gratis hechos con púas de guitarra y pulseras gratis hechas con cuerdas de guitarra recicladas.

Me inscribo en todos los sorteos *Online* que encuentro. Todo lo que creo que podría ser remotamente atractivo para Ari. Cualquier cosa que pueda ganar y regalarle con una floritura. «¡Toma, Ari, he ganado estas bonitas pegatinas de vinilo para ti! Puedes ponerlas en el estuche de tu guitarra y, cada vez que las veas, pensar en mí. Por otra parte, ¿qué opinas de olvidar todo este tema de ser amigos y darle una oportunidad al “felices para siempre”?».

¿Demasiado?

Sí, quizás sea un poco excesivo. Confesión completa: no tengo ni idea de lo que estoy haciendo; lo digo por si no era evidente. Apenas he recuperado la respiración tras darme cuenta de que encuentro a Ari superatractiva. Todavía estoy impactado por la certeza de que mi deseo de besarla supera con creces a cualquier otro deseo que haya tenido en la vida (y eso incluye a Maya, la Escuela de Arte y todos los Funkos que existen). Todavía siento la misma sorpresa cuando pienso en cómo siempre me he sentido más feliz en presencia de Ari que con cualquier otra persona, sin importar dónde estuviéramos o lo que estuviésemos haciendo y, aun así, de alguna

manera, *no me había dado cuenta hasta ahora.*

Lo que quiero decir es que todo esto es solo un juego de números, y que los números me van a decir qué hacer a continuación. Si me inscribo en los sorteos suficientes, antes o después ganaré algo, y ese algo será mi billete a una conversación de «más que amigos» con Ari.

Eh, funcionó con Maya.

¿Y si no gano nada? Bueno, entonces supongo que esto no estaba destinado a ser.

Lo primero que hago cada mañana es consultar mi correo, solo para ver si mi duro trabajo ha dado ya sus resultados. (¿No crees que haya sido un trabajo duro? Intenta demostrar que no eres un robot marcando los pasos de cebra en ochenta y siete cuadrículas y luego me lo cuentas).

Mi corazón da un brinco cuando abro mi bandeja de entrada el viernes. ¡Hay un montón de correos! Sin embargo, después de un vistazo rápido, me doy cuenta de que ninguno de ellos me proclama ganador de nada. Solo dejan claro que cada sorteo al que me he apuntado también ha añadido mi dirección de *email* a una lista de contactos. Jamás en mi vida había visto tanto *spam* junto.

¡Nuevo material rebajado! ¡Los precios más bajos del año!
¡Trae a tus colegas para recibir puntos extra!
¿Tu software de grabación obsoleto no te permite avanzar?
¡Podemos hacer que tu canción se vuelva viral!
¡Apúntate a nuestro nuevo curso para compositores!
¡Consigue que tu álbum se produzca DEPRISA!
¡Envíos disponibles en 24 h!
¡La música en directo está de moda en tu zona!
¡Consulta los mejores espectáculos de esta semana!
¿No sabes solfeo? ¡Nosotros podemos ayudarte!
¡Precios de saldo en nuestros mejores accesorios!
¡¡¡No te los pierdas!!!

Me inclino sobre mi escritorio y hundo las manos en mi pelo. A lo mejor la idea de lo de los sorteos era un poco peregrina. A lo mejor no voy a poder depender de la suerte esta vez. A lo mejor necesito una nueva táctica.

Que no pueda ganar nada no significa que no pueda *comprar* nada. Tal vez una de esas promociones mencionadas en mi gran cantidad de correos no deseados me da una idea para un buen regalo para Ari. ¿Un nuevo afinador? ¿Un estuche? ¿Un humidificador para la guitarra? ¿Qué es un humidificador para guitarras?

¿Sabes qué? Pospongamos lo de la idea del regalo hasta que haya investigado un poco más. Podría limitarme a algo sencillo. Como... flores.

Sé a ciencia cierta que a Ari le encantan las margaritas.

Pero ¿qué podría decirle si le enviara flores?

«¡He visto estas flores y he pensado en ti! Eso es todo. Nada importante. Ni caso».

«El tópico ese de “de amigos a amantes” funcionó muy bien en esa película de *Yesterday* que tanto os gusta a Pru y a ti. Hablemos de ello».

«Las rosas son rojas, las violetas azules; estas no son ni rosas ni violetas, pero sé que te gustan las margaritas ¡y a mí me gustan tú!».

Puede que Lucy tuviese razón acerca de mi potencial como poeta *beat*...

Al final resulta que no importa lo que le diría en la tarjeta; cuando busco los precios de un ramo de margaritas, resulta que esas flores no están disponibles. Porque hay una *escasez de margaritas a nivel nacional*.

La Maldición de Lundy Town se ha extendido oficialmente al país entero.

Con un gemido, reclino la silla hacia atrás y me tapo la cara con ambas manos. Piensa, Jude. Piensa.

Y sí que pienso. Durante diez minutos enteros, creo. Pero no estoy llegando a ninguna parte.

Necesito despejarme. No estoy de humor para dibujar nada, eso desde luego, puesto que no he tenido noticias del *Dungeon*. Estoy tentado de jugar a algún videojuego o desconectar delante de la tele durante un rato, pero sigo retrasado en la mayoría de mis clases.

Intento leer *El gran Gatsby*. Sin embargo, eso solo me hace preguntarme quién de los dos tiene menos idea de qué hacer. ¿Gatsby o yo? Lo cierro después de solo un par de páginas.

Los deberes de Estadística están llenos de palabras como «bivariante» y «regresión» y «coeficiente» y... Mierda, voy a necesitar la ayuda de Pru con esto, pero ha salido con Quint esta noche.

Al menos puedo empezar la siguiente tarea de Artes Visuales. El Sr. Cross nos entregó a cada uno un pegote de pasta para modelar, y se supone que debemos utilizarlo en casa para practicar la escultura.

Amaso la arcilla hasta que me duelen los nudillos, aunque la verdad es que es agradable poder volcar mis emociones en algo como esto. Cuando termino de moldear el pegote en algo parecido a una flor, tengo las palmas de las manos de un tono rojo oxidado.

Pretende ser una margarita.

Pero parece algo que haría Ellie.

Vuelvo a hacer una bola apretando el puño y lo intento de nuevo.

Esta vez, la arcilla se convierte en algo similar a una guitarra.

Después, en una vieja ranchera.

¿Qué estoy intentando demostrar con esto, exactamente? ¿Que cada vez que me gusta una chica soy incapaz de pensar en otra cosa?

Empiezo de cero. Haré una figura, una versión más grande de las pequeñas figuritas que utilizamos para representar a nuestros personajes en *D&D*. Eso debería impresionar al Sr. Cross, ¿no? Intento tomarme mi tiempo, e incluso veo un vídeo de escultura para principiantes en YouTube. Un tronco y unas piernas, una capa de viaje, largo pelo ondulado, un laúd...

Se me escapa una carcajada amarga mientras me echo hacia atrás para examinar la figura. No es un trabajo maravilloso, y no he añadido demasiados detalles todavía, pero no está tan mal para ser mi primer intento.

A lo mejor esto podría ser mi regalo para Ari.

¿Es un poco siniestro?

Me da la impresión de que podría considerarse siniestro.

Suelto un suspiro exhausto, cojo la figura, la fijo a un plato de papel para evitar que se vuelque y la pongo a secar en un rincón. No estoy seguro de para qué me molesto. Tal y como han estado yendo las cosas, es probable que suspenda también esta tarea. Seguro que se suponía que debía esculpir algo concreto. Como un gato. No importa lo buena que sea mi escultura, habrá algo mal en ella. La maldición se asegurará de ello.

Me dejo caer otra vez en mi silla de oficina. Tengo las manos secas y costrosas de la arcilla, y me dedico a intentar sacar los trozos de debajo de mis uñas.

Pensar en gatos me hace acordarme de la pitonisa del festival.

«Dividida», había dicho. Mi aura estaba dividida.

¿Se refería a mis sentimientos, divididos entre Maya y Ari?

Bueno, si ese fuera el caso, está claro que ya no me siento dividido. ¿Y esa parábola que me contó? ¿La del granjero y el caballo y su moraleja?

No había servido de nada. Creía que las pitonisas debían ofrecer algo de orientación, de sabiduría, de claridad, y no solo contar enigmáticos cuentos de hadas que no...

Suelto un grito.

Espera.

Eso es.

La idea me golpea con tal fuerza que pierdo el equilibrio, me echo demasiado hacia atrás y la silla se estrella contra la moqueta.

—Debí verlo venir —musito mientras me pongo de pie otra vez. La buena noticia es que he evitado aplastar mi escultura por menos de un palmo, así que... ¿quizás mi suerte esté mejorando?

Dejo la silla donde está y corro arriba. Me asomo al salón y veo a mamá regando las plantas y a Lucy leyendo una novela gráfica en el sofá. No son las personas que busco. Subo a la planta de arriba. La puerta de la habitación de Pru y Ellie está abierta, y oigo a Ellie hablando consigo misma.

Miro dentro y encuentro a Ellie arrodillada delante de la casa de muñecas que recibió por su cumpleaños hace un par de años. Sujeta a la Jasmine de Disney en una mano, a Rapunzel en la otra, y... suena como si Jasmine estuviera convenciendo a Rapunzel de que de verdad tiene que ir al dentista, porque si no se le van a caer todos los dientes. Es curioso, estoy casi seguro de que mis padres tuvieron esta misma charla con Ellie hace unos días.

Llamo a la puerta.

—Hola —digo, y entro en la habitación—. ¿Todavía tienes esa Bola 8 Mágica?

Ellie ladea la cabeza.

—Sí. Está ahí dentro. —Señala la pequeña caja de juguetes de madera que descansa al lado de la estantería de Pru—. ¿Por qué tienes las manos todas rojas?

—He tenido que hacer algo con arcilla para clase de Arte.

Suelta una exclamación emocionada.

—¿Puedo hacer yo algo?

—Uhm..., ahora mismo no. —Hurgo entre el surtido caótico de muñecas, accesorios, ponis y material de manualidades y encuentro la Bola 8 Mágica enterrada al fondo—. ¿Me la prestas?

Ellie está haciendo un mohín por lo de la arcilla, pero asiente de todos modos. Le doy las gracias y salgo de la habitación, bajo los dos tramos de escaleras para volver a mi cuarto, paso junto a la silla volcada y me siento en el borde de la cama, con la bola de plástico agarrada con ambas manos.

Si no puedo depender de que la suerte me dé las respuestas que busco, intentaré una táctica diferente.

Un tipo de magia diferente.

Se lo preguntaré al universo.

Aprieto los ojos con fuerza.

—¿Le gusto a Ari? —pregunto en voz alta. Me encojo un poco al decirlo, porque, sí, ya sé que suena muy patético. Pero si vamos a hacer esto, lo vamos a hacer.

Sacudo la bola y contengo la respiración al darle la vuelta. Mis manos están dejando huellas color óxido en el plástico reluciente, mientras el pequeño triángulo sube flotando para pegarse al cristal. *Respuesta vaga, inténtalo de nuevo.*

—Vaaale —digo—. Supongo que hay respuestas peores. Para ser más específico: ¿Le gusto a Ari? Como en gustar-gustar.

Sacudo, sacudo. Miro.

Panorama no muy bueno.

Se me comprime el pecho.

—¿Estás segura?

Puedes confiar en mí.

Frunzo el ceño. ¿Está siendo descarada la bola conmigo ahora mismo? Lo pienso durante un segundo.

—¿Hay alguna esperanza de que le guste en el futuro? —pregunto al final.

Sin duda.

Me siento más erguido.

—¿En serio?

Al decirlo, el pequeño triángulo se inclina contra el cristal hacia una respuesta nueva.

Muy dudoso.

Me desinflató y aprieto la frente contra el plástico frío.

—Idiota. —Suspiro y le doy otro meneo a la bola—. ¿Debería pedirle salir a Ari?

Como yo lo veo, sí.

—Oh, ¿así es como tú lo ves? Pero ¿por qué? Es obvio que no tengo ninguna posibilidad.

Sacudo.

Espero.

Mejor no decírtelo ahora.

—Ya. ¿Diría que sí?

Lo más probable.

Aprieto los dedos contra los lados de la bola hasta que se me ponen los nudillos blancos.

—¿Debería ignorar todo lo que me estás diciendo?

Sí, desde luego.

Suelto una carcajada.

—¿Está el universo gastándome una broma ahora mismo?

Está claro que sí.

—Sí, la verdad es que lo parece. —Bajo la Bola 8 Mágica para dejarla en mi regazo, con los labios fruncidos. Es verdad que tengo la sensación de que algún poder invisible está jugando conmigo, pero...—. ¿Por qué yo?

Bajo la vista.

Suspiro.

Le doy una última sacudida a la bola.

Parece tardar mucho, como si estuviese pensando. Entonces, al cabo de un rato, el triangulito sale de la nada.

Pregunta otra vez más tarde.

Suelto un gemido gutural y me dejo caer hacia atrás sobre la colcha.

—El dado nunca me replicaba —musito, y dejo caer la Bola 8 Mágica al suelo.

Aterriza con un nauseabundo golpe húmedo. Todo mi cuerpo da un respingo. Suelto un ruidito patético, a medio camino entre una risa y un sollozo, mientras me cubro la cara con las manos. No necesito mirar para saber que acabo de aplastar a Araceli la Magnífica. Pues sí que estaba mejorando mi suerte.



CAPÍTULO TREINTA Y TRES

—ESTA NOCHE HAS ESTADO GENIAL —DIGO EN UN TONO LO más amistoso y despreocupado que puedo para no revelar en absoluto el hecho de que he pasado la mayor parte de la noche de micro abierto preguntándome qué pasaría si arrastrase a Ari a la trastienda y...

—Gracias —dice Ari con una sonrisa radiante mientras apilamos las sillas contra la pared—. Ha habido algunas actuaciones buenas hoy. Ese tío que ha tocado sus propias canciones de *blues* en acústico me ha parecido fantástico.

—Sí. Era muy bueno —afirmo, aunque apenas he oído ninguna de las otras actuaciones de la noche.

—Tiene que estar de broma —nos llega la voz de mi padre desde la trastienda. Suena bastante irritado, lo cual es inusual en él y, por lo tanto, aún más desconcertante.

Ari y yo nos miramos. La tienda ha cerrado hace diez minutos y solo quedamos nosotros tres.

—¿Papá? —le digo—. ¿Va todo bien?

Emerge un segundo después, pasándose una mano por el pelo con ademán frustrado.

—Acabo de recibir un mensaje de que nuestro pedido para el Record Store Day se ha retrasado. Cientos de discos. Los que pediste tú. Las promociones especiales que son justo de lo que trata ese día. —Levanta las manos, exasperado—. Están atascados en un almacén. Ni siquiera los han enviado todavía. ¡Y dicen que nos los entregarán en otro par de semanas!

Se me cae el alma a los pies. Los discos que pedí yo.

Por supuesto que se han retrasado.

—Joder, papá. Lo siento.

Se pone de pie masajeándose la frente con una mano, y planta la otra en la cadera. El estrés emana de él en oleadas.

—No es culpa tuya, evidentemente. —Trago saliva—. Sería de esperar que tuviesen esto previsto. ¡Es el día de mayores ventas de todo el año! —Mira por la tienda a su alrededor—. ¿Qué vamos a hacer? Si no tenemos promociones especiales que ofrecer, ¿qué sentido tiene

participar este año?

—Sigue siendo un gran día para demostrarle a la gente lo importantes que somos para la comunidad —aporta Ari—. Un negocio local que apoya a los artistas... Eso significa algo.

—Has estado pasando demasiado tiempo con Pru —le digo a Ari con una sonrisa.

Papá suspira.

—Lo sé, tienes razón. Es que no tiene... ningún sentido. Todavía podríamos recibir muchas visitas y lograr un aumento en las ventas, pero es muy frustrante. ¡Iría yo mismo al almacén a recoger el pedido si me dejasen!

—Aún disponemos de una semana —le digo—. A lo mejor cambia algo. O quizás se nos ocurra otra cosa para hacer que el día sea especial. Para entusiasmar a los clientes.

—Hablaré con Pru sobre ello mañana —ofrece Ari—. Ya sabéis que vive para este tipo de desafíos.

Mi padre asiente, aunque no parece muy convencido.

—Eso es verdad.

—Deberías irte a casa, papá —le digo—. Esta semana has trabajado todos los días. Ari y yo podemos terminar de cerrar.

El mira de uno a otro y, aunque espero que me lo discuta, se frota la frente un poco más y después asiente.

—Creo que te voy a tomar la palabra. Gracias. A los dos. Estoy seguro de que tendré la cabeza más despejada por la mañana.

Cuando se marcha, Ari y yo terminamos de recoger las sillas.

Voy hasta el final de uno de los expositores y espero a que Ari agarre el otro extremo para devolverlo a su lugar habitual, pero ella se queda ahí plantada con la cabeza inclinada hacia un lado, estudiando la tienda.

—¿Ari?

Se gira hacia mí.

—Voy a fregar —dice con un asentimiento decidido.

—¿Qué? ¿Ahora?

Se dirige a la trastienda. Un segundo después, oigo el grifo del fregadero y me asomo para encontrarla llenando el cubo de la fregona con agua jabonosa.

—Son más de las nueve —le digo—. ¿Por qué vas a fregar?

—Porque el suelo está mugriento —responde—. ¿Cuándo fue la última vez que se limpió? —Lo pienso un poco, pero no sé la respuesta. No creo que se haya fregado desde que yo trabajo aquí—. Exacto —dice Ari, y me planta la escoba en las manos antes de hacerse con la fregona ella misma—. Y ahora es el mejor momento para hacerlo, con todo el mobiliario retirado hacia las paredes. Tendremos que hacerlo en dos fases. Primero la zona que está despejada, y luego movemos todas las estanterías a la parte de delante de la tienda y limpiamos la de atrás. Tú barre lo gordo y yo te seguiré con la fregona.

—Vale, pero... ¿por qué?

Ari pone los ojos en blanco.

—Es evidente que tu padre está muy estresado por lo del Record Store Day. No podemos hacer que esos discos aparezcan por arte de magia, pero ¿no crees que será una sorpresa agradable cuando llegue mañana y descubra que la tienda está un poco más bonita?

Para ser sincero, no estoy seguro de que un suelo limpio sea el tipo de cosa en la que vaya a fijarse mi padre, pero veo que el corazón de Ari tiene buenas intenciones. Así que agarro la escoba y me pongo manos a la obra.

Trabajamos en silencio durante un buen rato. Y no, no es incómodo.

No hay ninguna sensación extraña entre nosotros. ¿Por qué habría de haberla? No estoy analizando cada mirada que me lanza ni cada vez que chocamos el uno con el otro; ni me estoy preguntando qué significa que tararee para sus adentros mientras trabaja, casi bailando un vals con la fregona.

Al cabo de un rato, Ari rompe el silencio para hablarme de una canción nueva en la que ha estado trabajando y con la que está realmente emocionada. Yo aprovecho para contarle algunas de mis primeras ideas para nuestra siguiente campaña de *D&D*, y es igual que en los viejos tiempos. Como si no hubiese cambiado nada.

Excepto cuando los pies de Ari dan un pequeño saltito del que no parece ser consciente y mi corazón imita el movimiento.

Esa parte es nueva.

Sacudo la cabeza deprisa para borrar la imagen de los largos hilos de sus vaqueros cortos deshilachados rozando sus muslos.

Cuando terminamos con la mitad delantera de la tienda, movemos los muebles y repetimos el proceso en la de atrás. Una vez acabado todo, retrocedemos un poco para admirar nuestro trabajo.

—Está preciosa —dice Ari.

—Comería del suelo —digo yo.

Ella tamborilea con los dedos contra su boca, pensativa.

—Yo *bailaría* en este suelo.

La miro por el rabillo del ojo, pero ya ha echado a correr hacia el tocadiscos. Rebusca en la caja que hay al lado.

—¿Con qué álbum bautizamos el espacio? —cavila.

No me molesto en hacer ninguna sugerencia porque ella es la de los conocimientos musicales enciclopédicos. Observo cómo saca un álbum de su funda y lo coloca sobre el tocadiscos. Baja la aguja y la tienda se llena del habitual chisporroteo, más perceptible en este silencio de lo que lo es durante el día.

Y entonces, una voz casi fantasmal unida a un redoble hipnótico.

—¿Los Beatles? —pregunto, mientras John Lennon empieza a cantar algo acerca de bailar despacio...

—*Abbey Road* —responde Ari—. Uno de los mejores álbumes de todos los tiempos. Me ha parecido adecuado.

Entonces me agarra de las manos y tira de mí hacia el centro de la sala.

—Eh, eh, eh —exclamo, y me suelto con brusquedad—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Qué pasa? —pregunta, aunque no parece molesta. Empieza a bailar en círculos a mi alrededor, con los brazos levantados con elegancia hacia el techo—. No hay nadie más aquí.

—Pero hay gente fuera —protesto, y señalo hacia el escaparate sin persiana—. Podrían verlo todo.

—¡Es tarde! No hay nadie ahí fuera —insiste, pero no me fuerza a hacer nada. Se limita a seguir bailando al son de la música. «*Come together, right now...*».

Trago saliva, rojo como un tomate mientras la observo. Intento adoptar una expresión algo desdeñosa, algo distante, pero no es fácil. No cuando su pelo largo oscila sobre su espalda arqueada. Cuando sus pies repiquetean y giran y se desplazan de puntillas por el suelo limpio. Cuando sus caderas se contonean en perfecta sincronía con la música.

Me mira una vez, y debe de haber algo realmente abochornado en mi expresión, porque suelta una carcajada y me da un puñetazo en el hombro.

—¿De verdad vas a limitarte a quedarte ahí plantado?

—Sí —digo con la voz ronca.

—¡Vamos, estamos de celebración! ¡Otra noche exitosa de micro abierto, un inminente Record Store Day triunfal, pase lo que pase con ese envío retrasado! ¿Qué más podemos celebrar?

—Creía que estábamos celebrando tener el suelo limpio.

—¡Eso también! —Sigue bailando y tratando de que yo baile con ella. Yo me niego con terquedad, lo cual provoca que ella lo intente con más ahínco, hasta que se convierte en un juego. Sus hombros rozan los míos. Sus manos me mueven el cuerpo en poses que son casi como si bailara. Ha empezado a cantar: «*Got to be goodlooking, 'cause he's so hará to see!*».

Mi corazón martillea al compás de la batería, y no puedo estar más agradecido cuando la canción por fin se acaba.

—Guau, eso ha sido divertido —digo, y me dirijo hacia el tocadiscos.

—¡No, espera! —exclama Ari riendo, mientras se aferra a mi brazo. Empieza la siguiente canción. Lenta y dulce e hipnótica. Una de las canciones de amor más conocidas de los Beatles.

Something in the way...

—Sé que vas a bailar esta conmigo —me dice—. Tienes que hacerlo.

Me invade el pánico.

—¿Por qué tengo que bailar esto? —pregunto, tratando de que mi voz no suene forzada.

—Porque si vas a llevar a Maya al baile de fin de curso, tendrás que saber bailar una lenta.

Me quedo boquiabierto de la sorpresa. ¿Ari no lo sabe?

Pero no, ¿cómo iba a saberlo? No he dicho nada al respecto.

—Venga, cagueta —insiste. Agarra mi mano y la coloca sobre su cintura. El movimiento es tan rápido, tan intencionado, que apenas registro lo que está pasando hasta que está hecho. La sensación de su camiseta suave bajo la palma de mi mano, de la más mínima franja de piel desnuda donde se ha arrugado un poco... El aire se me atasca en la garganta. Apoya una mano en mi hombro y pone la otra sobre la mía. Un baile lento, al estilo antiguo—. Solo una canción.

Mi corazón late desbocado, como si tratase de salirse del pecho. ¿Nota Ari cómo me tiembla el brazo? ¿Mi mano suda demasiado?

Todos mis instintos me dicen que debo escapar de esto, y deprisa, antes de que las cosas se me vayan de las manos de manera dramática.

Antes de que Ari se dé cuenta de...

—Jude —me regaña—. No hagas que esto sea raro.

—Ya es raro —respondo de inmediato.

Ari suspira y veo que la he decepcionado.

—Eres un caso perdido.

—Lo siento.

—Lo único que tienes que hacer es mecerte un poco. Literalmente.

—Sip. Mecerme. Lo pillo.

Pero no lo hago. No me mezo y, como al parecer ella me está esperando a mí, Ari tampoco se mece. Nos quedamos muy quietos, sus ojos clavados en mi camisa y los míos en un solitario mechón de pelo oscuro que se ha rizado con rebeldía en dirección contraria a los otros.

Pasan cinco segundos.

Diez.

Nos miramos a los ojos.

Y entonces, al unísono, los dos estallamos en carcajadas.

Unas carcajadas enormes y ruidosas que nos dejan sin aire y hacen que Ari se incline hacia delante hasta que su frente choca con mi pecho. Entonces se planta la mano delante de la boca, como si así fuese a ser capaz de contener su risa incontrolable, y eso solo me hace reír aún más.

La acerco más a mí y paso los brazos alrededor de sus hombros. Solo es un abrazo. Solo somos dos amigos que comparten un momento de locura transitoria desatada por una incomodidad pasajera.

Para cuando recuperamos la respiración, Ari está acurrucada entre mis brazos, con la cabeza debajo de mi barbilla, secándose las lágrimas de los ojos.

—Sí que eres un caso perdido —repite.

—No voy a llevar a Maya al baile —suelto de pronto como respuesta a eso.

Ari se queda muy quieta durante un instante.

Luego se echa hacia atrás (se lo permito a regañadientes), aunque una de mis manos se demora con torpeza sobre su cintura.

—¿Qué?

—Al baile de fin de curso. Ni a ningún baile —preciso—. Hemos decidido ser solo amigos.

—Oh, Jude. Lo siento. ¿Estás bien? —Apoya una mano en mi brazo y, por alguna razón, esto me incita a acercarme más otra vez. Solo un poquito. Solo lo suficiente para mantenerla cerca de mí.

No debería querer mantenerla cerca de mí.

Pero sí que quiero.

Es un problema, pero *quiero*.

—La verdad es que estoy muy bien. —Trago saliva—. Resulta que Maya no me gusta tanto como creía. Al menos... no de ese modo. Lo he pensado mucho a lo largo de esta semana y... —No sé cómo terminar esta frase.

La música suave gira a nuestro alrededor, pero no estamos bailando. Y, puesto que resulta mucho más extraño quedarnos ahí plantados, sin movernos, en algo parecido a un abrazo, respiro hondo y estiro la mano hacia la de Ari. Se sobresalta por el movimiento inesperado, pero en cuanto empiezo a bailar, meciéndome con suavidad adelante y atrás, ella me sigue. Deja que la guíe y damos vueltas despacio alrededor de la tienda. Nuestros pies se deslizan centímetro a centímetro, arrastrándose despacio al son de la música.

—Esto puede sonar extraño —digo, una vez que he tenido un momento para ordenar mis pensamientos—, pero creo que a lo mejor Maya me gustaba como... mecanismo de defensa.

Ari mantiene los ojos fijos en mí, pero algo ha cambiado. Cuando me urgía a bailar con ella antes, lo hacía de un modo despreocupado y animoso. Ahora, sin embargo, hay algo reservado en su expresión.

—¿A qué te refieres?

—Nunca había planeado pedirle salir. Llevarla al concierto fue una especie de casualidad y, si no hubiese ganado esas entradas, jamás lo hubiera hecho. Era como si estar tan colado por ella fuese *seguro*. Jamás tendría que hacer nada al respecto. Porque, cuando los sentimientos son reales, los riesgos son mayores y... eso da mucho más miedo.

Da la impresión de que Ari está tratando de descifrar mis palabras, como si estuviese estado hablando en clave. Y supongo que, en cierto modo, así es.

Porque hablar en código también es más seguro.

—Pero una vez que le pedí salir —continúo—, y tuve la oportunidad de conocerla, dejó de ser un sueño imposible. Maya es auténtica y es genial, pero... no terminamos de encajar. Y no pasa nada.

Ari no responde. Las puntas de su pelo me rozan la mano que he colocado en la parte baja de su espalda, y me hace falta toda mi fuerza de voluntad para no agarrar un mechón y enroscarlo alrededor de mis dedos. Sentir su suavidad. Deslizar una mano a lo largo de su melena.

Renunciaría a mi Lego del Halcón Milenario por saber lo que está pensando Ari en este momento, pero no dice nada acerca de mi impactante revelación. No dice nada acerca de nada.

—Tenías razón —digo, cuando creo que el silencio se ha prolongado demasiado tiempo—. Este suelo está hecho para bailar.

Hace un ruidito que es casi una risa, aunque es callado y distraído.

Dejamos de bailar y Ari levanta su cara hacia la mía.

Estamos cerca. Muy cerca. Es despampanante, y no sé cómo he conseguido fingir lo contrario durante tanto tiempo. ¿Cómo no he prestado nunca atención a la forma en que me duele el corazón cuando me toca? Y este cosquilleo en los labios... ¿es nuevo, o solo ahora reconozco lo que es?

—Ari —murmuro, aunque no sé qué decir. Solo quiero decir su nombre. Solo quiero oírlo y saber que está aquí y que esto es real, que esto está ocurriendo de verdad y...

Mis dedos se enroscan en la tela de su camiseta.

Ari toma una bocanada de aire rápida y temblorosa. Pero no se aparta y me está mirando a los labios y yo...

Me resbalo.

Ni siquiera me estoy *moviendo* y, aun así, de algún modo, mi talón se desliza sobre una zona aún mojada y lo siguiente que sé es que estoy cayendo hacia atrás, arrastrando a Ari conmigo. Los dos damos un gritito y aterrizamos hechos un nudo, Ari medio encima de mí, su codo en mi estómago. Un fegonazo de dolor por el impacto contra el duro suelo sube a toda velocidad desde mi trasero y recorre mi columna.

Suelto un gemido ronco.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunta Ari—. ¿Estás bien?

—Sí. Me he resbalado. ¿Tú estás bien?

—Sí. Sorprendida, más que nada.

La miro a los ojos, aún un poco encogido por el dolor. Ari está de lado, apoyada en la palma de una mano, con la otra sobre mi pecho y las piernas enredadas con las mías. Y, a pesar de mi trasero magullado y mi ego aún más magullado..., este tampoco es un sitio terrible en el que estar.

Hasta que la puerta de la tienda de discos se abre de golpe y la ristra de campanillas repica de un modo tan estridente como una alarma de incendios.

Nosotros mismos podíamos estar en llamas, visto lo de prisa que nos separamos.

—¡Ari! —chilla Pru, que viene hacia nosotros corriendo y agitando su teléfono en el aire—. ¡No te lo vas a creer!



CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

PRU SE QUEDA PARALIZADA Y NOS MIRA, AÚN EN EL SUELO, CON el ceño fruncido.

—¿Qué está pasando aquí?

—Nada —exclamamos los dos, poniéndonos en pie a toda prisa. No me doy cuenta de que la canción llega a su fin hasta que empieza a sonar la siguiente del disco: la animosa y perturbadora *Maxwell's silver hammer*, que no es romántica en absoluto. Gracias, dioses de la música.

—Resbalé —baluceo—. ¿Qué haces aquí? —Miro el reloj. Son más de las diez.

Pru echa un vistazo a la fregona y a las zonas aún húmedas del suelo y recupera su efusiva sonrisa.

—Papá me ha dicho que os habíais quedado a ordenar la tienda, y quería enseñarle esto a Ari en persona. ¡Se ha vuelto viral!

—¿Viral? —pregunta ella. Suena un poco sin aliento—. ¿A qué te refieres?

Ha recuperado la compostura muchísimo más rápido que yo. Parece que esta... cosa... que casi acaba de suceder apenas la ha afectado, mientras que yo estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano por conseguir que el calor abandone mi cara. Decido ir hasta el tocadiscos y pararlo, solo para tener algo que hacer. Luego me meto las manos en los bolsillos para evitar que tiemblen y deseo, por enésima vez esta semana, que mi dado estuviese ahí para cerrar los dedos a su alrededor.

Así que, o bien Ari es mucho mejor actriz que yo, o bien esa cosa que casi ha sucedido estaba más en mi cabeza que en la suya. Porque estoy bastante seguro de que estaba a punto de besar a Ari, de que la habría besado si Pru no hubiese irrumpido en escena. ¿Me estaba imaginando la manera en que Ari se inclinaba hacia mí? ¿La forma en que sus ojos habían empezado a cerrarse? ¿Estaba tratando de interpretar señales que en realidad no existían?

Ari siempre ha sido cariñosa. El tipo de amiga a la que no le da vergüenza abrazarte al despedirse o acurrucarse contra ti durante las partes que más miedo dan de una película o hacer otras mil pequeñas cosas que yo hubiese considerado coqueteo si se tratara de cualquier otra

persona.

El hecho de que me haya sacado a bailar en esta maravillosa y amplia pista no significa que quisiera que la besase. Era solo... Ari siendo Ari.

¿O no?

Estoy tan absorto en mis pensamientos que tardo un poco en percatarme de por qué Pru está tan entusiasmada, aunque lleva hablando de ello sin parar desde que nos interrumpió. Cosa que me alegro de que hiciera.

Obviamente.

Me alegro mucho. Muchísimo.

Me alegro tanto que tengo ganas de coger su móvil y tirarlo por la ventana.

Pru tiene las mejillas encendidas mientras habla, por una combinación entre su entusiasmo y el hecho de que es probable que acabe de venir pedaleando desde casa, puesto que veo su bici fuera, apoyada contra la tienda.

—Alguien grabó tu actuación y la entrega de premios —dice Pru. Ari le quita el teléfono de las manos y las dos clavan la vista en la pantalla—. He mirado los vídeos de los últimos años que se ha celebrado este concurso y suelen recibir unos cuantos miles de visualizaciones. Este, sin embargo, tiene ya más de cincuenta mil y los comentarios no son agradables.

—¿No son agradables? —pregunto, y se me eriza la piel—. ¿Con Ari?

—Oh, no. Todo el mundo adora a Ari —me tranquiliza Pru—. La mayoría de la gente cree que debería haber ganado ella o, en realidad, cualquiera de los otros finalistas. Esa chica que ganó es un chiste.

Ari hace una mueca.

—Eso es horrible. ¡Ni siquiera la conocen!

Pru suspira y le lanza una mirada de impaciencia.

—¿Y cuándo ha impedido eso que la gente critique a alguien en internet?

—Solo digo que es una persona —se defiende ella—. Con sentimientos. Aunque a la gente no le guste su canción...

Pru interrumpe su comentario y le resta importancia.

—Sí, sí, la gente es imbécil. Pero eso ahora no importa. Ari, esto es lo mejor que te podría haber pasado.

Ari frunce el ceño.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que un concurso de compositores normal y corriente apenas suscita interés, a menos que la canción ganadora acabe en Top 40 o algo así. La mayor parte del público ignora los concursos como este. Pero ¡¿la polémica?! —Pru sonríe como si le acabasen de ofrecer un saldo ilimitado en una tienda de artículos para el hogar—. A la gente le encanta la polémica. Incluso circulan rumores de que estaba amañado, y hay personas haciendo indagaciones acerca de los jueces para ver si alguien podría haber movido algún hilo para conseguir que ganase esa chica. No tengo ni idea de si eso es verdad o no, pero ha dado lugar a especulaciones y la gente tiene todo tipo de teorías y ¡mirad! —Abre una pestaña nueva en el móvil con el vídeo de Ari.

Me quedo de piedra al ver cuántas visualizaciones tiene: diez veces más que la última vez que lo vi, y el número de suscriptores también ha aumentado de manera exponencial.

—¡Hay incluso *reels* de gente cantando la canción en *playback*! —Pru nos enseña un par de

canales de otras redes sociales para demostrar lo que dice. Observamos, estupefactos, cómo dos niñas más o menos de la edad de Penny cantan a voz en grito una versión muy sentida de *Aguacero*.

Ari se lleva las manos a las mejillas.

—No puedo creerlo.

—Como tu mánager, te aconsejo que subas más contenido a tu canal —le dice Pru. Ari se ha quedado sin palabras y no puede dejar de mirar la pantalla del teléfono—. Sin demora —añade Pru.

Su tono sobresalta a Ari, que levanta la vista.

—Oh. Uhm... Tengo unas cuantas canciones nuevas... O podríamos grabar algunas de las viejas...

—Con lo que tú te encuentres cómoda —dice Pru—. No quiero que subas nada que no esté listo todavía, pero esto tiene potencial para proporcionarte mucha atención. A ti y a tus canciones. ¡Hay que aprovechar el momento! —Ari sonríe, aunque parece un poco aturdida—. Además, tengo una propuesta para ti —continúa Pru con la cara iluminada—. ¿Qué dirías de actuar en el Record Store Day de este año? —Lo dice como si fuese algo mucho más gordo de lo que es en realidad, e incluso le vende la idea haciendo un gesto amplio en el aire con ambas manos, como si rodease un cartel invisible por encima de nuestras cabezas.

Ari frunce el ceño, y comprendo su confusión. Ha actuado aquí todas las noches de micro abierto durante meses.

—¿Claro?

—No estás entendiéndolo —la regaña Pru, y la agarra por los hombros—. Eres tú, Ari. ¡Eres la gran atracción! Una cantautora local que ha ganado un premio y cuya canción se ha vuelto viral antes incluso de conseguir su primer contrato. Esto es enorme y, si estás de acuerdo, voy a promocionarlo a bombo y platillo. Lo anunciaremos en tu canal, claro, pero apuesto a que consigo que los medios de comunicación locales también se interesen por esto. Al *Chronicle* le encantan las historias como esta.

Ari abre muchos los ojos, un poco nerviosa.

—Tú eres mi mánager —dice al fin—, así que... ¡promocionalo todo lo que quieras!

Pru se contonea en un bailecito de felicidad.

—Eso es música para mis oídos.



CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Eh. Ari. ¿Te apetece cenar esta noche?

Demasiado informal.

Borrar. Borrar. Borrar.

¡Eh! Solo por curiosidad, ¿has visto ya la película nueva de Marvel?

No lo bastante informal.

Borrar. Borrar. Borrar.

¡Sorpresa! Siento algo muy fuerte por ti.

Escribe «S» si te pasa lo mismo. Escribe «N» para dejar de recibir estos mensajes.

Borrar. Borrar. Borrar todo.

Estaba pensando en ir al karaoke mañana. ¿Te apetece venir?

Unnnnnnnngggghh.

Debo de haber escrito cien mensajes distintos en los últimos días, pero nada suena adecuado. Todo parece demasiado cursi o demasiado serio o no lo bastante serio. O bien es demasiado distendido, o bien demasiado intenso, como si me fuera a destrozar si me rechazara.

No hago más que recordarme que esto no es una declaración de amor. Es solo un amigo... que le pregunta a una amiga... si tal vez podrían convertirse en algo más.

Tampoco es para tanto.

Pero, cada vez que estoy a punto de hacer clic en «Enviar», se me agarrota el estómago y un sudor frío me empapa la nuca, y borro el texto lo más deprisa que puedo.

Y es *Ari*. He escrito a Ari muchísimas veces. Dios, es probable que le haya enviado miles de

textos iguales que estos para invitarla al cine y a cenar ya... Bueno, al karaoke no. Es Ari la que siempre nos arrastra a Pru y a mí a las noches de karaoke. Así que no es para tanto. ¡No lo es!

Y, aun así, ahora veo a Ari cada vez que cierro los ojos. La forma en que su mirada se deslizó hacia mi boca cuando estaba seguro de que quería besarla. Cuando estaba seguro, sin importar lo breve que fuese ese momento, de que ella quería que la besara.

Mi pulso se acelera, igual que hizo entonces. Me sonrojo. Se me seca la boca.

Y lo odio. Odio que estas emociones tan inoportunas me hayan llevado a sentir nervios por hablar con Ari. Con Ari, de entre todas las personas posibles. Es antinatural. Ari, Pru y yo tenemos una relación muy estrecha desde que empezamos el instituto. Hemos montado en bici infinidad de veces por el paseo marítimo. Hemos comprado disfraces a juego para Halloween (mis favoritos: Mario, Luigi y la princesa Peach; y sí, Pru estaba espectacular con ese bigote). Nos hemos peleado por los reposabrazos de los asientos en el cine, y nos hemos sentado muy pegados en el sofá de casa, y también en *su* sofá, dicho sea de paso. Por Dios, esta chica *ha dormido en mi cama*, literalmente.

O sea, yo no estaba ahí con ella, pero aun así. Y ha sucedido más de una vez.

Estoy a punto de reunir el valor suficiente para darle al botón de «Enviar» (no, en serio, esta vez lo voy a hacer), cuando salta una nueva notificación de *email*. Agradezco la distracción, así que lo abro de inmediato y...

Oh.

Hola, Jude:

Gracias por el dibujo que nos has enviado.

Me temo que no es lo que buscamos en este momento, pero, por favor, tennos en cuenta para futuros envíos.

Atentamente,
Ralph Tigmont
Director de arte de *Dungeon*

Lo leo una vez y lo borro al instante.

Estoy desilusionado, pero no sorprendido. La verdad es que no había esperado que aceptasen el dibujo de Araceli la Magnífica sobre el escenario del Festival Musical de Condor. El rechazo me deja indiferente. Casi... resignado.

Encorvo los hombros, dejo el teléfono a un lado e intento volver a mi trabajo, con el que de hecho estaba haciendo grandes progresos hasta que me invadió una repentina oleada de inspiración para escribir a Ari e invitarla a una no cita con potencial para convertirse en cita. Aunque está claro que no me está funcionando, así que vuelvo a la tarea que tenía entre manos.

El sitio web de DIYVinyl.com me llegó entre la avalancha de *newsletters* y ofertas que han estado inundando mi bandeja de entrada desde que me inscribí en todos esos sorteos. Es un servicio para crear tus propios discos de vinilo que promete un sonido de calidad y una entrega rápida. Nunca había pensado demasiado en lo que supone producir un álbum de vinilo, pero ellos han hecho que hasta ahora el proceso haya sido bastante fácil.

Así que esta es mi más reciente idea genial.

Le haré un álbum a Ari. Encargaré que lo fabriquen y lo envíen a tiempo para el Record Store Day. Sorprenderé a mi padre con un disco exclusivo para vender en Ventures, sorprenderé al mundo con la primerísima colección de canciones de Araceli Escalante y sorprenderé a Ari con una cosa que a lo mejor ni siquiera sabe que quiere, pero que estoy realmente convencido de que le gustará.

Este es mi gran gesto. Mi declaración silenciosa.

No está mal, ¿verdad?

Estaba preocupado por no poder encontrar los suficientes archivos de audio para llenar tanto la cara A como la B, pero, por suerte, Pru y Ari han estado trabajando duro para subir nuevas canciones al canal de YouTube. Aunque ninguna ha despertado tanto interés como *Aguacero*, sus visualizaciones y sus suscriptores siguen subiendo como la espuma día tras día. Lo más difícil hasta ahora ha sido seleccionar las canciones, dado que tengo que tener en cuenta cosas en las que jamás había pensado, como la forma en que fluye la música de una canción a otra y si este álbum debería «contar una historia» o no.

Aunque ese es un rumbo peligroso, porque, si hay una historia, quiero formar parte de ella, y no estoy seguro de que sea así. Ari le canta mucho al amor. Canta sobre el desamor y los sentimientos no correspondidos. Canta sobre ocultarse y fingir y tratar de seguir adelante. ¿Podría algo de esto estar inspirado en mí, o es el *summum* de la arrogancia preguntarme siquiera algo así?

Al final, hice mis elecciones y las subí al sitio web.

Ahora viene la parte más complicada: la artística. Llevo todo el día pensando en ello, pero todavía no se me ha ocurrido la Cosa Perfecta. ¿Una foto de Ari con su guitarra? ¿Algo de su vídeo o de una de nuestras noches de micro abierto? He revisado sus redes sociales y las de Pru, y... Sí, vale, quizás haya perdido mucho tiempo contemplando con actitud soñadora fotos que jamás había pensado que me pararía a admirar. La forma en que la nariz de Ari se arruga cuando está a mitad de una carcajada. La forma en que sus labios se tuercen hacia un lado cuando va a tomarme el pelo con algo. La forma en que se mordisquea un nudillo sin darse cuenta cuando está intentando que se le ocurra la frase perfecta para la letra de una canción.

Hay unas fotos extraordinarias de Ari, fotos que me comprimen el corazón con tal fuerza que casi no puedo respirar. Pero ¿para la portada de su primer álbum? Nada parece lo adecuado.

Y entonces... se me ocurre algo.

Cojo mi teléfono otra vez y abro mi carpeta de dibujos escaneados. Justo en primer lugar está el dibujo que hice de Araceli la Magnífica en el escenario del festival, con el público escuchándola embelesado.

Tal vez no fuese lo que buscaba *Dungeon*, pero para esto... podría funcionar. De hecho, podría no quedar nada mal.

Excepto que... falta algo.

Tardo un poco en encontrar el dibujo original. Hago unas cuantas copias y luego me paso una hora añadiendo ligeros trazos de acuarela hasta que estoy contento con el resultado. (Supongo que sí que aprendí algo aquel día en Artes Visuales, a pesar de mi torpeza).

La cara posterior de la carátula, decido, será negra con arte lineal en blanco, como los garabatos que dibujé para su primer vídeo. Una nube con un relámpago, olas ondulantes en la parte inferior, un barco de vela y unos pocos corazones pequeños junto a la lista de canciones.

Lo más difícil es decidir cuántas copias encargar. ¿Cuántas se venderán en la tienda? Al final me limito a pedir tantas como puedo permitirme.

Mi dedo vacila sobre el botón de «Completar el pedido» durante unos largos segundos, mientras recuerdo el momento en que puse mi mano sobre la de Ari para colgar su primer vídeo en internet. Por allá cuando tenía más suerte que el rey Midas.

Claro que, al final, supongo que él tampoco tenía tanta suerte.

Hago acopio de valor y completo el pedido.

Suelto el aire y me echo hacia atrás.

Espero que lleguen a tiempo.

Espero que le gusten.

Además..., supongo que debería hacer algunos deberes.

Una llamada misericordiosa a la puerta me interrumpe justo cuando estoy sacando *El gran Gatsby* de mi mochila.

—¿Sí?

Penny asoma la cabeza por las escaleras.

—¿Estás ocupado?

—Uhm..., nop —digo. Tiro el libro sobre mi mesa y cierro el portátil—. En realidad, no.

Penny baja dando saltos por las escaleras con el violín en la mano.

—Me preguntaba si querías escuchar mi solo.

—Oh. Sí, claro. ¿Cuándo es tu próximo recital?

—Este miércoles no, el siguiente.

—Oigámoslo.

Penny me sonrío de oreja a oreja y levanta el violín para colocarlo debajo de su barbilla. Caigo en la cuenta de que no tiene la partitura. Sé que ha estado trabajando duro para memorizar mejor sus canciones en los últimos tiempos, así que ya estoy impresionado antes incluso de que empiece a tocar.

Penny desliza el arco por las cuerdas. El sonido vibra un poco al principio. Hay un aura de incertidumbre, de duda.

Pero entonces el tempo se anima y los nervios parecen diluirse.

Sonrío mientras la veo tocar. Ya he oído esta canción antes. Unas cuantas veces, de hecho, pues lleva semanas practicándola.

Pero nunca la había *escuchado* de verdad. Me fijo en la precisión del arco, en la forma en que Penny oscila al son de la música, en cómo frunce el ceño por la concentración, aunque sus movimientos parezcan innatos.

No soy ningún experto en violín, pero estoy seguro de que lo ha clavado.

Me siento ridículamente orgulloso de mi hermana pequeña cuando termina y baja el instrumento.

—¡Bravo! —exclamo, aplaudiendo—. Penny, ha sido fantástico.

Da botes sobre las puntas de los pies, feliz de la vida. No pregunta si lo digo en serio. No tiene que hacerlo.

—Gracias. Creo que esta ha sido la vez que mejor la he tocado hasta ahora.

—Sé que has estado ensayando un montón, y se nota —la felicito—. Eh, deberías plantearte tocar en la tienda el Record Store Day. Sé que no te gusta tocar sola delante del público, pero lo

haces superbién. A la gente le encantaría. A mamá y a papá les encantaría.

Espero que se resista a la idea, como hace siempre en las noches de micro abierto, pero no lo hace. Aparecen unos coloretos rosas en sus mejillas y da unos golpecitos distraída con el arco contra su pierna.

—En realidad, se me había ocurrido algo, pero... no sé.

—¿El qué?

—¿Sabes la canción de Ari? ¿*Aguacero*? ¿Esa de la que ha estado hablando todo el mundo?

—Sí, claro. —No hay ninguna necesidad de decirle que es fácil que un par de miles de esas reproducciones en YouTube sean mías.

—No he hablado con Ari de esto ni nada, pero... la estuve escuchando la semana pasada y... se me ocurrió un solo. Para el puente.

—¿Un solo de violín? —Mi hermana asiente con timidez—. ¡Penny! Eso es fantástico. A Ari le entusiasmaría.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. Deberías hablarle de ello. Podríais actuar las dos juntas. —Mi hermana hunde un dedo del pie en la moqueta. Parece dubitativa, pero también emocionada—. ¿Quieres que se lo pregunte yo?

El alivio inunda sus ojos.

—¿Lo harías?

—Por supuesto. Pero sé que le va a encantar la idea.

Penny da botecitos en el sitio.

—¡Gracias, Jude!

Me sorprende dándome un abrazo de medio lado, con cuidado de no sacarme un ojo con la punta de su arco. Luego da media vuelta y sube corriendo las escaleras.

Todavía estoy sonriendo cuando suena una notificación en mi móvil. Bajo la vista.

Ari: ¡Claro!

Mi corazón da un vuelco.

¿Claro? ¿Claro *qué*?

Oh, no. Ese último mensaje... ¡Dime que no se envió!

Con el teléfono en la mano, me siento en el borde de la cama. Desbloqueo la pantalla. Mis mensajes me miran con descaro... Y ahí está, el más reciente que he enviado.

Estaba pensando en ir al karaoke mañana. ¿Te apetece venir?

Y la respuesta de Ari.

¡Claro!

Mis respiraciones salen entrecortadas mientras trato de superar la oleada de pánico y la subsiguiente oleada de euforia.

¡Lo he hecho! ¡Le he escrito un mensaje! ¡Le he pedido salir! Sin querer, pero aun así. Y ha

dicho que sí.

No «no cuentas con ello». No «pregúntamelo más tarde». Sino «sí».

Me echo a reír, un poco mareado. Cena. Karaoke. Con Ari. ¡Mañana!

Aparecen tres puntitos. Ari está escribiendo algo más.

Me pongo tenso y contengo la respiración a la espera de sus siguientes palabras.

«Pensé que no me lo ibas a pedir nunca».

«He estado pensando en ti todo el día».

«Tengo muchísimas ganas de...».

Veré si Ez quiere venir también.

Fzzzzzz, fzzzz. ¡Puf!

Pongo los ojos en blanco y me desplomo sobre la almohada.

Una eternidad después, suspiro y escribo una respuesta.

Genial. Les preguntaré a Pru y a Quint. Te veo allí.



CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Cosas que les gustan a las chicas, según Hollywood:

Flores

Chocolates

Joyas caras

Cosas que le gustan a Ari, según mi observación:

Chollos de la tienda de segunda mano

Palomitas empapadas en Tapatío

Descubrir bandas de indie desconocidas de las que nadie ha oído hablar nunca

—¿En qué estás trabajando tan concentrado aquí solo?

Tapo mi cuaderno y miro a Carlos con ojos inocentes.

—En nada —me apresuro a decir—. Solo tomo notas para un proyecto de clase.

Carlos me lanza una mirada, luego echa un vistazo a mi cuaderno medio escondido. Arquea una ceja.

—Ya veo —murmura—. ¿Tienes una cita con alguien especial otra vez hoy?

—¿Especial? No. Para nada. ¿Qué te hace pensar eso? —Frunce el ceño. Mientras tanto, un calor incriminatorio está aflorando en mis mejillas—. Solo Pru y Quint —le digo—. Y... Ari. Deberían llegar ya pronto. Creo. En unos minutos, quizás.

Un grupo empieza a gritar entusiasmado en la mesa vecina. Hago un gesto débil hacia la gran pantalla de televisión que hay detrás de la barra, donde se está retransmitiendo un partido de baloncesto.

—¿Es un partido importante?

La expresión de Carlos se vuelve aún más suspicaz.

—Primer partido de la eliminatoria.

—Oh. —Asiento—. Así que..., ¿eso es un sí?

Carlos sacude la cabeza con incredulidad.

—¿Quieres pedir ahora o vas a esperar a los demás?

—Eh..., no. Pediré ya.

—¿Tostones, nachos, Shirley Temples?

—Nos conoces bien —confirmo—. Oh, pero... Uhm..., echa unas cerezas extra en la bebida de Ari. Y, ¿sabes qué? Echa unas pocas de más también en la mía.

Carlos echa el peso hacia atrás.

—Perfecto.

—Ah, y jalapeños. Sobre los nachos. Por favor.

Carlos vacila un instante. Solemos pedir que quiten los jalapeños, porque a Pru y a mí no nos gustan, aunque a veces Ari pide que los pongan a un lado.

—Si insistes —dice—. ¿Algo más?

—Eso es todo por ahora. Gracias, Carlos.

Mientras se aleja, echo un vistazo a mis notas que, ahora que las examino mejor, son completamente inútiles. ¿Qué voy a hacer? ¿Cortejar a Ari con tentempiés picantes y una tarjeta regalo para el Depósito de Annette?

Con un gemido, arranco la página y hago una pelota con ella.

—Más vale que eso no fuese un dibujo nuevo.

Me quedo de piedra cuando veo a Ari deslizarse en el banco semicircular de nuestra mesa. Lleva su camisa de cuadros, la que parece que han lavado tantas veces que está a punto de desintegrarse, como si la mantuviesen unida nubes y pelo de unicornio.

A saber: suave. Parece supersuave.

Se desliza por el asiento hasta ponerse a mi lado, y sé (la parte lógica de mi mente sabe) que está dejando espacio para Pru, Quint y Ezra. Pero la parte ilógica piensa: «Está justo a mi lado. Casi me está tocando. Puedo oler su pelo».

—Llegas pronto —farfallo. Aprieto la bola de papel con más fuerza en el puño y, por un momento, temo que se me caiga y que ella la recoja y que, por algún giro inesperado de los acontecimientos, como en las películas, todo salga cómicamente a la luz...

Para bien o para mal.

Con esos pensamientos embarullados en mi cabeza, no oigo su respuesta.

—¿Entonces? —pregunta luego.

Parpadeo, confuso.

—¿Entonces qué?

Hace un gesto hacia el papel.

—Ya sabes lo que opino de la innecesaria destrucción del buen arte.

Me río.

—Nah. Eran solo... notas. Para algo en lo que estoy trabajando. He pedido ya para todos. Espero que os parezca bien. Nachos.

—Mmm. —Ari sonríe, pero no puedo sostenerle la mirada. Mi corazón late con un redoble entrecortado. Por el rabillo del ojo, observo cómo retira sus cubiertos de la servilleta de papel, y siento el impulso casi irresistible de tocarle la mano. A lo mejor no tengo que esperar a que lleguen los álbumes para revelar lo que siento por ella.

¿Qué pasaría si me limitase a... decírselo?

Me siento más erguido. Aspiro una profunda bocanada de aire y no lo suelto.

Empiezo a estirar mi mano hacia la suya, pero en ese momento ella cambia su tenedor de lado y...

—¡Ay! —exclamo. Retiro la mano a toda prisa.

Ari me mira espantada.

—¡Oh! ¡Lo siento! ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes —digo, mirando las cuatro marquitas punzantes en la base de mi pulgar, donde se ha clavado el tenedor. Me aclaro la garganta y dejo caer las manos en mi regazo, donde las aprieto con fuerza.

Carlos aparece haciendo equilibrios con una bandeja de Shirley Temples sobre la palma de su mano.

—Aquí tenéis —anuncia, al tiempo que deja en la mesa las cuatro gaseosas rosas—. Y con cerezas extra para vosotros dos. —Desliza nuestras bebidas hacia Ari y hacia mí y le damos las gracias.

Por lo general, cuando pedimos Shirley Temples, Ari me roba las cerezas sin preguntar siquiera, porque los dos sabemos que se las voy a dar de todos modos. Esta vez, sin embargo, me parece imperativo que sepa que *son* para ella, y no que simplemente la dejo quitármelas a tradición.

—Toma —le digo, y saco un pequeño palillo con tres cerezas rojas atravesadas. Hago ademán de dejarlas caer en la bebida de Ari, pero una resbala de la punta del palillo, rebota contra el borde del vaso y aterriza en su regazo.

—Oh, perdona. —Intento recuperar la cereza, pero justo entonces Ari se agacha para mirar a dónde ha ido.

Nuestras frentes chocan.

—¡Ay! —Ari se echa hacia atrás frotándose la frente.

Me empiezo a agobiar.

—Perdona, lo siento.

Ari deja que la cereza se quede en el suelo, donde sea que haya caído, y se endereza riendo.

—Estamos torpes hoy.

—Es evidente —musito.

La sonrisa de Ari empieza a diluirse.

—¿Pasa algo?

—No. ¿Por qué? ¿A qué te refieres?

—Pareces... —Duda un instante—. No sé. Nervioso o algo

—¿Sí? —pregunto, con la firme intención de mentir e insistir en que no estoy nervioso para nada. Nada nuevo por aquí, chicos. Pero entonces pienso: «Si alguna vez hubo una oportunidad

perfecta, es esta»—. Quiero decir, sí, supongo que lo estoy. Quizás. Un poco.

Se gira hacia mí para prestarme toda su atención, con expresión sincera y paciente y del todo ajena al hecho de que no está haciendo que esto resulte más fácil.

—¿Qué pasa?

—Ehm... Bueno. —Mi saliva se vuelve espesa en mi boca, y no puedo mirarla durante más de un segundo seguido. A pesar de todas las veces que he pensado esta semana en qué decirle cuando llegase este momento, mi cabeza se queda en blanco, como si jamás hubiese hilado una oración entera en toda su vida—. Es una historia curiosa. Bueno, quiero decir, no tan curiosa. Pero quizás un poco curiosa.

Ari frunce el ceño, pero espera.

Muy bien, Jude. Esto es como arrancarse una tirita, ¿no? Hazlo rápido y quítatelo de encima. Suéltalo. Cuanto más lo prolongues, más doloroso será.

Me obligo a mirarla.

—Es solo que... Ari, la verdad es que me...

El bar explota a nuestro alrededor.

O sea, no es una explosión real. Solo son gritos exaltados a pleno pulmón desde todas partes.

Tanto Ari como yo damos un respingo y miramos a nuestro alrededor. La gente se está levantando, le grita a la televisión, donde hombres con camisetas y jerséis de baloncesto están invadiendo la cancha para rodear a uno de los jugadores y gritar y saltar arriba y abajo.

—Supongo que han ganado —comenta Ari.

—Supongo que sí. —Hago una pausa, luego añado—: Es el primer partido de la eliminatoria.

—Oh. —Se gira otra vez hacia mí—. ¿Qué estabas diciendo?

Me rasco la parte de atrás del cuello y me planteo batirme en retirada a toda prisa. Pero no. Estoy aquí. He llegado hasta este punto.

—Sí. Bueno..., estaba diciendo que... hace mucho tiempo que somos amigos, ¿verdad? Lo cual es... genial. Tú eres genial. Y... Y yo...

Puede que esté hiperventilando.

Ari se inclina hacia mí. Parece preocupada.

—Jude, me estás asustando. ¿Qué pasa?

—Solo me estaba preguntando si tú... Si alguna vez te... plantearías... quizás tener una...

—¡Noche de quedada! —grita una voz que me hace sobresaltarme. Quint—. Hace mucho que no lo hacíamos —comenta, mientras Pru y él se deslizan en el banco por mi otro lado—. Esto me trae recuerdos.

Esbozo una sonrisa forzada y me muevo un poco para hacerles sitio. Eso me acerca a Ari, que se queda donde está. Nuestros muslos entran en contacto y mi pulso se acelera aún más. Me doy cuenta de que todavía tengo la página del cuaderno hecha un gurrño en una mano, así que la guardo con disimulo en un bolsillo de mis vaqueros.

—Creía que venía Ez —dice Pru al ver solo cuatro bebidas.

—Sí viene —asegura Ari—. Pero tenía que pasar por el taller. Llegará en un momento.

—No estaba seguro —me excuso—. Por eso no le pedí nada de beber.

—Puede hacerlo él cuando llegue —dice Pru, sacando su amado archivador de la mochila—. Tenemos trabajo que hacer.

—¿Ah, sí? —pregunta Ari. Rodea con ambas manos su vaso empapado por la condensación,

con las cerezas flotando sobre el hielo—. Creía que habíamos venido para la noche de karaoke.

—Eso también —admite Pru—. Pero primero, si te parece bien, esperaba grabar un vídeo nuevo para tus redes sociales promocionando el Record Store Day de este fin de semana.

—Pero si eso ya lo hice —dice Ari—. La semana pasada subí dos cosas sobre...

—Lo sé, lo sé —se apresura a decir Pru—. Y tus *posts* fueron geniales. Pero había pensado que podíamos hacer un vídeo más sobre el hecho de que en este Record Store Day contamos con una invitada especial. —Arquea las cejas.

—¿Yo? —pregunta Ari.

—¡Tú! —exclama Pru. Luego hace una pausa—. Vas a actuar, ¿verdad?

—Sí, por supuesto —confirma ella—. Aunque no sé si tendré mucho poder de convocatoria. ¿De verdad le importa a alguien mi actuación?

—Uhm..., ¿cuántas visualizaciones decías que tiene *Aguacero*? —pregunta Pru—. ¿Y cuántos suscriptores has conseguido en el último par de semanas?

—Los suscriptores no se convierten necesariamente en ventas. Ni siquiera en visitas.

—Pero actuar no puede hacer daño —sentencia Pru.

—Sí, vale, tienes razón. No me importa hacerlo —cede Ari—. Solo que no quiero que nadie acabe decepcionado. Pero... Uhm, espera un momento. —Se gira hacia mí—. Perdona, me estabas intentando decir algo antes y nos hemos despistado por completo.

—Nop —digo, y levanto ambas manos—. No era nada importante. Solo iba a preguntarte si, eh... Si habías hablado con Penny. Ha tenido... Uhm..., una idea. Para tu actuación de este fin de semana.

—¡Sí! —exclama Ari. Aprieta una mano sobre mi antebrazo y me mata despacio—. Hemos hablado hoy después de clase y ha tocado el solo en el que ha estado trabajando. ¡Creo que es perfecto! Estoy encantada de poder hacer esto con ella.

—Genial. Excelente. —Me aclaro la garganta—. Genial.

—Vale, entonces —dice Pru. Saca su móvil y pone la cámara, pero Quint se la quita al instante y empieza a retocar los ajustes—. ¿Sabes qué decir?

Ari aparta los ojos de mí.

—Supongo que sí. Algo como... «¡Venid a vernos a Ventures Vinyl en Fortuna Beach este sábado para celebrar el Record Store Day de este año! ¡Actuaré varias veces a lo largo del día y estoy impaciente por veros!».

—Te sale de manera innata —comenta Quint.

Pru está de acuerdo.

—Perfecto. Justo así, pero con más energía.

Ari se planta una sonrisa incandescente y levanta ambos pulgares.

—¡Estoy impaciente por veros! —casi grita esta vez.

—Aún mejor. Ahora lo grabaré de verdad.

—Esperad, una cosa más —les digo—. También deberías decirle a la gente que va a haber una sorpresa especial en Ventures este fin de semana. Sobre todo para tus fans.

Pru me lanza una mirada ceñuda.

—Precisamente estábamos hablando de su actuación, Jude. Estate atento.

—No me refiero a la actuación. Es otra cosa.

Ari me mira ladeando la cabeza.

—¿Qué sorpresa? —preguntan Pru y ella al unísono.

—Eh... —Miro de Ari a mi hermana y luego otra vez a Ari—. Es un secreto —digo con timidez.

—Jude —me advierte Pru.

—Confiad en mí. A la gente le va a encantar.

Aunque Pru se sigue mostrando escéptica, esto parece bastar para Ari. Le sonrío a la cámara y Quint hace la cuenta atrás antes de empezar a grabar.

Graban el vídeo seis veces antes de que Pru se muestre satisfecha con los temas tratados y el nivel de energía de Ari. Pru recupera su teléfono y empieza a editar el vídeo de inmediato... o a redactar una leyenda... o lo que sea... justo cuando llega nuestra comida.

—Aquí tenéis, mis hambrientos amigos —anuncia Carlos, y deposita una bandeja de nachos y una cesta de tostones delante de nosotros.

Todos le damos las gracias mientras Ari reparte los platos pequeños.

Pru alarga una mano hacia un nacho ahogado en queso y en el guacamole especial de la casa de Encanto, pero se detiene.

—Olvidaste pedirlos sin jalapeños.

—Eh, no —reconozco—. Sé que a Ari le gustan así. Y... a Quint también, ¿no? —Quint asiente, con un tostón ya en la boca—. Así que he pensado que tú y yo podíamos esquivarlos. Ya sabes, como personas mayores.

Ari se ríe como una niña. Pru no parece muy contenta, pero se sirve unos cuantos nachos en el plato de todos modos.

Empezamos a comer. Quint se dedica a contarnos una nueva iniciativa de *marketing* para el centro de rescate que Pru y él van a poner en marcha. Pru quiere hacer otra gala de recaudación de fondos al final del verano y convertirla en un evento anual. Comenta la posibilidad de que Ari cante su canción viral también ahí.

—Hablando de canciones virales —dice Quint, haciendo un gesto con la barbilla en dirección a Trish Roxby, la presentadora del karaoke, que acaba de entrar en el restaurante con un montón de trastos sobre una plataforma rodante. Carlos sale corriendo de detrás de la barra para ayudarla. Al instante, Trish empieza a hablar a toda velocidad y, cuando Carlos y ella pasan por nuestro lado, captamos fragmentos de su conversación: no sé qué drama sobre una primera cita terrible con un tipo que Trish conoció en una aplicación de citas. Carlos se ríe de la descripción extravagante que hace Trish..., pero hay algo forzado en el sonido.

Al principio creo que me estoy imaginando cosas, hasta que me doy cuenta de que los cuatro los estamos observando sin apartar la vista.

Despacio, Pru se vuelve para mirarnos, con los ojos entornados.

—Carlos sigue sin tener pareja, ¿verdad?

Ari suelta un grito de entusiasmo y se pone las manos en las mejillas.

—¡Está enamorado! —susurra con un gritito—. ¡De Trish!

La miro por el rabillo del ojo.

—¿No estabas *tú* enamorada de *él*? —Para ser sincero, ha pasado tanto tiempo desde que Ari nos contó lo que ella solía describir como su «amor de colegiala», que casi se me había olvidado.

Ari pone los ojos en blanco.

—Carlos es un hombre muy amable y muy apuesto, propietario, de un negocio y que sabe

cocinar. Por supuesto que estaba enamorada de él. Es probable que la mitad de la gente que entra aquí esté enamorada de él.

—Es probable —admite Pru, con un deje cantarín en su tono—, pero él no mira a la mitad de la gente que entra aquí como la está mirando a ella.

Volvemos a observar a Carlos y a Trish de un modo bastante grosero, pero ninguno de ellos parece darse cuenta; están demasiado absortos en la historia de Trish y en montar el equipo de karaoke. Luego Carlos casi se desvive por servirle algo de beber.

—¿Por qué no se limita a pedirle salir? —se pregunta Pru.

—No es tan fácil —contestamos al unísono Quint, Ari y yo.

Nos ponemos tensos y nos miramos los unos a los otros, como hacen las personas que sospechan que tal vez las hayan asimilado los Borg.

Pru parece debidamente espantada.

—La resistencia es inútil —susurro.

Me fulmina con la mirada, como hace con cada una de mis referencias frikis.

—Es un hombre hecho y derecho. Y un partidazo, como ha señalado Ari. Si ella le gusta...

—¡Hola, chicos, cuánto tiempo sin vernos!

Todos damos un respingo y nos giramos para saludar a Trish, que está de pie junto a nuestra mesa. Como se me da fatal fingir que no estaba hablando sobre alguien, me meto un nacho para evitar decir algo inconveniente.

De inmediato, Trish intenta convencer a Pru y a Ari para que canten esta noche. Ari dice que tiene un par de canciones en mente y... ¡Jodidos jalapeños, Batman! ¿Por qué me arde la boca?

Abro mucho los ojos y alargo la mano hacia mi bebida, pero la vuelco sin querer. Sprite y granadina y hielo ruedan por la mesa, directos a mi regazo. Doy un grito pero, atascado entre Pru y Ari, no puedo huir a ninguna parte.

—¡Lo siento! —exclamo y, sin pensarlo, agarro el vaso de Ari y doy un gran trago con la pajita. Eso alivia el ardor de mi boca, al menos un poco—. Estoy bien —farfullo medio atragantado, aferrándome a mis últimos jirones de dignidad mientras le devuelvo la bebida a Ari. Ahora no es más que hielo en su mayor parte, y hay una cereza al fondo, aún ensartada en su palillo.

Pru va sacando servilletas del dispensador y tirándomelas. Las acepto, tratando de parecer más agradecido que avergonzado.

—¿Jalapeño? —pregunta Ari.

—Sí —boqueo—. Aunque estoy seguro de que Carlos cambió ese por un chile fantasma.

Ari asiente y finge compadecerse de mí.

—Eso ha sido un truco muy malvado. —Después coge un nacho con *dos* jalapeños, se lo mete en la boca, lo mastica y se lo traga como si nada.

La miro boquiabierto.

—¿Tú tienes papilas gustativas o ya están todas incineradas? —Trato de secar mis pantalones mojados con el montón de servilletas. Sí, *así* tienes un aspecto estupendo. Bien jugado, Jude.

—¡Alegraos, porque la fiesta acaba de llegar!

Me estremezco. Un estremecimiento de cuerpo entero por el que me siento mal al instante. Espero que nadie se haya percatado.

Ezra se desliza en el asiento al lado de Ari, lo cual me deja justo en el centro de nuestro

grupo.

—Esto parece una celebración. ¿Cuál es la excusa? ¿Sabíais que dentro de poco es el Día Nacional de la Alfombra Mullida? Esa sí que es una fiesta que estoy dispuesto a apoyar. Oh, ¿puedo comerme tu cereza? —Le guiña un ojo a Ari con expresión sugerente y luego, sin esperar su respuesta, coge una cuchara, pesca la última cereza de su vaso y la retira del palillo con los dientes.

Y sí, puede que yo acabe de beber un trago del vaso de Ari sin preguntar, pero esto es diferente y, antes de darme cuenta, una ira ardiente está bullendo en mi pecho.

O tal vez sea todavía efecto del jalapeño.

—Celebremos —explica Ari— que es noche de karaoke. —Empuja hacia él la carpeta de canciones que nos ha dado Trish.

—¡Sí! ¡Perfecto! —exclama Ez, levantando ambas manos por encima de su cabeza—. Esta es la noche en que tú y yo hacemos historia. Ez y Escalante. Nuestro primer dueto, cariño.

Ari abre los ojos de par en par.

—¿Qué?

—Veamos lo que tienen. No te preocupes, encontraré una buena para nosotros.

Ari nos lanza una mirada aterrada a Pru y a mí y, dado que siempre que Ezra ha venido con nosotros a la noche de karaoke, ha cantado *I'm too sexy* o *Barbie girl*, no la culpo por estar un poco preocupada.

A las seis en punto, Trish toma el micrófono y da la bienvenida a todo el mundo. La noche de karaoke se ha estado celebrando desde hace suficiente tiempo como para que mucha gente sea habitual y repita semana tras semana, así que ya hay una lista considerable de personas esperando para actuar.

Oímos canciones de Sheryl Crow, Bon Jovi y The Weeknd antes de que Trish coja una tarjeta nueva y lea:

—¡Y los siguientes en actuar serán... Ez y Escalante!

—¿Qué? —pregunta Ari girándose hacia Ezra—. Ni siquiera sé qué canción has elegido. ¿Qué pasa si es una que no conozco?

Ezra suelta una risa burlona y le lanza una mirada de «sí, claro» mientras se levanta del asiento.

Ari profiere un ruidito enfadado con la garganta, pero le sigue de todos modos, alisando la suave tela a cuadros alrededor de sus caderas de camino al escenario. Ese pequeño movimiento hace que se me seque la boca. Alargo la mano hacia mi vaso e intento beber un trago antes de recordar que está vacío.

Empieza la canción; una breve introducción de percusión, un toque de un tambor de metal, y después letra de fondo: «*Aruba, Jamaica, ooh, I wanna takeya...*».

Kokomo, de los Beach Boys, una de las bandas favoritas de mi padre.

Ari le lanza a Ezra una mirada de incredulidad cuando empieza a cantar el primer verso. Ezra canta con gusto, pero cuando va por la tercera línea está claro que en realidad no conoce tan bien la canción. Tras poner los ojos en blanco, Ari da un paso adelante para salvarle. Ella sí se sabe la letra y afina a la perfección, aunque no se muestra tan animada como él. Ezra no tiene vergüenza alguna y baila alrededor de Ari, apoyando la espalda contra la de ella mientras continúan cantando sobre volar a una isla tropical, revolcarse en la arena, enamorarse...

Me están entrando ganas de vomitar.

Es imposible distinguir si Ari está incómoda o disfrutando de esto o simplemente tolerando las payasadas de Ezra. Y entonces, cuando se lanzan al estribillo final, sucede.

Ezra toma la mano de Ari y se deja caer sobre una rodilla delante de ella. Delante de *todo el mundo*.

Mi mundo se paraliza. Se inclina hacia un lado. Se tambalea.

—¡Oh, quiero llevarte... *al baile! ¡Al baile de fin de curso! ¡Por favor, vayamos al baile! ¡Araceli! ¡Escalante! ¡Ven al baile! ¡Conmigo! ¡Ezra! ¡La da da da da!*

Es obvio que, a estas alturas, lo está improvisando todo. Apenas canta al son de la música e ignora la letra de fondo. No importa que suene ridículo. El restaurante se convierte en una cacofonía de gritos, risas y silbidos, mientras Ezra Kent le pide a Ari que vaya al baile con él.

A Ari..., que parece sorprendida.

A Ari..., que parece perpleja.

A Ari..., que está empezando a sonreír.

—¿Jude?

Apenas oigo mi nombre con la sangre que ruge en mis oídos y el caos del puñado de desconocidos que animan al chico que acaba de pedirle salir a la chica de la que me he dado cuenta demasiado tarde que estoy enamorado.

Miro a mi hermana, que me está mirando a mí con el ceño fruncido.

—¿Estás bien?

—Sí. Genial —respondo con la voz tensa—. ¿Por qué?

En lugar de contestar, baja la vista hacia la servilleta en la mesa. O lo que solía ser una servilleta antes de que yo la haya hecho trizas sin darme cuenta.

Trago con fuerza y amontoño los trocitos para luego depositarlos en mi plato.

Ari y Ezra vuelven a nuestra mesa. Ezra ha pasado un brazo flojo por encima de los hombros de Ari. Sonríe de oreja a oreja como si acabase de ganar la lotería, porque... sí. Acaba de ganar la jodida lotería.

Ari también sonríe, pero su expresión es más nerviosa, más aturdida. Sus ojos se cruzan con los míos y se abren en un gesto de consternación absoluta. Una expresión de «¿te puedes creer lo que acaba de pasar?».

Me fuerzo a devolverle la sonrisa con los dientes apretados.

... Y así acaba nuestra leyenda del gran hechicero Jude.
Su corazón se rompió cuando en piedra se convirtió.
Quizás consiguiera la gloria, pero a la chica no consiguió.
Y se quedará ahí plantado para siempre... solo.



¡Regresamos victoriosos!

¡Y sedientos!



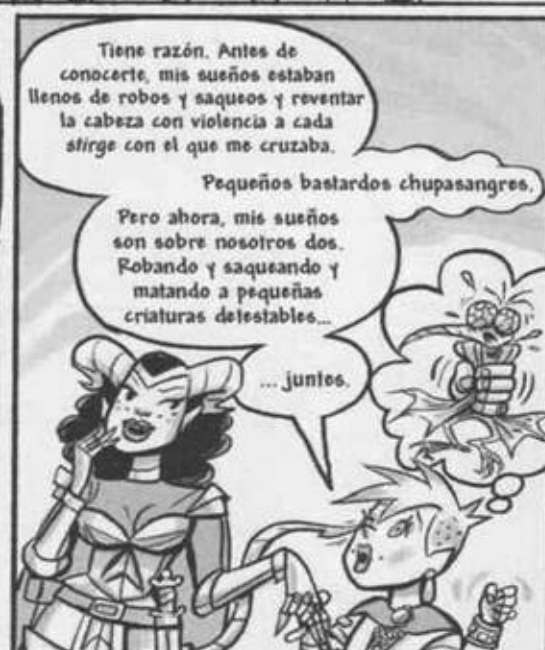
¡Te he echado de menos!
¡No sabía si volvería
a verte alguna vez!

Por favor. Una
pequeña maldición no podía
retenerme para siempre.



¡Posadero!
¡Una ronda de bebidas
para estos valientes
aventureros!

¡HURRAA!













CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

PERFECTO, MALDICIÓN DE LUNDYN TOUNE. TÚ GANAS. NO VOY A oponer más resistencia. ¿Qué me importa todo esto? Si a Ari puede gustarle Ezra Kent, de entre todas las personas posibles, entonces está claro que yo nunca tuve ninguna posibilidad. Él y yo no podemos ser más diferentes. Ezra se crece cuando es el centro de atención. Vive para los focos. Le encanta suscitar reacciones en la gente; suelen ser risas, pero creo que acepta cualquier cosa con tal de que no le ignoren. Confía en sí mismo y es extrovertido y no le importa lo que nadie piense de él.

Mientras que yo, antes de que todo esto sucediese, estaba contento de pasar inadvertido. De limitarme a sobrevivir al instituto y seguir mi camino.

Así que ya está. No necesito una buena suerte asombrosa. No necesito magia en la vida real. Y, desde luego, no necesito amor.

De hecho, por lo que se ve, lo único que necesito de verdad es... estudiar.

—Jude, Jude, Jude —dice la Sra. Andrews, y chasquea la lengua. Estoy de pie junto a su mesa, tratando de ignorar el hecho de que Maya, Matt, César y Pru se han detenido en el pasillo para esperarme, aunque la clase terminó hace dos minutos.

Una profunda humillación hormiguea por toda mi piel. Ningún profesor me había pedido antes que me quedase después de clase, y tampoco recuerdo que ningún profesor me mirase nunca con semejante cara de desilusión.

—No sé lo que te ha pasado este semestre —me dice, al tiempo que me entrega mi examen. Veo una D escrita en la parte superior—. ¿Hay algo de lo que te gustaría hablar?

Es una trampa.

—No.

Suspira, como si no hubiese esperado otra cosa, y me pregunto con qué frecuencia tiene alguna variante de esta conversación con sus alumnos, y con qué frecuencia todo lo que ellos quieren es esquivar sus preguntas y salir de allí.

—¿Estás seguro? —pregunta—. Porque sacaste una estupenda B+ el semestre pasado, y

estabas teniendo muy buenas notas en todos los exámenes al principio de este, pero estas últimas semanas... —Vacila un poco, sus ojos se deslizan hacia el pasillo. Sigo la dirección de su mirada y Maya me hace un gesto de ánimo con la mano. La Sra. Andrews se aclara la garganta—. Parece que te falta algo de concentración.

Eso es verdad, pero sé que es mejor no admitirlo.

—¿Puedo hacer algún trabajo extra o algo?

La Sra. Andrews suspira, decepcionada por que no esté dispuesto a hablar con ella de mis problemas.

—Muy bien —acepta, y agita una mano—. Cuatro páginas, a entregar el lunes.

Trago saliva. El Record Store Day es este fin de semana.

Aunque supongo que es lo que me merezco por holgazanear todo el semestre y por fiarme de la magia para mantener mis buenas notas.

—Genial —le digo—. Puedo hacerlo.

Las cosas no mejoran en Estadística, cuando las hojas de ejercicios que juro haber completado no están por ninguna parte y el Sr. Robles tiene que anotar que es la cuarta vez en dos semanas que entrego los deberes tarde. Si a eso le añades que la fastidié en el examen de ayer, para cuando llega la hora de comer lo único que quiero es ahogar mis penas en Doritos. Excepto que el Sr. Robles también me retiene después de clase para hablar de cómo están bajando mis notas y, cuando por fin llego a la cafetería, se ha acabado toda la comida excepto una ensalada César de aspecto chuchurrío y esos vomitivos vasitos de gelatina. Y para empeorar aún más las cosas, la estúpida máquina expendedora se traga dos dólares y me devuelve cero patatas.

—Tío, está estropeada —me grita Jackson al pasar por mi lado, cuando ya no sirve para nada salvo para dejarme como un tonto.

Con mi bandeja y mi muy patética ensalada, me dirijo hacia la mesa donde Maya y los otros ya casi han acabado de comer. Les lanzo una mirada nostálgica a Matt, César y Russell al pasar.

—Bonita camiseta —dice Katie, de esa manera suya que hace que un piropo suene como un insulto.

Bajo la vista hacia la camiseta que me regaló Penny por mi cumpleaños, con el logo del Hellfire Club, de la cuarta temporada de *Stranger Things*. Sé que estaba rebajada un sesenta por ciento en Hot Topic cuando Penny la compró, pero, aun así, visto que aún es demasiado pequeña para que mis padres le dejen ver el programa y no tiene ni idea de lo que es el Hellfire Club, pensé que era un regalo muy considerado.

Pero no soy un completo idiota. Sé que Katie no me está haciendo un cumplido. Esta es la primera vez en semanas que he venido a clase con lo que solía ser mi uniforme habitual: vaqueros, una camiseta y mis zapatillas de dragones pintadas a mano, cuyas suelas hemos arreglado de un modo bastante chapucero con la pistola de silicona de mi madre. La verdad es que había pensado que no se fijaría nadie.

Es evidente que me equivocaba.

—¿Gracias? —musito, instalándome en mi lugar habitual al lado de Maya.

—*Stranger Things* —continúa Katie— debe de ser como una película autobiográfica para ti, ¿no?

Parpadeo despacio. Después digo:

—Sí. Mis amigos y yo hemos matado a muchos demonios en el Mundo del Revés para evitar que se alimentasen de los ingenuos humanos en nuestra, por lo demás, idílica ciudad. —Hago una pausa. Luego añado—: De nada.

—Zasca —comenta Raúl—. Creo que Jude acaba de pegarte un buen corte, Katie.

Ella le fulmina con la mirada y yo bajo la vista de inmediato y empiezo a apuñalar la lechuga romana de mi plato y a fingir que no estoy rojo como un tomate. *Otra vez.*

—¿Un corte del friki con varita? —dice Katie—. Es difícil sentirse ofendida. —Su tono es de broma, pero la forma en que lo dice me indica que hace tiempo que tenía ese insulto preparado, aunque esté actuando como si no pretendiese ser ofensiva.

—Déjalo ya —interviene Maya, que se ha puesto seria de pronto.

Katie se echa hacia atrás en el banco.

—¿Qué pasa? Era una broma. —Contemplo mi comida casi intacta. Daría cualquier cosa por estar sentado en esa otra mesa ahora mismo...—. Lo que no entiendo es por qué Jude sigue aquí siquiera —dice Katie, y suelta un gran suspiro.

Levanto la cabeza a toda velocidad, deseando que esa pregunta no reflejase mis propios pensamientos. No sé cuántas veces me he preguntado esta semana qué estoy haciendo todavía en esta mesa. Maya y yo no salimos juntos. Nunca hemos llegado a salir juntos de verdad, y nunca lo haremos. Pero regresar a mi antigua mesa requeriría..., no sé. ¿Una explicación? ¿Una disculpa? Llamaría la atención, no solo de las personas de este grupo, sino de la mayor parte de nuestro curso, y sé que la gente pensaría en mí como en un cachorrito triste que se retira con el rabo entre las patas después de que la chica preciosa y popular lo rechace y... ¿Sabes qué? Esta metáfora era defectuosa desde el principio.

Lo que quiero decir es que... es más fácil seguir como hasta ahora.

O... lo era.

Y creía... Supongo que como el tonto que soy, creía que era bienvenido aquí.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunta Maya, con la voz cada vez más cortante.

—Vosotros dos no estáis saliendo —dice Katie, al tiempo que nos señala a ambos con su tenedor—. Él empezó a sentarse con nosotros porque te consiguió entradas para ese concierto, pero ¿ahora? Ni siquiera vais a ir juntos al baile de fin de curso. De hecho, tú vas a ir con ese... *hobbit*, o lo que sea.

—Se llama Noah —masculla Maya con los dientes apretados—, y es un mediano en nuestro juego.

Katie suelta una risa desdeñosa.

—Cierto. Vuestro *juego*. Lo que digo es que se ha terminado, Jude. —Su expresión se vuelve dramática y compasiva—. A Maya no le gustas. Está dispuesta a salir incluso con uno de tus amigos frikis, pero tú no eres lo bastante bueno. Es hora de que sigas adelante, antes de que todos sintamos más pena por ti de la que sentimos ya.

—¿En serio, Katie? —dice Maya—. ¡Jude es mi amigo! ¿Por qué tienes que ser así?

—No es tu amigo —la contradice Katie, y le dedica una mirada intensa, como si Maya fuese la que está siendo ridícula ahora mismo—. Es más como tu acosador. Lleva años obsesionado

contigo, todo el mundo lo sabe. Y para ser sincera, creo que es cruel la forma en que le estás dando cuerda.

—No me está... —empiezo, pero Katie continúa hablando.

—¿Alguna vez has visto los dibujos que hace de ti?

Se me comprime el pecho.

—¿Qué?

Katie me mira con suficiencia.

—Me siento detrás de ti en clase de español. He visto ese cómic. El hechicero que babea por la estatua que tanto se parece a ella. —Suelta una carcajada ronca—. Es *muy* retorcido.

—¿Te refieres a... este cómic? —dice una voz detrás de mí. Maya y yo nos damos media vuelta en el banco. Ni siquiera me había dado cuenta de que Tobey estaba allí, pero ha abierto mi mochila... y ahora tiene mi cuaderno en la mano y retrocede para ponerse fuera de mi alcance.

—¡Eh! —le grito. Me pongo en pie de un salto y vuelco mi bandeja de ensalada en mis prisas por levantarme. La lechuga y los picatostes vuelan por doquier, pero tengo los ojos clavados en Tobey, que corre para situarse al otro lado de la mesa. Está echando un vistazo a las páginas. Mis páginas. Mis dibujos.

La gente empieza a mirarnos.

Pero ¿qué se supone que debo hacer? ¿Suplicarle que me lo devuelva? ¿Saltar por encima de esta mesa y placarle?

—Devuélveselo, Tobey —dice Maya, que también se ha levantado—. ¿Qué tienes, cuatro años?

Tobey la ignora y abre los ojos como platos.

—Guau, ¿tú has dibujado esto? Eres muy bueno. ¡Es igualita a ella! —Gira la página para que todo el mundo pueda ver los dibujos de la estatua. De Maya, grácil y elegante y... Quizás Katie tenga razón. Quizás sí sea retorcido.

Se me hace un nudo en el estómago y, por alguna razón, estoy tentado de decirles que sigan leyendo. Que lleguen a la parte de Garra Rompepiedras, la luchadora tiflin. Esa es la Maya real, la que ninguno de los presentes conoce, aparte de mí.

Pero Tobey pasa las páginas sin fijarse en eso, mientras Janine se levanta para echar un vistazo.

—¡Oh, Dios mío! —chilla—. ¿Ese es Kyle, el del equipo de atletismo? Es *adorable*.

Hago una mueca y niego con la cabeza, incapaz de hablar. Por favor, que no metan a mis amigos en esto.

Y entonces...

—¡No es posible! —grita Janine—. ¡Ese es Ez! ¡Ah, esto es hilarante! ¿Y quién es esa?

—Oh la la. ¿Hola? Tía buena con guitarra —anuncia Tobey.

Mierda, mierda, mierda.

—Eh, déjame ver —dice Raúl. Se pone de pie y alarga la mano hacia el cuaderno.

—Sí, échale un ojo —dice Tobey dándoselo—. Tenemos un drama de primera clase en estas páginas, Jude. ¿Quién iba a decirlo?

Raúl, sin embargo, no mira el cómic. En cuanto lo tiene en la mano, lo cierra de golpe.

—¡Eh! —exclama Tobey, pero Raúl mantiene el cuaderno fuera de su alcance.

—Deja de portarte como un imbécil. —Se inclina sobre la mesa y me tiende el cuaderno,

pero tengo el corazón en la garganta y sé que mi cara está del color de la camisa de alguien que está a punto de morir en *Star Trek*, y no puedo moverme ni para cogerlo.

Maya lo hace por mí y prácticamente me lo planta en las manos.

—Gracias, Raúl —dice.

Yo hago un leve gesto de asentimiento, pues no confío en poder hablar. Después, sin mirar a nadie, doy media vuelta, me cuelgo la mochila de un hombro y me marchó de allí.

—¿Jude? —me llama Maya, pero no miro atrás.

Lo que quiero hacer es huir, literalmente *huir* de esta cafetería. Encontrar un armario de mantenimiento y esconderme hasta que suene la campana de última hora. Por un segundo, me planteo fingir que me encuentro mal para buscar refugio en la enfermería. ¿Sigue siendo cuento si vomito de verdad? Porque estoy casi seguro de que podría vomitar un poco ahora mismo.

En lugar de eso, mis instintos de supervivencia social se activan y busco refugio en el primer sitio que veo: mi antigua mesa, desde donde me observan Matt, César y Russell.

—¿Qué demonios? —dice César, echándose a un lado para hacerme hueco—. ¿De qué iba todo eso?

—No ha sido nada —digo con tono robótico. Tengo la mandíbula tan apretada que podría romperme un diente. Eso sí que acabaría conmigo en la enfermería, seguro.

Para mi alivio, mis amigos no insisten en que les dé explicaciones. Después de un breve silencio incómodo, se limitan a empezar a comer de nuevo y a hablar de si podrán permitirse ir a la ComicCon este año.

Hasta que, veinte segundos después, vuelven a callarse.

—¿Puedo sentarme con vosotros?

Giro la cabeza, pero no miro a Maya a los ojos.

—Uhm... Sí. Claro. Por supuesto.

Se desliza en el banco a mi lado.

—Siento muchísimo lo que ha pasado, Jude. Ha estado muy fuera de lugar.

—No es culpa tuya —digo en voz baja. Mis manos ya han dejado de temblar lo suficiente como para poder volver a guardar el cuaderno en mi mochila.

—Ya sé que no es culpa mía, pero nunca imaginé que se portarían como semejantes imbéciles. Sé que Katie puede ser... —Deja la palabra en el aire, sin pronunciarla—. Pero solía ser agradable, lo juro. No sé por qué actúa así a veces. Y Tobey... Bueno, él siempre ha sido un poco cretino, pero a Katie le gusta, así que le toleramos y... —Esa frase también la deja sin terminar.

—No pasa nada.

—No, sí que pasa. —Maya suspira, baja la voz—. ¿Tú y yo estamos bien?

Tardo un minuto en darme cuenta de que no habla solo del hecho de que sus amigos acaban de hacer piña en mi contra y han intentado humillarme. Está hablando de los dibujos. De la estatua, del pedestal. De las acusaciones, de que estoy obsesionado con ella, y ella está siendo cruel al darme esperanzas.

Fuerzo una pequeña sonrisa. Por fin la miro a los ojos.

—Sí. Estamos bien.

—¿Estos sitios están ocupados?

Levantamos la vista. Raúl, Serena y Brynn están de pie en un extremo de la mesa, con las

bandejas en las manos.

Los miro durante un momento largo, y luego vuelvo los ojos a mis amigos, que muestran expresiones confusas. Después los poso en Maya. Pero ella me está mirando a mí. Deja que lo decida yo.

¿Qué hay que decidir? Sí, algunas de las personas de esa mesa siempre me han irritado, pero estos tres pasan «la prueba del buen rollo», como diría Ez. Desde luego son más simpáticos que Katie y Tobey.

—No, sentaos —les digo.

—Pero estáis avisados —apunta Matt, mientras empiezan a instalarse—. En esta mesa hablamos de cosas frikis. Muy muy frikis.

—No pasa nada —declara Raúl—. Yo solía jugar a *Magic: The Gathering* los fines de semana, y ella —señala a Brynn con un pulgar— está obsesionada con *One Piece*.

Esa afirmación se queda flotando sobre todos nosotros, inesperada y trascendental.

—*Imposible* —murmura César. Me mira—. ¿Lo sabías?

Niego con la cabeza. Nunca habían mencionado nada de esto. No delante del resto del grupo, al menos.

—Qué extraño —dice César—. Me da la sensación de haber entrado en *Twilight Zone*, edición instituto.

—¿Y tú qué? —pregunta Russell, mirando a Serena con escepticismo.

Serena se encoge de hombros.

—No tengo ni idea de lo que estáis hablando. Pero quiero a Maya y no soporto a Tobey, aunque nunca he sentido que pudiera decir nada al respecto. Y, además... —mira a Matt de un modo que parece rayar en lo... ¿coqueto?—, siempre es agradable hacer nuevos amigos.

Matt tose y vuelca su gaseosa sin querer.

Nos reímos, pero sin ninguna maldad. Solo de un modo..., bueno, de un modo «esto es nuevo».

Brynn le tira a Matt un puñado de servilletas mientras Russell intenta explicarle a Serena lo que es *One Piece*; el resto de la mesa empieza a hablar, inevitablemente, del tema que parece haberse extendido por todo el instituto: el baile de fin de curso. Escucho sin demasiado interés cómo los que van a ir hacen planes de último minuto para la cena y el transporte y el *after*, que en realidad se reduce a pasar por un puesto nocturno de tacos y luego jugar a *Cartas Contra la Humanidad* en casa de Serena hasta que todos se queden dormidos. Nunca pensé que acudiría a fiestas en el instituto, pero eso no suena demasiado mal. Serena nos invita incluso a los que no vamos a ir al baile, lo cual podría ser tentador si no tuviese ya planeada una noche de depresión profunda.

Brynn le pregunta a Maya más cosas acerca de su cita, este «pícaro hilarante» del que todos han estado oyendo hablar tantísimo. Estoy casi seguro de que Maya ha empezado a sonrojarse, y le sonrío. Me siento realmente contento por Maya y Noah, y espero de todo corazón que se lo pasen en grande en su primera cita real.

—Oh, Jude, eso me recuerda algo —dice Maya—. No hago más que olvidar traerte tu dado. Lleva semanas en mi tocador. Intentaré acordarme de meterlo en la mochila cuando llegue a casa para poder devolvértelo antes de nuestra próxima sesión.

Frunzo el ceño.

—No, ya me lo devolviste. —Después de nuestra primera sesión de *D&D*, Maya fue a comprarse su propio juego de dados, así que no ha tenido que tomar prestado el mío nunca más.

—No me refiero al de resina con el que juegas —insiste—, sino a ese tan bonito. El D20. Ese que parece un rubí.

Contengo el aire. Todos los sonidos a mi alrededor se convierten en ruido blanco, y una incredulidad amortiguada trueno entre mis oídos.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Tienes mi... mi dado? ¿Mi dado rojo?

—Se te cayó en el festival. Lo recogí, pero estaban entregando los premios y no quería interrumpir, así que me lo guardé en el bolsillo y me olvidé de él por completo. —Sonríe, totalmente ajena a que esta revelación me ha sacudido hasta la médula.

Mi dado. Mi dado de la suerte.

—Sí. Sí, por favor —tartamudeo—. Me encantaría recuperarlo.



CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

—¡HAY GENTE FUERA! —GRITA PENNY, DANDO BOTECITOS emocionada—. ¡Gente de verdad! ¡Esperando! ¡En fila!

—Penny, respira —le dice Pru—. Antes de que empieces a hiperventilar.

Penny señala hacia la puerta de entrada.

—Pero ¿no es buena señal?

Lo es. De hecho, es una gran señal.

Llevamos en pie desde el amanecer para asegurarnos de que todo está en su sitio para el gran día. Pru ha llevado a cabo una cuenta atrás en las redes sociales, publicando los días, horas y minutos que faltaban hasta el Record Store Day, además de anunciar la actuación de «¡la premiada compositora local, Araceli Escalante!» y una «¡sorpresa especial!». También ha estado intentando que le dijera cuál era esa gran sorpresa en cada ocasión que ha tenido, pero me he negado a decirle nada.

Pru termina de repasar con nosotros las promociones del día y nos da instrucciones detalladas de cómo debemos proceder con los pedidos por adelantado de los productos que nunca llegaron. Nos aconseja también a animar a todo el mundo a suscribirse a nuestra lista de correo electrónico.

—Quint saldrá del centro hacia mediodía —nos informa, marcando casillas en una larguísima lista de cosas por hacer—, así que Lucy, te dejo a cargo de las fotos y los vídeos para las redes sociales hasta que llegue él.

—Me pongo a ello —responde Lucy.

—Mamá se encargará sobre todo de cambiar los discos, siempre que Ellie no le dé demasiada guerra.

—Yo puedo ayudar con Ellie —le digo—. Casi lo único que tengo que hacer es estar en la caja registradora.

—Cosa que, si tenemos suerte, te va a mantener *muy* ocupado —dice Pru.

Me encojo al oír la palabra que empieza por «S», pero asiento de todos modos.

—Si tenemos suerte.

Pru levanta la vista de sus notas.

—¿No deberíais estar todos apuntando esto?

—¿Y negarte el placer de mangonearnos durante el resto del día? —responde Lucy—. Nunca.

Pru empieza a fulminarla con la mirada, pero luego se detiene.

—Es verdad. ¿Cómo vamos de tiempo?

—Las puertas se abren en cinco minutos —dice papá.

La única persona que todavía falta, aún más importante que Quint, es la propia Ari. Va a traer a sus padres y a Abuela para que puedan verla actuar, pero con su artritis, Abuela no siempre se mueve superdeprisa, sobre todo si es por la mañana, así que Ari nos advirtió que quizás llegase un poco tarde.

No la he visto desde la noche del martes y ni siquiera nos hemos escrito mensajes. Pru mencionó algo de que estaba ocupada con los deberes esta semana, pero no puedo evitar preguntarme si me está evitando. ¿Leyó la verdad en mi rostro después de la proposición de Ezra? ¿Vio mi desolación? ¿Lo sabe?

Y si lo sabe y no me habla... Bueno, entonces supongo que eso responde a una pregunta.

Oímos unos cuantos gritos de entusiasmo en el exterior y Ari aparece al otro lado de la puerta de cristal, con Abuela agarrada de su brazo y sus padres detrás de ellas. Ari parece sorprendida al ver a tanta gente, que, sí, es obvio que ha venido por *ella*. Esboza una sonrisa tímida y saluda a los que están en la cola mientras Pru se apresura a dejarla entrar.

—Una sincronización perfecta —le dice—. Estábamos a punto de abrir. Papá, ¿quieres hacer los honores?

Mi padre sale a pronunciar un rápido discurso ante los que esperan y a darles la bienvenida al Record Store Day en Ventures Vinyl.

—¿Qué tal estás, Abuela? —pregunto, al tiempo que le llevo una silla para que se siente.

—Muy bien, Jude. —Sonríe cuando me agacho para darle un abrazo, pero hace un gesto para que retire la silla mientras recorre la tienda con la mirada—. Quiero echar un vistazo antes. Araceli me ha contado lo del precioso mural que pintaste, ¡y tenía razón! —Asiente con admiración hacia el escenario—. Muy sofisticado.

—Sí, salió fenomenal —confirma la madre de Ari con una sonrisa radiante—. La próxima vez que tenga a un cliente que quiera un mural personalizado para su casa, ya sé a quién llamar.

—Gracias, Sra. Escalante —digo, y me sonrojo. Hace años que los padres de Ari me dicen que puedo llamarlos David y Elena, pero nunca he conseguido llegar más allá de Sr. y Sra. Escalante. Envidio un poco a Pru. Ella ni siquiera dudó en empezar a llamarlos mamá y papá poco después de conocerlos, porque se convirtieron enseguida en un segundo par de padres para ella.

Mientras dan una vuelta por la tienda, mis ojos se encuentran con los de Ari. Lleva una chaqueta larga de ganchillo sobre un vestido rosa sin mangas y su abundante pelo trenzado a la espalda. Está preciosa.

Sin embargo, en cuanto ese pensamiento cruza mi mente, Ari se apresura a apartar la mirada.

Y ahí es cuando lo sé. Es verdad que me está evitando.

Se me cae el alma a los pies.

Pues ya está. Mostré sin querer mis sentimientos en la noche de karaoke y ella no siente lo

mismo, y no puedo creer que me permitiera albergar esperanzas ni por un segundo y... Ahora no tengo tiempo de gestionar este aluvión de emociones porque mi padre le ha dado la bienvenida a todo el mundo y ha abierto la puerta de par en par y está entrando una marea de clientes en la tienda.

Ocupo mi puesto detrás de la caja registradora, pero no llevo allí ni un minuto cuando Pru se acerca a mí con expresión ansiosa.

—Vale, Jude, tu turno.

Frunzo el ceño.

—¿Eh?

—Tu gran sorpresa —me dice, tamborileando con los dedos sobre el mostrador—. Eso que Ari prometió revelar hoy, aunque no tiene ni idea de lo que es. La gente está preguntando por ello.

—Oh. ¿Quieres decir... que lo vámos a hacer ahora? ¿Ahora mismo?

No se molesta en responder con palabras; se limita a lanzarme una de sus *miradas*.

Trago saliva. Sip, supongo que lo vamos a hacer ahora.

Hasta ayer por la tarde me había autoconvencido de que mi mala suerte impediría que los discos de Ari llegasen a tiempo, pero el camión de reparto llegó justo antes del cierre de la tienda con cuatro pesadas cajas.

Voy a la trastienda en busca de una y la llevo hasta el mostrador.

—Espero que sea algo bueno —dice Pru, y su tono tiene un deje de advertencia—. Diría que la mitad de los presentes han venido por Ari.

—Eso es increíble.

—Lo es. Pero también... —le lanza a la caja una mirada escéptica— tienen expectativas.

—No te preocupes, hermanita —la tranquilizo, abriendo la caja—. A la gente le va a encantar esto. —Sueno más confiado de lo que me siento.

—Eso espero —dice Pru—. ¿Vas a hacer el gran anuncio?

—¿Anuncio? —Hago una pausa, con las solapas de la caja a medio abrir.

—Sí. ¿Le vas a decir a la gente qué es la gran sorpresa? Visto que esto es más bien cosa tuya.

—¿Tengo que hacerlo? —En ningún momento había pensado que tendría que hacer un «anuncio». El objetivo de esto era hacer que los discos hablasen *por* mí, de alguna manera.

Sí, esta es mi forma de ayudar a la tienda, dado que nuestros productos no han llegado a tiempo, pero, más que eso, se suponía que iba a ser mi gran momento. Mi oportunidad para revelar algo especial a Ari. De tener algo *para* Ari.

Mi corazón, envuelto en un LP de vinilo.

Mi gran gesto tiene un sabor agridulce ahora, dada mi incapacidad para confesarle a Ari cómo me siento. Visto que va al baile de fin de curso con un chico que es lo opuesto a mí en todos los sentidos.

Pero aún quiero que tenga esto. Que le encante esto. Aunque como gran gesto romántico llegue tarde. Miro a nuestro alrededor por la tienda. La gente está rebuscando en los expositores y se sujeta camisetas de Ventures Vinyl contra el pecho para comprobar la talla. Mamá y papá se están mostrando de lo más sociables; les dan las gracias a todos por venir y les preguntan si necesitan ayuda para encontrar algo. Lucy parece estar haciendo un millón de fotos y vídeos, Penny ha desaparecido en la trastienda para hacer un último ensayo con su violín, y Ellie pasea de

un lado a otro con una bandeja, ofreciendo galletas a nuestros clientes. Ari está rodeada de gente que parece no poder dejar de hablar de su vídeo viral. Incluso la veo firmar algo... ¿Le están pidiendo *autógrafos*?

—Vale —musito para mis adentros mientras hago acopio de valor.

Agarro la caja del mostrador y la llevo al pequeño escenario, disculpándome con la gente que tiene que apretujarse contra las paredes de los estrechos pasillos para dejarme pasar. Cuando llego a la plataforma, dejo la caja junto a mis pies y enciendo el micrófono.

—Uhm... Hola —digo, con el corazón en la boca. Noto la presencia de Ari justo a un lado del escenario, del modo en que notas el sol sobre la piel en una tarde de verano. Solo que ahora es mi turno de evitar mirarla a ella—. Soy Jude. Trabajo aquí, y mis padres son los propietarios del establecimiento.

—¡*Vamos*, Jude! ¡Lo tienes controlado! —grita Lucy desde el fondo.

Me encojo un poco y la saludo con torpeza.

—Bueno, sé que muchos de vosotros habéis venido hoy para la actuación en directo de nuestra galardonada cantante y compositora particular: Araceli Escalante. —Me arriesgo a sostenerle la mirada. Ari me mira a su vez y pone los ojos en blanco, pero luego le lanza una sonrisa muy mona al público y enmarca su cara con las manos. Unas cuantas personas se ríen bajito—. Si habéis estado siguiéndola en las redes sociales, puede que también hayáis oído que hoy tenemos una sorpresa muy especial para sus fans.

—Yo no tengo fans —susurra Ari allí cerca.

—Sí que los tienes —la contradice Pru, que acaba de aparecer a su lado—. Acostúmbrate.

Me sudan las manos. Suelto el micrófono y, por instinto, me meto una mano en el bolsillo con la esperanza de que me dé valor. Un chequeo de carisma sería superútil ahora mismo.

Pero, por supuesto, no hay nada ahí. ¿Por qué, Dios mío, por qué lo no dejé todo ayer después de clase para correr a casa de Maya y recuperar mi dado?

—Pru tiene razón —digo, mirando a Ari—. Creo que ya habíamos establecido que, de hecho, yo soy tu mayor fan. —Hago una pausa y bajo la voz—. Siempre lo he sido. Siempre lo seré.

Ari se muerde el labio inferior.

—Razón por la cual —continúo, y miro al resto de los presentes—, quería hacer algo especial. Para Ari y para todos vosotros, que estáis empezando a enamoraros de esta chica... —Mis pulmones se atascan—. Que estáis empezando a enamoraros de *su música* tanto como yo.

La ansiedad comienza a apoderarse de mí y me doy cuenta de que tengo que terminar con esto y bajarme del escenario lo más deprisa posible.

—Así que hoy, mientras queden existencias, vamos a vender un álbum exclusivo que no encontraréis en ningún otro sitio. —Saco uno de la caja. No está envuelto en plástico (eso costaba más) y la cartulina de la carátula es un poco fina, pero... es real. Un disco de vinilo de verdad, con mis dibujos en la portada y el nombre de Ari impreso en la parte superior.

Lo sujeto en alto para que todo el mundo pueda verlo. Ari suelta un grito y se tapa la boca con las manos.

—Os presento *Aguacero*, el álbum debut de Araceli Escalante, que incluye ocho canciones escritas y grabadas por esta increíble artista. —Hago una pausa—. Y también dibujos hechos por mí —añado en voz más baja. Guiño un ojo y le tiendo el álbum a Ari—. Espero que te guste.

—Jude —murmura. Toma el disco y lo acuna entre sus manos. Estudia el dibujo: la barda

élfica actuando en el escenario de un festival de música moderno. Una risa callada escapa de su boca mientras desliza el pulgar por el dibujo. Le da la vuelta, estudia los dibujos, la lista de canciones, los créditos impresos en la parte inferior—. Esto es increíble.

Levanta la vista y unas lágrimas muy reales centellean en sus ojos, lo cual me hace apretar los brazos contra mi cuerpo y sentir que debería disculparme, aunque sé que son lágrimas de felicidad.

—Gracias —susurra.

Pru sube al escenario.

—Jude, esto es brillante —me felicita—. ¿Por qué no se me ha ocurrido a mí? —Entonces me empuja con discreción para que baje del escenario y toma posesión del micrófono—. El álbum debut exclusivo de Ari estará disponible en el mostrador para cualquiera que desee llevárselo a casa hoy. Y... ¿quizás Ari quiera firmarlos después de su actuación?

Mira a Ari, que se encoge de hombros.

—¿Supongo?

—Pero primero... —anuncia Pru—, empecemos esta fiesta con la actuación en directo de la canción viral de Ari, *Aguacero*, que cuenta con una invitada especial al violín, mi hermana pequeña... ¡Penny Barnett!



CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

APENAS OIGO LA PRESENTACIÓN DE ARI CUANDO SUBE AL escenario. Estoy mareado y aturdido mientras serpenteo entre la gente, impaciente por refugiarme otra vez detrás de la caja. Me siento más seguro allí, donde no tengo que dar discursos y nadie me mira y no tengo el corazón en la palma de la mano.

Deposito la caja de discos sobre el mostrador y mi padre me sorprende dándome un abrazo.

—¡Menuda idea más fantástica! —me dice, lo bastante bajo para no interrumpir a Ari en el escenario—. ¿Lo has organizado todo tú solo? —Saca uno de los discos de la caja y lo estudia con atención.

—¿Crees que le ha gustado? —farfullo.

Papá me lanza una mirada cómplice.

—¿Cómo podría no gustarle?

Respiro hondo, entonces alguien frente al mostrador pregunta si puede comprar dos copias y, así sin más, mientras toca los acordes de su primer gran éxito en el escenario, Ari hace su primera venta.

Completo dos ventas más en rápida sucesión, aunque la mayoría de nuestros clientes están mirando a Ari mientras canta. Penny espera justo al lado del escenario, con el violín en la mano. No parece nada nerviosa, lo cual me sorprende. Aunque es verdad que en sus recitales tampoco parece nerviosa, a pesar de que una vez me dijo que suda tanto antes de una actuación que siempre le preocupa que se le resbale el violín de las manos.

A lo mejor ese conjuro de *Encantamiento* que le comenté a Maya funciona de verdad.

Ojalá me funcionase a mí.

Cuando Ari se embarca en el segundo estribillo, el apretado nudo de mi pecho empieza por fin a deshacerse, y entonces soy capaz de mirarla y escucharla y sentir lo que siento por ella sin que un interminable bombardeo de preocupaciones nuble mis pensamientos.

En ese momento, sus ojos se cruzan con los míos y, por un breve segundo, el mundo se para y

pienso: «No puedo estar imaginándome esto».

Pero aparta la mirada otra vez, bajando la vista hacia su guitarra. Me duele el corazón. De pronto, la sala me parece agobiante. Demasiado abarrotada de gente. Demasiado caliente. Demasiado pequeña para todo lo que deseo y quiero, y... Tal vez tengo demasiado miedo de descubrir lo que sucederá si vuelvo a intentarlo.

Penny sube al escenario durante el puente y toca el solo de violín que ella misma ha compuesto mientras Ari toca con suavidad de fondo. Es precioso y perfecto, y el público la jalea cuando termina. Penny saluda y se retira mientras Ari canta el estribillo final.

La canción termina y las últimas notas se pierden en el silencio. El público estalla en aplausos entusiastas. Ari le hace un gesto a Penny y las dos hacen una reverencia.

—Gracias a Ventures Vinyl por dejarme formar parte de su Record Store Day, y gracias a Penny por unirse a mí en el escenario, y gracias en especial a Jude. —Ari me sonríe, una sonrisa beatífica e increíble—. Por hacer realidad uno de mis mayores sueños. Como ha dicho Pru antes, tenemos álbumes en venta, lo cual es... Guau. Así que... espero que los disfrutéis. Y volveré para cantar más canciones a lo largo del día. ¡Gracias!

Baja del escenario y les da un abrazo a sus padres, y entonces la tienda se sume en el caos. Algunas personas se dirigen hacia los cajones y los expositores y las estanterías otra vez, pero un montón de ellas vienen directas hacia el mostrador. Vendemos la primera caja entera en cuestión de minutos.

—¿Jude?

Doy media vuelta y casi tiro el cabezón de Jimi Hendrix que alguien está esperando para comprar.

—Ari —digo, sin aliento de repente—. Has estado...

No tengo ocasión de terminar antes de que sus brazos se cierren a mi alrededor. Pega la oreja a mi pecho. El aroma cítrico y floral de su champú cortocircuita mi cerebro.

—Gracias —dice—. Por los discos. Son increíbles. No puedo creer que hayas hecho esto por mí. Quiero decir..., y también por la tienda. Por supuesto.

Se echa hacia atrás y me sujeta los brazos, que cuelgan inertes a mi lado. Su sonrisa. Sus ojos. La forma en que me mira...

—Eso es todo —concluye con una risita, como si estuviese nerviosa—. Solo quería darte las gracias. No sabes lo que significa para mí.

—S... Sí. Sin problema.

Da un paso atrás y me resisto a la tentación de tirar de ella. De abrazarla. De enterrar una mano en su pelo. De decirle...

—¿Jude! ¡Guau, esto está fantástico!

Mi cuerpo se tensa. Ari y yo miramos hacia la entrada para constatar que han llegado Quint y Ezra. Quint releva encantado a Lucy en las tareas de fotografía, y Lucy no pierde ni un instante en coger la última galleta de la bandeja, una vez que ha cumplido con sus obligaciones profesionales.

—Bueno —dice Ari, dando botecitos sobre las puntas de los pies—. Creo que Pru quiere que firme los discos que está comprando la gente. Lo cual es *raro*.

—Es duro ser famosa —le digo, y ella se ríe mientras se dirige hacia la mesa de firmas que Pru no ha perdido ni un instante en montar. Mis ojos vuelan de ella a Ezra, y se me hace un nudo

en el estómago mientras espero a ver cómo se saludan. Un abrazo o... *Por favor*, que no sea un beso. Pero Ezra se limita a guiñarle un ojo y señalarla con un dedo en un gesto de flirteo antes de que el público cierre filas alrededor de Ari y la separe del resto de nosotros.

La segunda caja de discos se termina enseguida, y a Pru se le ocurre apartar algunos para Ari y su familia y, por supuesto, para nosotros. Entonces a mi padre se le ocurre poner el álbum en el tocadiscos para que podamos escucharlo todos juntos.

—Es la reproducción inaugural —dice al bajar la aguja—. Creo que oficialmente podemos llamarlo mi nuevo álbum de la suerte.

Sé que lo dice con buena intención, pero el recordatorio del disco perdido de *London Town* me hace encogerme con una culpa renovada.

No logro mirar a Ari, que está firmando los discos tan deprisa como la gente los está comprando. Su voz empieza a sonar por los altavoces: el primer verso de *Seaglass*, una de sus primeras canciones, que siempre ha sido una de mis favoritas.

—Esto es de lo más surrealista —dice Ari en voz alta, con el asombro y la felicidad mezclados en su voz.

Y es genial, de momento. A la gente le está encantando Ari y también Ventures Vinyl, y la sonrisa de mi padre es la más grande que he visto nunca, y completos desconocidos se acercan a la familia de Ari y comentan lo orgullosos que deben de estar, y Ari está radiante por toda esa atención, y está bien esto que he hecho. Está muy bien. No sé si ha transmitido el mensaje que deseaba, pero no importa. Ha ayudado a la tienda y he hecho realidad uno de los sueños de Ari y, por el momento, eso es suficiente.

Pero entonces...

Entonces...

—Oh —dice la mujer que está abriendo su cartera para pagar el disco de Ari y unos cuantos más.

Tardo un momento en oírlo.

Todo mi cuerpo se queda paralizado.

No.

El disco está rayado. La voz angelical de Ari se atasca en un bucle entrecortado, repitiendo el mismo verso una y otra y otra y otra y otra vez...

Pero... Pero si está *nuevo a estrenar*.

Mi padre lo para.

—Qué rabia —comenta, e inspecciona las oscuras ranuras. Utiliza un cepillo especial para asegurarse de que no hay polvo atrapado en el vinilo y lo pone otra vez.

Vuelve a ocurrir lo mismo.

Esto no puede estar pasando.

—Será una coincidencia, estoy seguro —dice mi padre. Quita ese disco y lo sustituye por otro de los de Ari. Otro álbum directo de su funda—. Ocurre a veces en el proceso de fabricación.

Lo pone desde el inicio, pero sé, sé que no ha sido una coincidencia. Lo siento en lo más profundo de mi ser.

Se queda atascado otra vez, en el mismo punto exacto, y eso lo confirma.

La bilis trepa por mi garganta mientras miro la caja de álbumes sin vender. La gente que hace cola está frunciendo el ceño con expresión dubitativa. Algunos de los que ya han hecho sus

compras tienen el recibo en la mano e intercambian miradas, como si no estuviesen seguros de qué hacer.

Creía que había hecho realidad el sueño de Ari, pero me equivocaba. Están rayados. Los discos están defectuosos. Todos y cada uno de ellos.

Cierro los ojos y me derrumbo. ¿Para qué me habré molestado siquiera?

Esto es espantoso.

Terrible.

No tengo ninguna suerte en nada.

—¿Jude?

Me estremezco al levantar la vista. Ari me está mirando, con una mano sobre una caja de discos medio vacía.

—Lo siento —murmuro—. Debe de haber habido algún error en el proceso de producción. Puedo... —Trago saliva—. Puedo ponerme en contacto con la empresa. Pedirles que los vuelvan a hacer o... no sé. Pero estos... —Mi voz se vuelve pastosa y húmeda y, *maldita sea*, no quiero echarme a llorar por esto. Claro que no es por el disco, en realidad no. Es por el sueño de Ari y por mi último intento de demostrarle a esta maldición que no va a gobernar mi vida. Pero eso no puedo decirlo. Nadie lo entendería—. Son defectuosos. Lo siento, Ari.

—No es culpa tuya. Jude..., este sigue siendo el mejor regalo que me han hecho nunca.

Le sonrío, pero es una sonrisa débil, efímera, y ahora mismo daría cualquier cosa por poder arrojar sobre mí un conjuro de *Invisibilidad*.

—Bueno..., esto es una pena —empieza mi padre, dirigiéndose a nuestros clientes—. Por desgracia, parece que los discos que hemos recibido están dañados. —Por un momento, parece estupefacto, sin saber muy bien qué hacer. Me mira. No es que parezca decepcionado, pero sí preocupado. Suspira y esboza una sonrisa forzada—. Como es obvio, le devolveremos el dinero a todo el que quiera devolver su disco.

Se oye un coro de refunfuños desilusionados. Muchas de las personas que hacían cola la abandonan.

Papá me da una palmada en la espalda.

—En cualquier caso, ha sido una idea muy bonita, Jude —me dice en voz baja.

Después vuelve al tocadiscos y retira el álbum de Ari.

Aprieto tanto la mandíbula que me duele y juro que, en alguna parte, la maldición de Lundyn Toune se está riendo de mí.



CAPÍTULO CUARENTA

SOBRA DECIR QUE EL RECORD STORE DAY FUE UNA DECEPCIÓN.

Quiero decir, no fue tan mal. Ari actuó varias veces a lo largo del día y sonó asombrosa. Su dueto con Penny fue el punto álgido, desde luego. Y en cuanto a las ventas, es probable que siguiera siendo nuestro mejor día del año, pero no fue lo que esperábamos.

Mis padres no dicen nada al respecto, pero lo veo en sus caras. Las arrugas cada vez más profundas alrededor de los ojos de mi padre. Los labios apretados de mi madre. Las miradas que intercambian cuando creen que no los miramos.

¿Por qué, Dios mío, por qué no se me ocurrió comprar boletos de rasca y gana *antes* de que la suerte me diese la espalda? Eso es lo que hubiese hecho cualquier persona normal, ¿no? O podría haberles dado a mis padres una serie de números para que ellos fuesen a comprarla. ¿Qué tipo de perdedor recibe el don de una buena suerte infalible y decide desperdiciarlo en enviar dibujos a una revista y en conseguir unas entradas para el concierto de un cantante que ni siquiera le gusta?

Esas son las preguntas que me acosan cuando llego a casa. Pru está arriba, preparándose para el baile, y sé que debería ir a hablar con ella, desearle que lo pase bien y todo eso, pero he estado de mal humor desde que descubrimos que los discos de Ari estaban defectuosos, y mi ánimo no ha mejorado con el tiempo. Así que me voy a mi cuarto y me dejo caer en la silla de mi escritorio. Procedo a mirar con tristeza mi cuaderno de dibujo cerrado.

Al menos no estropecé las cosas con Ari, a pesar de todas mis oportunidades. Porque si hubiese conseguido decirle cómo me siento, estoy seguro de que hubiese sido desastroso, igual que todo lo demás. Está muy claro que no puedo estar enamorado de una chica sin convertirme en alguien tonto y torpe. Por lo menos así no he arruinado nuestra amistad.

Eso está bien.

Muy bien, en realidad.

Y, si pudiese convencerme de eso, a lo mejor dejaría de sentir esta abrumadora sensación de

impotencia. A lo mejor dejaría de sentir que lo he estropeado todo.

Estoy regodeándome bastante en mi miseria (podría quedarme en esta ciénaga de autocompasión hasta que me provocase gangrena) cuando llaman a la puerta de mi habitación.

—Pasa —musito sin entusiasmo alguno.

—¡Jude! —Levanto la vista, sorprendido de ver a Pru bajar trotando las escaleras enfundada en un vestido turquesa que le llega a las rodillas. Remetida debajo de un brazo lleva su amada agenda, y parte de mí se pregunta si planea ir con ella al baile—. Tenemos que hacer control de daños —anuncia. Se sienta en el borde de mi cama y abre la agenda.

—Estás muy guapa, hermanita. ¿No te tienes que ir?

—Quint está de camino. No te distraigas. El Record Store Day ha sido un fiasco en cuanto a beneficios, pero el lado positivo es que hemos conseguido gran atención de los medios. Si logramos anunciar a bombo y platillo nuestras próximas promociones a medida que nos acercamos a la temporada alta, puede que tengamos alguna oportunidad.

Intento sonreírle, pero el resultado es enclenque en el mejor de los casos. No tengo ánimos de decirle que soy la última persona a la que debe pedir ayuda. Yo solo arruinaré todo lo que toque.

—Pru, ¿podemos hablar de esto mañana? Estoy cansado y tú tienes un baile al que asistir.

Me fulmina con la mirada.

—No. Tenemos que subir algo a las redes de Ari de inmediato. El disco fue una idea extraordinaria, y sé que la gente está decepcionada por el defecto, pero creo que aún podemos darle la vuelta esto a nuestro favor.

Mi boca se curva, solo un poco.

—«Darle la vuelta». Esa es buena.

Me lanza una mirada ceñuda y me doy cuenta de que no trataba de hacer un juego de palabras. Luego sacude la cabeza, irritada.

—Les explicaremos que hubo un error en el proceso de producción y que vamos a hacer que lo arreglen. Podemos empezar a aceptar pedidos para la siguiente remesa. Supongo que Ari todavía puede seguir asociada a Ventures para vender a través de la página web de la tienda, de modo que podamos compartir...

—Pru. —Levanta la vista de sus notas—. Mañana. Por favor.

Abre la boca. Vacila un instante. Me mira durante un momento largo e incómodo. Uno de esos momentos de telepática entre mellizos que me hace sentir como un bicho bajo un microscopio.

—Dime qué te pasa.

—¿Qué? No me pasa nada.

—¿Es por Maya?

Dudo un poco.

—Sí. Supongo.

Pru vuelve a enganchar el bolígrafo en la agenda y la cierra. La deja en su regazo y me mira a la cara.

—Mentiroso.

Resoplo con desdén.

—No puedes leer mentes, Pru.

—*Por favor.* Tú crees en la conexión psíquica de los mellizos tanto como yo.

Desearía poder rebatirle esa afirmación, pero no puedo. Jamás olvidaré el día en que me torcí el tobillo en el patio del colegio y Pru, que había estado ayudando a una profesora a limpiar las pizarras blancas, llegó a la enfermería incluso antes que yo. La enfermera le preguntó si había visto cómo ocurría por la ventana, pero Pru negó con la cabeza y dijo que simplemente lo... había sabido.

En ocasiones, tener un mellizo es raro.

—¿Entonces? —insiste Pru.

—¿Entonces qué?

Con un suspiro, Pru cruza los brazos delante del pecho.

—Sé que estás igual de preocupado por la tienda que yo. Sé que quieres ayudar. Así que, ¿por qué me estás mirando como si tuvieses algo mejor que hacer ahora mismo, cuando lo único en lo que tienes que pensar es en ese trabajo sobre *El gran Gatsby*?

La miro con cara de pocos amigos.

—Sí que tengo otras cosas en las que pensar. Y, para tu información, intenté ayudar a la tienda y no funcionó, así que, ¿sabes qué? Me doy por vencido. Todo depende de ti ahora. Buena suerte.

Parece realmente disgustada cuando deja la agenda a su lado.

—Lo pillo. Que esos discos estuviesen rayados es una gran decepción. Pero no puedes darte por vencido y ya está.

—Me encanta cuando me dices que no puedo hacer algo. Me dan ganas de intentarlo con más ahínco.

Pru frunce el ceño. No le ha hecho gracia mi comentario.

—El defecto de esos discos no fue culpa tuya.

Apoyo el codo en la mesa y me masajeo la frente.

—Pru. En serio. Vete al baile. Diviértete. Hablaremos de ello más adelante.

Oigo cómo tamborilea con los dedos contra la tapa de la agenda. Imagino que puedo oír los engranajes de su cerebro dar vueltas y vueltas. Entonces...

—Podrías venir con nosotros, ¿sabes?

Le lanzo una mirada contrariada.

—Sí. Claro.

—Hablo en serio. Tú, yo, Quint, Ezra..., Ari. Será divertido. Niego con la cabeza.

—No me apetece.

—Ya. —Mordisquea la tapa del bolígrafo—. Debe de haber sido mucho trabajo, montar esos discos. No solo la lista de canciones, también los dibujos. Y pasaste un montón de tiempo editando el vídeo de la canción. Apuesto a que tenías muchas ganas de que fuese... especial. Unas sirenas de alarma se disparan en mi cabeza.

—¿Adónde quieres ir a parar?

Pru no responde. Se limita a esperar.

Aprieto la mandíbula y aparto la mirada.

—Jude —dice Pru con tal suavidad que hago una mueca—. ¿Qué quieres que diga?

Otro silencio.

Después...

—Santo cielo —murmura—. ¿De verdad?

—¿De verdad qué? —le espeto, cortante.

—¡Jude! —Habla más alto ahora, casi gritando—. ¿Ari? ¿Estás de broma?

La miro, irritado, y me planteo negarlo. Pero... ¿para qué?

Así que, en lugar de eso, la señalo con un dedo.

—Si le dices una sola palabra, te echaré la maldición del programa de Spiderman de Broadway, lo juro.

—Espera —dice, levantando las manos como para aplacarme—. ¿Ari y tú estáis...? —Sube y baja las cejas en un gesto sugerente.

—No. No. No hay ningún «Ari y yo». Va a ir al baile con Ezra. La expresión de Pru se viene abajo.

—Oh. Es verdad.

—Sí. *Ese* pequeño detalle. Yo soy solo el perdedor que se dio cuenta demasiado tarde de que podía estar enamorado de su mejor amiga. —Pru suelta un grito y se planta una mano delante de la boca. Me arrepiento de inmediato. No había tenido la intención de decir *esas* palabras—. Eso no era... No quería decir...

—¡Joder, es imposible! ¿Desde cuándo?

Suelto un gemido y me levanto de la silla.

—No lo sé —mascullo, y empiezo a caminar por el cuarto—. Puede que desde hace mucho. Pero se suponía que estaba colado por Maya, ¿no?

Pru asiente, inclinándose hacia delante.

—Eso es indiscutible. Continúa.

—Creo que me había autoconvencido de que Maya era la única chica por la que podía sentir esas cosas, así que no presté atención a mis sentimientos y, luego, en cuanto me di cuenta de que Maya no era la indicada para mí... —Dejo de andar y abro las manos delante de mí—. Es como... Era superobvio. Era Ari, desde el principio, y yo simplemente no... no pude...

—Guau —murmura Pru—. Siempre me lo había preguntado, pero..., con tu obsesión por Maya, pensé que me lo estaba imaginando.

—¿Lo notaste?

—En cierto modo. Siempre me ha dado la impresión de que Ari y tú teníais algo especial. —Lo piensa durante un momento antes de continuar—. Eres diferente cuando estás con ella. Estás más relajado que con cualquier otra persona. Y Ari nunca me ha dicho nada a las claras, a lo mejor porque eres mi hermano, pero juro que, a veces, la forma en que te mira...

Mi corazón da una sacudida.

—¿A qué te refieres con la forma en que me mira?

—Como si fueses..., no sé. Esto suena muy cursi, pero como si fueses su caballero de reluciente armadura o algo así. Como la primera vez que cantó *Aguacero* en la noche de micro abierto. O cuando has sacado esos discos hoy. Casi podía ver corazones en sus ojos. Y también..., ya sabes. Todas esas canciones que ha escrito.

Mi pulso se acelera.

—¿Qué pasa con sus canciones?

—Bueno, esto no lo sé, pero a veces me he preguntado sobre todas esas letras de amor no correspondido y cómo el chico siempre parece estar colado por otra. —Se encoge de hombros—. A lo mejor estaba pensando en ti.

Mi cabeza da vueltas como loca. Quiero decir, lo había pensado alguna vez. Me lo había preguntado. Pero oír a otra persona decir que es una posibilidad..., oír a Pru decir que es una posibilidad... La práctica y sensata Pru, que conoce a Ari mejor que nadie.

Me hace planteármelo otra vez. Me hace tener *esperanza*.

Pru ladea la cabeza.

—Entonces..., ¿se lo vas a decir?

—Lo he intentado —respondo, y me dejo caer a su lado en la cama—. Pero no puedo hacerlo. No soy como tú, Pru.

Levanta una rodilla para apoyarla en la colcha y poder mirarme.

—¿A qué te refieres con que no eres como yo?

Hago un gesto hacia ella con la mano. Vestido elegante, pintalabios llamativo, una agenda llena de grandes ideas que no solo comparte con la gente, sino que les *fuertza* a seguir.

—Sin miedo a correr riesgos. Sin miedo a dar la cara, a ir a por algo cuando lo quieres. Pero ¿yo? Me contento con quedarme en segundo plano. Donde nadie te mira ni te critica y donde seguro que nadie te rechaza nunca. —Aspiro una bocanada de aire temblorosa, luego cierro la boca y trago saliva—. Maya no iba a rechazarme nunca, porque no pensaba darle esa oportunidad jamás. Y con Ari es mil veces peor... porque lo quiero mil veces más.

Pru me observa durante un momento largo mientras lo asimila.

—Pero ¿dices que lo has intentado? —pregunta por fin—. ¿Has intentado decirle cómo te sientes?

—Sí. O sea. Más o menos. Pero haga lo que haga, las cosas se enredan, y al final lo fastidiaré todo. Hace un mes, quizás... Pero ahora todo lo que toco se convierte en mierda de goblin, y no puedo arriesgarme a eso. No con Ari.

—¿A qué te refieres? ¿En qué eran las cosas diferentes hace un mes?

—Entonces tenía *suerte*. —Al ver la expresión escéptica de Pru, agito una mano—. Sé cómo va a sonar esto, Pru, pero... creo que estoy maldito. La maldición de Lundy Toune.

Me mira con tal intensidad que creo que está intentando utilizar sus poderes psíquicos de mellizos otra vez.

—¿El álbum de los Wings? —pregunta al cabo de unos segundos.

—No. —Suspiro—. No exactamente. Hay un templo en nuestra campaña. El templo de Lundy Toune. Está maldito, y si alguien intenta romper la maldición pero no es digno, acaba también maldito. Y... —Levanto la vista hacia el techo—. Y creo que yo estoy maldito. Al principio, me estaban pasando un montón de cosas buenas. Lo de las entradas del concierto y los lanzamientos de moneda en clase. ¿Te acuerdas? Era intocable. Pero entonces perdí mi dado de la suerte y después de eso... todo se puso en mi contra. Y ahora parece que no voy a volver a tener suerte en nada en toda mi vida.

—Espera, espera —dice Pru—. ¿Qué dado de la suerte?

—Ya sabes, el que encontré en la tienda. La noche de micro abierto. La misma noche en que descubrimos el póster con el autógrafo de Paul McCartney.

—Vale —dice Pru—. O sea, que el dado es de un templo imaginario que lleva el mismo nombre que el álbum de los Wings y te ha lanzado una maldición.

—Repito, sé cómo suena —le digo, con una mirada de advertencia—. Pero tienes que reconocer que ha habido muchas coincidencias extrañas en los últimos tiempos y...

—No, no, lo pilló —dice Pru, que me mira con intensidad—. El álbum de McCartney. Intervenciones raras del universo. Una buena suerte repentina que se convierte en una mala suerte repentina. Estoy de acuerdo contigo.

Suelto una carcajada amarga.

—Ni siquiera yo estoy seguro de estar de acuerdo conmigo mismo.

Pru esboza una leve sonrisa.

—Bueno, pues yo sí.

En lo alto de las escaleras, la puerta de mi cuarto se abre con un suave chirrido.

—¡Pru! —grita Ellie—. ¡Ha llegado Quint!

—Ahora mismo voy —contesta Pru.

Me siento y echo los hombros hacia atrás.

—Ve. Estoy bien. De verdad.

Pru niega con la cabeza.

—Cuéntame más cosas sobre ese templo.

—Pru. Tu cita está esperando.

—Estará bien. Maldición. Templo. Dale.

Levanto las manos por los aires.

—No lo sé. Es un... templo. Unas ruinas. En medio de la nada. Y hay una estatua, y si la estatua decide que eres digno de su bendición, entonces recibes cinco puntos extra en todas las tiradas de destreza hasta el final de la campaña.

Pru frunce el ceño y agito una mano hacia ella.

—Suerte —aclaró—. Te da muy buena suerte. Pero, si te encuentra indigno, entonces te maldice.

—¿Cómo decide si alguien es digno o no?

Me río con sarcasmo.

—Eso es lo irónico. En realidad, no es decisión suya.

Estaba muy orgulloso de esto cuando se me ocurrió, hace meses, mientras dilucidaba las reglas para esta campaña. Toda la mecánica se perdió un poco en medio de mi proposición para ir al baile con Maya y su rechazo subsiguiente, así que nunca he tenido la oportunidad de explicársela al grupo, a pesar de lo ingenioso que me sentí.

—Hay una gema, ¿vale? El Diamante Escarlata. Y todo el mundo cree que es la clave para hacerte con la magia del templo, pero en realidad la manera de conseguir la bendición del templo es destruirla, porque eso le demuestra a la doncella que *no necesitas* la magia. Que eres lo bastante bueno tal y como eres. Así que..., al destruir la gema, demuestras que eres digno. Y por lo tanto...

—Por lo tanto, te ganas la magia —termina Pru por mí.

—Básicamente. —Echo un vistazo a las escaleras—. Quint se va a...

—Estará bien —repite—. Lo más probable es que ya esté jugando a Mario Kart con Penny. Pero solo escúchate por un segundo, Jude. O... escúchame a mí repetir tus palabras. —Levanta ambos dedos índices, como si eso fuese a ayudarme a concentrarme en la cosa tan importante que está a punto de decir—. «No necesitas la magia» —dice, pronunciando cada palabra con gran claridad—. «Eres lo bastante bueno tal y como eres».

—Oh, Dios —musito—. No pretendía convertir esto en una sesión de terapia.

—Bueno, pues *es* una sesión de terapia. De nada —responde con firmeza—. Lo digo en serio, Jude. Tú eres el que está intentando convencerme de que ha sido maldecido por no sé qué templo ficticio. Y al mismo tiempo me has explicado cómo puede una persona romper la maldición, literalmente. —Alarga una mano hacia mi hombro y me sacude un poco—. Creyendo que Tú. Eres. Digno. Sin la magia. Que le den a la bendición y que le den a la maldición. Jude, si de verdad crees que todas estas extrañas coincidencias se deben a esto, entonces me parece que tienes algo que demostrar. No a ninguna maldición ni a ningún templo, sino a ti mismo.

Espero hasta estar seguro de que ha terminado de hablar.

—Gran charla motivadora —le digo, inexpresivo—. Me has inspirado muchísimo. Gracias, Prudence. Has solucionado todos mis problemas. Ahora márchate, por favor, y disfruta de tu noche sabiendo que has arreglado mi vida.

Menuda mirada me lanza entonces. Oh, menuda mirada. A veces pienso que mi hermana melliza podría ser la jefa de una de mis mazmorras.

Me alejo de ella despacio.

—Ya está —declara, al tiempo que se pone en pie—. Vas a venir esta noche.

La miro boquiabierto.

—¿Qué?

—Vas a venir. Ponte otra camiseta, o una camisa. Algo con cuello.

Bajo la vista hacia mi camiseta de Ventures Vinyl. La vuelvo a levantar hacia mi hermana.

—¿Qué?

Señala con un dedo hacia mi armario.

—Cámbiate. Nos vamos.

—No voy a ir al baile.

—Sí que vas a ir.

—¿Por qué?

—¡Porque estás enamorado de Ari y tienes que decírselo!

La miro igual de boquiabierto que antes.

Pru se planta las manos en las caderas, decidida.

El silencio es denso. Tan denso como el mutágeno de las Tortugas Ninja.

Lllaman a mi puerta y, un segundo después, Quint baja las escaleras vestido de esmoquin.

—Hey —dice. Se detiene y registra la tensión que casi puede cortarse entre Pru y yo—. ¿Qué pasa?

Pru se yergue en toda su altura y cruza los brazos delante del pecho.

—Jude está...

—Ni se te ocurra —la advierto.

Pru vacila un instante, con cara de pocos amigos.

Quint nos mira por turnos, y percibo que desearía haberse quedado arriba.

Mi hermana suelta el aire de golpe por la nariz, luego se le iluminan los ojos y se vuelve hacia Quint.

—Imagina esto. Estás locamente enamorado de una chica que no tiene ni idea de lo que sientes por ella.

Me trago un gemido, pero Quint se limita a asentir.

—Sí, recuerdo esos días —dice.

Pru hace una pausa, azorada de pronto. Incluso empieza a sonrojarse y, a diferencia de mí, ella no es propensa al sonrojo.

—Buscaos un sitio privado —musito.

Pru hace caso omiso de mi comentario.

—Y tienes que demostrarle, de alguna manera, que eres digno de ella.

—No —la interrumpo—. No digno de *ella*. Digno de... —Agito mis manos como un idiota—. De nada. De todo.

—La magia —aclara Pru. Chasquea los dedos y me señala—. ¿No?

—La magia no existe —declaro con firmeza, en contra de todo lo que he sentido durante una eternidad.

—Discrepo. La magia sí que existe —afirma Pru, lo cual es como la cosa menos propia de ella que le he oído decir en la vida. Se vuelve hacia Quint—. Bueno, ¿cómo lo haces?

—¿Cómo demuestro que soy digno de... la magia? —pregunta, y se nota que le está costando seguirnos—. ¿O de amor?

La verdad es que, a estas alturas, creo que todos estamos teniendo problemas para seguir la conversación. Yo seguro que los estoy teniendo. ¿A ti qué tal te va? Aguantas, ¿no? Te estarás preguntando sobre todas esas cosas que prometí allá por la página uno, como las grandes aventuras y las búsquedas épicas y un amor que inspiraba la música de los bardos.

Quédate conmigo. Estamos llegando a ese punto.

—Sí, eso —dice Pru—. Cualquiera de los dos. O los dos.

He de reconocer que Quint parece pensarse en serio la respuesta.

—Bueno —dice despacio—. Supongo que... me la juego. Le digo cómo me siento. O se lo demuestro de algún modo.

Abro la boca para decirles a ambos que sí, que es obvio, que lo he *intentado*, pero que siempre hay algo que paraliza mi lengua.

Cuando me di cuenta de lo que siento por Ari, ya no tenía la suerte de mi parte. Para entonces ya había perdido mi dado.

—Bueno, ¿y de quién está enamorado Jude? —pregunta Quint—. No estamos hablando de Maya, ¿verdad?

Pru ignora su pregunta. Siento sus ojos sobre mí, pero tardo un buen rato en atreverme a levantar la vista.

—¿Jude? —dice, con una pregunta en la mirada—. Según las sabias palabras de sir Paul McCartney..., la has encontrado. Ahora ve a por ella. «*Now go and get her*».

Hago una mueca, luego agarro mi almohada y se la tiro lo más fuerte que puedo, pero Pru la atrapa con facilidad mientras se ríe.

—¿Me acabas de soltar una cita de Hey Jude? ¿A mí?

—Vamos —dice ella—. He esperado durante años a poder utilizar esa frase. —Tira la almohada de nuevo a la cama y recoge su agenda—. ¿Entonces? ¿Vienes o qué?

Quiero insistir en que es demasiado tarde. Ya lo he intentado. Ya he fracasado. Estoy destinado a una vida de soledad y miseria.

Pero sé, en el fondo sé, que son solo excusas. Es mi corazón, que intenta protegerse a la desesperada.

Mi *modus operandi*. Mi instinto de supervivencia, a costa de cualquier cosa.

Pero, por mucho que odie admitirlo..., puede que Pru tenga razón.
Y también sir Paul, supongo.
—Sí —mascullo—. Voy.



CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

—¿QUÉ OPINÁIS? —PREGUNTO, ENTRANDO EN EL SALÓN.

Están todos ahí. Mis padres. Mis cuatro hermanas. Quint.

Y sus expresiones son... variopintas.

Pru arquea una ceja intrigada. Lucy parece horrorizada. Ellie aplaude.

—¡Eres un pirata! —chilla.

Bajo la vista hacia mi atuendo. Pantalones de vestir negros y la camisa de lino holgada que me puse para la Feria Medieval hace dos veranos. He decidido no ponerme la capa. Ni el cinturón ancho de cuero con bolsillos de terciopelo. Ni la espada. Así que, en realidad, creo que he mostrado una gran dosis de contención.

—Te he dicho que te pusieras una camisa con cuello —me dice Pru.

—Esta tiene cuello. —Tiro del ancho cuello para demostrarlo.

—Me gusta —declara Penny—. Te pareces al príncipe Eric.

La lanzo a Pru una mirada significativa. «¿Ves?».

—Eh, es tu maldición —sentencia, y se pone en pie—. Vamos allá.

—Antes —la interrumpo— necesito hacer una parada rápida.

Me siento mareado y nervioso cuando Quint aparca delante de casa de Maya y salgo del asiento de atrás.

—Podéis esperarme aquí —les digo—. No debería tardar mucho.

Mientras me alejo, oigo a Quint susurrar.

—Entonces..., ¿está o no está enamorado de Maya?

Me sudan las manos a medida que me acerco a las escaleras de la entrada. Mis dedos

tiemblan cuando llamo al timbre.

En el interior, oigo unas pisadas apresuradas y la voz de Maya.

—¡Ya voy! —Cuando abre la puerta, está radiante. Aunque, al verme, su sonrisa se vuelve tensa y luego se desvanece al verme—. ¿Jude?

—Hola —la saludo, al tiempo que la miro de arriba abajo. Está lista para el baile, con un vestido violeta y una diadema de flores blancas que retira de su cara un halo de espesos rizos negros. Pintalabios y sombra de ojos con purpurina. Lleva un poco más espolvoreada por los hombros—. Guau. Estás preciosa.

Es verdad que lo está. Despampanante, de hecho.

Y también... cada vez más horrorizada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta, con un deje de incertidumbre en la voz.

Frunzo el ceño, confuso. Pero entonces se me ocurre que cree que he ido a montar un numerito. A... no sé, declararle mi obsesión por ella y suplicarle que no vaya a baile con Noah o... algo.

Abro los ojos como platos. El rubor se extiende hasta las puntas de mis orejas.

—No he venido por ti —me apresuro a decir—. No estoy... Esto no es... Solo he venido a por mi dado.

Entreabre los labios, sorprendida.

—¿Tu... dado?

—Sí. Dijiste que lo habías encontrado en el festival, ¿no?

—Sí —dice despacio—, y que te lo llevaría a clase la semana que viene.

—Lo sé, pero es que lo necesito antes. Ahora. Si es posible. —Vacilo un instante—. Por favor —añado con una sonrisa débil.

Otro coche se detiene frente a la entrada. Me giro y veo a Noah salir por la puerta del conductor. Sus ojos se cruzan con los míos, su expresión confusa.

—¿Jude?

—¡Noah! Hola. Estás... muy elegante. —Nunca había visto a Noah bien vestido, pero va de punta en blanco. Lleva unos pantalones de raya diplomática y unos tirantes por encima de una camisa de vestir blanca, y se ha puesto un par de pasadores de diamantes falsos para intentar domar su pelo de punta. Un pelo que, acabo de darme cuenta, es del color exacto del vestido de Maya.

Ooohh, van a juego. Y pienso: «A Ari le encantaría».

—Pues tú tienes aspecto de estar a punto de ponerte a cantar una saloma —dice Noah, medio divertide, pero una sombra eclipsa su rostro de repente—. Espera. ¿Has venido a por...? Oh. Oh, Dios. —Se agarra a la barandilla de la escalera—. No ha dejado de gustarte Maya.

—¿Qué?

—Soy una amiga horrible. Mierda. —Noah se cubre los ojos con la mano—. Debería haber hablado contigo. No debería haber dado por sentado que... Simplemente, pensé...

—¡No! No, no, no. En serio. Esto no es lo que parece —me apresuro a decir, abriendo las manos delante de mí—. Me alegro muchísimo por vosotros dos. Y no pretendía entrometerme en vuestra noche.

—Ha venido a por un dado —explica Maya—. Porque parece ser que ¿no podía esperar?

Me encojo un poco.

—Sé que no parece gran cosa, pero... en cierto modo lo es. Para mí.

—Vale. —Está claro que Maya está enfadada, pero dice—: Voy a por él.

—Gracias.

Desaparece otra vez dentro de la casa.

Noah ve entonces a Pru y a Quint dentro del coche y los saluda con la mano, antes de volverse otra vez hacia mí, dubitative.

—¿Estás seguro de que estás bien con esto? Porque Maya me gusta mucho, pero también valoro tu amistad, y si no estás...

—Noah, por favor. —Sonrío, en un intento de resultar convincente—. Estoy mejor que bien con esto. Lo juro. En verdad solo he venido a por el dado.

Noah echa el peso hacia atrás, no parece del todo convencido.

—¿Ese rojo tan chulo?

—Sí. Creía que lo había perdido, pero Maya lo encontró. —Me rasco la parte de atrás del cuello—. En realidad... Si te interesa saberlo..., ese dado me dio en cierto modo el valor para pedirle salir a Maya en primer lugar, y ahora tengo ciertas esperanzas de que pueda ayudarme a pedirle salir a otra chica. Alguien que es muy especial para mí. Alguien a la que debería haberle pedido salir hace mucho tiempo.

—Espera, ¿qué? —Maya aparece en la entrada otra vez y ahí (*ahí*), en su mano, está la cosa más hermosa que he visto en la vida.

La esperanza bulle en mi interior cuando Maya deposita el dado en mi palma. Lo noto exactamente igual que antes. Su sorprendente peso. Sus aristas marcadas. Su extraño calor.

—Mis padres quieren hacernos unas fotos —le dice Maya a Noah antes de volverse otra vez hacia mí—. Pero antes, ¿a quién vas a pedirle salir? ¿Y qué tiene el dado que ver con ello?

Hago una mueca. No había tenido la intención de que Maya oyera eso.

—Es una larga historia. —Maya cruza los brazos y se apoya en el marco de la puerta—. Uhm. Vale. —Cojo aire—. Sé que esto suena increíble, pero creo que el dado podría ser... mágico. —Me miran pasmados—. O sea, en realidad, quizás sea más como un... ¿placebo mágico? —digo, porque eso no suena tan descabellado.

Su confusión no disminuye.

—La cosa es que, después de encontrar este dado, empecé a tener muchísima suerte todo el rato. Todo lo que intentaba me salía bien. Pero en cuanto lo perdí..., todo se estropeó. Sin embargo, ahora que lo tengo de nuevo, puedo utilizarlo para... pedirle salir a Ari. —Hago una pausa—. Supongo que no era una historia tan larga después de todo.

Maya se endereza, su rostro se ilumina.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que sentías algo por ella! ¡Era tan obvio, y no podía entender por qué creías que te gustaba yo!

—Yo también creo que debería haberme dado cuenta antes.

—Esto es genial —dice Maya—. ¿Vas a su casa?

—No. Al baile, en realidad. Ari va con Ezra.

—Oh —murmura Noah—. Por eso vas así vestido. ¡Vas a batirte en duelo por su mano! —Tira un poco de sus tirantes—. Suena un poco sexista, pero también lo apoyo, en cierto modo.

—No voy a batirme en duelo por su mano —les digo—. Solo quiero decirle cómo me siento y ver si a lo mejor ella siente lo mismo.

Maya sonríe de oreja a oreja.

—Pero Noah tiene razón. Es como una misión. Tienes un conjuro mágico y debes encontrar a la doncella. ¡Jude! —Me da un puñetazo en el brazo—. ¡Esto es romántico!

—¿Gracias?

—Bueno —añade—, ¿qué necesitas de nosotros, Dungeon Master?

Me echo a reír, pero su expresión es seria y Noah parece igual de formal mientras toma a Maya del codo.

—Cualquier cosa que necesites, estamos aquí.

—Después de dejar que mis padres hagan sus fotos —apunta Maya.

Noah levanta un pulgar en su dirección.

—Después de eso.



CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

RECOGIDA EN ESTAS PÁGINAS SAGRADAS ENCONTRARÁS LA leyenda épica del gran hechicero Jude. Es la historia de un héroe que se enfrentó a peligros imposibles y venció a la magia oscura (y a unas inseguridades aún más oscuras), cuando partió en su valiente misión para ganar el amor de la barda más bella del mundo...

Mientras que el baile de graduación de los mayores se celebra este año en un club de golf, nuestro baile de fin de curso, con un presupuesto mucho menor, tiene lugar en el gimnasio del instituto. Quint encuentra un sitio donde aparcar y salimos a la cálida noche primaveral, con el aire impregnado de un aroma a sal marina y jazmín. Me quedo de pie delante del gimnasio y lo miro; lo miro de verdad. Y, por primera vez, en su fachada oscura no veo Una cámara de tortura disfrazada de entrada a clase de Educación Física.

Veo... las ruinas de un templo, enterradas en lo más profundo de la jungla. Un lugar que no aparece en los mapas. El escenario del descanso último de demasiados exploradores como para contarlos. Mi última frontera. Mi viaje heroico. Mi misión épica.

Ella está ahí dentro. Mi destino está ahí dentro. ¿Soy digno? ¿De amor? ¿De aventuras? ¿De un final feliz?

¿Soy digno de la magia de Lundyn Toune?

—¿Jude? ¿Qué haces?

Me sobresalto. Pru y Quint ya están en la puerta y se han girado hacia mí.

—Perdón —digo, y me apresuro a reunirme con ellos.

Compramos una entrada más en la mesa del vestíbulo y pasamos al gimnasio.

Me gustaría decir que lo han transformado en un palacio maravilloso y encantador, pero... sigue siendo solo el gimnasio, aunque con adornos en papel crepé, mesas cubiertas de tela y una bola de discoteca.

Hay un DJ instalado bajo una de las canastas de baloncesto, y muchas personas dando saltos por la cancha. Eeh..., por la pista de baile.

Maya y Noah se reúnen con nosotros en la entrada y casi de inmediato vemos a Serena y a Raúl junto a una mesa con César y Matt, lo cual me sorprende. No sabía que fuesen a venir. Me encuentro buscando también a Russell y a Kyle, hasta que recuerdo que son un año más pequeños que nosotros.

Cuadro los hombros y me acerco a la mesa, repleta de vasos de plástico y confeti.

César es el primero en verme, y pone los ojos como platos ante mi camisa tipo pirata. Sonríe y abre los brazos de par en par.

—¡Dungeon Master! ¡Nos honras con tu presencia!

Todo el mundo se gira hacia mí, y percibo una ristra de saludos amistosos en la punta de sus lenguas, pero levanto una mano para detenerlos.

—Aventureros —digo, con mi voz más imponente—, necesito vuestra ayuda.

Todos se quedan paralizados y durante unos segundos largos quedamos rodeados por el sonido machacón de la música de un bajo y la rotación de luces rojas y violetas, y pienso: «¿Qué diablos estoy haciendo?».

Pero entonces Maya se coloca a mi lado, con los brazos cruzados delante del pecho.

—Estamos aquí en una misión para encontrar y atraer al verdadero amor de Jude.

Le lanzo una mirada nerviosa.

—Bueno, yo no utilicé esas palabras exactas...

Me mira y se encoge de hombros.

—Las he deducido.

—En serio, este es un asunto épico tipo *La princesa prometida* —explica Noah, que ya se mece al son de la música— César vacía su copa de un trago.

—Yo solo he venido por la cerveza, pero... si necesitas matar a unos cuantos goblins, soy tu hombre.

—Ya echaba de menos esto —declara Matt. Después levanta los brazos y flexiona los bíceps—. Brawndo acepta tu misión. ¡Que empiece el saqueo!

Serena mira a Raúl.

—¿Qué está pasando?

—Vale, ¿ahora qué? —pregunta Pru, cuando Quint y ella se reúnen con nosotros.

Miro a nuestro alrededor y escudriño a la multitud. La sala está en penumbra, y el gimnasio es grande y está abarrotado de gente.

—¿Dónde está Ari?

—¿Quién es Ari? —pregunta Serena.

—¿Es tu amiga cantante? —inquire César, lo cual me recuerda que la mayoría de estas personas solo han visto a Ari de pasada, si es que la han visto siquiera.

—¿Y Ez? —insisto.

Ante eso, todo el mundo mira a su alrededor.

—Estaba donde las bebidas... —dice Serena—. Pero eso fue hace un rato.

—¿Ez Kent? —pregunta Raúl—. ¿No estará bailando?

Todos miramos hacia la pista de baile, pero hay muchísima gente. Una masa creciente y giratoria de compañeros míos. Me encojo solo de pensar que Ari pueda estar entre ellos. Ari con Ezra. Ari con cualquier otro que no sea yo.

Trago saliva y digo, bien alto:

—Necesito hablar con Ari.

—¿Quién es Ari? —vuelve a preguntar Serena.

—La cita de Ezra —contesta Pru.

Serena frunce el ceño, como si la mera idea de que Ezra Kent tenga una cita sea incomprensible para ella.

Mis ojos se posan en el escenario donde está instalado el DJ. Mi corazón se estremece, pero meto la mano en mi bolsillo y cierro el puño en torno al D20. Hago acopio de valor y señalo hacia allí.

—Necesito subir a ese escenario.

Todo el mundo sigue la dirección de mi mirada.

Maya es la primera en girarse hacia mí. Dubitativa pero también... impresionada.

—Ve a por todas, Jude —me dice—. Venga.

Y así, sin más, empiezan a tirar de mí a través de la masa de gente. Estoy rodeado por mis aventureros. Luchadores y picaros y hechiceros se apiñan a mi alrededor. Ellos me protegen. Hacen de escudo ante el turbulento foso de carne humana.

Me protegen de los...

Goblins.

—¡Maya! ¡Jude! Esperad, ¿habéis venido juntos? —grita Katie.

Maya y yo nos quedamos petrificados, lo cual provoca que todo el grupo se pare en seco. Katie nos mira con maldad. Janine está ahí cerca, con los brazos de Tobey alrededor de su cintura, mientras este se restriega contra ella.

¿Por qué siempre hay goblins?

—¿Esa es una camisa de *pirata*? —pregunta Janine, con mucho más sarcasmo del que utilizó Ellie—. ¡Pringado a la vista!

Katie se echa a reír.

—Sois de lo más monos. Seguro que ganáis el premio a la pareja más mona.

Maya sonríe con los labios apretados y agarra el brazo de Noah para tirar de él hacia sí.

—En realidad, mi pareja es esta. Noah. Noah, estos son mis... —Duda.

Duda durante un rato largo.

Duda durante tanto rato que la situación empieza a volverse muy incómoda.

—Compañeros de clase —termina Maya por fin.

—Goblins —digo con disimulo.

Maya se echa a reír. Katie parece enfadada, Janine parece confusa y Tobey parece no entender por qué han dejado de bailar.

—Si nos excusáis —continúa Maya, gritando para hacerse oír por encima de la música—, estamos en medio de una misión épica. —Y entonces me agarra del brazo y me arrastra hasta el escenario.

—Montaremos guardia —anuncia, y asiente con la cabeza para darme ánimos—. Estaremos aquí para lo que necesites.

—Gracias —digo, y mi corazón se hinche hasta casi ahogarme. La DJ está detrás de una sofisticada mesa de mezclas. Tiene los ojos cerrados y unos cascos gigantescos sobre las orejas, y se mueve al ritmo de la música, perdida en su propio mundo, así que tardo un momento largo en darme cuenta de que...

—¿Trish? —Ella no responde. Solo agita los brazos en el aire—. ¿Trish Roxby? —grito, más fuerte esta vez.

Sigue sin reaccionar.

Subo al escenario y le doy un golpecito en el brazo.

Trish da un respingo y se quita los cascos. Luego abre los ojos de par en par.

—¡Jude! ¿Qué estás haciendo aquí? —grita. Su acento sureño es aún más marcado cuando chilla—. No, espera, menuda pregunta más tonta. ¡Tú vienes a este instituto! ¿Lo estás pasando bien? ¡Es genial verte! ¡Oh, y mira, tu hermana también está aquí! —Saluda con la mano a Pru.

—Trish, ¿has visto a Ari?

Me mira y sacude la cabeza.

—No, cariño. Creía que ella iba a un colegio privado.

—Sí, pero está aquí, en alguna parte. Necesito encontrarla.

—Vale —dice, y me mira con expresión inquisitiva.

Trago saliva con esfuerzo. Luego señalo al micrófono.

—¿Puedo...? —Oh, Dios—. ¿Crees que podría...? —¿De verdad estoy haciendo esto?—. ¿Quizás...?

Trish desliza los ojos hasta el micro.

—¡Oh! —exclama—. ¡Sí, claro, es todo tuyo!

Maldita sea. Habría sido maravilloso que hubiese dicho que no.

Pero me lo entrega, y luego baja la música y me hace un gesto con la cabeza para que proceda.

Mi estómago da una voltereta cuando agarro el micro con una mano y me doy la vuelta para mirar a todo el mundo. La gente deja de bailar. Ni siquiera he dicho una palabra aún, pero todos se están girando para mirar el escenario con expresiones curiosas y algo irritadas. Sus ojos registran mi atuendo poco convencional.

Me aclaro la garganta. Rebusco entre la multitud. Para ver si detecto a Ari. O a Ezra. Pero no veo a ninguno de los dos.

—Hola —digo. Tengo la boca seca y me tiembla la voz. Estoy estrangulando al micrófono, sin dejar de buscar. ¿Dónde está Ari?—. Uhm... —Mis ojos se posan en Pru, que me hace gestos con las manos para que arranque ya. A su lado, Quint tiene una mueca en la cara, como si estuviese viendo a la Estrella de la Muerte acabar con Alderaan y no hubiese nada que él pudiera hacer al respecto.

Y después está Maya, con el brazo entrelazado con el de Noah. Y Matt, que tiene ambos pulgares levantados hacia mí. Y César, que se mete dos dedos en la boca y silba.

Mis aventureros. Que saquearían cualquier castillo, invadirían cualquier mazmorra, se enfrentarían a cualquier horda de goblins. Por una vez, no están aquí por su propia historia. Están aquí por la mía.

Saco el dado de mi bolsillo y deslizo el dedo por sus familiares caras triangulares.

Soy un hechicero de nivel 12 y tengo magia en la mano.

Por favor, que esto funcione.

Dejo caer el dado. Lo oigo repiquetear sobre el escenario a mis pies.

Alentado, continuo hablando.

—Siento interrumpir la música, pero estoy buscando a Ari. Ari, ¿estás aquí? Sé que esto es raro, pero necesito hablar contigo más que cualquier otra cosa.

La gente mira a su alrededor. Primero a sus amigos y compañeros de baile, luego a la masa en general. Ari no va a nuestro instituto. Vino conmigo y con Pru a la fiesta de las hogueras del año pasado, pero no espero que demasiada gente la recuerde.

—¿Ari? —repito de nuevo.

—¡Ari no está interesada! —grita alguien desde el fondo.

Me encojo un poco.

Una sensación de humillación e intenso bochorno se expande por todo mi cuerpo. Me arde la cara. Tengo el estómago hecho un nudo.

Pero he venido aquí con una misión y no fallaré.

Soy un hechicero de nivel 12 enfrentado a una sala llena de goblins..., pero no necesito hechizarlos, ni siquiera necesito derrotarlos. Lo único que me importa es encontrar a Ari.

«Tira el dado para percepción. Tira para persuasión. Vamos, dadito, ayúdame un poco».

—Hay una chica que ha venido aquí esta noche con otro chico —digo, y mi voz es cada vez más fuerte—. Y sé que es un poco cretino intentar declararse a la cita de otra persona, pero esta chica... significa mucho para mí. En serio. Y tengo que decírselo. Solo necesito que sepa que haría cualquier cosa por ella. Incluso humillarme delante de mi clase entera, literalmente, solo para que sepa que es extraordinaria en todos los sentidos y que yo... —¿Acabo de oír mi nombre? —. Yo... Uhm...

Sí. Ahí está otra vez.

—¡Jude!

Hago una pausa, guiñando los ojos para mirar a la gente, centelleante bajo la bola de discoteca. Creo que ese era...

—¡Jude el Dude!

Entonces le veo. Ezra Kent se está abriendo paso hacia el escenario agitando los brazos como loco.

—Ez —digo. Trago saliva—. Mira, sé que esto no está bien por muchos motivos, pero estoy enamorado de...

—No está aquí —grita Ez, que se para justo al pie del escenario.

Parpadeo, confuso.

—¿Qué?

—Ari no está aquí. Cambió de opinión. Me dijo ayer que quería que fuésemos solo amigos. Fue, bueno, el rechazo más dulce de todos los tiempos. —Se ríe y señala a la chica que está a su lado—. He venido con Claudia.

Claudia, que ya parecía perpleja, se gira hacia él espantada.

—Espera. Me dijiste que llevabas un mes intentado reunir el valor para pedirme que viniera al baile contigo, pero ¿se lo habías pedido a otra chica antes?

—Un mes, una hora. Lo mismo da —dice. Su sonrisa se ensancha—. Pero tú eres la chica que ha venido conmigo esta noche, lo cual te convierte en mi favorita.

Claudia suelta un bufido disgustado y se aleja furiosa, rodeada de un coro de «oooohs» de nuestros compañeros de clase. Ez se encoge de hombros a modo de disculpa.

—¡Tienes todo mi apoyo, tío! —me grita, y luego sale corriendo tras ella.

Me quedo ahí plantado, boquiabierto, sin saber muy bien qué hacer ahora.

Ari ni siquiera está aquí.

Y yo estoy... vestido como un pirata.
Acabo de hacer una confesión amorosa épica.
Sobre un escenario.

Debajo de una bola de discoteca.

Delante de casi todo mi curso del instituto Fortuna Beach.

Algunos de mis compañeros me están sonriendo, como si lo que acabo de hacer fuese tierno y admirable. Otros se están riendo. Pero la mayoría, diría yo, tienen una mueca angustiada en la cara, como si estuvieran contentos de no haber sido ellos.

Y yo...

La verdad es que no me importa.

No me importa ser motivo de burla cuando aparezca por clase la semana que viene.

No me importa si Tobey y Katie y Janine y todos los otros imbéciles se pasan el resto del año atormentándome por mi chapucero intento de hacer algo romántico.

No me importa si soy el objetivo de todas las bromas desde ahora hasta el día de mi graduación.

Lo único que me importa es que estoy aquí. Sobre el escenario, bajo los focos, con el micrófono en la mano, proclamándole al mundo entero que *soy digno*...

De amor. De atención. De gloria. De romance. De aventura. De magia.

Y aun así... no parezco suficiente.

—Buen intento, *simp* —grita alguien.

—¡Pon algo de música! —chilla otra voz.

—¿Jude? —me dice Trish—. ¿Estás bien, cariño?

Asiento y le dedico una sonrisa tímida.

—Perdona por esto —me disculpo—. Supongo que la cosa no ha salido como tenía planeado.

Coge el micrófono de mi mano.

—Eso ha sido un esfuerzo muy valiente. Si yo fuese Ari, me sentiría de lo más afortunada.

Sonrío, pero mi corazón no está por la labor.

Trish pone la música de nuevo y yo bajo aturdido del escenario. Recuerdo mi dado en el último momento. Miro atrás y lo veo ahí, centelleando con inocencia al lado del equipo de sonido. ¿Y en la cara superior? Un triste número uno dorado.

Pifia.

La traición me golpea como un puñetazo en el estómago. Agarro el dado y me lo meto enfadado en el bolsillo. No miro a Maya ni a Pru ni a ninguno de mis amigos. La gente se abre para dejarme pasar mientras me dirijo dando tumbos hacia la salida.

—¡Jude! —me llama Pru, que corre detrás de mí—. ¿Estás bien? Podemos llevarte a casa de Ari. Podemos...

Me giro deprisa hacia ella.

—No, Pru. Simplemente me voy a ir andando a casa.

Pru frunce el ceño. Tardaré una hora en llegar a pie.

—Podemos llevarte...

Niego con la cabeza.

—Gracias por todo. Pero necesito algo de tiempo. Disfrutad del baile.

Le dedico un asentimiento a Quint, me despido de Maya y los otros con la mano.

Y me marcho.



CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

NO ME VOY A CASA. NO DIRECTAMENTE. PRIMERO ME LIMITO A deambular. Pero resulta más fácil deambular cuesta abajo y, en Fortuna Beach, ir cuesta abajo suele llevarte al océano, y así es como acabo en el paseo marítimo. Y luego... en Ventures Vinyl.

Entro por la parte de atrás usando el código que mamá encargó que instalaran, porque papá tiene la mala costumbre de olvidar sus llaves en casa. Voy hacia la entrada de la tienda. Durante un momento, me quedo ante la puerta, contemplando las sombras. Entra suficiente luz por el escaparate como para poder distinguir los picos y valles de los estantes y los expositores, las mesas de productos, los pósteres enmarcados con cristal que centellean cuando pasa un coche.

Nunca había visto este lugar tan silencioso. Siempre hay música puesta y el runrún constante del trabajo y las risas y la familia y, en los mejores días, Ari. Tarareando bajito, siempre.

Enciendo la lámpara del mostrador, pero no el resto de las luces. La tienda sigue en penumbra, de un modo sereno y acogedor.

Y justo ahí, al lado de la lámpara, envuelto en su pátina dorada, está el álbum de Ari.

Araceli la Magnífica.

No quiero ni tocar el disco, por miedo a que estalle en llamas en mi mano.

Salgo de detrás del mostrador. Paso por delante de las camisetas con el logo que diseñé yo. Los pósteres de conciertos y los recuerdos de los Beatles pegados a las paredes. El reloj *vintage* de Ventures, con las manecillas en forma de tablas de suri.

Deslizo los dedos por los discos en sus cajas. *Jazz. Blues.* Música alternativa.

Me detengo al final del pasillo y miro el rincón del escenario. El micrófono. Los amplificadores y los bailes. La guitarra acústica colocada en su soporte. Una vez fue mi guitarra, durante ese breve periodo en el que di clases hace años. Papá decidió quedarse con ella, y lleva años disponible en la tienda, por si algún cliente quiere cogerla alguna vez y tocar algo (es una idea que a mí me aterra, pero te sorprendería saber cuánta gente lo hace). Al menos una vez al día, algún desconocido coge esa guitarra, se sienta en ese taburete y toca una canción. Como si no

fuese nada. Como si no temieran que los juzgaran, los ridiculizaran, los humillaran.

Yo jamás podría hacerlo. No con la tienda abierta, con gente ahí.

Aunque... supongo que lo que acabo de hacer en el baile ha sido cien veces peor.

Subo al escenario y cojo la guitarra. Me siento en el taburete y rasgo las cuerdas una vez más; luego agarro el mástil. Mis dedos se curvan para tocar un la mayor, una de las pocas notas que recuerdo. Rasgo las cuerdas de nuevo e intento acordarme de las palabras que escribí en mi cómic.

—*Y así acaba nuestra leyenda del gran hechicero Jude* —canto para mí mismo—. *Algo... Algo... en piedra se convirtió. Quizás consiguiera la gloria, pero a la chica no consiguió, y se quedará ahí plantado para siempre... solo.*

Un último rasgueo en la tienda vacía y la música se pierde en el aire.

No está mal.

Quiero decir, es mejor que una canción sobre agua con gas.

Jugueteo sin pensar con unos cuantos acordes más... hasta que oigo un repiqueteo familiar y sonoro. Bajo la vista para ver el dado rodar por el escenario y golpear el soporte de la guitarra antes de detenerse. Ha debido de caerse de mi bolsillo. O de *saltar* de mi bolsillo. De verdad que esa cosa parece tener vida propia.

Miro sus brillantes números dorados, los destellos de rojo que danzan por el escenario detrás de él.

Otro uno me mira centelleante.

Supongo que no le ha impresionado mi actuación.

Bueno, ¿sabes qué?

A mí tampoco me ha impresionado demasiado la suya.

Me bajo del taburete y devuelvo la guitarra a su soporte antes de recoger el dado. Mi dado de la suerte. Mi Diamante Escarlata.

Se suponía que debía arreglarlo todo. Devolverme la buena suerte. Volver a instaurar la magia.

Y ha fracasado.

No solo ha fracasado... Este estúpido dado me ha traicionado.

El odio bulle en mi interior. Odio esta cosa. Odio la suerte y odio la maldición, y me habría ido mejor si nunca lo hubiese encontrado.

¡Podría tirarlo al océano!

O...

¡O podría fundirlo!

Ya sabes. Si tuviera un horno. O un dragón como mascota.

Buf.

—¿Cómo me deshago de ti? —grito. Dejo el dado en el centro del escenario y miro a mi alrededor en busca de algo grande y pesado y poderoso.

¿Dónde están las jodidas hachas de batalla cuando las necesitas?

No tengo un hacha de batalla, obviamente.

A falta de eso, agarro el taburete y lo levanto por encima de mi cabeza. Suelto un grito gutural furioso y balanceo el taburete en el aire...

No. No. Resístete al lado oscuro, Jude.

Consigo detenerme justo antes de que el taburete impacte, lo cual es probable que salve también nuestro escenario. Gruño. Dejo el taburete en el suelo. Vuelvo a mirar a mi alrededor. Todavía no sé de qué está hecho el dado, pero algo me dice que ganaría la pelea contra una banqueta de madera.

Esta vez, agarro el dado y el pie del micrófono y llevo ambas cosas a la acera de delante de la tienda. Miro a mi alrededor, pero la calle está vacía; hace muchas horas que todas las tiendas están cerradas. Veo unos faros a pocas manzanas, pero no me importa.

Ahora estoy decidido. Decidido a terminar con esto.

—¡No te necesito! —grito, y dejo el dado en la acera—. ¡No te quiero! —Agarro el pie del micrófono—. ¡Ni quiero tu magia! —Lo levanto—. ¡Ni tu estúpida suerte! —Suelto un aullido de rabia y columpio el pie del micrófono hacia abajo. Apunto con su pesada base a la centelleante piedra roja.

La fuerza del golpe reverbera por mis brazos y me tambaleo hacia atrás contra la fachada de la tienda. Estoy aturdido, y siento como si mis brazos fuesen a desconectarse de mis hombros. Mis dientes vibran dentro de mi cráneo. Parpadeo y guiño los ojos para despejar el rojo de mi visión.

Suelto una respiración temblorosa y levanto el pie del micrófono. La base está torcida ahora, doblada por donde se conecta con el palo.

Y ahí, en la acera, está el dado. Destruído. Trocitos irregulares de piedra o cristal o lo que sea desperdigados por el suelo, atisbos de dorado que parecen apagados a la luz de la farola.

Dejo caer los hombros. Mi ira me abandona de golpe.

Me siento... ridículo. Ahí plantado, jadeando, mientras el viento me revuelve el pelo y hace ondular mi holgada camisa de pirata.

Y entonces...

Y.

Entonces.

El coche que había visto antes se detiene a mi lado y me ilumina con sus faros. Reconozco el ruidoso rugido de su motor un momento antes de que se apague. Los faros se atenúan. La puerta se abre.

—¿Jude? —dice Ari, que sale por la puerta del conductor—. ¿Qué estás haciendo?

Me quedo sin palabras mientras ella cierra la puerta del coche y camina hacia mí. Se ciñe bien un jersey alrededor de los hombros para protegerse del aire frío que viene del océano.

No puedo ni imaginar lo que parezco ahora mismo, con mi medio disfraz y mi expresión desquiciada y un pie de micrófono roto encima de un dado de veinte caras hecho añicos.

No sé cómo responder a su pregunta, así que opto por contraatacar.

—¿Qué estás haciendo *tú* aquí?

Ari desvía los ojos al pie del micro y luego a los trocitos de piedra roja rota. Su expresión es curiosa y desconcertada al mismo tiempo, pero se limita a remeterse un mechón de pelo detrás de la oreja, pasar por delante de mí y entrar en la tienda.

La sigo, con la sensación de estar caminando por un paisaje onírico de realidad virtual. Parece real, la sensación es real, pero hay algo que no hace más que incordiar-me, de decirme que esto no puede *ser* real.

—Quería coger algunos de mis discos —explica ella, abriendo una de las cajas de cartón que dejamos detrás del mostrador—. Sé que piensas devolverlos y pedir que vuelvan a hacerlos, o

recuperar tu dinero, pero Abuela preguntó si podía enviar algunos a nuestra familia en México. Incluso con el defecto, cree que serán piezas de colección algún día. —Hace una mueca, como si opinara que eso es muy cuestionable—. Así que se me ocurrió pasar por aquí y llevarme unos pocos antes de que los devuelvas.

—¿No podías venir por la mañana? —pregunto—. ¿No trabajas mañana?

Abre la boca, luego la cierra y frunce el ceño.

—No sé..., parecía importante venir esta noche. —Se ríe de sí misma—. En cualquier caso, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Y por qué vas vestido como un pirata? ¿Y qué tienes en contra de ese pobre pie de micro?

Trago saliva y dejo el pie otra vez en el escenario. Se queda inclinado hacia un lado, inestable, pero no se cae. Después abro los brazos y bajo la vista.

—Se suponía que iba a ser heroico. Penny dijo que parecía un príncipe.

Ari sonríe burlona mientras recorro el pasillo central entre los expositores de discos.

—Esa Penny tiene buen gusto —dice—. ¿Esto es para algo de *D&D*?

—No. Fui al baile.

Abre mucho los ojos.

—¿En serio? ¿Con quién?

—Con nadie. Quiero decir, con Pru y con Quint. Y con algunas personas del grupo de *D&D*.

¿Es alivio lo que veo en sus ojos? ¿O me lo estoy imaginando? —¿Ha sido divertido?

—No —me apresuro a decir—. Ha sido horrible.

Pero me río al decirlo, así que Ari también sonríe.

—Vaya, siento oír eso. Bueno, entonces... —Mira por la tienda, porque, obviamente, no he contestado a su pregunta. ¿Por qué estoy aquí?

—Fui a buscarte a ti —digo al llegar al final del pasillo—. Al baile.

—Oh. —Ari se endereza—. Yo no estaba... No fui.

—Sí. Ya me he enterado.

Ella baja la vista y se tira distraídamente de un mechón de pelo.

—En verdad, Ez me pilló desprevenida la noche de karaoke. Le dije que sí al principio, porque había un montón de gente mirando y no quería que se sintiera mal. Pero cuando tuve algo de tiempo para pensarlo... —Pone cara de culpabilidad—. Me gusta Ez. Pero solo como amigo. —Ladea la cabeza y me mira a los ojos de nuevo—. Podrías haberme escrito un mensaje y ya está. Lo sabes, ¿verdad?

Cruzo los brazos con nerviosismo delante del pecho.

—Quería verte. En persona.

—Vale —dice—. Pues aquí estoy. ¿Pasa algo? —Empieza a mirarme con suspicacia—. ¿Por qué querías parecer «heroico» esta noche?

Me siento incómodo con los brazos cruzados, así que los descruzo, pero eso también me parece raro. Apoyo una mano en el expositor más cercano, deseando que mi corazón deje de dar tumbos dentro de mi pecho. Bajo la vista, intento recordar todas esas cosas tan ingeniosas y románticas que dije en el baile, cuando creía que Ari estaba ahí.

Mis ojos aterrizan en el álbum que hay junto a mi mano y todas las palabras se esfuman de mi cerebro.

Un álbum de Elvis. ¿El título? *I got lucky* («Tuve suerte»).

Trago saliva y miro al otro lado del pasillo. Otro disco capta mi atención, justo delante de este estante.

Lucky town, de Bruce Springsteen.

Y en el mostrador, detrás de Ari: *Mr. Luck*, de Ronnie Wood.

Con el corazón desbocado, levanto la vista hacia algunos de los pósteres colgados de la pared. *Good luck with whatever* («Buena suerte con lo que sea»), de Dawes. Y al otro lado de la tienda: *Luck or magic* («Suerte o magia»), de Britta Phillips.

Cierro los ojos con fuerza y me froto el puente de la nariz. *No*. No quiero saber nada más de la suerte, ni de la buena ni de la mala. No más magia. No la necesito y no la quiero. Soy digno sin ella.

—¿Jude? —pregunta Ari—. ¿Te encuentras bien?

Levanto la vista. Ari ha dado un paso hacia mí.

—Mira, esta es la cosa —digo con tono tenso—. La vida es una aventura, ¿no?

Ella vacila un poco.

—Su... Supongo.

—La tuya lo será, al menos. Vas a crear una música asombrosa. Vas a tener a gente haciendo cola para trabajar contigo y grabar tus canciones. Esto es solo el principio.

Parece sorprendida, aunque una sombra de sonrisa feliz curva sus labios hacia arriba.

—¿Gracias?

—Y yo voy a aplicar a la escuela de arte. No sé si me van a aceptar, pero lo voy a intentar. Y tal vez algún día haga cómics o diseñe carátulas de discos o... no lo sé. Quizás haga pósteres para conciertos o ilustre novelas fantásticas o algo. Y eso también será muy guay.

Ari asiente despacio.

—Vale...

—Y en los últimos tiempos, me he dado cuenta de que... de que yo... —Aprieto el borde del expositor con más fuerza, pero no consigo ir más allá de esas palabras. No importa cuánto lo intente, nada de lo que se me ocurre parece correcto.

Pienso en un millón de momentos de estos últimos años. Un millón de sonrisas. Un millón de pequeños contactos. Pienso en bailar lento al son de los Beatles, y en Ari llamándome su amuleto de la buena suerte, y pienso que estoy «presa del aguacero de mi amor por ti».

Y puede que sea tonto, pero tengo esperanza.

Tengo *esperanza*.

Murmuro el nombre de Ari. Un susurro y una risa y un hechizo mágico.

Después, respiro hondo y acorto la distancia entre nosotros. La envuelvo entre mis brazos, me inclino hacia ella y la beso.



CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

FUEGOS ARTIFICIALES.

Trompetas.

Estrellas fugaces.

Un *crescendo* sinfónico.

Y, cuando Ari me devuelve el beso..., un maravilloso conjuro de *Explosión Solar* de nivel 8.



CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

ARI ESTÁ ENTRE MIS BRAZOS. LAS PUNTAS DE SU CABELLO ROZAN mis nudillos y ella tiene ambas manos enterradas en mi pelo y, por la gran madre de Gandalf, para cuando consigo echarme atrás me estoy desintegrando.

Me cuesta respirar. Me apoyo contra ella y observo cómo sus pestañas aletean antes de que abra los ojos.

Nos miramos durante un momento largo, sin decir nada. Despacio, Ari desliza las manos hacia abajo por mi cuello. Sus pulgares rozan mis orejas. Sus dedos se extienden por mis hombros para después detenerse en mi pecho, bajo cuya superficie mi corazón truena.

Por fin me salen las palabras.

—Quiero estar contigo —digo—. En cualquiera que sea la misión o la aventura en la que nos embarquemos. Quiero estar contigo. Siempre. Todo el rato. Y odio haber tardado tanto en darme cuenta de ello.

Ari hace un sonido que es un poco risa y un poco suspiro.

—Jude..., yo...

De pronto llaman a la puerta.

Los dos damos un gritito, pero, en lugar de apartarnos el uno del otro, nos acercamos más. El cuerpo de Ari se refugia por instinto contra el mío.

—¿Y ahora qué pasa? —musito.

Hay un hombre al otro lado de la puerta de la tienda, visible de la cabeza a los pies a través del cristal. Incluso a la tenue luz, veo que va bien vestido, con un abrigo caqui informal y una larga bufanda de cuadros.

—¿Quién es ese? —pregunta Ari.

—No lo sé —contesto.

Pero entonces el hombre nos sonríe y nos saluda con la mano, casi como en un saludo marcial y...

Joder.

Sí que sé quién es.

—Espera un minuto... —dice Ari—. Parece...

—Sadashiv —susurro.

Y lo es.

El condenado Sadashiv está a la puerta de Ventures Vinyl a las diez y media de un sábado por la noche.

—Este sueño acaba de volverse aún más raro —susurra para sus adentros Ari, de pie a mi lado.

Casi me echo a reír cuando la miro de reojo. Excepto que me da la impresión de que puede que lo diga en serio.

—¿Le dejamos pasar?

—¿A un cantante mundialmente conocido con múltiples discos de platino? Sí, Jude. Le dejamos pasar.

Vamos hacia la parte delantera y abro la puerta.

—Eh..., ¿hola?

—Buenas noches —dice él, con ese acento británico suave—. Siento muchísimo molestaros. Ha pasado algo muy raro: se me acaba de pinchar una rueda del coche. Pisé esta... *cosa* en la calzada. —Nos muestra un pedazo de irregular piedra roja. En uno de los bordes, veo un centelleante veinte dorado—. Pero entonces vi vuestra tienda y que había gente dentro. Espero no interrumpir nada. ¿Puedo pasar?

—Uhm..., sí. Claro. —Doy un paso atrás y él entra en nuestra tienda de discos. Al otro lado de la calle, veo un elegante deportivo negro, el tipo de coche que conducen los famosos. El tipo de coche que vale más que la hipoteca de este edificio. Y que ahora tiene una rueda pinchada.

Sadashiv gira sobre sí mismo y desliza la mirada por las paredes de la tienda.

—Así que esta es la famosa Ventures Vinyl. Parece más grande en las fotos, pero en realidad es bastante pintoresca, ¿verdad? —Hace una pausa para respirar hondo—. Ah, me encanta este olor. Todas las tiendas de discos lo tienen.

Ari y yo intercambiamos miradas perplejas.

Sadashiv se vuelve otra vez para mirarnos, con un movimiento parecido a un paso de baile. Después ve un cubo de la basura al lado del mostrador. Sin dudarlo ni un instante, tira el trocito de dado dentro. Como si eso fuese todo lo que es. Basura. Un trozo de roca afilado que ha pinchado su rueda, nada más. Se vuelve hacia nosotros con la sonrisa que ha roto millones de corazones.

—No puedo creer que estéis aquí. ¿Qué probabilidades había de que mi coche pinchara delante de esta tienda en mitad de la noche y de que vosotros estuviésteis aquí? Menudo golpe de suerte más grande. —Le tiende una mano a Ari—. Araceli Escalante. Es más que un placer conocerte.

Abro los ojos como platos. Ari parece estar a punto de derretirse. O de desmayarse. O de ambas cosas.

Consigue estrecharle la mano a Sadashiv.

—¿Sabes quién soy?

Él se ríe bajito.

—Te he estado siguiendo en las redes sociales. Desde el festival de música y esa ceremonia de entrega de premios tan escandalosamente amañada.

Ari abre la boca, pero no sale nada por ella, así que vuelve a cerrarla. Me lanza una mirada de desconcierto.

—¿Tú has estado siguiendo a Ari? —pregunto con incredulidad—. ¿Y sabes lo del festival de música?

—Sí. Mi productor fue uno de los jueces. Después de anunciarse los premios, me dijo que estaba casi seguro de que había habido tongo. Resulta que la ganadora del primer premio está emparentada con uno de los otros jueces, lo cual debería haber sido motivo de descalificación.

—Vaya —digo—. Así que Ez tenía razón.

—Un asunto turbio —sentencia Sadashiv—, y que ha generado bastante controversia. Pero todo eso es irrelevante ahora. Lo que más me impactó cuando oí hablar de la competición por primera vez fue el nombre de la segunda clasificada: «Araceli Escalante». Es un nombre muy memorable, ¿verdad? —Se ríe y me sonríe—. Recordaba el nombre de cuando tú y yo nos conocimos antes del concierto. Es un placer verte de nuevo, aunque debes perdonarme por no recordar *tu* nombre.

—Es Jude.

—¡Jude! Es verdad, como la canción de los Beatles. —Se mete una mano en el bolsillo y, de alguna manera, consigue que parezca al mismo tiempo un gesto natural y que está posando para una revista de moda—. La cosa es que recordaba el nombre de tu amiga compositora y, cuando me enteré de la polémica, busqué su canción y... Bueno, me gusta bastante. —Le dedica una sonrisa radiante a Ari, que está apoyada contra la estantería. Claramente obnubilada—. Te he estado siguiendo en las redes sociales desde entonces. Has conseguido muchas cosas en un periodo de tiempo muy corto.

—Gr... Gracias —dice Ari.

—La historia se vuelve aún más extraña —continúa Sadashiv—. ¿Os importa si nos sentamos? —Mira a su alrededor y ve el montón de sillas apiladas contra la pared, las que usamos para las actuaciones de Ari. Sin esperar respuesta, saca tres sillas y las dispone en un circulito íntimo—. Eso está mejor —dice. Se sienta en la silla más próxima al escenario y pasa una pierna por encima de la otra rodilla. Podría ser un miembro de la realeza, visto cómo se mueve.

Ari y yo nos dejamos caer en nuestros asientos con mucha menos gracia.

—¿Qué historia? —pregunto, sin saber cómo nada de esta noche podría volverse *más extraño*.

—La historia de cómo supe de la existencia de esta tienda —aclara Sadashiv—. Y la casualidad tan afortunada de que haya acabado aquí esta noche. ¿Por dónde empiezo? —Se echa hacia atrás en la silla y contempla el techo unos instantes—. Hace poco he adquirido una casa cerca de Bayview, como a kilómetro y medio de aquí. Había querido tener una segunda residencia en California desde hacía algún tiempo, pues me encuentro en esta zona con mucha frecuencia, para grabaciones y entregas de premios y cosas por el estilo.

—Como hacemos todos —musito con ironía.

—¿Bayview? —interrumpe Ari—. ¿No será la mansión Greenborough? Sadashiv la mira asombrado.

—Pues sí, creo que ese era el nombre del anterior propietario. ¿La conoces?

—Mi madre trabaja como agente inmobiliario, —explica Ari—. Tenía un cliente interesado

en esa casa. Se molestó bastante cuando un comprador anónimo llegó de pronto y pagó más de lo que pedían por ella.

—Ah —murmura Sadashiv, y se atreve incluso a parecer pesaroso—. Bueno...

—No pasa nada —le tranquiliza Ari—. Estoy segura de que su cliente encontró otra casa de varios millones de dólares que comprar. Las hay a montones por aquí.

Está de broma, pero no creo que Sadashiv se dé cuenta, pues se limita a asentir.

—Me alegra oírlo —dice.

—En cualquier caso, perdona —dice Ari—. Continúa.

—Sí. Bueno... Cuando me mudé, mi madre vino de visita desde Londres. Y mi madre... —Se ríe con tono afectuoso—. Le gustan mucho las tiendas de música. Le gusta asegurarse de que tienen... Bueno... mis álbumes en *stock*. Es bastante bochornoso, en realidad. Pero también se ha convertido en algo parecido a una coleccionista. Así que un día, mientras paseaba por aquí, entró en esta tienda y compró algunos discos. Sin embargo, cuando me los estaba enseñando, se dio cuenta de que habían puesto uno de más en su bolsa por equivocación.

—*London Town* —susurro—. ¿Esa era tu madre?

Sadashiv sonríe.

—Así es. Se sintió mal por el error, en especial cuando vio el certificado de autenticación. Un póster firmado por Paul McCartney. Guau. —Abre las manos, levanta los ojos hacia el techo—. Soy un gran fan suyo, como podéis imaginar. Le conocí en los Grammys el año pasado. Me quedé deslumbrado.

—Conozco esa sensación —susurra Ari.

—Sea como sea, mi madre tenía que volver a Londres al día siguiente, pero le prometí que llevaría el disco de vuelta a ese Ventures Vinyl en cuanto tuviese oportunidad. Pretendía hacerlo antes, o pedirle a mi ayudante que lo trajera, pero entre la mudanza a la casa nueva, las entrevistas con los medios e intentar sacar horas en el estudio para trabajar en mi siguiente álbum, las cosas han sido una locura. Y entonces... —continúa, como si aún hubiese más. ¿Podía haber algo *más*?—. Vi tu vídeo, Araceli, promocionando el Record Store Day en... Bueno, aquí. En Ventures Vinyl. Y aunque no me gusta admitir esto ante demasiada gente, siempre he sido un poco supersticioso. Señales del universo y todo eso. Pensé que a lo mejor el universo solo me estaba recordando que todavía no había devuelto el disco, pero ahora, con todo esto del coche, tengo que preguntarme si hay algo más.

Sonríe de oreja a oreja, y está claro que la historia ha llegado a su fin.

Un silencio repentino se instala sobre nosotros. Mi cerebro da vueltas a toda velocidad, tratando de unir todo lo que nos ha contado y todo lo que sé que es verdad. Tantísimas coincidencias, todas dirigidas a este momento y este lugar: Sadashiv en nuestra tienda de discos y...

¿Y qué, exactamente?

—No te equivocabas —comenta Ari—. Sí que es una historia extraña.

—Yo pensé lo mismo —confirma Sadashiv—. Y ahora que estamos aquí, esta podría ser la oportunidad perfecta para hablar de negocios.

Ari desliza la mirada hacia mí, luego vuelvo a mirarlo a él.

—¿Con... migo?

—He mencionado que estoy trabajando en mi nuevo álbum. Da la casualidad de que mi sello

discográfico y yo hemos decidido que ya es hora de hacer algo diferente. Ir más allá de los clásicos. Buscamos hacer un disco de canciones originales y tenemos la esperanza de poder trabajar con algunos compositores noveles. Pensé que podíamos hablar de la posibilidad de que yo grabe alguna de *tus* canciones. —Ari no responde—. Es decir, si estas interesada en ceder los derechos.

Sigue sin responder.

Estiro la pierna y le doy una patada.

Ari se sobresalta.

—S... Sí —balbucea. Sus manos han empezado a temblar—. Estoy interesada. Desde luego que estoy interesada.

—Fantástico —exclama Sadashiv, que aplaude un poco—. Le diré a mi gente que se ponga en contacto contigo. Esta ha sido un encuentro muy afortunado, ¿no creéis? Pero bueno, es tarde, así que no os retendré más. —Se pone en pie y tanto Ari como yo nos levantamos de un salto. Nos estrecha la mano a ambos y luego se dirige hacia la puerta.

No obstante, se detiene cuando sus ojos se posan sobre uno de los discos de Ari, apoyados en una estantería al lado del escenario. Lo coge y se gira hacia nosotros.

—¿Os importa si me llevo uno de estos? Es muy probable que sea un objeto de colección algún día.

Ari suelta una risa estrangulada y delirante.

A mí, sin embargo, todavía me queda algo de cordura (no demasiada, pero un poco), así que retengo a Sadashiv un instante más.

—¿Qué pasa con *London Town*?

—Sí, por supuesto —dice—. Me aseguraré de que mi ayudante lo traiga esta misma semana.

Nos dedica un saludo haciendo chocar su dedo índice contra su frente, luego vuelve a la noche, al tiempo que se sube el cuello de la chaqueta y se ciñe mejor la bufanda. Solo entonces me doy cuenta de que hay otro coche fuera, y me pregunto si es su ayudante o un chófer o si simplemente había llamado a un Uber ante de entrar en la tienda.

La puerta se cierra y Ari y yo nos miramos durante largo rato.

—Estoy soñando —dice ella al cabo de unos segundos—. Es imposible que alguien tenga tanta suerte en una sola noche. —Entonces su rostro se viene abajo, desilusionada—. Además, ha sido un sueño buenísimo.

El calor invade mis mejillas al pensar en el beso que aún siento en mis labios, las manos que aún siento en mi pelo.

—No creo que estemos soñando —digo, y doy un paso hacia ella...

—¿No? ¿La aparición de Sadashiv? ¿En mitad de la noche? ¿Que quiera grabar mis canciones?

—Es... improbable —admito—. Lo llamaremos una anomalía.

Se ríe, pero ese sonido va acompañado de otro triste y apesadumbrado.

—¿Y tú? ¿También eres una anomalía? —Alarga la mano hacia el ancho cuello de lino de mi camisa y sus dedos se deslizan por la tela. Se me pone la carne de gallina—. Llevo esperando a que me beses desde que teníamos doce años —dice en voz baja—. Y aquí estás. Y... vas vestido de pirata. ¿Por qué un pirata?

Se me va a salir el corazón del pecho.

—¿Desde los *doce* años?

—Desde el mismísimo principio —dice con énfasis—. Ni siquiera sabía que tenía predilección por los piratas —añade, confusa. Me inclino hacia ella y apoyo mi frente en la suya.

—Siento haberte hecho esperar tanto. No volverá a ocurrir. —Eso es lo que dices ahora, pero cuando despierte...

Sonrío.

—No voy a ser capaz de convencerte de que esto es real, ¿verdad?

—Esto no es real —susurra, con su aliento contra mi boca—. Sería más fácil convencerme de que la magia es real.

Con las manos en su cintura, tiro de ella hacia mí.

—Desafío aceptado.



EPÍLOGO

—¿QUÉ TAL ASÍ?

—Más a la izquierda.

—No. A la derecha.

—Me gustaba más a la izquierda.

—Sí, ahí. Así está bien.

—No, un poco más abajo. No, eso es demasiado. Un centímetro. No, no...

—¡Ahí! ¡Perfecto!

—Eh, desde este ángulo parece un poco torcido.

Suelto un gemido.

—No voy a volver a colgar un cuadro en comandita nunca más.

—¡Ahí, ahí! —dice Pru—. Perfecto.

Cuando nadie más protesta, fijo el marco a la pared. Bajo de la escalera y voy a reunirme con mis padres, mis cuatro hermanas, Quint, y Ari al otro lado del mostrador. Paso el brazo alrededor de los hombros de Ari y, juntos, admiramos nuestra más reciente pieza de decoración.

London Town, de Paul McCartney y los Wings, firmado y montado y enmarcado y colgado en un lugar de honor detrás de la caja registradora.

—Está genial —dice Pru—. Como si sir Paul estuviese cuidando del lugar.

Mi padre sonríe.

—Sí que es agradable tenerlo de vuelta.

Ha pasado solo una semana desde nuestro encuentro nocturno con Sadashiv, pero menuda semana. El ayudante de Sadashiv pasó por aquí a primera hora del lunes. No solo nos devolvió el disco, sino que también trajo unos papeles preliminares para empezar a hablar de los derechos de autor de las canciones de Ari. Tiene una reunión con Sadashiv y algunos productores el mes que viene; le han pedido que lleve con ella sus mejores canciones para poder estudiarlas, aunque

Sadashiv ya está decidido a incluir *Aguacero* en su siguiente álbum.

El martes, envié otro dibujo al *Dungeon*. Todavía no he recibido contestación y no sé si lo han aceptado o no, pero no importa. El rechazo no ha matado nunca a nadie y, si no les gusta este dibujo, me limitaré a seguir haciendo más para enviar. ¿Cómo si no voy a crear un portfolio con el que aplicar a la Escuela de Arte el otoño que viene?

El miércoles... Bueno, el miércoles no pasó nada, en realidad. Excepto que me devolvieron corregido mi trabajo sobre *El gran Gatsby* (con una B+), y solo fallé unas cuantas preguntas en nuestro examen de Ciencias Políticas, y mi profesor de Arte dijo que le gustaban mucho mis dibujos de figuras, aunque todavía podía mejorar un poco las manos (o sea, venga ya. Las manos son *difíciles*).

El jueves, por fin recibimos el envío de los productos exclusivos del Record Store Day y, aunque era un poco tarde, Pru consiguió hacer su magia en las redes sociales y atraer a una buena multitud esa tarde para conseguir sus artículos especiales.

La verdad es que pasaron las suficientes cosas buenas durante toda la semana como para que hubiese momentos en los que pensé que quizás había vuelto la magia. Que quizás me había encontrado de nuevo, incluso sin el dado.

Pero el viernes la Sra. Andrews me pilló escribiéndole mensajes a Ari durante su clase y me confiscó el teléfono para el resto del día, y me perdí una venta relámpago sorpresa en mi sitio web favorito de artículos de *D&D*. Cuando Maya y los demás me hablaron de sus asombrosas ofertas y se sintieron fatal por que me los hubiese perdido, me limité a reírme y recordé lo que había dicho la pitonisa.

¿Es buena suerte? ¿Es mala suerte?

«Quizás».

El sábado, Ari y yo tuvimos nuestra primera cita oficial. Fuimos a nuestra librería favorita, en la avenida principal, donde Ari compró un libro sobre derechos de autor en la música y yo compré el último título de una saga de fantasía que me gusta. Después fuimos a por un helado y nos quedamos sentados en silencio y leímos nuestros libros nuevos juntos. Lo cual fue... perfecto.

También nos besamos de vez en cuando.

Cosa que también fue perfecta.

Ari me sonríe, aún acurrucada contra mi costado.

—He estado trabajando en esa balada para tu campaña de *D&D*. La que le debes a los aventureros que rompieron la maldición.

—¿Qué tal va?

—Bien. Las páginas del cómic me ayudaron mucho. Me dieron un montón de ideas. Pero... me da la sensación de que el final podría mejorar un poco.

—Es probable. Tuve algunos problemas cuando intenté terminarlo.

—Bueno, aquí tienes una sugerencia. —Se pone de puntillas para susurrarme al oído—: La barda debería acabar con el hechicero.

—¿Qué? —pregunto, estupefacto—. Inesperado giro de los acontecimientos. Algo como eso requiere cierta preparación. Algún tipo de... presagio.

—Oh, hay presagios de sobra. —Me lanza una mirada cómplice—. Confía en mí.

Entrelazo nuestros dedos, levanto su mano hacia mi boca y le beso los nudillos.

—Supongo que podría hacer algún pequeño ajuste.





AGRADECIMIENTOS

SOY LA MÁS AFORTUNADA DE LAS AUTORAS POR ESTAR RODEADA de tantísimas personas increíbles y solícitas que han ayudado a dar vida a este libro. ¡Tiremos los dados para determinar a quién le doy las gracias primero! (El siguiente orden fue, de hecho, decidido por un dado de veinte caras. Gracias por tu ayuda, Universo).

(3) Gracias, Jill Grinberg: extraordinaria agente literaria.

(10) Gracias, Jesse Taylor: ayudante de compositor, experto en coches estropeados, presidente de club de fans, marido encantador.

(1) Gracias, Liz Szabla: editora considerada, paciente y maravillosa.

(9) Gracias, Mary Weber: maravillosa amiga autora que me ayudó a documentarme sobre California.

(19) Gracias, sir Paul McCartney: miembro de los Beatles, autor de *Hey Jude* y *With a little luck*, superestrella.

(11) Gracias, Lish McBride: asombrosa amiga autora que me ayudó a detallar los horarios de un instituto (entre otras muchas cosas).

(2) Gracias a todo el fantástico equipo de Macmillan Children's Publishing Group: Johanna Alien, Robby Brown, Mariel Dawson, Rich Deas, Sara Elroubi, Jean Feiwel, Carlee Maurier, Megan McDonald, Katie Quinn, Morgan Rath, Dawn Ryan, Helen Seachrist, Naheid Shahsamand, Jordin Streeter, Mary Van Akin y Kim Waymer.

(20) Gracias, mi amada familia: Jesse, Delaney, Sloane, y toda la extensa red de abuelos, tíos y tías. Sé que habéis aguantado muchas cosas, sobre todo cuando se acercaban las fechas de entrega. No puedo estar más agradecida por teneros en mi vida. (¡Golpe crítico!).

(8) Gracias, Joanne Levy: destacada amiga autora, compañera de *podcast*, asistente de investigación de última hora, adaptadora de narración de cómics en audio.

(5) Gracias, Chuck González: extraordinario artista que dio vida al arte de Jude en nuestras

preciosas páginas de cómic. (¡Me *encantan*!).

(15) Gracias, Taylor Denali: diseñadora gráfica, soda, muchas otras cosas. Deberías recibir un premio por tu paciencia constante conmigo.

(4) Gracias, al asombroso equipo de Jill Grinberg Literary Management: Katelyn Detweiler, Sam Farkas, Denise Page y Sophia Seidner: alentadores, defensores, amigos.

(6) Gracias, Ana Deboo: maravillosa y perspicaz correctora.

(16) Gracias, Jeff Ostberg: ilustrador de cubiertas con un talento fuera de lo normal.

(7) Gracias, Andrea Gómez, Alice Gorelick y Basil Wright: lectoras de gran sensibilidad que me ayudaron a escribir a Ari, Maya y Noah de la manera más auténtica posible.

(14) Gracias, Rendare Blake, Martha Brockenbrough, Arnée Flores, Tara Goedjen, Alison Kimble, Nova McBee, Lish McBride (¡otra vez!), Margaret Owen y Rori Shay: amigas autoras, compañeras de retiro, aportadoras de ideas, apoyos morales.

(13) Gracias, Tamara Moss: magnífica amiga autora y mejor compañera de crítica de todos los tiempos.

(18) Gracias... ¡A ti! Te quiero, Lector.

(17) Gracias a todo el equipo de Audio de Macmillan, por dar vida a Jude y a Fortuna Beach para oyentes de todo el mundo.

(12) Por último, pero no por ello menos importante, gracias, Gryphon Aman, Althea Sandberg y Dannin Zumwalt: panel de expertos adolescentes. Gracias por contestar a todas mis preguntas irritantes de adulto ignorante. Brindo por vosotros con mi *gif* de «Leonardo como Jay Gatsby».



MARISSA MEYER tiene corazón de fangirl: tiene un armario lleno de disfraces, una varita de Harry Potter en su escritorio y un muñeco del Señor del antifaz (el personaje de Sailor Moon) en su espejo retrovisor. Han y Leia son aún su OTP. Podría ser o no un cíborg. Marissa escribe libros para jóvenes, incluida la saga superventas del New York Times *Las crónicas lunares*, la novela autoconclusiva *Sin Corazón*, o su saga más reciente, la trilogía de Renegados.